EL CREADOR DE LAS CONSTELACIONES FAMILIARES

BERT HELLINGER

MI VIDA. MI OBRA.

Alma Lepik
EDITORIAL

Cuando Bert y Sophie Hellinger decidieron escribir la vida de Bert Hellinger preguntaron a la periodista y autora Hanne-Lore Heilmann, que entre otras cosas también había asistido a la *Hellingerschule*, si deseaba colaborar en la redacción del texto. Una propuesta que la entusiasmó de inmediato.

"Cuando alguien, como yo, pasa revista a una vida tan larga, muchos recuerdos se han retirado a cámaras de la memoria que se mantienen bajo llave. Para acceder a ellos, se necesita una llave especial. Mi amigo Rüdiger Rogoll, neurólogo, psiquiatra, psicoterapeuta y en su momento uno de los analistas transaccionales más famosos de Europa, posee una llave así y compartió muchas experiencias conmigo. Abriendo varios de los cuartos de mi memoria con la frase: '¿Recuerdas cuando tú...?'. Y repentinamente el recuerdo estaba nuevamente presente". Pero sobre todo la mujer de Bert, Sophie, es quien acompañó en este viaje al pasado. De esa manera, en ese grupo de cuatro se fue desplegando pieza por pieza la historia de su vida y hubo algo que se puso de manifiesto: la persona que desea comprender más profundamente el método de ayuda de vida de Bert Hellinger, necesita conocer su camino de vida, ese camino que Hanne-Lore Heilmann entrelazó para crear una historia al mismo tiempo cautivadora y emocionante.

BERT HELLINGER
MI VIDA. MI OBRA.

Hellinger, Bert
Mi vida. Mi obra / Bert Hellinger ; Hanne-Lore Heilmann ; coordinación general de Berna Laura Vaianella. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alma Lepik, 2020.
304 p. ; 22 x 14 cm.

Traducción de: Rosi Steudel.
ISBN 978-987-1522-92-7

1. Desarrollo Humano. 2. Relaciones Familiares. I. Heilmann, Hanne-Lore. II. Vaianella, Berna Laura, coord. III. Steudel, Rosi, trad. IV. Título.
CDD 158.24

Editorial Alma Lepik
editorial@almalepik.com | www.almalepik.com
Editora: Berna L. Vaianella
Asesora editorial: Tiiu Bolzmann
Traducción: Rosi Steudel
Corrección: Gabriela Delgado
Diseño de cubierta: Lucía Rosales
Diseño de interior y ajustes integrales: Lorena Taibo
Fotografías: Archivo Privado Hellinger

Este libro se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2020 en GRÁFICA SU IMPRES
Tucumán 1480, Buenos Aires, Argentina | 4371 0029 / 0212 | imprenta@suimpres.com.ar

Para Sophie, mi gran amor

Palabras órficas primigenias (Fragmento)

Según el día en que viniste al mundo,
el sol en conjunción con los planetas estaba;
comenzó tu desarrollo,
y fue siguiendo con arreglo a aquella ley
que al mundo te trajo.
Así es forzoso que sea, sin que a ti mismo hurtarlo puedas.
Tal antaño dijeron las sibilas,
y también los profetas profirieron;
no hay tiempo ni poder que a alguna forma
que a sus fuerzas viviendo desarrolla,
luego de ya acuñada, cambiar pueda.

Johann Wolfgang von Goethe

Índice

Prólogo de Bert Hellinger

Quien, como yo, pasa revista a una vida de casi cien años, en realidad tiene mucho para relatar. Por ese motivo, hace largo tiempo que mi mujer Sophie me pedía que confeccione mi autobiografía. Sin embargo, yo me negaba con firmeza. Opinaba que aquello que yo tenía para decir, se encontraba en los más de cien libros que escribí. Porque mi camino de vida, con el fin del Tercer Reich, ya no estaba determinado por las circunstancias externas sino por mis comprensiones y pensamientos. A ellos seguí imperturbable y los compartía de variadas maneras.

Dado que no soy ni estrella de rock ni actor de Hollywood, a quienes les agrada mostrar su privacidad públicamente, no veía ninguna razón para informar más acerca de mi persona. No obstante, había algunos acontecimientos de mi vida que alimentaban rumores y especulaciones. Alguien que fue sacerdote, que con casi ochenta años se divorcia de su mujer para casarse con una mujer considerablemente más joven, rápidamente se vuelve objeto, junto con esa nueva pareja, de suposiciones. Ni mi mujer Sophie ni yo, en momento alguno, tomamos posición con respecto a eso. Como tampoco rechacé ataques hacia mi persona. En lugar de ocuparme de eso, me concentré en mi trabajo. Porque estoy convencido que aquello que tiene un efecto es lo que se impone. Y eso es lo que sucedió.

¿Qué fue entonces lo que me llevó a cambiar de opinión y decidir escribir mi autobiografía? En primera instancia fue una mirada a mi edad y los pasos necesarios relacionados. En 2018 transferí a mi mujer Sophie todas mis actividades laborales como las Hellingerschulen y la editorial Hellinger Publications. Hace casi veinte años sigo desarrollando las

Constelaciones Familiares con ella y juntos hemos ofrecido seminarios en todo el mundo.

Pero surge la pregunta de cuántos años más podré seguir en condiciones de hacerlo. Si bien gozo de buena salud, también siento que los años exigen su tributo. La fuerza va mermando, el cuerpo y el espíritu van exigiendo fases de recuperación más a menudo. Eso no me entristece ya que pienso que, después de muchos años de intenso trabajo, también merezco algo más de tranquilidad. Por eso, este año, fui reduciendo la frecuencia de mis viajes y cada vez más, dejo que Sophie, sola, conduzca los seminarios. Entretanto ella va al frente y yo le sigo asimismo en lo que al desarrollo de las Constelaciones Familiares se refiere. Los caminos que toma y las comprensiones a las que obedece al hacerlo, me llenan de admiración y alegría.

Al asumir todas mis actividades laborales, mi mujer ha cargado un gran peso. Esa carga le exige mucho, no solamente tiempo, sino también energía e inspiración. Su disposición a abrirse a todo eso es una muestra de su amor hacia mí y su identificación con las Constelaciones Familiares. Alguien, al que se le permitió encontrar una pareja así en su vida, ha experimentado la felicidad.

¿Pero puedo cargar a mi mujer con que más adelante, cuando yo ya no esté, y eso puede suceder cualquier día, hable por mí? ¿Responder en mi lugar preguntas relacionadas con mi persona? ¿Llevar a cabo en mi lugar aquello que, por así decirlo, yo no tenía ganas de resolver? No tengo derecho a hacer eso. Incluso si ella se hiciera cargo de todo en mi lugar, ¿sería creíble? ¿No se le atribuiría parcialidad exponiéndola de esa manera a dificultades adicionales? Por lo tanto es hora de que yo mismo me explique y de esa forma lleve claridad a diversos ámbitos.

Al mismo tiempo, era consciente que, para una tarea de semejante magnitud como es mi autobiografía, necesitaría apoyo. A mi edad es casi imposible estar sentado frente al ordenador durante semanas para llevar al papel mi experiencia vivencial. Aquí apareció en mi ayuda una feliz casualidad, aunque no creo en casualidades sino que lo relaciono más bien con los conceptos de sincronicidad o coincidencia que aplicaba Carl Gustav Jung.

Después de que mi mujer Sophie y yo nos hubiéramos ocupado durante algún tiempo con el tema de la autobiografía, una noche recibimos una llamada telefónica de nuestra muy buena amiga Christina Niederkofler, Directora de la Hellingerschule en Italia. Ella mantenía una amistad con Hanne-Lore Heilmann, quien durante muchos años fue periodista y autora y que como parte de su formación de facilitadora de Constelaciones Familiares había participado de varios seminarios en Italia. Ese día, Hanne-Lore Heilmann se había dirigido a Christina Niederkofler expresando la idea de escribir una biografía de Hellinger y solicitando intermediación para un encuentro con mi mujer y conmigo. Ya, al día siguiente, Christina Niederkofler llegó a casa para ahondar en el tema. Y cuatro días después llegó Hanne-Lore Heilmann para pasar dos semanas con nosotros. Le propusimos colaborar con mi autobiografía planeada. Una idea que aceptó de inmediato.

Pocos días después también llegó, mi muy buen amigo, el Dr. Rüdiger Rogoll, neurólogo, psiquiatra, psicoterapeuta y en un momento, uno de los analistas transaccionales más famosos en Europa, para permanecer varios días con nosotros. Cuando uno mira, hacia atrás, una vida tan extensa como la mía, hay algunos recuerdos que se han retirado a cuartos de la memoria con puertas bajo llave. A eso se sumó que mi mirada y mi orientación siempre se dirigían hacia adelante. Para llegar a mis recuerdos se requiere una llave especial. Mi amigo Rüdiger Rogoll es quien la tenía. Me conocía desde los años '70 y había compartido muchos sucesos conmigo. Así entonces abrió muchos cuartos de mi memoria con la frase: "¿Recuerdas cuando tú...?". Y repentinamente el recuerdo volvía a estar presente. Pero sobre todo, mi mujer Sophie es la que me acompañó en este viaje al pasado.

En los meses que siguieron muy a menudo Hanne-Lore Heilmann fue huésped de mi mujer y mío para ayudarme a ir reuniendo partes de mi vida. Siempre estaba también Rüdiger Rogoll. Y de esa manera, en este cuarteto, la historia de mi vida se fue desplegando pieza por pieza. A todos nos unía no solamente una meta en común sino también una estima, un respeto y un afecto mutuos. Es la mejor forma de trabajo que uno pueda desear.

Espero que la armonía que acompañó al nacimiento de este libro tenga también un efecto en el lector y que pueda encontrar, mediante mi autobiografía, el camino hacia una vida más plena y feliz.

Prólogo de Hanne-Lore Heilmann

Hace aproximadamente quince años mi buen amigo Holger Richter, quien durante muchos años fue director de programas de RTL-Radio en Luxemburgo, me contó acerca de sus experiencias con las Constelaciones Familiares de Bert Hellinger. Lo que escuchaba me fascinó tanto que fui a participar de un seminario. También yo tenía –como probablemente todos– un problema en mi vida que esperaba solucionar mediante una Constelación Familiar. Lo que vivencié en el seminario me impresionó profundamente. Incluso, no me soltó más. Comencé a interiorizarme de manera más intensiva sobre el método de Hellinger y finalmente me inscribí como estudiante en la Hellingerschule para aprender cómo constelar.

Hoy día puedo decir con total convicción: nada modificó tanto mi vida como las comprensiones de Bert Hellinger. Por eso, para mí, hay una vida antes de Hellinger y una vida después de Hellinger. Muchas de mis decisiones fueron influenciadas por la riqueza de sus pensamientos. Y lo que tal vez sea incluso más importante: gracias a sus comprensiones acerca de Los Órdenes de la Vida, mi consideración para con otras personas creció. Aquello que antes me llevaba a estar molesta con alguien, hoy día puedo verlo desde otro lugar. Así no sólo agradezco a Bert Hellinger un conocimiento mayor acerca del alma humana sino también un incremento de paz interior.

Durante mi formación como facilitadora en Constelaciones Familiares participé de seminarios en Brixen, en el sur de Tirol, y conocí a Christina Niederkofler, directora de la Hellingerschule en Italia. Desde entonces nos une una estrecha amistad. Ella fue quien estableció el contacto con Bert y Sophie Hellinger del que surgió la idea para esta autobiografía.

Que se me haya ofrecido la posibilidad de participar en la confección de la autobiografía de Bert Hellinger me llena de profunda gratitud. Quisiera que, sobre todo, mi colaboración sea comprendida como una honra ante la vida y obra de Bert Hellinger.

En los últimos dos años tuve la oportunidad de pasar mucho tiempo con Bert y Sophie Hellinger en su casa en la región de Berchtesgaden y así conocer a dos personas extraordinarias. Nunca antes había encontrado a una persona tan bondadosa como Bert Hellinger. Y su mujer Sophie también me impactó mucho. Con infinita energía dedica su vida a las Constelaciones Familiares y con sus propias comprensiones, en el mientras tanto, ha guiado el trabajo a nuevas dimensiones.

Pude vivenciar muchos momentos intensos y lindos en la casa Hellinger. Un recuerdo vívido es una noche de verano, sentados en su terraza con vista al Watzmann, aquella montaña que marcó tantos destinos, esa montaña que ya reclamó cientos de víctimas fatales. Bert Hellinger entonó la serenata de Matthias Claudius "La luna se levantó". ("Der Mond ist aufgegangen"). Sabía todas las estrofas de memoria:

La luna se levantó,
las estrellitas de oro brillan
en el cielo luminoso y claro.
La selva queda oscura y calla
y de los prados sube,
maravillosamente, la neblina blanca.
¡Cómo el mundo está silencioso
y en el velo del anochecer,
tan íntimo y gracioso!
Como una habitación apacible
donde tenéis que olvidar durmiendo
la miseria de la jornada.
¿Veis la luna, allá arriba?
Sólo se ve la mitad
y mientras tanto es redonda y bella.

Así son muchas cosas
de las cuales nos burlamos, llenos de confianza
porque nuestros ojos no las ven.
Nosotros, humanos orgullosos,
somos vanos y pobres
y no sabemos mucho;
tejemos un tejido de quimeras
y buscamos muchos artificios
y nos alejamos de la meta.

¡Dios, permítenos ver tu salvación,
no confiarnos en lo efímero,
no regocijarnos en vanidad!
¡Déjanos volvernos seres simples,
y aquí abajo, delante de ti, en la tierra,
como niños, piadosos y alegres!

Querías, por fin, afligir a cada uno,
llevarnos de este mundo
por una muerte suave
y si nos has llevado,
déjanos venir al cielo,
tú, nuestro Señor y nuestro Dios!

En la última estrofa se agregó Sophie Hellinger suavemente y así, juntos, cantaron en el anochecer:

Así, acostaos, hermanos míos,
aquí abajo, en el nombre de Dios;
frío está el soplo de la tarde.
¡Ahórranos, Dios, los castigos
y déjanos dormir, apacibles.
Así también a nuestros vecinos enfermos!

Después de un instante de silencio, Bert Hellinger dijo: "Fue un día pleno". Esto repetía al final de cada día.

Una vez, cuando Sophie Hellinger fue a encontrarse conmigo en el aeropuerto de Salzburgo, en el viaje hacia su casa me dijo: "Aquí, ahora es tu segunda patria". Eso me emocionó mucho.

Gracias, Sophie.
Gracias, Bert Hellinger.

Con mi autobiografía emprendo un viaje. Un viaje al pasado que me lleva al presente. El hombre se encuentra con el niño, la edad avanzada con la juventud, el final que se acerca al comienzo. Camino mi vida, que va a cerrarse para formar un círculo al que ahora aún le falta una última parte. Eso es el futuro, del cual me queda sólo un poco. Miro al futuro sin melancolía. Ya que me ha sido regalado mucho tiempo. Un tiempo rico al que se me permitió darle forma mientras me marcaba. Con todos los acontecimientos y personas, con todas las comprensiones y los pensamientos. Por lo tanto hoy miro con mucha gratitud y humildad a ese tiempo. Me trató bien.

Infancia y juventud

Nací el 16 de diciembre de 1925, como segundo hijo de mis padres Albert y Anna, en luna nueva, en el apacible pueblo de Leimen cerca de Heidelberg. Mis padres me dieron el nombre Anton. Si bien no entiendo mucho de astrología –con sus posiblemente casuales– las predicciones parecen, sin embargo, haber acertado con respecto a mi fecha de nacimiento. Aquellos que nacieron con luna nueva, se dice, tienen la tendencia de marcar al mundo con sus ideales y su carácter personal. A la persona nacida bajo el signo de Sagitario, finalmente, se le atribuye que no quiere subordinarse, que siempre sigue siendo él mismo, que es capaz de arrastrar a otros pero que también les exige. Al hacerlo aboga incondicionalmente por aquello que considera verdadero y correcto.

Lo que yo considero verdadero y correcto lo he expresado toda mi vida. Muchas veces en contra de las advertencias y sus consecuencias. Siempre estuve dispuesto a hacerme cargo de ellas. No estaba dispuesto a doblegarme, ni dispuesto a rendirme. Aquel que se doblega pierde su grandeza y dignidad. Así ya en mi juventud, no me doblegué ante el cruel sistema de los nacionalsocialistas y, al ser considerado como potencial parásito del pueblo, fui liberado para ser exterminado. Pero me sometí a las leyes de la iglesia católica porque estaban en sintonía con mi conciencia. Cuando ya no pude someterme más, dejé el sacerdocio en contra de todas las resistencias. De la misma manera, nunca me ocupé de la opinión de otros ya que son patrones de pensamientos estancados, llenos de prejuicios, ávidos de confirmación. Algunos, más tarde, me agredieron desde su opinión sin que ello me llevara a abandonar mi camino. Por el otro lado, siempre estuve abierto hacia un argumento mejor.

Mirando mi infancia, durante mucho tiempo estuve dividido. Al igual que otros, hasta una edad avanzada, yo también encaré la relación con mis padres una y otra vez de manera nueva según mis nuevas circunstancias de vida. Sólo así logré comprender la dimensión de su amor.

En la mitad de mi vida miraba a mis padres con gratitud y humildad. En ese momento, cada uno cree que, por ejemplo, la relación con la madre está en orden. Pero si uno va más profundo, reconoce que esa sola mirada no es suficiente. No se trata de solamente pensar o creer que se está en sintonía con la madre, sino que es menester sentirlo internamente con total convicción y muy intensamente. Cuanto más uno encara ese tipo de situaciones, por ejemplo, lo que uno vivenció con la madre, tanto más a menudo surgen recuerdos de heridas anteriores aún no sanadas. Sólo una vez que cayeron en el olvido, sólo cuando uno ya no las recuerda –aunque busque recordarlas– puede hablarse de sanación.

Estoy firmemente convencido de que toda persona puede observar ese tipo de proceso en sí misma. De la misma forma, estoy seguro que mediante varias Constelaciones con la madre se puede entrar en resonancia y que de esa manera salen a la luz situaciones reprimidas de las que uno ya no es consciente. Es como si un acontecimiento antiguo fuera puesto en marcha y solucionado por sus consecuencias. Eso es un proceso que dura toda la vida. Porque cada paso tiene su propio punto de partida determinado por la relación, cada vez, diferente hacia la madre. Al igual que nunca es posible introducirse en la misma agua de un río.

Los primeros años de mi vida, hasta comenzar con la escuela, los pasé en el pueblo de Leimen, de sólo cuatro mil habitantes, el lugar de nacimiento de mis padres. Mi padre, un ingeniero, al igual que mi abuelo materno que había realizado un duro trabajo físico, era empleado de la fábrica de cemento del lugar, la que hoy día es la Heidelberg Cement AG.

La familia vivía en una urbanización obrera, que en ese entonces se denominaba colonia obrera –similar a las conocidas urbanizaciones Krupp en Essen– que había sido construida con el patrimonio privado del patriarca de la empresa Friedrich Schott. Él mismo llamaba a ese proyecto

de construcción "viviendas para obreros cumplidores y merecedores". Además, la fábrica había adjudicado a cada familia un lote en el que se cultivaban frutas y verduras para el consumo propio. Mi abuelo también tenía gallinas y un cerdo. Era, por así decirlo, la transición de la era campesina a la era industrial. Desde la mañana hasta la noche el trabajo en la fábrica y a continuación en las tierras, determinaban los días.

Cuando yo nací, mi abuelo ya estaba retirado. Pero dado que antes de comenzar la escuela, viví muchos años con los abuelos, crecí en ese entorno, esa vida de las personas simples. Para nosotros los niños, y éramos muchos, era un idilio. Para jugar teníamos a disposición una pradera y un parque con árboles que daban sombra. Y con total naturalidad podíamos ir y venir a las casas de las distintas familias como si perteneciéramos a ellas. Era casi como si fuese una familia numerosa.

La vida de estas personas tenía algo especialmente afectuoso, recto. Eso me marcó para toda la vida. Hasta el día de hoy, para mí, desde el sentimiento, Leimen es mi tierra natal y hogar. Hasta hoy sigo escuchando el zumbido monótono del teleférico y el suave golpeteo que causaban las doscientas sesenta y cinco vagonetas verdes mientras pasaban bamboleándose levemente por sobre los pilares de sostén transportando la caliza de alta pureza, los seis kilómetros desde la cantera y por encima de los techos de Leimen, hasta la fábrica de cemento.

Siempre tuve un corazón para lo sencillo, lo simple. Incluso en los tiempos de prosperidad las tentaciones del dinero no podían seducirme. Mi vida fue determinada por un sentir de arraigo casi rural y un trabajo perseverante y disciplinado. No me hace feliz la cocina sofisticada sino una buena papa o una comida preparada por mi mujer Sophie, implementando su conocimiento de hierbas. En lugar de una limusina, en nuestro garaje se encuentra un auto adquirido hace veinte años. Todavía nos sigue prestando un valioso servicio ¿por qué entonces comprar uno nuevo?

Mi lujo es un lindo hogar con vista al imponente telón de fondo que es el Watzmann. Muchos alpinistas dejaron su vida en esta montaña demarcadora de destinos. En nuestra casa hay cuartos de huéspedes para amigos y

parientes que nos visitan con frecuencia y con quienes comemos en sencillas mesas de madera en la cocina o en la terraza. Muchas veces nos acompañan a Sophie y a mí en nuestros diarios paseos vespertinos a lo largo del arroyo cercano que nos da fuerza y paz interior. Gozar de la naturaleza, compartir en armonía encuentros inspiradores con otras personas, rehúye el poder del dinero.

Cuando tenía cinco años, mis padres se mudaron a Colonia con mi hermano Robert, dos años mayor que yo, y mi hermana Marianne, dos años menor que yo. Pero a mí me dejaron con mis abuelos hasta comenzar con la escuela. Nunca me enteré de la verdadera razón. Supongo que de esa manera mis padres buscaban endulzar la despedida de la familia para los abuelos. Si bien me agradaba vivir con ellos, experimenté la separación de mis padres como un profundo corte. Me sentí desamparado y también postergado porque Robert podía acompañar la ida al nuevo hogar. El hecho de que Marianne también podía permanecer con los padres, para mí, no contaba tanto. Después de todo era la pequeña. Parece que a mi hermano lo veía más bien como competencia.

Dado que yo tuve que permanecer con mis abuelos, la relación sobre todo con mi mamá, sufrió un daño que se extendió en el tiempo. Más adelante pude observar ese efecto en Constelaciones Familiares con consultantes que habían vivenciado algo similar. Lo denominé el "movimiento amoroso interrumpido temprano hacia la madre".

¿Qué significa ese movimiento amoroso interrumpido hacia la madre para el individuo? La vida llega a nosotros primero a través de la madre. Tal como tomamos a nuestra madre, tomamos nuestra vida. Lo que fuera que objetamos con respecto a nuestra madre, es lo que objetamos en nuestra vida. Aquel que se aparta de su madre, se aparta de la vida. Por ese motivo, logramos la vida primero en nuestra relación con nuestra madre. Aquel que tomó a su madre brilla, es amado y atrae a otros. La sintonía con la madre es la llave de la felicidad.

Sin embargo, para muchos hay una experiencia temprana que se opone a poder tomar a la madre. Hasta el quinto año de vida, en general entre los

tres y cuatro años, experimentaron una separación de la madre. Eso se da, por ejemplo, cuando a un niño se lo da por cierto tiempo o cuando estuvo enfermo sin que la madre pudiera visitarlo o cuando la madre por enfermedad tuvo que retirarse para su recuperación. El niño vive la separación como un gran dolor. "¿Dónde está? ¿Estoy perdido?", se pregunta internamente. Eso es un trauma porque el movimiento necesario hacia la madre no es posible.

La impotencia de estar sin la madre, la desesperación por no poder acudir a ella cuando uno la necesita tanto, lleva a que el hijo tome una decisión interna. Repentinamente tiene una imagen interna diferente de la madre, una imagen que está unida al dolor y a un reproche. A menudo el dolor por la separación también se transforma en ira o en desesperación. Por ejemplo, el hijo dice internamente: "La abandono". "Me quedo solo". "Mantengo una distancia hacia ella". "Me aparto de ella". "Me retiro, en verdad no hay nadie para mí; estoy solo parado aquí".

Después de eso el hijo cambia. Cuando la madre regresa, el hijo trata de alejarla por el recuerdo del dolor, la evita. Por ejemplo, ya no se permite el contacto con ella, se cierra ante ella y ante su amor. Cuando la madre intenta acercarse al hijo y abrazarlo, éste la rechaza internamente y con frecuencia también visiblemente. Tal vez la madre entonces piensa que hubo algo que hizo mal y también se retira. De esa forma ya no se da un verdadero encuentro entre los dos.

Eso también tiene un efecto más adelante en la vida. Incluso como adulto, un hijo así, a menudo tiene miedo a la cercanía. Siempre que se acerca a alguien, recuerda el dolor de aquel entonces e interrumpe el movimiento. En lugar de acercarse al otro en la relación de pareja, por ejemplo, se espera que el otro inicie el movimiento. Pero luego, muchas veces, la cercanía se mantiene sólo con dificultad. En lugar de darle una feliz bienvenida al otro, se lo rechaza de diferentes maneras. Una persona con ese trauma sólo puede abrirse vacilando y, si lo logra, en general es sólo por un tiempo breve. Algo similar le sucede a menudo incluso con el propio hijo.

Un trauma de esa índole se resuelve tanto en el sentimiento como también en el recuerdo cuando se regresa a la situación de la separación a pesar del

miedo que pueda ocasionar y se logra completar el movimiento amoroso interrumpido, internamente o en una Constelación Familiar. A pesar del dolor que surge, a pesar de la desilusión y la ira de aquel entonces, uno se va acercando a la madre dando pasos pequeños, con amor. Hasta que finalmente uno cae en sus brazos y es abrazado y sostenido por ella sabiendo por fin que vuelve a ser uno con ella.

Yo mismo pude valorar, en toda su magnitud, aquello que mi madre había realizado, recién habiendo transitado la mitad de mi vida. Lo logré en una terapia en los Estados Unidos de Norteamérica. El terapeuta había dibujado tres cuadrados en el piso. Después me pidió que me ubicara de pie en el centro de cada cuadrado. A continuación debía decir en cuál me había sentido mejor. Pero para mí todos eran iguales. El terapeuta me explicó que uno de los cuadrados representaba a la mejor mamá del mundo, uno a la peor mamá del mundo y el tercero a mi mamá. Eché a reírme de mí mismo y de esos reproches que había supuesto. De repente me sentí como recién nacido, fuerte y firme. Tomé consciencia de que el reproche hacia mi madre me impedía ir hacia ella. Dado que seguía teniendo expectativas para con ella, en realidad seguía actuando como un niño, aún no había crecido para transformarme en un verdadero adulto.

Durante las meditaciones también me remontaba al tiempo anterior a mi trauma. Recordé las experiencias felices junto a mi madre, plenas de confianza, sostenido por ella, nutrido por una mirada de mucho amor. Recordé aparentes pequeñeces por las que, abstraído, me sentía cobijado. Con la nueva imagen en el corazón, miré a mi madre después del trauma. Retuve esa imagen positiva y permití que en mi alma ganara un extenso espacio por encima de la otra imagen, esa imagen cargada de reproches. Superé mi decisión anterior y dije a mi madre ya fallecida: “Regreso a ti”.

Recién ahí comprendí que mi madre siempre estuvo para mí. Sin quejarse, había hecho todo: lavar, cocinar, coser e incluso durante la época nazi había luchado como una leona por mí, el opositor del régimen.

A pesar de que había reconocido, para mí, la importancia de mi madre, aún no estaba en completa sintonía con ella. Especialmente ahora, a mi

edad avanzada, surgía una y otra vez un sentimiento de tristeza y soledad cuando pensaba que tal vez mi hermano había sido el hijo preferido de mi mamá. Fue un día sábado, pocas semanas antes de cumplir noventa y dos años, que ese sentimiento me inundó nuevamente. Ahí mi mujer Sophie me dijo: "Ven, hagamos una Constelación". Ella y una amiga que nos estaba visitando hicieron de representantes en la Constelación, luego me incluyeron a mí. La verdad salió a la luz y sentí el gran amor que mi mamá siempre había sentido hacia mí. Sí, ese amor estuvo siempre y también mi amor hacia ella. Desde ese momento, mi alma está plena de una profunda paz.

¿Qué nos muestra eso? Incluso a los casi cien años, uno sigue siendo ese niño, incluso para una persona de casi cien años la relación con la madre es la que decide acerca del bienestar y el dolor del alma. Tan inmensamente grande es la importancia de la madre para nuestra vida.

¿Dónde comienza, pues, nuestra alegría acerca de nosotros mismos? Comienza con la alegría respecto a nuestros padres. Me imagino que Dios mira a nuestros padres tal como los hizo. ¿Cómo demuestra su alegría acerca de ellos? ¿Con qué brillo divino? Los considera muy buenos.

Recién una vez que nosotros también consideramos a nuestros padres como buenos, tal como son, nos consideramos a nosotros mismos como buenos, y junto con nosotros a todo lo demás también. Aquí encontramos la alegría grande, una alegría que arrastra. Conducidos por ella, nos damos las manos y bailamos la danza de la vida. Esta alegría, es una alegría espiritual, una alegría abarcadora, sin ningún pero. Es una alegría vital pura y felicidad pura.

Poco antes de comenzar con la escuela, mis padres me llevaron a estar con ellos en Colonia. Eso, por supuesto, fue un cambio grande –era trasladarse del idilio casi campesino a una gran ciudad vibrante. Pero de niño, uno se acomoda rápidamente a las nuevas condiciones, es como si uno fuese llevado. Tampoco se tiene otra opción. Estando con los padres uno se mueve en un territorio seguro. Entonces lo nuevo no es considerado tanto como

una amenaza sino como un enriquecimiento excitante al que uno se dedica con curiosidad.

Cuando llegué a Colonia, la ciudad había experimentado un auge impactante bajo Konrad Adenauer como Primer Alcalde. Luego de la retirada de las tropas de ocupación inglesas se había encargado de ampliar el aeropuerto Butzweilerhof, un punto estratégico para el tráfico del oeste. Ya en 1928, había conexiones regulares por aire a Berlín, París, Ámsterdam, Ginebra, Londres, Bruselas, Copenhague, Hamburgo y Múnich. En 1929 se había comenzado con la construcción de la autovía Colonia - Bonn y en 1930, incluso, vino a la ciudad Henry Ford, en persona, para colocar la piedra fundacional de la nueva planta de la Ford Motor Company AG que, hasta ese entonces, había estado establecida en Berlín. Yo estaba fascinado sobre todo por el rascacielos Hansa en Neustadt-Nord. Constaba de diecisiete pisos, algo increíble para esa época, y con su altura de sesenta y cinco metros, durante un tiempo breve, fue el edificio más alto de Europa. Era para mí una alegría especial cuando mi madre me llevaba a la gran tienda Tietz. Allí uno era transportado de manera totalmente automática al próximo nivel con la primera escalera mecánica de Alemania –una y otra vez una experiencia especial para mí.

Y luego estaba, por supuesto, la catedral de Colonia. Ese imponente edificio sacro que representaba el poder papal de Roma y la importancia de la fe católica en la región, con una fachada de dos campanarios y sus siete mil cien metros cuadrados, era la más extensa a nivel mundial. Si bien desde su ubicación en el corazón de Colonia era imponente e infundía un profundo respeto, yo, al mismo tiempo, lo sentía familiar y cercano. Porque ya a los cinco años había decidido ser sacerdote.

Esta idea me apareció simplemente así. Al comienzo, seguramente fue influenciada por mi abuelo. Todas las mañanas a las seis, durante el tiempo que yo viví con él, asistía conmigo a la misa matutina. Me impresionaba mucho la devoción y paz interna que la celebración eucarística provocaba en él. Qué hermoso sería, tal vez pensaba yo en ese entonces, si yo mismo me encontrara en el altar como sacerdote y pudiera provocar semejante

efecto en los fieles. Como niño naturalmente no podía todavía reconocer la verdadera dimensión del sacerdocio.

Pero incluso más adelante, por ejemplo en la pubertad, mi deseo de profesión nunca fue reemplazado por otra idea. Mi decisión debe ser mirada a nivel de mi relación con Dios, por supuesto con Dios como imaginaba en esa época. A través de la casa de mis padres, me encontraba en un ámbito religioso. En ese sentido mi decisión no era libre. Mi padre y de manera muy especial mi madre, estaban fuertemente enraizados en su fe católica. También era mi madre la que me apoyaba en mi decisión. En ese entonces, la profesión de sacerdote estaba unida a una gran reputación –no sólo para aquel que sentía la vocación de dar ese paso sino también para toda su familia. Sentía que de esa manera también estaba más cercana a Dios. Al mismo tiempo se consideraba que la decisión de un hijo de ser sacerdote era como una suerte de ofrenda a Dios para que toda la familia estuviera bien. Sin embargo, mi mujer Sophie cree que yo, inconscientemente, me decidí a ser sacerdote para complacer a mi madre. Tal vez tenga razón –como en tantas cosas.

Con la mochila de cuero marrón típica de esa época conteniendo estilete y pizarra con la esponja atada, comencé la escuela primaria. Se encontraba en el barrio Ehrenfeld de Colonia, en el que la fábrica Kölnisch-Wasser Fabrik Ferd. Mülhens producía la famosa colonia 4711 y el perfume "Tosca" para "la mujer a partir de los cincuenta". Se aprendía la caligrafía *sutterlin*, que alrededor de 1920 había reemplazado la escritura cursiva alemana. Sin cambio, seguía vigente el lema de la época de los emperadores: "Entrelazar las manos, callarse la boca, no apoyar la cabeza, aguzar los oídos" (en alemán: "Haende falten, Schnabel halten, Kopf nicht stuetzen, Ohren spitzen").

Los cuatro años de la escuela primaria, para mí, fueron una tortura. Todos los días mi maestro me castigaba con su vara de madera. Cuando por el dolor no me podía mantener quieto en mi silla, comenzaba todo de nuevo. Ponerse de pie, ir hacia adelante, recostarse sobre el banco y ser castigado. El por qué el maestro se había ensañado tanto conmigo, siguió siendo una incógnita

para mí. Pero a los maestros en esos días se los respetaba como personas de semejante autoridad que era inimaginable quejarse. Eso era válido para los padres –y tanto más para los alumnos.

También en casa mandaba un régimen severo. El más responsable de eso era mi padre. Laborioso, trabajando mucho siempre y disciplinado, no me permitía pasar nada por alto. Con regularidad me golpeaba con una manguera de goma, un castigo doloroso que junto a su intransigencia me pesaba mucho.

La magnitud con la que había sufrido los castigos físicos en mi infancia se mostró hace catorce años en México. Allí visité a un terapeuta corporal que presionando ciertas partes del cuerpo podía activar los sucesos dolorosos del período de los seis a los diez años. Luego las energías liberadas eran eliminadas pasando la mano y las tensiones liberadas mediante un masaje final. Los dolores y heridas internas recordados mediante ese tratamiento fueron tan fuertes que lloré ininterrumpidamente durante dos horas. Necesité dos días para recuperarme y reencontrar el contacto interno con mi mamá. Jamás hubiera pensado que las experiencias de mi infancia pudieran tener semejante impacto.

Por otro lado, mi padre me apoyó y fomentó con el correr de los años en todo lo que yo quería. Sin mi madre, asistía conmigo a la ópera, a conciertos y museos, iba conmigo a natación y a excursiones en bicicleta. También me alentaba y me exhortaba a tocar el violín más intensamente. En secreto, tenía la esperanza que yo fuera músico como para no tener que trabajar tan arduamente como mi abuelo y él. A mi deseo de ser sacerdote lo miraba con escepticismo, correspondía más vale a la intención de mi madre y sus padres. Mi papá, por su lado, aunque creyente, no estaba tan entusiasmado con la iglesia.

Decenios más tarde, cuando ya me había dedicado a la psicoterapia, conocí a Stanley Keleman, el fundador de la psicología formativa y director del Center for Energetic Studies en Berkeley, California. Durante una conversación me quejé con respecto a la severidad de mi padre y lo que yo consideraba la infancia difícil resultante. Stanley Keleman me miró, rió y

dijo: "Pero si tú eres fuerte". Ahí comprendí cuánta fuerza había pasado de mi padre a mí y cuán importante fue para mí por su severidad. Desde ese momento me sentí muy unido a él.

Nos sentimos afectados cuando una noticia nos llega al corazón. También nos sentimos afectados cuando nos damos cuenta que seguíamos un camino que nos alejaba de otros en lugar de guiarnos hacia ellos. Afectados, giramos y regresamos a ellos.

Por supuesto nuestros padres también tienen defectos y debilidades. Desde nuestra mirada actual hubo cosas en las que se equivocaron. Imaginémonos ahora que hubiéramos tenido padres ideales, ideales en todos los aspectos, y que todo se hubiera dado maravillosamente. ¿Cuán capaces y versados estaríamos para la vida? Precisamente los errores, esos desafíos, aquello que, tal vez, a veces se nos exigía con gran sufrimiento, nos da una fuerza especial cuando asentimos a ello.

Se puede ir practicándolo. Se mira todo lo que sucedió en la familia. Se mira aquello que uno quisiera excluir, lo que se quiere que no esté y cuán pobre uno se vuelve cuando se comporta así.

Ahora transitamos el camino inverso. Se mira todo tal como fue y dice: "Sí. Así fue. Estoy de acuerdo con todo tal como fue. Ahora hago algo bueno con ello. Aprendo de eso y gano fuerza".

Ahora uno puede imaginarse cómo es cuando alguien proviene de una familia ideal. ¿Puede compartir sentimientos con otros? ¿Puede sentir misericordia? ¿O está separado de la vida misma en gran medida? Cuando uno ahora se mira a sí mismo y a otros que han experimentado situaciones difíciles ¿qué manera tan diferente de compartir sentimientos con otros y cuánto más fuerza tienen para apoyar también a otros y amar a otros?

30 de enero de 1933 fue el día en que el presidente del Reich, Paul von Hindenburg, nombró a Hitler como canciller. Fue un día húmedo y frío en Colonia, con montículos de nieve en las aceras. A las doce del mediodía se había transmitido la noticia por la radio. Se vendían periódicos adicionales y las masas se habían reunido en el Neumarkt. A la noche mi

padre entró por la puerta y le dijo a mi madre: "Hitler es canciller". Mis padres estaban muy apesadumbrados. Presentían que ahora el camino a la dictadura nacionalsocialista estaba libre. En ese momento yo estaba asombrado ante la reacción de mis padres y pregunté por qué todos estaban tan eufóricos menos ellos. Mi padre respondió: "Todos aquellos que ahora están tan eufóricos reconocerán, demasiado tarde, cuánto nos costará lo que se avecina. Tengo miedo, realmente miedo".

A pesar del mal resultado del partido nacionalsocialista (NSDAP) en la elección del parlamento el 6 de noviembre de 1932, ya había quedado destruida la esperanza de que el fantasma marrón pronto pasaría. Esa misma noche, hombres de la SA (Sturmabteilung –sección de asalto), ebrios, se movían a los gritos por las calles de Colonia obligando a los transeúntes a hacer el saludo hitleriano. Al día siguiente hubo una marcha de las hordas marrones desde Deutz hasta la plaza Rudolf con una "hora alemana de consagración" en los pabellones feriales. Los ciudadanos de Colonia observaban los acontecimientos más bien con indiferencia profiriendo comentarios groseros. Pero, poco después, muchos se entusiasmarían por los nacionalsocialistas. Cientos de comunistas y socialdemócratas de Colonia fueron secuestrados por la SA en las semanas siguientes, fueron maltratados y asesinados. Todo eso con el consentimiento e incluso con la participación de la policía. Además, ya para el primero de abril, el jefe de personal de la ciudad, encomendó a la administración reportar a todos los judíos, una instrucción que iba incluso más allá de las Leyes de Nuremberg (leyes de carácter racista y antisemita) que se habían aprobado en 1935.

Mis padres estaban inmunes ante las seducciones del nacionalsocialismo por su profunda fe. A pesar de las fuertes presiones, mi padre se negó durante toda la etapa del nacionalsocialismo a afiliarse al partido. Eso requería de mucho valor.

Recuerdo un domingo, pocas semanas después de la toma del poder, mis padres planeaban una excursión con nosotros a la zona montañosa cercana. Después de la misa matutina esperábamos el tranvía. Apareció un hombre

de la SA e hizo un comentario a mi padre. No sé lo que mi padre le respondió pero debe haber disparado la furia del hombre de la SA. Gritó a mi padre y lo quiso llevar detenido. Hubiera tenido permiso para hacerlo. Porque Hermann Göring, comisario del partido para el ministerio del interior prusiano y por lo tanto, superior a la policía prusiana, había nombrado por poco tiempo a la SA como "policía de apoyo" estatal.

En ese instante peligroso, por suerte, vino el tranvía y subimos rápidamente. El conductor cerró la puerta de inmediato y arrancó. Pero el hombre de la SA nos persiguió a los gritos en bicicleta. El conductor no se detuvo en las próximas paradas hasta que dejó atrás al hombre de la SA. Los pasajeros aplaudían entusiasmados. Esta actitud de la población no se mantendría durante mucho tiempo.

El año 1936 se convirtió en un año bisagra para mí. Me llevó a un camino que sería determinante para la mitad de toda mi vida. Aún no sospechaba nada. Los cuatro años de la escuela elemental habían concluido y pasé al Aloysianum, un seminario de estudios e internado de los misioneros Mariannhill, fundado en 1910 en Lohr, a orillas del Meno. Mi madre se había enterado, a través de una conocida, de la institución de la orden católica para hombres dedicada, sobre todo, a misionar en África. Consideraba que asistir al internado sería una buena preparación para el sacerdocio al que yo aspiraba. Mi padre se resignó, aunque al comienzo vacilando, a la decisión de mi madre y se declaró dispuesto a hacerse cargo de los gastos.

Para mi estadía en el internado, mi madre había preparado una enorme maleta que al moverla se arrastraba por el suelo. En la estación ferroviaria de Colonia, me sentó en el tren y simplemente se despidió. Solo, emprendí el viaje a mi nueva vida.

Durante el viaje fueron apareciendo sentimientos contradictorios en mí, por un lado miedo, terror y desesperación, y por el otro alegre nerviosismo y expectativas, en el sentido de: ¡finalmente! Por suerte, en el tren había otros niños que me distrajeron de mis pensamientos y colaboraron para que el viaje fuera entretenido.

Mientras que el Aloysianum era, por así decirlo, mi nuevo hogar, asistía al instituto de enseñanza media Franz-Ludwig-von-Erthal. Esta institución llevaba el nombre en honor al obispo principal de Wurzburg y Bamberg nacido en 1730 en Lohr. La orden no tenía una escuela propia. Mientras que hasta 1933 y a pesar de la situación de crisis económica de los años treinta, vivían hasta ciento cincuenta estudiantes en el Aloysianum, después de la toma de poder de Hitler el número de estudiantes se redujo. Eso se debía a la discriminación de las instituciones educativas monacales.

Internamente veo, aún hoy, el edificio de tres niveles con influencias del barroco con sus tres construcciones transversales; los pasillos tan llenos de luz; las ventanas y sus vidrios al estilo del modernismo; las escalinatas con barandas de hierro forjado y lisos pasamanos de madera; la capilla con su torre típica de la zona. En el Aloysianum me sentía en casa. Para mí, fue una linda época. Nunca sentí nostalgia. Porque en este mundo diferente tenía muchas más posibilidades y también libertades que en la casa de mis padres. Y sobre todo: ¡finalmente no más palizas!

Los padres simplemente eran buenos, nos querían y nos fomentaban. Nunca era aburrido, siempre estábamos ocupados. Deporte, caminatas, clases de música, representaciones de teatro, el uso de una gran biblioteca; se nos ofrecía tanto. Aquí aprendí a tocar el violín, era miembro de la orquesta de la casa y cantaba en el coro. Al permitirme estar en el internado, mis padres me habían hecho un gran regalo.

Un día de verano, durante el primer año en el internado, tomé consciencia de lo que el Aloysianum significaba para mí. Fui con amigos a nadar en el Meno. En la orilla, encontramos un gran madero que usamos como balsa para ir río abajo. Pero eso era algo que los "padres" nos habían prohibido expresamente. De repente, vi a mi maestro preferido parado en la orilla. Él nos había descubierto. A pesar de que nosotros terminamos de inmediato con nuestro viaje en balsa, nos llamó para hablar sobre la situación. Nos explicó que nuestro comportamiento le hubiera podido ocasionar grandes dificultades si nos hubiera sucedido algo. Porque el internado era el responsable por nuestro bienestar y nuestra seguridad. En los próximos cinco

días él iba a pensar si informaba a nuestros padres acerca de este incidente. Eso hubiera significado la expulsión del internado.

Los días que siguieron, para mí, fueron un infierno. Corría peligro de perder todo lo que recién había comenzado de manera tan linda y que me había hecho tan feliz. Después de cinco días, el maestro volvió a llamarnos. Pronunció las palabras salvadoras: no se les informaría a los padres, con la condición de que nosotros prometiéramos no emprender una aventura así nunca más. Ese fue el día más feliz de mi vida, hasta ese momento bastante corta. Pero la reacción del maestro también me había mostrado algo más, algo que me llenaba de profunda alegría: sentí que el maestro me amaba y yo a él también.

Al igual que en mi casa paterna, en el internado me movía en un campo protegido y seguro ante la ideología del nacionalsocialismo. Eso nos diferenciaba, a nosotros que vivíamos allí, de otros jóvenes. Ninguno de nosotros iba a las reuniones de la juventud hitleriana como por ejemplo la “Hitlerjugend”. Por ese motivo casi no teníamos contacto con el sistema.

Pero en 1938 el Aloysianum sintió la brutalidad del estado nacionalsocialista. Después de que el 13 de marzo de 1938 las tropas alemanas hubieran invadido Austria, Hitler había ordenado redactar, al día siguiente, la “Ley para la reunificación de Austria con el Reich alemán”. Para ello, se había fijado el 10 de abril como el día para el referéndum popular. Debía realizarse tanto en lo que había sido Austria, como también en el denominado “Altreich” (Reich antiguo), o sea Alemania. En el llamamiento se decía: “Ningún voto deberá resultar inválido por descuido. Por lo tanto vota recién una vez que te hayas informado detalladamente. Tu cruz deberá ubicarse en el círculo grande que tiene el título: Sí”.

Pero algunos “padres” del internado, como así también algunas hermanas que trabajaban en la cocina, no siguieron la indicación y votaron con un No. Eso llamó la atención. Esa misma noche, después de un desfile de antorchas, se reunieron varios hombres de la sección de asalto (SA) delante del Aloysianum y con grandes letras escribieron en el muro del edificio: “Aquí viven traidores” y “Votamos por No”. Luego rompieron alrededor de

200 vidrios de las ventanas. También en mi salón dormitorio volaban las piedras. Al día siguiente el director y el prefecto del internado fueron llevados a prisión preventiva. Este procedimiento no estaba sujeto a ningún control judicial y se implementaba preferentemente con los enemigos del régimen. En general, a ellos les esperaba un largo lapso de sufrimiento, a menudo también asesinato en el campo de concentración.

Para nosotros, los estudiantes, ese día comenzaron las vacaciones. Viajamos a casa por dos semanas.

También en los años subsiguientes, en el Aloysianum, fui testigo de la locura del régimen nacionalsocialista. Comenzó con el famoso primero de septiembre de 1939 cuando Hitler anunció en el parlamento (*Reichstag*): "A partir de las 5:45 horas se contestan los disparos". Con el ataque a Polonia, había estallado la Segunda Guerra Mundial que reclamaría la vida de casi sesenta millones de personas. Después de una política de espera, dos días más tarde Gran Bretaña y Francia declararon la guerra al Reich alemán. Pero ya en 1938 la conducción del partido había comenzado, con un plan secreto, la evacuación de la población de las zonas limítrofes. Eso iba a tener efectos graves para el Aloysianum.

Ya dos días antes del comienzo de la guerra, se habían realizado los primeros preparativos para las medidas de evacuación. Poco después, a las autoridades del lugar, se les informó que, sorpresivamente, se esperaba la llegada de refugiados. Venían, en primer lugar, de la zona denominada Zona Roja. Era un cinturón de 20 kilómetros de ancho que se extendía a la orilla izquierda del Rin desde el Eifel hasta el Rin al sur de Karlsruhe y desde allí, comprendía la franja limítrofe de la orilla derecha del Rin hasta el límite con Suiza. El 3 de septiembre los habitantes, denominados "personas conducidas al retorno" recibieron la orden militar para "liberar las zonas de residencia". Por un lado, de esa manera se los quería proteger ante el peligro de la guerra en ciernes y por el otro, de esa forma, se aseguraba la movilidad de las fuerzas armadas. Sólo se permitían 30 kilogramos de equipaje por persona. Las casas abandonadas no debían quedar bajo llave y todo el ganado debía permanecer en el lugar.

Las personas conducidas al retorno eran acomodadas en el interior del Reich alemán. También con nosotros, en el Aloysianum. Para eso se confiscó toda la parte de abajo como alojamiento masivo. Tuvo que pasar casi un año, finalizada la campaña a Francia y firmado el cese el fuego de Compiègne, para que los evacuados pudieran regresar a sus hogares.

Pero incluso después de eso, los nacionalsocialistas usaron el Aloysianum para sus fines enajenados. Así, en 1940, se convirtió en un campamento de traslado para los alemanes del este. Ya a comienzos de la Segunda Guerra Mundial Hitler había dejado en claro que planeaba un orden totalmente nuevo para Europa. En su discurso del 6 de octubre frente al parlamento, anunció una limpieza popular de los corredores del este y el sudeste. Bajo el lema "de regreso al Reich" los nazis planeaban construir un Reich pangermano. Por eso se conduciría a pobladores y expatriados de regreso al territorio dentro de los límites del Reich. Se trataba de alrededor de medio millón de personas del Báltico, Besarabia y Volinia, de Bucovina y Dobruja, de Croacia y Serbia e incluso del sur de Tirol.

La condición previa para esa migración masiva fue el pacto Hitler - Stalin de 1939. Determinaba qué zonas de Europa oriental iban a quedar para la Unión Soviética. Los pobladores reubicados recibían como indemnización terrenos expropiados de la parte de Polonia ocupada por Alemania, en el Protectorado Bohemia y Moravia como también en bajo Estiria. Con ese fin y ya antes del ataque a la Unión Soviética, polacos y judíos eran expulsados de las zonas reservadas para los "alemanes del pueblo" (*Volksdeutsche*) o eran encerrados en guetos.

Esta política de traslados estaba muy conectada con el Holocausto. Por ejemplo, Adolf Eichmann había rotulado a una serie de deportaciones de judíos con la abreviatura "Ref.: Hacer lugar para alemanes de Lituania". Desde diciembre de 1939, Eichmann fue director de la Sección IV D 4 "Emigración y desalojo" (a partir de 1941 Sección IV B 4 "Cuestiones de judíos y cuestiones de desalojo") del cuartel principal de seguridad del Reich (RSHA) y como tal, uno de los principales responsables del asesinato de aproximadamente seis millones de personas. Heinrich Himmler, finalmente, quien a partir de 1943,

fue ministro del interior y uno de los máximos responsables del Holocausto, había sido nombrado en octubre de 1939, "Comisario del Reich para la consolidación de las características nacionales alemanas" (RFK) y como era tal, el responsable del programa "De regreso al Reich".

Pero también había muchas miles de personas trasladadas que eran llevadas a la zona del Reich donde luego, muy al contrario de las grandilocuentes promesas, vivían mayormente en campamentos. Para acomodarlos, las autoridades confiscaban preferentemente instalaciones de la iglesia católica. Así también alrededor de cuatrocientas personas de muy diferentes procedencias, culturas y creencias encontraron un lugar para quedarse en el Aloyisianum.

En ese entonces, quedábamos sólo cincuenta y cinco estudiantes. Teníamos permiso para usar solamente un nivel de dormitorios. Finalmente en 1941 los nazis ordenaron el cierre del internado. Para mí había llegado el momento del regreso al hogar de mis padres.

Mientras tanto, mi familia se había mudado a Kassel donde mi padre estaba empleado en una empresa de armamentos. Yo concurría al instituto de enseñanza media más tradicional y antiguo de la ciudad, el Friedrichsgymnasium, fundado en 1779. Aquí habían asistido a clases los Hermanos Grimm a partir de 1798. El estudiante más famoso fue, a partir de 1874, el Príncipe Guillermo de Prusia, más tarde Emperador Guillermo II, quien terminó sus estudios secundarios con su Abitur en 1877.

Al igual que en el instituto Franz-Ludwig-von-Erhal-Gymnasium en Lohr junto al Meno, en el Friedricshgymnasium se le daba un valor especial al latín como materia. Eso era de especial importancia con miras a mi deseo de ser sacerdote. Hasta hoy día, el latín es el idioma oficial del Vaticano, a pesar de encontrarse en retirada y siendo reemplazado por el italiano. Recién en el Segundo Concilio Vaticano, de 1962 a 1963, se decidió abolir el latín como idioma oficial de las misas.

En mi hogar me encontraba, nuevamente, en el entorno de enemigos del régimen. Al lado nuestro, vivía la familia de Franz-Joseph Wuermeling,

con cuyo hijo me unía una estrecha amistad. Wuermeling, estrictamente católico, a partir de 1931 había sido ministro de la región y jefe de finanzas de la administración de la provincia de Kassel. Era uno de los pocos funcionarios de esa época que, después de la toma del poder de Hitler, se había negado rotundamente a afiliarse al partido nacionalsocialista. En 1939 había sido obligado a jubilarse por falta de confiabilidad. Más adelante sería el primer jefe de cancillería de Adenauer, luego de la fundación de la República Federal y ocuparía el cargo de ministro de familia desde 1953 a 1962. En la Alemania de la posguerra, Wuermeling fue conocido sobre todo en las familias más grandes porque introdujo los pasajes a precio más económico, que en el idioma oficial alemán eran denominados "certificado para reducción del precio de viaje para familias numerosas", pero que en la boca del pueblo eran conocidos simplemente como "Wuermeling".

A la casa Wuermeling iban y venían mucho jesuitas. Su forma de hablar y de discutir, su apertura frente al mundo y su brillantez espiritual, su profunda formación teológica y filosófica pero también su disciplina, me impresionaron fuertemente. A diferencia de otras órdenes, renuncian a los hábitos de su orden y no viven retirados en monasterios. No son obedientes en el sentido tradicional, cada uno de ellos es autónomo. Con mucho respeto, me encontraba frente a su libertad espiritual. No por nada, hasta hoy día, los jesuitas son considerados punta de lanza intelectual de la iglesia católica. En ese entonces, lo que irradiaban me hacía bien ya que era el extremo opuesto a los nacionalsocialistas. Durante la época del nacionalsocialismo se los veía como "parásitos del pueblo". A muchos se les impuso la prohibición de dar sermones, fueron internados en campos de concentración y asesinados.

Mi admiración por los jesuitas era tal que reflexioné acerca de convertirme en uno de ellos. Pero había algo que me detenía: muchos jesuitas son obligados a ser maestros –y eso no podía imaginarlo para mí. Para enseñar a alumnos durante décadas no hacía falta que me plegara a una orden y me convirtiera en sacerdote. Así pensaba en ese entonces. Me parecía mejor ir a Mariannhill. Pero la vida tiene preparado para uno, precisamente lo no

deseado y lo que no se ha podido imaginar. Jamás hubiera soñado con ser maestro en Sudáfrica en algún momento.

En esa época también me había afiliado a un pequeño grupo juvenil católico prohibido, que aparentemente era observado por la *Gestapo*. Los encuentros regulares tenían lugar en secreto. Pero una y otra vez, venían miembros de la juventud hitleriana por casa para llevarme al servicio. Mi madre insistía cada vez en que yo no me encontraba. Pero en algún momento, el hecho de mantenerme alejado, se convirtió en una creciente amenaza para mi familia. Por lo tanto, siguiendo el deseo de mis padres, cada quince días tocaba el violín en una orquesta de la juventud hitleriana.

En 1943, un año antes del *Abitur* (certificación del bachillerato), al finalizar el séptimo año de la enseñanza media, concluía mi época escolar. Ya en 1936 la duración de la enseñanza media había sido reducida a ocho años. El motivo era que, de esa manera, el ejército alemán podía ser rearmado con mayor celeridad mediante candidatos a oficial que estarían a disposición anticipadamente. Al igual que mis compañeros, yo también fui reclutado para el servicio social. Ese mismo año el Friedrichsgymnasium fue destruido por una bomba durante un ataque y se quemó íntegramente. El fin de mi época escolar fue también el fin de mi juventud. Ante mí habría años de horror y miedo a la muerte, de hambre y de tristeza.

Servicio social y vida de soldado

Al completar el séptimo nivel, todos fuimos reclutados al Reichsarbeitsdienst (RAD –Servicio Social del Reich). A mis compañeros y a mí nos correspondía la circunscripción XXII, Hesse norte, Kassel. Su distintivo era una colina de robles como símbolo de la riqueza de bosques de Hesse.

El servicio social no fue una idea de los dirigentes nacionalsocialistas, la habían, por así decirlo, robado de Bulgaria. Como socio de Alemania, había perdido la Primera Guerra Mundial y como consecuencia tuvo que reducir su ejército y transitar una fuerte crisis económica. Por ese motivo, ya en 1920 se implementó un servicio obligatorio sin remuneración al que todos los años era convocado alrededor de un 30% de la población para trabajo comunitario, en especial en el sector de la construcción vial. De esa manera los desempleados ya no estaban en la calle, se podían realizar los proyectos necesarios a buen precio y educar a los jóvenes para transformarlos en ciudadanos leales. Políticos y economistas conservadores alemanes, pero también la izquierda moderada, seguían con interés el programa búlgaro y se pronunciaron a favor de introducirla en el país propio.

Pero recién el 26 de junio de 1935 fue promulgada la ley para el trabajo social en el Reich que permitía que la organización se transformara en un instrumento importante para la economía y en parte también, para la educación en el sentido nacionalsocialista. Al comienzo sólo se reclutaban hombres jóvenes, entre dieciocho y veinticinco años, por medio año para el servicio social, al comenzar la Segunda Guerra Mundial esto se amplió para incluir a la juventud femenina. Si bien la ley incluía a todos los

jóvenes, según el Art. 7 se excluía a "quienes fueran de descendencia no aria o que estuvieran casados con una persona de descendencia no aria". Si a pesar de todo, hubiera habido "no arios dignos de pertenecer al ejército", se les prohibía expresamente ocupar la posición de un superior.

A pesar de que la ley de 1935 decía explícitamente que ese servicio social era un "servicio de cortesía para el pueblo alemán" y debía "educar a la juventud alemana de acuerdo a la idea del nacionalsocialismo para la comunidad y el verdadero concepto de trabajo, sobre todo para el respeto que merece el trabajo manual", el servicio social, en un principio, estaba limitado al trabajo comunitario. A partir de 1938 se empleó también para servicios militares de apoyo como, por ejemplo, la construcción de la línea Sigfried y después del comienzo de la guerra, para la preparación del adiestramiento militar. En la última fase de la guerra, incluso, se fueron armando pequeñas unidades del ejército denominadas Reichsarbeitsdienst-Divisionen (Divisiones de Servicio Social del Reich).

En los procesos por crímenes de guerra de Nuremberg apenas se mencionó la institución del servicio social y tampoco se aludió a ella como "organización criminal". Sólo su director, Konstantin Hierl (1875-1955), líder de los trabajadores durante el Reich y posteriormente Ministro sin cartera, fue condenado durante el proceso de desnazificación como "principal culpable" y sancionado a cinco años de trabajo forzado en 1948.

El servicio social estaba dividido en trabajos por zona, grupos y divisiones. A eso se le agregaba una estructura jerárquica similar a la militar. Y por supuesto, tampoco podía faltar el uniforme. Tenía un corte similar al del uniforme del ejército, pero era marrón en lugar de gris, y en la manga izquierda ostentaba la cruz esvástica y el distintivo del RAD, una pala rodeada de dos espigas de cebada. Todo junto debía simbolizar los grupos de los soldados, los labradores y los obreros, aquello que, en la terminología de los nacionalsocialistas, también se podía traducir como disciplina, fruto de sangre y suelo y sentido del deber. El accionar de todo esto, en conjunto, correspondía al objetivo de la educación para el tipo de persona nacionalsocialista. Lo que llamaba mucho la atención era, que

para la cabeza, el uniforme de gala preveía una mezcla extraña de sombrero y gorro, que groseramente se denominaba "culo con mango".

Como en el ejército, uno no tenía permitido abandonar la zona de operaciones sin permiso. A pesar de eso un día me escabullí. Extrañaba demasiado a mis padres a quienes quería visitar al menos por unas pocas horas. Tuve suerte, nadie había advertido mi ausencia y si uno de mis compañeros lo había notado no me había denunciado.

No obstante, yo me movía en un entorno peligroso. Ya uno de mis primeros días en el grupo de servicio, una tarde, uno de los superiores se acercó a mí intencionalmente y me implicó en una conversación. Hábilmente llevó la conversación a Hegel y Nietzsche. Si bien a los diecisiete años yo no sabía mucho de estos dos filósofos, algo sí sabía. Recuerdo muy bien las palabras del superior. "Hegel previó el estado actual", declaró. Y yo respondí: "Hegel odiaba al estado". A lo que como un balazo, surgió de su boca: "Usted odia al estado". En ese momento me quedó claro que esta no era una conversación normal. Era un interrogatorio. El hombre era de la Gestapo, me enteré más tarde.

Las consecuencias de esa conversación las iba a sentir un año más tarde. Mientras tanto había sido reclutado por el ejército. Como todos los jóvenes estudiantes de la enseñanza media al servicio de la guerra, también a mí, me habían "regalado" el último año escolar. Normalmente se me debería haber enviado mi boletín de calificaciones del último año (Abitur). Para eso se pedía un certificado de conducta emitido por el servicio social. Pero en mi caso ahí decía: "Es un peligro potencial para el pueblo". Eso significaba que: si Alemania hubiera ganado la guerra, a mí se me hubiera liberado para ser ejecutado. Por el momento todavía se me podía usar como carne de cañón. Pero se me quería negar el Abitur.

Que se me haya entregado el boletín a pesar de eso, se lo debo a mi madre. Como una leona, luchó por mí. Sin dudarlo obligó al rector de la institución secundaria a escucharla y le dijo: "Mi hijo ahora está en el ejército. Arriesga su vida. ¿Y ustedes le quieren negar el boletín del Abitur?". La situación era muy incómoda para el rector, incluso se sentía avergonzado y finalmente entregó el boletín a mi madre.

Yo estaba asignado a la infantería en el frente occidental en Francia. Eso significaba: acción militar. Entre otras cosas, nuestro equipamiento constaba de casco de acero, botas para marchar con suela de cuero y herrajes, máscara de gas M 30, mochila y como arma, un fusil o una ametralladora.

Fueron tiempos de muerte, no solamente en el frente, sino también en el hogar. A mi lado, muchos compañeros murieron o resultaron gravemente heridos. En ese entonces, una compañía constaba sólo de entre sesenta o hasta setenta soldados. Después de ocho días de acción, tal vez, quedaban veinte. Los otros habían caído o resultado heridos o estaban prisioneros. Entonces simplemente se reunía una nueva compañía, era enviada al frente y después de ocho días volvían a quedar veinte. Y así seguía. Esas son experiencias profundas. En la guerra forman parte de la vida normal. Ahí casi no hay espacio para un duelo.

Cada compañía era una comunidad. Uno dependía del otro, se necesitaban mutuamente y se respetaban. Uno respondía por el otro. Había muchas experiencias de camaradería y no había diferencias de nivel social. Todos eran iguales. Para mí, eso era nuevo. Antes de la guerra, aquellos que cursaban la enseñanza media en una institución se mantenían entre sí. Ahora, en el frente, todos los niveles de cultura estaban juntos. Aquí, donde se trataba de vida o muerte, el título escolar ya no contaba. Para mí, fue una gran experiencia ver cómo cada persona era diferente, cuántas experiencias distintas traía cada uno de la vida antes de la guerra. Y, sin embargo, ahora se estaba en unión y cercanía.

Pero había algo más que nos hacía iguales: todos nosotros no teníamos juventud, Hitler y sus bélicos nos la habían robado. No había espacio para encontrarse con uno mismo, eso a lo que a partir de la generación que me sigue, se le dio tanta importancia. A veces pienso que esta generación, de alguna manera inexplicable, está ligada a nosotros, los sin juventud. Como si hubieran recuperado aquello que a nosotros se nos negó, con la alegría por la vida y la intensidad propias. Las revoluciones estudiantiles y la comuna 1, los Beatles y los Rolling Stones, el movimiento flower-power y los hippies –todo eso pasó como un huracán por encima de la sociedad regida

por reglas, normas y prohibiciones, y eso a nivel casi mundial. Dios mío, cuán lejos estaba de mi generación el eslogan "Imagínate, es época de guerra y nadie va". Estábamos a disposición de matar y tantos de nosotros de morir. La mitad de mis compañeros de clase cayeron en la Segunda Guerra Mundial, algo que en ese entonces no era nada especial. Yo mismo tenía la sensación de estar implicado en algo de lo que no podía escapar. Sobre mí, imperaba un poder, al mismo tiempo siniestro y secreto, que me exponía a un riesgo de vida constante. A veces, incluso hoy día, me sorprende cómo salí ileso de todo eso. Muchas veces apenas escapé de la muerte, por ejemplo, cuando tuvimos que correr por un campo minado porque no había otra salida para salvarnos.

La muerte simplemente siempre estaba al lado de uno, en cualquier momento podíamos morir por un tiro, nunca se sabía si se iba a sobrevivir a un combate. Si todo salía bien, se respiraba aliviado. Todo estaba concentrado en el instante. Pero esa omnipresencia de la muerte, esa presencia constante también a uno le quitaba el miedo a ella.

Esa proximidad a la muerte, a morir, hasta el día de hoy, me es familiar y cercana. Me quitó la idea de la muerte como algo terrible, me transmitió el asentir a la muerte propia. Al mismo tiempo, esa proximidad a la muerte me llevó a que configure mi vida con más intensidad –una experiencia que probablemente compartan la mayoría de aquellos que han sobrevivido a una guerra. Tienen en común una fuerza especial, una respuesta afirmativa a la configuración de la existencia propia. Si no fuera así ¿de dónde las mujeres que limpiaban los escombros sacaban la fuerza para limpiar las piedras de los desechos después del horror de los bombardeos? ¿De dónde sacaban aquellos que regresaron de la guerra la fuerza para construir, partiendo de la nada, una nueva existencia después de años de devastadora prisión?

Las personas ganan fuerza también a través de su destino, a través de tareas que pudieron manejar y de sufrimiento superado. Más allá, pareciera que fueran sobre todo las personas con las que estaban unidas y con las que están unidas, como un círculo invisible, les dieran peso, fuerza y

amplitud. Los sobrevivientes del Holocausto, por ejemplo, parecen rodeados por los muertos con los que estaban unidos en comunidad de destino, como si éstos estuvieran siempre presentes cuál fuerza muda. Y así parece como que los sobrevivientes mientras viven, también pertenecen a los muertos, como si los muertos fuesen recordados a través de ellos y como si nos recordaran también a nosotros esa otra realidad, la más grande y oscura. Algo similar vemos también en guerreros sobrevivientes. También ellos están unidos a muchos muertos, están rodeados por ellos, los amigos muertos y los enemigos muertos. Y referido a mí: si no fuese por esa experiencia de la cercanía de la muerte, ¿de dónde hubiera sacado la fuerza para tomar decisiones desaprobadas por otros y que, para la construcción de mi vida futura, eran decisivas?

Escribí muchas historias. Una de ella trata de esta cercanía a la muerte.

El huésped

En alguna parte lejos de aquí, donde tiempo atrás se encontraba el Lejano Oeste, un hombre iba caminando con su mochila a la espalda, atravesando un país vasto y solitario. Después de andar muchas horas, el sol ya estaba alto y su sed era imperiosa –vio una granja en el horizonte. “Gracias a Dios” pensó, “por fin un hombre en medio de esta soledad. Entraré en su casa, le pediré algo de beber, y quizás después nos sentemos un poco en la galería y charlemos antes de que continúe mi camino”. Y se imaginaba qué bonito sería.

Al acercarse, sin embargo, vio que el granjero empezaba a labrar el huerto delante de su casa, y las primeras dudas lo invadieron. “Probablemente tendrá mucho que hacer”, pensó, “y si le digo lo que quiero, tal vez no le siente bien y hasta podría pensar que soy un descarado”. Así, al pasar por la huerta, tan sólo saludó al granjero con un gesto y pasó de largo.

El granjero, por su parte, ya lo había visto de lejos y se alegró. “Gracias a Dios”, pensó, “por fin otro hombre en medio de esta soledad. ¡Ojalá se acerque hasta aquí! Entonces tomaremos algo juntos, y quizás nos sentemos en la galería y charlemos un rato antes de que siga su camino”.

Y entró en la casa para preparar unos refrescos. Pero al ver al forastero que se acercaba, también él comenzó a dudar. "Seguramente tendrá prisa, y si le digo lo que quiero, tal vez no le siente bien y hasta podría pensar que me meto en lo que no me llaman. Pero quizás tenga sed y quiera entrar él mismo. Lo mejor será que me vaya al huerto delante de casa y haga ver que tengo trabajo. Ahí me tendrá que ver, y si realmente se quiere acercar hasta aquí, se notará". Cuando, finalmente el otro lo saludó desde lejos y siguió su camino, se dijo: "¡Qué pena!".

El forastero, sin embargo, continuó caminando. El sol seguía subiendo, su sed aumentaba, y pasaron horas hasta que en el horizonte divisó otra granja. Entonces se dijo a sí mismo: "Esta vez entraré en casa de este granjero, le siente bien o no. Tengo tanta sed que necesito beber".

Pero también el granjero ya lo había visto de lejos y pensó: "¡Espero que éste no venga a mi casa! ¡Lo único que me faltaba, con todo lo que tengo que hacer! ¡No estoy para atender a otros!". Y siguió con su trabajo sin levantar la mirada.

El forastero lo vio en el campo, se acercó a él y dijo: "Tengo mucha sed. ¡Por favor, dame algo de beber!". El granjero pensó: "¡Vaya!, ahora no le puedo decir que no, al fin y al cabo no soy de piedra". Así, lo llevó a su casa y le dio de beber. El forastero dijo: "Estuve mirando tu huerto. Se nota que lo trabaja alguien que entiende, que ama las plantas y sabe lo que necesitan". El granjero contestó: "Veo que también tú entiendes de estas cosas". Se sentó y charlaron un buen rato. Después, el forastero se puso de pie y dijo: "Ya va siendo hora que me vaya". El granjero, sin embargo, le replicó: "Mira, el sol ya está bajo. Quédate aquí esta noche. Nos sentaremos en la galería y charlaremos un rato antes de que mañana continúes tu camino". Y el forastero asintió.

Al caer la tarde, se sentaron en la galería mientras la vasta llanura se iba transformando bajo la luz del crepúsculo. Cuando la oscuridad empezó a ceñirse a su alrededor, el forastero comenzó a explicar cómo le había cambiado la vida desde que se había dado cuenta de que había otro que lo acompañaba en cada paso que daba. Al principio no quería creer que hubiera alguien que fuera continuamente a su lado, que se detuviera

cuando él se detenía, que cuando reanudaba su camino se levantara con él. Y había tardado un tiempo en comprender quién era su compañero. “Mi fiel compañera –dijo– es mi muerte. Tanto me he acostumbrado a tenerla a mi lado que ya no puedo prescindir de ella. Es mi mejor amiga y la más leal. Cuando no estoy seguro, cuando no sé qué tengo que hacer, hago un alto en el camino y le pido que me haga llegar una respuesta. Me entrego por completo, en cuerpo y alma, sabiendo que ella está ahí y yo estoy aquí. Y sin aferrarme a ningún deseo, espero que me llegue una señal. Si estoy centrado y la encaro con valentía, al cabo de un tiempo me llega una palabra suya, como un relámpago que ilumina lo que estaba oscuro, y entonces veo con claridad”.

Al granjero le parecían extrañas estas palabras; se quedó un rato largo mirando la noche en silencio, sin decir nada. Después, también él vio quién le acompañaba: su propia muerte. Y se inclinó ante ella. Le pareció como si el resto de su vida se hubiera transformado en algo precioso como el amor que conoce el adiós y, como el amor, rebosara hasta el borde.

A la mañana siguiente comieron juntos y el granjero dijo: “Aunque te vayas, me queda una amiga”. Después, salieron de la casa y se dieron la mano. El forastero continuó su camino y el granjero volvió al campo.

Bert Hellinger, *El centro se distingue por su levedad*, pág.48.

En la fase final de la Segunda Guerra Mundial, el frente occidental junto con el frente oriental constituía el escenario bélico más importante. El 6 de junio de 1944 los aliados occidentales, bajo el mando del, más adelante presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Dwight D. Eisenhower, aterrizaron en Normandía y liberaron Francia y Bélgica. Dado que al comienzo los Aliados no lograron ingresar al interior de Alemania, la avanzada se estabilizó por un tiempo en el Westwall, o línea Sigfried cuyo principal frente de combate se encontraba al este de Aquisgrán. Sólo quedaban cuatro divisiones de alrededor de dieciocho mil hombres como también la tropa militar bajo el mando del Coronel Maximilian Leyherr en acción allí. Entre ellos estaba yo.

Ya, el 12 de septiembre de 1944, el VII Cuerpo de ejército de los Estados Unidos de Norteamérica cruzó la frontera alemana. A principios de octubre el Cuerpo del Ejército XIX de los Estados Unidos de Norteamérica comenzó a atacar Aquisgrán. Alrededor de trece mil soldados del ejército, así como cinco mil hombres del grupo Volkssturm (grupo de apoyo del ejército) mal entrenados e insuficientemente armados, se enfrentaban a la supremacía de los soldados norteamericanos. Después de feroces luchas, las tropas alemanas capitularon el 21 de octubre de 1944. Del lado del enemigo había que lamentar dos mil soldados caídos y tres mil heridos, del lado alemán cuatro mil caídos y dos mil heridos. Uno de cada tres soldados alemanes había caído o había resultado herido. Pero yo había sobrevivido a la gran lucha por Aquisgrán. Ileso. Aquel que no había caído, pasó a ser prisionero norteamericano. Yo también.

Junto con mil seiscientos prisioneros, fui internado en un campamento en Bélgica, en Charleroi. Allí se trataba de un enorme campamento de refuerzo y suministro del ejército norteamericano con un sin número de vías. Diariamente debíamos realizar pesados trabajos físicos durante diez horas. Durante ese año como prisionero, cargamos y descargamos aproximadamente un millón de toneladas de suministros de alimentos que eran transportados en tren a sus lugares de destino. Porque luego de la conquista de Aquisgrán, Eisenhower avanzó con sus tropas hasta el frente del Ruhr que se extendía al este de la ciudad bordeando el río Ruhr. En enero/febrero de 1945, las tropas lograron romper el frente y avanzar más hacia el norte.

La alimentación en el campamento, era espantosa. Siguiendo una orden especial de Eisenhower nuestra ración diaria había sido reducida a la mitad. Porque una vez que los crímenes de los nazis en los campos de concentración habían sido descubiertos por los Aliados, Eisenhower ordenó que los prisioneros de guerra (POW –Prisoners of War) debían ser considerados como fuerzas enemigas de combate sin armamento (DEF –Disarmed Enemy Forces). Las tropas soviéticas habían liberado el campo de concentración Majdanek el 23 de julio de 1944 y el de Auschwitz el 27 de enero de 1945; las tropas de los Estados Unidos de Norteamérica liberaron el campo

de concentración Buchenwald el 11 de abril de 1945 y el 29 de abril de 1945 el de Dachau, para nombrar sólo algunos.

La orden de Eisenhower, para nosotros, significaba que no estábamos protegidos por la Convención de Ginebra de 1929 que regulaba el trato, albergue y alimentación con dignidad humana ya que por definición no éramos prisioneros de guerra sino fuerzas enemigas sin armamento. Pero, ¿teníamos derecho a quejarnos? Probablemente no. Después de todo, los nazis habían consentido conscientemente la muerte por inanición de cientos de miles de prisioneros de guerra soviéticos y habían deportado a millones de civiles para el trabajo forzado.

Para sobrevivir en el campamento, uno debía robar alimentos. Con la escasa ración que se nos asignaba no se podía soportar el diario acarreo de pesadas cajas y cajones durante horas. Pero a aquellos que eran sorprendidos robando les esperaba un duro castigo: treinta días de "construcción"; en lugar de trabajar durante diez horas, en ese caso se debían trabajar doce horas diarias. Durante la noche se amontonaba a cincuenta hombres en un pequeño espacio sin la posibilidad de sentarse y mucho menos recostarse. La razón diaria era reducida aún más: cinco galletas a la mañana, cuatro al mediodía y nuevamente cinco a la noche. No había nadie que aguantara eso durante treinta días. La mayoría ya colapsaba después de diez o quince días. Hubo cinco compañeros que en su desesperación intentaron huir. Todos fueron atrapados, llevados al paredón y fusilados.

Por supuesto que yo también robé alimentos –no había otra opción. Cuando fui atrapado por primera vez, ya salí de la "construcción" después de cinco días. Eso fue un enigma para mí. Más adelante me volvieron a descubrir mientras robaba. Era invierno y las normas de castigo habían sido agravadas una vez más. Primero uno recibía una paliza, luego había que cavar una fosa. Después uno era rapado y llevado a una barraca sin ventanas. Por supuesto que no había mantas para la noche. La alimentación consistía en pan y agua. Y nuevamente sucedió algo extraño: no recibí ninguna paliza ni me raparon. En ese entonces pensé: "Si de aquí salgo sin una pelada, para mí eso es una señal: debo huir". Y así sucedería más adelante.

En ese entonces había un guardia norteamericano que se mantenía cerca de mí persona continuamente y se ubicaba delante mío para protegerme. ¿Cómo era eso? Muchos de mis compañeros se burlaban de ese soldado – ya que, como se suponía, no comprendía alemán. "Ese es homosexual", se decía. O se burlaban de su cabello colorado. A mí eso no me agradaba. Una y otra vez invitaba a mis compañeros a abstenerse de esos insultos despectivos e irrespetuosos. Yo les recomendaba: "No deben hablar así".

Aquel que se coloca por encima de otros pierde la conexión con ellos. Se retira de ellos y ellos de él. Por ese motivo la arrogancia hace que uno se quede solo. Y hace que uno sea desconfiado. Aquel que se coloca por encima de otros de esa manera, debe temer que los otros lo rechacen, que en secreto esperen que se precipite desde ese lugar arrogante elevado hasta llegar a ser nuevamente igual a ellos. Sí, incluso él mismo, en secreto, espera su caída porque su alma no aguanta esa soberbia en el tiempo. Por eso, finalmente, comete errores que para los de afuera resultan incomprensibles pero que están en sintonía con su alma. No aguantamos esa presunción arrogante durante mucho tiempo. Las demás personas tampoco la aguantan durante mucho tiempo. Pero también aquel que se rebaja y se coloca por debajo de las demás personas, pierde la conexión con ellas. Perciben la exigencia de esa forma de humildad y la negación a hacer lo que corresponde a la grandeza humana. La verdadera grandeza es exigente, pero de una manera benefactora. Porque así como reconoce a los demás, también espera ese reconocimiento por parte de ellos.

Recién mucho después, me enteré a través de un amigo que permaneció más tiempo en el campamento, que ese "norteamericano" era un alemán. Como judío, había huido de los nazis a Estados Unidos de Norteamérica, el día "D" se lanzó de un bote de desembarco a la costa de Normandía y ahora estaba designado a custodiar a sus antiguos enemigos. Comprendía cada palabra sin que se le notara señal alguna en su rostro. Había reconocido que yo lo defendía, que lo respetaba. Como agradecimiento, él me cuidaba y me protegía.

En esa época había aproximadamente un millón y medio de judíos luchando en las fuerzas de los Aliados, aproximadamente 550.000 con los

norteamericanos. Muchos de ellos habían emigrado de Alemania a los Estados Unidos de Norteamérica, entre ellos, por ejemplo, hombres famosos como los escritores Stefan Heym y Klaus Mann, hijo de Thomas Mann, pero también el periodista Franz Spelman, el inventor del concepto "Fräuleinwunder" (milagro de señorita).

Ya después de siete días pude abandonar la barraca –incluso sin interrogatorio. De inmediato comencé con los preparativos para mi huida ya que sabía con seguridad que era un buen momento para este paso. Un año de cautiverio era suficiente.

En mi vida, a menudo tomé decisiones importantes sin dudarlo. Al hacerlo sigo una guía interior y estoy totalmente convencido de lo que hago. Porque siempre sé con certeza: "esta etapa de la vida, pasó". Entonces, ¿para qué esperar?

Lo viejo se vuelve viejo cuando viene lo nuevo. Ahí tiene permiso para haber concluido. Ni bien puede terminar para nosotros, nuestra mirada y nuestro movimiento van hacia adelante. Si nos detenemos en ese movimiento, también lo nuevo se detiene. En lugar de venir, para. Lo nuevo que hace que lo viejo sea viejo, le quita su tiempo y sus posibilidades. Cuanto antes nos sintonizamos con lo nuevo, tanto antes lo viejo queda atrás. Queda atrás sin retrasar lo nuevo y sin obstaculizarlo. ¿Lo viejo pasó totalmente entonces? A través de lo nuevo tiene sus días contados. Por más precioso y valioso que haya sido para nosotros, sólo si se incorpora a lo nuevo, se incorpora como algo viejo y al mismo tiempo sigue quedando en lo nuevo, puede seguir teniendo un efecto en lo nuevo.

Ni bien algo debe durar eternamente, ya es viejo. Debe mantenerse en el tiempo como algo viejo, sin hacer lugar a lo nuevo. Sólo en lo nuevo puede quedarse para nosotros durante un tiempo; eso sí, en comparación con lo nuevo, como menos en lugar de más.

Lo nuevo renueva lo viejo. Reemplaza a lo viejo sólo hasta que a su vez también hace lugar a lo nuevo que aparece. Lo viejo continúa en lo nuevo y al mismo tiempo florece en él.

¿Hacia dónde va nuestra mirada y hacia dónde va nuestro movimiento cuando continúan avanzando? Se alejan de lo viejo hacia adelante. Sin embargo, lo viejo sigue presente en lo nuevo, presente como nuevo, presente durante un tiempo. Acompaña a lo nuevo y junto con lo nuevo va más allá de eso nuevo que pronto será viejo hacia un movimiento en el que todo se hace más, más de manera nueva –y nosotros en él.

Compartí con mis compañeros la fuga que planeaba. Formábamos una comunidad muy unida en la cual uno podía confiar en el otro. Así preparamos lo siguiente: mientras cargábamos un tren de suministro se me iba a armar un escondite en el cual no sería tan fácil que me encontraran. Una vez que el tren había sido cargado, a hurtadillas me escapé al vagón y me agazapé en el escondite. Con cajas y cartones, mis compañeros me habían casi amurallado. Podía estar de pie o sentado, pero no recostarme. Mis compañeros de prisión también me habían preparado una pequeña provisión de alimentos para que no tuviera que pasar hambre durante el viaje. Pero no había posibilidad de hacer mis necesidades. El tiempo en ese agujero oscuro me traumatizó y persiguió hasta una edad avanzada. Durante muchos años, viajando en avión, me fue imposible aliviarme, incluso durante vuelos largos. En la cabina me sentía encerrado como en mi escondite. Durante mucho tiempo tampoco pude soportar espacios en total oscuridad. Recién una vez que mi mujer Sophie, durante una regresión, me confrontó con lo experimentado, logré superar el trauma.

Mi desaparición no tardó en descubrirse. Por supuesto, se suponía que me encontraba en algún lugar dentro del tren. Durante la noche escuché cómo soldados norteamericanos pasaban por sobre los vagones buscándome. Escuché cómo decían: "There is a fucking german somewhere in the train" (Hay un maldito alemán en algún lugar en el tren). Luego el tren permaneció detenido durante todo un día en una estación de maniobras cercana sin que yo fuera descubierto. Porque además de ese, había allí otros 200 vagones más. Finalmente se abandonó la búsqueda. Nadie sentía ganas de descargar todo el tren sólo para hallar a un prisionero alemán. El esfuerzo y la entrega de suministros demorada como consecuencia, no tenían proporción con respecto a mi detención.

Y además –tal vez se pensaba– también podía estar en otro vagón. Así, el tren finalmente partió.

El tren tardó seis días en llegar de Charleroi a Alemania. Cada tanto se detenía. Mis compañeros habían dejado un pequeño hueco en mi escondite desde el que podía mirar hacia afuera por una ranura de la pared del vagón. Durante una parada miré por la pequeña ranura –directamente a los ojos de un soldado norteamericano que patrullaba el andén. Nuestras miradas se encontraron. El soldado prosiguió su marcha, yo respiré aliviado pero mi alivio no iba a durar mucho tiempo. Después de pocos segundos escuché cómo el soldado daba la vuelta y cómo sus pasos se volvían a acercar a mi escondite. Se detuvo exactamente delante de la ranura frente a mí. Intuitivamente cerré los ojos. Luego el soldado se dirigió primero al otro lado del vagón, lo abrió y fue pasando su mano por los espacios entre las cajas y cajones. Tal vez esperaba poder sentir mi cuerpo de esa manera. Pero por suerte, la construcción que me rodeaba era muy compacta. Finalmente el soldado abandonó, se volvió a cerrar el vagón y el tren continuó su marcha.

En Würzburg el tren se acercaba lentamente a una barrera en un paso a nivel. Yo podía escuchar que los soldados que acompañaban al tren estaban ebrios e intenté salirme de mi escondite. Pero un madero y los cartones por encima de mí eran tan pesados que me era difícil moverlos. Finalmente y con las últimas fuerzas, logré levantar el madero. Las cajas cayeron y yo tenía mucho miedo que alguien lo escuchara. Abrí la puerta del vagón, rápidamente tiré tres cajas de huevos y leche en polvo y salté del tren. Sigilosamente me acerqué a las cajas que estaban en las vías y las alejé. Serían un bonito regalo para mi madre en ocasión de nuestro reencuentro.

No muy lejos de allí, se encontraba el monasterio de los misioneros de Mariannhill; yo ya había estado bajo su tutela en el Aloysianum en Lohr cerca del Meno. Hacia allí orienté mi camino. De inmediato se ocuparon de mí y me vistieron con nuevas prendas. De esa manera pude quitarme el uniforme del ejército y moverme libremente y sin peligro por Alemania.

Mi huida me había regalado un año y medio de vida independiente. Así, poco antes de mi vigésimo cumpleaños, para mí, la guerra y el cautiverio

habían pasado. Dado que Alemania había perdido la guerra, estaba fuera de peligro en mi patria. En mi calidad de "parásito potencial", un final diferente probablemente hubiera significado una condena a muerte o un campo de concentración. Pero ahora finalmente podía llevar otra vez una vida en paz.

La paz mira hacia adelante. Las heridas sanan, los muertos son enterrados, los daños son reparados, lo destruido es reconstruido.

Al final de una guerra, siempre está la paz. Sólo la paz puede durar. No importa dónde vayamos a luchar, de una u otra manera, ésta sólo puede terminar cuando a esa lucha y controversia le sigue la paz. Sigue al agotamiento de ambos lados. Se llega a ella a través del agotamiento, se logra por impotencia.

De ahí que la paz tiene que ver con límites. Ambos lados llegaron a límites ante los cuales deben detenerse. ¿Cómo? Por agotamiento. El agotamiento y las pérdidas preparan la paz.

¿Puede la paz ser preparada y decidida por comprensión de esos límites en el momento oportuno? Evidentemente no.

La paz es un bien precioso y es frágil. ¿Qué la salva para que pase a un futuro que perdure? Cuando aquellos que tenían el conflicto entre sí, se unen en pos de objetivos comunes, de manera que para lograrlos se necesiten y que reconozcan cada vez más que uno depende del otro.

¿Qué es lo que más se opone a la paz? La soberbia, como que una cosa fuese mejor que otra. Esa soberbia con respecto a todo es lo que alimenta los grandes conflictos.

Desde Würzburg me fui abriendo camino a lo de mis padres en Kassel. Mi madre se asustó cuando aparecí en la puerta. Tuvo que tomar asiento, respiró profundamente, se llevó la mano al corazón y dijo: "Yo creía que habías caído y que Robert, que está desaparecido en Rusia, había sobrevivido". Es decir que ella esperaba que él regresara. Tal vez lo que en ella contaba de forma inconsciente era que mi hermano era su hijo preferido. Pero ahora era yo el que estaba vivo.

Años después me enteré de más detalles sobre la muerte de mi hermano. Durante una visita a mi lugar de nacimiento, Leimen, la mujer de mi primo Albert me contó: "Imagínate, hoy Albert se encontró con un hombre en el cementerio que le dijo que había estado como prisionero ruso junto con un Hellinger de Leimen". Visité a ese hombre y me confirmó que se trataba de mi hermano. Incluso había estado presente cuando mi hermano murió. Hubo sólo veinte hombres que sobrevivieron en el enorme campamento de prisioneros. Casi todos los demás habían muerto por disentería.

Me quedé un tiempo más con mis padres. Seis semanas después de mi fuga regresé a Würzburg e ingresé en la orden de los misioneros de Mariannhill. Comenzó una etapa de vida nueva, decisiva.

Vida en la orden y consagración como sacerdote

A comienzos de 1946 ingresé como novicio en el convento de los misioneros de Mariannhill en Würzburg. Ahí se encontraba también el seminario de la comunidad. El nombre que recibí de la orden fue Suitbert que en su forma abreviada, Bert, seguí usando toda mi vida.

San Suitbert fue un misionero anglosajón, monje benedictino y obispo itinerante que probablemente vivió desde 637 a 713 –aunque hay distintas suposiciones acerca de los años de nacimiento y muerte. Después de llegar a Frisia, alrededor del año 690, pudo registrar, al comienzo, buenos éxitos como misionero en la región de los *brukterer*[1] entre los ríos Lippe y Ruhr. En el año 710 fundó un convento en Kaiserswerth cerca de Düsseldorf que presidió como abad con gran ascetismo hasta su muerte. Cien años más tarde, el Papa León III lo santificó. A mí me gustaba que este Santo hubiera estado activo no muy lejos de la ciudad de Colonia, que había sido mi patria durante muchos años. El hecho de que además fuera el patrón protector contra dolores de garganta para mí era más bien secundario.

Pero, ¿por qué me decidí por los misioneros de Mariannhill? Tal vez –después de los horrores de la guerra, de una vida constantemente de cara a la muerte y la cercanía del morir– quería reconectar con lo que hasta ese momento había sido la época más feliz de mi vida, como si quisiera alejar y olvidar los años del terror. Esa época más feliz fueron mis años en el internado Aloysianum bajo la protección de los padres misioneros de Mariannhill. Me seguía sintiendo profundamente conectado con ellos. Y el anhelo de ser sacerdote se había mantenido desde mi infancia sin cambios.

1 Nota de la traductora. *Brukterer*: tribu germánica instalada entre los ríos Ems y Lippe.

La orden católica apostólica romana de hombres de los misioneros de Mariannhill tiene su origen en un monasterio trapense fundado en 1882 por el prior austríaco Franz Pfanner en una colina cerca del puerto sudafricano de Durban. Había sido consagrado a Santa María como patrona y a su madre Anna. Combinando las palabras Maria-Anna-Hill (*hill*: colina en inglés) surgió el nombre Mariannhill.

Los trapenses siguen las reglas de San Benedicto: *Ora et labora*– ¡Ora y trabaja! Trabajo duro y severas normas de la orden, como por ejemplo una vida en silencio total, marcan los días.

Rápidamente el monasterio de Mariannhill con sus alrededor de 300 monjes se había convertido en el monasterio trapense más grande del mundo. La mayoría de ellos eran obreros, sólo pocos eran sacerdotes. Después de un tiempo los monjes tomaron contacto con los nativos, fundaron escuelas e introdujeron los fundamentos de la agricultura. Cada vez más nativos pedían ser bautizados. A lo largo del tiempo no fue posible unir el trabajo exitoso de los misioneros con el ideal de retiro y contemplación de los trapenses. Por ese motivo, en 1909, el Papa Pío X separó por decreto el convento de la orden trapense liberando, de esa manera, el camino para la nueva e independiente congregación de los misioneros de Mariannhill.

El noviciado como introducción a la vida clerical y espiritual duraba un año. Mi día transcurría así: a la mañana media hora de meditación compartida, luego misa y varias oraciones corales con meditaciones propias en los intervalos. A eso se agregaban lecturas religiosas y conferencias. Esencialmente esta meditación cristiana se ocupa de diversas partes de la Biblia. El objetivo de esas enseñanzas severas es una purificación interna. Comienza con la llamada noche de los sentidos.

Uno retira su atención de la sensación originada por los sentidos, ya no permite ser distraído por lo que ve, escucha y huele. Se practica permanecer totalmente con un asunto y finalmente logra una purificación del espíritu. Eso significa renuncia al conocimiento, curiosidad y toda aspiración.

En algún momento también se deja de recitar oraciones. Simplemente se mira al vacío durante dieciséis horas por día, tranquilo y atento. Eso es recogimiento.

Un monje hace eso durante toda su vida. Desde ese recogimiento surge profunda comprensión. Es como que algo oculto se va desvelando ante el ojo interno mostrando su esencia. En todas las religiones hay personas que se han decidido por ese camino o que fueron guiadas hacia él. Eso es patrimonio compartido de la humanidad.

A algunas personas puede que les resulte extraño que haya transitado ese camino a los 20 años. Pero mi generación no es comparable con las que le siguen. Ya que a través de la guerra y el estar prisioneros habíamos experimentado lo que se da comúnmente en las personas de setenta u ochenta años: la muerte de muchas personas cercanas. Compañeros de guerra y antiguos compañeros de escuela –tantos habían fallecido. En todas partes se percibía el olor de la muerte. Casi todos los amigos –en el recuerdo, tan jóvenes, fuertes y divertidos– habían desaparecido para siempre. Eso nos marcó a todos y dejó huellas en nuestra alma. Era como si hubiésemos experimentado un envejecimiento precoz.

Muchos de los que habían resultado heridos en la lluvia de bombas o en el frente, incluso a edad avanzada, durante la noche y en sueños gritaban pidiendo socorro y eran abrumados por pesadillas. A otros, durante toda su vida, les resultaba difícil soportar el estallido de los fuegos artificiales durante la noche de Año Nuevo y todos los años sufrían una retraumatización. Pero casi nadie hablaba de eso. El silencio debía ayudar a olvidar.

Por eso yo recuerdo el tiempo del noviciado con agradecimiento. Para mí esa forma de vida era muy valiosa. Mi alma sanaba en la protección de la vida en el convento, las imágenes de la guerra y la mortandad perdían parte de su poder. Y el miedo ante peligros en ciernes fue cediendo detrás de esos muros dando lugar a una serenidad y una profunda paz interior.

Desde entonces la contemplación y la quietud forman parte de mi vida –hasta hoy día. Las meditaciones definen el comienzo y el final del día.

Antes, cuando estaba en casa, para mí, el reposo nocturno finalizaba a las cinco. Desde las siete treinta de la mañana hasta las siete de la tarde pasaba el tiempo sentado en el escritorio, con pausas para comer. Hoy día y por mis muchos años, me permito levantarme recién a las seis. Luego me retiro para la meditación hasta las nueve. Después del desayuno saludo a los colaboradores en nuestro escritorio, con mi mujer Sophie hablamos de lo que es necesario y vuelvo a meditar hasta el almuerzo a la una y después otra vez desde aproximadamente las cinco hasta las seis de la tarde.

El centramiento y el vacío van juntos. Pero ¿cómo uno logra vaciar-se? Se llega al vacío al asentir a todo tal como es. Este asentir es un movimiento del amor. Este asentir renuncia a diferenciar lo que es mejor y lo que es peor. Es sin pena, sin pena por una culpa, por ejemplo. Es sin exigencia, sin esperanza, sin acusación. Es el asentir al mundo tal como es.

Después del noviciado, me decidí por la orden y rendí el primer profeso temporal. Es una vinculación limitada en principio a tres años con respecto a la comunidad de la orden con los votos de pobreza, castidad y obediencia.

Comenzó también mi formación interna de la orden. Me inscribí en la Universidad de Würzburg para las materias teología y filosofía. Después de meditar y orar en la comunidad del monasterio a la mañana, participaba de cursos y seminarios.

En el año 1950 rendí el profeso eterno mediante el cual me vinculaba de por vida a la congregación de los misioneros de Mariannhill. En 1952 fui consagrado sacerdote. Al año siguiente fui enviado a la diócesis Mariannhill en Sudáfrica. En realidad hubiera querido quedarme allí hasta mi muerte. Pero iba a resultar totalmente diferente.

Misionero en Sudáfrica

Cuando llegué a Sudáfrica, no tenía una idea clara de lo que el trabajo como misionero iba a ser en la práctica. Tampoco hizo falta que me ocupara mucho de eso. Porque por el plazo de tres años fui enviado a la Universidad Natal en Pietermaritzburg, la capital de la provincia, para recibir allí la formación como profesor de escuelas superiores. Ahí viví una experiencia totalmente nueva para mí: en la Universidad en Würzburg los teólogos ocupaban un lugar muy especial, se los reconocía con mucho respeto. Pero en la Universidad Natal yo era uno más entre muchos, sin que se me concediera privilegio alguno.

Mi nuevo hogar era la abadía del centro de misioneros Mariannhill, dieciséis kilómetros al oeste del puerto de Durban, a orillas del Océano Índico. En la diócesis vivían principalmente zulúes de los cuales la mayoría ya había adoptado la fe cristiana. Los zulúes, que pertenecen a la etnia de los bantúes, forman el grupo étnico más grande de Sudáfrica.

El trabajo como misionero consistía no tanto en convertir a los "infieles", como se supone comúnmente, sino en un trabajo cultural ambicioso. Porque en la Sudáfrica racista, los negros sufrían bajo un sistema educativo y de formación miserable. Por eso, los misioneros de Mariannhill daban especial importancia a la construcción de escuelas y a la enseñanza relativa a la agricultura.

Originalmente los zulúes eran nómades y criaban ganado. Pero las condiciones climáticas de la provincia de Natal, así como la naturaleza del terreno y las reservas de agua, ofrecían mejores condiciones para la agricultura. El cultivo de caña de azúcar, árboles de castañas de cajú y papas, así como

piña y bananas, se transformaron en un factor económico importante. De esa manera la enseñanza de la fe y la ayuda práctica para la vida se complementaban de maravillas.

Sudáfrica, tal como yo la conocí, era el país del apartheid. Si bien la separación según la raza ya estaba bastante avanzada a principios del Siglo XX, la "*national party*", que asumió el poder en 1948, agudizó las leyes bajo amenaza de severas penas. La separación según raza fue elevada a nivel de principio de estado. En buses y trenes los negros sólo podían permanecer en sectores especiales, ingresar a hospitales o bancos sólo por entradas separadas. Los parques oficiales así como los sanitarios y playas usados por blancos eran tabú para los negros. Los matrimonios entre blancos y no blancos estaban prohibidos.

Después de tres años en la Universidad de Natal, fui designado para la enseñanza en una escuela y mientras tanto, a través de enseñanza a distancia, adquiría el "*University Education Diploma*" (Diploma en Educación de la Universidad) en Ciencias de la Educación. También tuve que hacerme cargo de la dirección de la escuela durante aproximadamente tres años. Pero la carga doble de la enseñanza y el estudio a distancia superaron mis fuerzas. Sufrí una crisis nerviosa, no podía dormir y estaba acabado. Fue un tiempo difícil pero que también tenía su parte buena. Me alejé de la escuela. En realidad nunca había querido trabajar como maestro. Caso contrario hubiera decidido ser jesuita desde un comienzo.

Para recuperarme fui a la estación misionera de un hermano compañero holandés. Lo acompañaba en su trabajo, simplemente paseaba con él. De esa manera me fui recuperando lentamente durante dos meses. Después, me esperaba una tarea nueva: una estación misionera propia, lo que, para nosotros, corresponde a una parroquia. En un radio más grande abarcaba diez estaciones externas, cada una con una escuela. Todas las estaciones debían ser visitadas regularmente. Siempre me movía a pie. Por eso, durante unas vacaciones en casa, junté dinero para una motocicleta y me compré una BMW 500. Pero en mis viajes muchas veces debía bajarme y empujar. Porque mi camino me llevaba una y otra vez

por terrenos intransitables. Y luego, por supuesto, sucedió lo inevitable: me caí con la motocicleta. Afortunadamente sólo golpeé levemente mi rodilla, pero mi máquina había sufrido mucho más. Un aborigen fue mi salvación: reparó mi motocicleta y ni siquiera quería aceptar dinero a cambio. De esa manera, pronto pude seguir recorriendo mi parroquia.

Ya el fundador de la orden, Franz Pfanner, había experimentado que esa región no había sido creada para los viajes. Originalmente había tenido la intención de establecerse en Dunbrody con 30 monjes. Pero la región era tan inhóspita que después de dos años emprendieron el regreso a Europa. El segundo día después de la Navidad de 1882 el grupo con sus dos carros tirados por bueyes y su pesada carga quedaron atascados en el lodo. Era imposible avanzar. Sin vacilar Franz Pfanner, al anochecer, decidió: "¡Descargar! Nos quedamos aquí. Aquí construiremos nuestro convento". Compró los terrenos y así fue que se fundó la central misionera de Mariannhill.

Ahora era yo quien debía luchar para recorrer esa región. Pero recibí grandes recompensas. Cuando llegaba a una estación externa se reunían todos los cristianos para saludarme y juntos celebrábamos la misa. Siempre me quedaba todo un día, luego continuaba hasta la próxima estación externa. También los domingos estaban programados: primero la misa en la sede principal y después salía a las estaciones más cercanas.

Más adelante fui párroco de la catedral que tenía alrededor de 10.000 feligreses. En el período de un año, me fui presentando personalmente a todas las familias. Como enemigo del apartheid siempre era bienvenido, se me estimaba y quería. En general reinaba una relación de mucha confianza entre los feligreses y los sacerdotes.

Me llamaba la atención que aquí los cristianos eran mucho más libres e independientes que en Alemania. Muchos colaboraban con los trabajos y planes con relación a temas de la escuela y la iglesia. Lo que me impresionaba, por sobre todo, era el respeto que todos se manifestaban mutuamente. Sin que nadie perdiera la compostura, durante las reuniones, se hablaba de todo y también se discutían las controversias hasta encontrar una solución. En el entretanto yo había aprendido el idioma de los zulúes y

con la ayuda de sacerdotes nativos había escrito cánticos eclesiásticos que aún hoy día se siguen cantando. Además trabajaba con material para una mejor comprensión de la liturgia. Mi aspiración era una buena transmisión del mensaje.

Con regularidad pedía donaciones a parientes y amigos en Alemania. Mis padres me apoyaban en eso. En algún momento incluso había reunido suficiente dinero como para construir una iglesia. Mandé pintar la pared posterior del cuarto del altar al igual que el techo, en el que se lucían estrellas, de color azul cobalto.

Dado que hacía tiempo había misioneros no solamente católicos sino también evangélicos en la región, la mayoría de los nativos habían elegido ser bautizados. Era fácil diferenciar los cristianos de los así llamados "infieles". Se los reconocía por sus rostros abiertos, mientras que los no cristianos daban la impresión de tímidos y cerrados. La razón era la superstición de los zulúes.

En todas partes, sin importar que se tratara de plantas o animales, aguas o rocas, los zulúes suponían espíritus, liderados por *Unkulunkulu*, que significa algo así como el más grande de los grandes. En su reino vivían los espíritus de los ancestros. Toda desgracia era atribuida a las influencias de espíritus malignos o a la venganza de ancestros si no eran suficientemente honrados. Además existía la convicción de que acontecimientos terribles también eran siempre la consecuencia de malas acciones.

La superstición llegaba a tomar formas aún más extrañas. Así se consideraba a las tormentas, que sobre todo durante el verano no eran una rareza, como señal de espíritus enojados. La persona que moría por ser alcanzada por un rayo, según la fe antigua, no había merecido nada mejor y no podía ser enterrada siguiendo la forma tradicional. Incluso no se permitía el duelo por esa persona. Y el ganado muerto por la caída de un rayo no debía ser ingerido, los árboles víctimas de rayos no podían ser usados, ni siquiera debían ser tocados.

Durante el tiempo que siguió, la región que mis tareas abarcaba se fue incrementando. Me encargaron el mando de todas las escuelas de la diócesis

y se me transfirió el perfeccionamiento de los docentes. Pero la actividad más bella y, desde mi mirada, más honrosa la pude ejercer durante mis últimos años en Sudáfrica: fui nombrado Principal (Director) del *St. Francis College* de los misioneros Mariannhill, fundado en 1909, una escuela de vanguardia y elite para los nativos de Sudáfrica.

El internado consistía en sectores separados para varones y mujeres. Este último era atendido por la Congregación de las hermanas misioneras de la Sangre Valiosa (*Missionsschwestern vom Kostbaren Blut*), también fundada por el Abad Franz Pfanner. Muchos de los que finalizaron sus estudios en el *St. Francis College* siguieron exitosas carreras como médicos y profesores, abogados, jueces o también sacerdotes. Cuentan entre los discípulos más destacados del *St. Francis College* Bernard Chidzero, quien desde 1985 hasta 1995 fuera Ministro de Finanzas de Zimbabwe, así como el famoso africano defensor de derechos humanos y fundador del movimiento "*Black Consciousness*" Steve Biko. Después de caer prisionero de los oficiales de la policía sudafricana, Biko fue asesinado en Pretoria en 1977.

En la conducción del *St. Francis College* me apoyaba otro sacerdote con quien yo, aunque su superior, colaboraba estrechamente y en un mismo nivel. Un internado tan grande no podía ser conducido por una sola persona. A los estudiantes les encomendamos en gran medida una autoadministración. Cada clase designaba un portavoz, además todos los estudiantes elegían a cinco representantes de la clase próxima a finalizar el ciclo quienes formaban parte del consejo administrativo de la escuela. La mayoría de los temas los arreglaban los estudiantes dentro de esa instancia entre ellos, algo que funcionaba sorprendentemente bien.

Además de mi tarea como Principal, también ocupaba un lugar como docente en la enseñanza de la materia religión que representaba para mí una teología moderna para aquella época. Porque mi especialidad era el conocimiento de la Biblia. Como partidario de una exégesis de avanzada, veía muchas cosas con una mirada nueva. Formaban parte, por ejemplo, el cuestionamiento de la historia de Navidad desde la perspectiva histórica o la negación de la autenticidad de muchas cartas de San Pablo. Porque

toda una serie no había sido redactada por él. Ese tipo de declaraciones en ese entonces eran consideradas revolucionarias, hoy día son en general reconocidas y aceptadas.

El rápido entendimiento de los estudiantes, su deseo de saber y su alegría por el aprendizaje, para mí, transformaron la actividad de docente, que experimentaba como carga, en un enriquecimiento de mucha satisfacción.

Los maestros son mediadores. Transmiten a otros, sobre todo a quienes son más jóvenes, lo que han experimentado y aprendido y lo que han adoptado de otros maestros y han seguido desarrollando transformándolo en algo también propio.

Entre los maestros y quienes de ellos aprenden, existe un desnivel; pues el maestro da y los discípulos toman. Cuando ese desnivel es aceptado y los discípulos honran y respetan al maestro es cuando más pueden aprender de él. Y él también podrá darles el máximo. Quien aprende sabe que está subordinado porque es el necesitado que espera y desea algo de su maestro. Si la relación entre el maestro y el discípulo ha de estar al servicio de la comprensión, de la experiencia y del crecimiento sin inconvenientes, ese desnivel y el comportamiento acorde son necesarios. El maestro no debe ponerse al nivel de los discípulos mientras éstos todavía quieran algo de él, y el discípulo no debe acercarse demasiado ni pretender medirse con el maestro.

Por eso, al discípulo le corresponde reconocer y asentir la dependencia mientras aprende. Es decir, mientras aprende es, en cierto modo, pequeño. Pero en cuanto ha aprendido lo suficiente, llega el momento en que debe separarse de su maestro. Entonces hace sus propias experiencias, se convierte quizás a su vez en maestro y transmite a otros lo que su maestro le ha enseñado. Al mismo tiempo, lo aprendido debe verificarse en la acción concreta, pues sólo en el hacer y en el éxito propio se vuelve patrimonio personal. Esto le será tanto más fácil cuanto más vinculado interiormente permanece a su maestro. Entonces éste estará detrás de él con ánimo benévolo y le prestará apoyo y ayuda, aún cuando haga algunas cosas de forma distinta a como las hace él; lo mismo que detrás de un padre o una madre permanecen benévolamente presentes sus propios padres cuando enseñan a sus

hijos. Porque entonces los hijos pueden tomar de sus padres con mayor agrado lo que éstos les dan y transmiten.

Bert Hellinger, *Pensamientos divinos*, pág. 72.

Durante mi actividad como Principal, hablé con un sacerdote benedictino durante una conferencia de eclesiásticos anglicanos con quienes había establecido contacto. Hasta ese momento había vivido en un mundo católico herméticamente cerrado. Mi visión del mundo marcada por el catolicismo había resultado algo desestabilizada durante mis estudios en la Universidad de Natal, aunque hasta ahí mínimamente y a través de mi trabajo como sacerdote se había vuelto a restablecer rápidamente. En ese entonces pensaba que uno podía transformarse en una buena persona sólo a través de la fe. Pero en la Universidad encontré profesores que no creían en absoluto. ¡Y eran tan buenas personas! Comprendí: ser bueno es, en primer lugar, un tema de experiencia de vida.

Recordaba eso cuando me encontré con los anglicanos con quienes antes no había tenido relación. Y luego vi cuán devotos eran. ¡Realmente devotos! Estaba muy impresionado y me di cuenta: todos nosotros estamos en un mismo bote. Diferencias tales como color de piel o religión no son importantes.

Los eclesiásticos anglicanos ofrecían cursos ecuménicos de dinámica de grupo –sin barreras de raza. Hoy día eso parece lo más normal del mundo. Pero uno debe recordar la época de los años 1960 –y eso considerando sobre todo las circunstancias en Sudáfrica. Teniendo en cuenta que en ese entonces no sólo en Alemania los matrimonios llamados mixtos, es decir matrimonios entre una persona católica y una persona evangélica, eran muy mal vistos y en Sudáfrica el apartheid lo imponía con leyes muy severas, uno se puede imaginar cuán revolucionario era el enfoque de los anglicanos. Negros y blancos, hindúes y mestizos, católicos y protestantes– todos aprendían juntos en los cursos.

En esos tiempos, la dinámica grupal aún era una disciplina desconocida en Alemania. Entre sus creadores estaban el psicólogo judío Kurt Lewin (1890-1947) quien en 1933 había emigrado de Alemania a los Estados

Unidos de Norteamérica, y el médico, psiquiatra y sociólogo austro-norteamericano Jacob Levy Moreno (1889-1974). Por ese motivo la dinámica de grupo se conoció primero en el mundo de habla inglesa. Se ocupa de las fuerzas que surgen en un grupo e investiga cómo esas fuerzas tienen un efecto en los participantes individualmente o sea cómo esos procesos pueden ser influenciados y experimentados.

Ya al atender el primer curso, el coordinador preguntó en forma general: "¿Qué es más importante para ti: los ideales o las personas (*ideals or people*)? ¿Qué sacrificas a quién? ¿Los ideales a las personas o las personas al ideal?". Esa pregunta me afectó profundamente. Durante la noche no pude dormir. Fue un punto de inflexión en mi vida. De repente, para mí la persona estaba en primer plano, ya no las exigencias y leyes de la iglesia.

Participé de varios entrenamientos de dinámica de grupo de los anglicanos y apliqué lo aprendido en mi trabajo en el *St. Francis College*.

A través de mis conocimientos con respecto a la dinámica de grupo y mi exégesis moderna, me diferenciaba de muchos de mis compañeros de la orden. Pero se agregó algo más que me excluía. Anteriormente había sucedido lo siguiente: en 1968 el Consejo Eclesiástico de Sudáfrica (*South African Council of Churches, SACC*), fundado ese mismo año, había publicado un "Mensaje al pueblo de Sudáfrica". Había sido firmado entre otros por el Arzobispo católico de Durban y su colega anglicano de Ciudad del Cabo como también por alrededor de seiscientos pastores. En ese mensaje el sistema del apartheid era severamente condenado como enemigo del cristianismo.

En consecuencia, Balthazar Johannes Vorster, el Canciller del Gobierno, reprochó a los enemigos eclesiásticos del apartheid querer molestar el orden de su país bajo el manto de la religión. Ya anteriormente había reaccionado con medidas drásticas a ese tipo de críticos eclesiásticos, una forma de proceder que volvía a aplicar también ahora. Fueron extraditados incluso clérigos anglicanos de alto rango, después de visitar su patria se les prohibía la entrada al país.

Ese "Mensaje al pueblo de Sudáfrica" lo tomé como motivo para indicar que en los centros de nuestra misión los blancos y los negros podían comer juntos. En mi opinión, la situación de separar las etnias debía ser finalizada lo antes posible. Pero la resonancia que esperaba no tuvo lugar. Al contrario. No fueron mis hermanos de color a los que se les adjudicaron nuevos lugares sino que me sucedió a mí. De ahí en adelante me servían las comidas a mí solo y en un cuarto separado –en un edificio del convento de monjas. Para eso podía haber sólo dos razones posibles: o bien la cúpula de la orden no estaba tan en contra de la separación según la raza como parecía después del "Mensaje al pueblo sudafricano", o bien se temía que hubiera represalias por parte del gobierno.

Pero recién un año después se daría el escándalo definitivo. En ese entonces el Padre Alfons Streit era el Obispo de nuestra diócesis. Nacido en 1893 en Unterpleichfeld, cerca de Wurzburg, en la baja Franconia, como el primero de nueve hijos de una sencilla familia de agricultores ya siendo muy pequeño ayudaba en la finca de sus padres. Pasó la Segunda Guerra Mundial, en su forma cruel, como soldado en Francia y cayó prisionero de los ingleses. En el campamento trabó amistad con un teólogo evangélico. Numerosas conversaciones sobre temas religiosos hicieron que en él naciera la idea de estudiar teología también. Ingresó en el seminario dedicado a personas de vocación tardía que ofrecían los misioneros de Mariannhill en Reimlingen, logró el título de finalización de la escuela secundaria y comenzó su noviciado. En 1925 fue enviado a Sudáfrica para continuar sus estudios. Después de cuatro años fue consagrado sacerdote allí.

En un principio, la orden lo designó en Mariannhill, después en lo que hoy es Zimbabwe como también en la cercanía de Botswana. En 1947 se le encomendó el cargo de Provincial de Mariannhill en Natal, tres años después el Papa Pío XII lo nombró Obispo de Mariannhill –una tarea de gran responsabilidad. El Obispo Streit obtuvo donaciones para el financiamiento de escuelas católicas en la diócesis a las que asistían más de 20.000 niños. Eso constituía más de una quinta parte de todos los niños sudafricanos que concurrían a escuelas católicas. Gracias a su impulso para asegurar futuros sacerdotes y hermanos de la orden nativos del país, pronto su diócesis tuvo

también la mayoría de sacerdotes nativos de Sudáfrica. De esa manera había logrado mucho para fortalecer la iglesia católica en Sudáfrica.

A pesar del rango de su cargo, el Obispo Streit siempre siguió formando parte de Mariannhill. Eso también lo manifestó en su escudo de obispo. Mostraba un pelícano, símbolo cristiano tanto del espíritu de abnegación en general, como también de la muerte de Jesús como sacrificio en particular. Además aparecían en el escudo un pez y una canasta con panes representando la eucaristía y la ayuda a los indigentes como también las letras MH de Mariannhill. El lema obispal elegido por el Padre Streit había sido tomado del Capítulo 12 de la Segunda Carta de los Corintios del Apóstol San Pablo: "Superimpendar pro animabus vestris" (Yo de muy buena gana me gastaré y me desgastaré por vuestras almas).

Yo me sentía muy conectado con el Obispo Streit ya que en él veía, no sólo un superior que estimaba mucho, sino por sobre todo, un amigo paternal. Su manera humilde y bondadosa me recordaba a aquellas personas que había conocido cuando niño entre la población de obreros de mis abuelos en Leimen. Con él tampoco se aplicaba el dicho "*nomen est omen*" (*el nombre es un presagio*) –el Obispo Streit siempre elegía el camino de la reconciliación. Se decía que gracias a su delicadeza y tacto sabía cómo encontrar una solución aceptable para todas las partes incluso en situaciones muy difíciles. Pero en mi caso no lo logró.

¿Qué había sucedido? Yo ya había representado al Obispo Streit en dos ocasiones oficiales y para su total satisfacción. En 1969 se suponía que incluso debía ir en su lugar a la conferencia sudafricana de obispos. Para tal fin me invitó a una conversación al final de la cual sacó una carta. En ella se me culpaba de herejía. En dicho escrito se decía que yo difundía una enseñanza que se apartaba de los artículos de fe de la iglesia católica apostólica romana. El trasfondo eran mis modernos enfoques teológicos que también manifestaba en la enseñanza de religión en el *St. Francis College*.

Hasta hoy no sé quién fue el autor de la carta. El Obispo Streit no me lo reveló. Lo único que pude averiguar fue: la carta provenía de mi orden. Hubo varias razones que podrían haber sido motivo: posiblemente la carta fue

escrita por envidia. Porque parecía que el Obispo Streit quería formarme como su sucesor. Lo mejor que podía hacerse para contrarrestarlo era desacreditarme ante él. Otra explicación podía ser que en la orden se temía provocar y atraer el enojo del gobierno sudafricano ya que se sabía de mi riguroso rechazo del apartheid. También es posible pensar que por esa razón el gobierno ya había ejercido presión a la orden. Se habría usado el reproche de la herejía como coartada para avanzar en contra mío. Si bien yo había adoptado la ciudadanía sudafricana y había aprendido el idioma de los zulúes, pero ¿por esas razones para el gobierno del país me había transformado en un ciudadano plenamente reconocido? Seguro que no. En mí se vería siempre en primer plano al misionero alemán cuya permanencia en el país era tolerada condescendientemente.

No importaba quién hubiera sido el autor de la carta, el Obispo Streit parecía irritado con relación a mi persona. Al menos a mí me parecía así. Tal vez yo también era injusto con él y lo único que él quería era protegerme. De todas maneras me pidió que tome posición con respecto a la carta y me aconsejó ser más cauteloso en el futuro. Eso lo consideré como una traición. Me lastimaba y al mismo tiempo sentía enojo y tristeza porque precisamente ese hombre, por el que sentía tanto afecto, dudaba de mí y no se colocara delante de mí. Porque yo no era culpable de nada, siempre había sido un fiel servidor de la iglesia.

En ese momento espontáneamente le dije al Obispo Streit: "Si yo, en este sentido, no soy digno de su confianza, tampoco puedo representarlo en la conferencia de obispos. Y tampoco puedo seguir cumpliendo mis funciones. Renuncio a todas ellas con efecto inmediato". El Obispo Streit no había contado con esa reacción. Trató de apaciguarme pero yo no dejé que me apartara de mi decisión. Días después volvió a acercarse dos veces para que cambiara de idea. En vano.

Tengo confianza cuando abandono el control. En la confianza cedo algo mío a otra persona. Ésta se hace cargo de ello, pero lo hará a su manera particular. No puedo intervenir mientras le tenga confianza. Debo someterme a ella. En cuanto comienzo a dudar y disponer para que las cosas

se hagan según mi criterio, asumo yo mismo el control y la confianza cesa. Y se retirará aquél o aquello en lo que antes confiaba.

Pero a veces tengo que empuñar yo mismo las riendas, por ejemplo cuando el otro, en quien yo confiaba, toma eso que le he encomendado como si fuese de él y como si pudiese así controlarme y subyugarme en lugar de confiar, en consonancia conmigo, en algo que tenemos en común. Debe pues, lo mismo que yo, abandonar el control y confiar en algo que es superior a los dos. Así, mi confianza resulta justificada. Crece y se profundiza y nos une de cara a una misión común, a una meta compartida. Nos une en humildad con algo que a su vez nos unirá con muchos otros para su propio progreso. Tal confianza se verá recompensada.

Pero también yo mismo tengo que confiar, al hacer lo que hago y en lo que se me plantea como tarea, a la dirección de algo latente, que se sirve de mí en beneficio de otros y de algo que me trasciende. Por eso, a menudo tengo que aquietarme primero, escuchar internamente, esperar un impulso que en cierto modo me estimule desde afuera. Debo permitir ser guiado y llevado por él en una dirección que quizá me infunda miedo a que supere mis fuerzas, mis conocimientos y lo que hasta ahora era mi comprensión.

Ésa es la verdadera confianza, la confianza compleja y auténticamente humilde. Nunca se verá burlada.

Bert Hellinger, *Pensamientos en el camino*, pág. 124.

Sabía que, con mi decisión, mi vida cambiaría radicalmente. Mi plan de permanecer en Sudáfrica hasta el fin de mi vida podía ser enterrado. Tampoco pasó mucho tiempo hasta que la orden en Alemania se enterara de los acontecimientos. Me ordenaron regresar a Würzburg. En realidad mis superiores en Alemania estaban felices con la forma en que se habían dado las cosas. Porque hacía tiempo que se venía insistiendo en que me haga cargo del seminario de sacerdotes de los misioneros Mariannhill en Würzburg. Sin embargo, eso hasta ese momento había fracasado por mi negativa a irme de Sudáfrica y abandonar a las personas que confiaban en mí y me amaban. ¿Quién iba a hablar por ellas?

Por supuesto no me resultó fácil despedirme del país que tanto amaba y en el que tan bien me sentía. Me había marcado, me había permitido madurar y me había enseñado mucho. Pero, en mi vida, siempre que me daba cuenta de que algo no continuaba, tomaba otro camino, renunciaba a lo antiguo y comenzaba algo nuevo –sin mirar hacia atrás con melancolía.

"Renunciar es difícil", se dice. Pero la renuncia también desata y libera. Resulta difícil si uno mira hacia atrás. Entonces parece que fuera una pérdida. Sobre todo, si viene impuesta. Pero cuando nos dedicamos a una misión que nos significa mucho, cuando queremos alcanzar una meta que es importante para nosotros, renunciamos a muchas cosas que obstaculizan el cumplimiento. La renuncia es entonces el precio de la ganancia.

Hay algo más: con la renuncia crecemos y, por raro que suene, ganamos en equilibrio anímico. Quien no ha renunciado puede poco y sigue siendo un niño en muchos aspectos.

Existe también una renuncia especial, una renuncia que precede a la comprensión y al obrar especial. Esa renuncia es como una iniciación en algo más complejo, algo profundo, algo sanador. De eso forman parte, por ejemplo, la renuncia al saber por curiosidad, el dejar atrás lo hasta ahora sabido o deseado, el entrar a la noche del espíritu y de la voluntad, la espera a un movimiento que carece de intención y que ha superado todo temor y todo cálculo. Un movimiento en el que somos guiados sin resistirnos ya, en el que la libertad se ha convertido en entrega.

Esa renuncia purifica y toma posesión de nosotros al servicio de algo que, más allá de nuestra voluntad y de nuestras capacidades, instaura la paz, sin intención y, no obstante, eficaz, de modo discreto y duradero.

Bert Hellinger, *Pensamientos en el camino*, pág. 103.

Regreso a Alemania y salida de la orden

A fines de 1969 estaba nuevamente con los de la orden Mariannhill en Alemania. A veces la vida es realmente loca. Recién había sido difamado como hereje en Sudáfrica y ahora pasaba a ser el Director del seminario para sacerdotes de mi orden en Würzburg –una función a la que me dediqué totalmente fiel a la iglesia, si bien mi actitud interna había cambiado. La razón era mi experiencia con la dinámica de grupo.

Como sacerdote, en esos días, uno ocupaba una posición privilegiada y también destacada. Uno era el pastor y los fieles eran las ovejas. También en la iglesia uno estaba frente a la comunidad. El lugar del sacerdote estaba subiendo los escalones, al lado del altar y en el púlpito. Para verlo había que mirar hacia arriba. Diferente en la dinámica de grupo: es como si uno bajara al nivel de los participantes del grupo, se es uno entre muchos. Pero si bien uno depende del grupo y se siente unido a los otros, se puede ejercer una influencia y mantener la libertad de la decisión propia. Esa experiencia me había llevado a crecer internamente.

Estando de viaje, bajamos como para poder pasar la noche en algún lugar. Allí encontramos paz después de un largo viaje. Estamos contentos de haber podido bajar y que se nos haya recibido.

Algunos también bajan de un corcel alto y vuelven a la tierra. Porque en ese corcel alto no se puede cabalgar durante mucho tiempo. El que vuelve a pisar tierra se siente seguro. ¡Finalmente otra vez abajo!

La bajada, entonces, desde una altura. Uno baja hacia allí donde depende de otros y donde es recibido por ellos. Después de bajarse, uno se siente mejor, porque sólo abajo, una vez que uno bajó, se siente humano. Un ser

humano como todos los seres humanos también. Por eso muchos, cuando tuvieron que bajarse, se sintieron aliviados. El bajar les permite continuar avanzando, comenzar algo nuevo y estar unidos a muchos de una manera diferente, más humana.

En lo que se refiere a lo humano, para muchos bajar sería necesario para volver a sentirse un ser humano entre iguales. Se hacen posibles nuevas relaciones y nuevas acciones y nuevo amor.

El verdadero bajar es el bajar del Yo, el bajar de aquello que a uno lo separó de otros y que lo alejó de ellos. Sólo ese bajar lleva a que avancemos en lo humano.

También, en mi trato con los estudiantes, la dinámica de grupo desempeñaba un papel importante. Una vez, uno de los sacerdotes noveles me preguntó –quizás más bien en broma pero también para ponerme a prueba– si estaba permitido recibir a damas en las habitaciones. En esa época, en general, eso era totalmente impensado. Respondí que sin duda yo lo permitiría –suponiendo que los demás seminaristas estuvieran de acuerdo. Por supuesto el tema había quedado resuelto de inmediato. El proceso desde la dinámica de grupo, en esa instancia, fue que le había transmitido al grupo la responsabilidad con respecto a la decisión. Pero al mismo tiempo los estudiantes habían comprendido que a mí no me podrían embaucar.

Lo mismo hacía con ciertas instrucciones de mis superiores en Roma que yo debía transmitir a los estudiantes. Siempre los invitaba a presentar ellos mismos aquello que deseaban impartir. Porque yo había descubierto los mecanismos de cómo la responsabilidad propia debía ser transmitida a otros. Jamás apareció nadie de Roma. Y así también nadie se enteró de las instrucciones.

Aproximadamente dos meses después de mi regreso a Alemania el Profesor Adolf Martin Däumling, catedrático de psicología clínica del Instituto Psicológico de la Universidad de Bonn y creador de la dinámica de grupo en Alemania, ofreció una conferencia en Würzburg. Por supuesto yo estaba entre los oyentes y me presenté al profesor Däumling. En esos años yo era uno de pocos que, en la República Federal de Alemania, sabía de dinámica de grupo.

De inmediato el profesor Däumling me invitó como entrenador ayudante a participar de uno de sus seminarios en Bonn. Eso sería el comienzo de mi carrera como uno de los líderes en dinámica de grupo en Alemania. Yo mismo ofrecía cursos y fui nombrado entrenador del Círculo Alemán de Trabajo en Dinámica de Grupo y Psicoterapia Grupal (*Deutscher Arbeitskreis fuer Gruppendynamik und Gruppenpsychotherapie, DAAGG*). De esa forma me aseguré un recurso financiero propio e independiente de la orden.

Sin embargo, tenía la sensación de que aún me faltaba mucho. Con el permiso de la orden, participé de cursos de psicología en la Universidad de Würzburg y comencé psicoanálisis para mí, con el objetivo de hacer una formación correspondiente más adelante.

Internamente me había ido alejando cada vez más de la orden. Para la iglesia y por ende también para la orden, los ideales a menudo eran más importantes que el ser humano. Con ese conflicto interno participé del Primer Congreso de Dinámica de Grupo en Colonia donde conocí a Ruth Cohn, la creadora de la interacción centrada en el tema (TZI, según las siglas en alemán). Este método terapéutico y pedagógico del trabajo grupal se basa en la idea de un aprendizaje de por vida y posibilidades psíquicas de evolución. Según ese abordaje, estando centrado, uno reconoce intuitivamente qué se debe hacer en el momento presente. Ruth Cohn, nacida en Berlín en 1912, provenía de una familia judía asimilada y emigró a Suiza en 1933. En Zurich estudió psicología, pedagogía, teología, literatura y filosofía. En 1941 emigró a los Estados Unidos de Norteamérica y se dedicó cada vez más a la terapia vivencial.

Cuando poco después del congreso de Colonia, Ruth Cohn ofreció por primera vez un curso en Alemania por supuesto participé. En esa oportunidad contó que había realizado una formación en terapia Gestalt con Fritz Perls (1893-1970) quien, al igual que ella, era judío y había huido de los nazis de Berlín. Hasta ese momento, en Alemania, no se había escuchado nada acerca de ese método. El objetivo es tomar consciencia de las sensaciones y conductas propias así como del contacto con uno mismo y con su entorno. Una herramienta para ello es la llamada Silla Caliente.

Aquel que toma lugar allí debe responder conforme a la verdad a las preguntas del terapeuta.

Ruth Cohn preguntó quién de nuestro curso quería sentarse en la Silla Caliente. Yo me presenté espontáneamente. Mientras Ruth Cohn trabajaba conmigo vi, de repente, un futuro diferente ante mí. Un futuro sin la orden. La frase clave al final de esa sesión fue: "Me voy". Luego tuve que colocarme frente a cada uno de los participantes y repetir esa frase. Fue una experiencia increíble. Y repentinamente sabía con certeza: mi salida de la orden era previsible. Era hora de ocuparme de la salida de mi situación presente.

La salida como medida táctica lleva de la estrechez a la amplitud. Es necesaria cuando hay algo que nos obstruye el camino y nosotros, para sobrevivir y volver a obtener nuestra libertad, debemos buscar un camino nuevo. Pero no lo buscamos tanto con violencia, porque esas salidas desafían las fuerzas limitantes en defensa propia. La buscamos más bien secreta y estratégicamente. Por ejemplo, esperando el momento apropiado y las circunstancias propicias. También esperamos que las fuerzas limitantes vayan demasiado lejos y por ese motivo pierdan fuerza y disponibilidad como para oponerse a nosotros.

De repente ya no estamos disponibles. Nos hemos orientado en otra dirección y hemos ganado seguridad y sostén en otro lugar. Para las fuerzas que buscan coartarnos estamos tan alejados que ya no nos pueden alcanzar.

La salida táctica comienza en el espíritu. Comienza con la decisión de dejar atrás algo que nos tenía aprisionados, también la seguridad que aún podríamos esperar, y para orientarnos de una nueva manera en otro lugar y comenzar algo nuevo.

Lo próximo es evaluar y comparar los distintos caminos que están a nuestra disposición y elegir aquel que, para nosotros, es el más prometedor. Ese es el segundo paso luego de la decisión de fijar la mirada en el objetivo que queremos lograr. Después sigue la cuidadosa planificación de cómo llegar a ese objetivo sin que haya demasiadas resistencias a superar. Esos pasos ya se van visualizando e iniciando sin hacerlos públicos. Estamos en camino sin llamar la atención. Mientras otros aún se sienten seguros

de poder disponer de nosotros, nosotros nos hemos escapado de ellos. Recién cuando ya nos fuimos ellos reconocen que han perdido su poder. ¿Cómo hacemos para que nuestra salida táctica sea segura? No llamando la atención, es decir sin una sensación de triunfo o de superioridad. Estamos en otro lugar, independientes y libres.

Pero, ¿qué reflexiones me habían alejado cada vez más de la orden y del sacerdocio? Para explicarlo debo remontarme un poco más atrás. Aunque sea sólo para protegerme de malos entendidos. Ya que un sacerdote que deja su cargo siempre es observado con un tipo de curiosidad fascinada como alguien que durante mucho tiempo permaneció en un mundo lejano y secreto que para los demás está vedado. La mayoría supone que una mujer es la razón para dejar el sacerdocio –cosa que en muchos casos seguramente es verdadera. Pero en mi caso eso no tenía ninguna incidencia.

Para mí, estaba en primer lugar, la imagen de Dios de la iglesia con la que ya no podía estar de acuerdo. Porque el Dios verdadero, esa fuerza oculta e infinita que es el origen de todo y que en todo momento nos mantiene en existencia, para mí en ese entonces e incluso hoy, es un Dios de plenitud. Todo aquello que considera que esa fuerza quiere menos en lugar de más, que por ejemplo le dé preponderancia a la pobreza con respecto a la riqueza en todas sus formas de manifestación, considera que esa fuerza también es pobre de manera que quiere que otros permanezcan en la pobreza y empobrezcan. Le atribuye a esa fuerza que al empobrecer nosotros, le hacemos llegar algo que a ella le falta. Por ejemplo veneración, alabanza, expiación, sufrimiento e incluso una muerte terrible, como por ejemplo la muerte de Jesús en la cruz.

Aquí todos los presagios están equivocados. ¿Quién se colocó aquí en el lugar de esa fuerza creadora? ¿Quién sometió esa fuerza como que ella lo necesitara a él en lugar de que él la necesite a ella?

La pregunta es: ¿cómo se pudo llegar a invertir la realidad creadora? En el judaísmo y el cristianismo el motivo fue la historia de la expulsión de la primera pareja humana del paraíso. ¿Qué se adujo como razón para esa expulsión? Los humanos comieron del árbol del entendimiento. Reconocieron la

diferencia entre el bien y el mal. En el mismo momento se dieron cuenta de que estaban desnudos. Se reconocieron como hombre y mujer. ¿Cuál fue el resultado? Se reconocieron de una manera que la mujer quedó embarazada por el hombre. Se volvieron creativos y de esa manera iguales a la fuerza creadora primigenia.

Algo más comenzó con su expulsión del paraíso. Comenzaron a labrar la tierra, también así estando en sintonía con aquella fuerza creadora que desde el comienzo los creó como hombre y mujer, según su imagen. Recién después del así llamado pecado original completaron aquello para lo cual esa fuerza los había creado como hombre y mujer.

Eso explica porqué muchos cristianos ven el gran pecado precisamente en aquello que los hace volverse uno creativamente como hombre y mujer considerando que abstenerse de ese pecado los lleva a reconciliarse con esa fuerza primigenia y volverse uno con ella. Aquí está todo cabeza abajo. ¿Dónde queda la sintonía con esa fuerza creativa primigenia cuyos movimientos creadores continúan infinitamente, sobre todo en y a través del ser humano?

¿Dónde encontramos entonces al Dios desconocido? Lo encontramos en la plenitud, en la plenitud de nuestro cuerpo, con todo el deseo que nos regala cuando en él, en todos los aspectos, experimentamos esa fuerza creadora en acción. Experimentamos esa plenitud en todo aquello que nos pone en sintonía con todo lo que existe, que logramos creativamente con el deseo. Por ejemplo en el ámbito del espíritu en todo gran arte, en música elevada en todas sus expresiones, en la abundancia de nuevos entendimientos acerca de los secretos del cosmos con los cuales siempre nos suponemos recién comenzando, por más avances que aparentemente se hayan logrado. Toda abundancia es comienzo, también la abundancia del Dios desconocido, sin importar donde se nos manifieste en un movimiento que para nosotros es infinito. Ante esa abundancia quedamos mudos. No importa cuán lejos parezca avanzar esa comprensión, en su infinitud para nosotros parece siempre como vacía.

Lo que contribuyó a que me alejara más de la imagen de Dios de la iglesia fue que cada vez me surgían más pensamientos acerca de la función

especial de los sacerdotes. Según el concepto general, los sacerdotes están al servicio de Dios. Ellos proclaman su voluntad. A través de ellos, Él se hace presente para sus fieles.

Por otra parte, los sacerdotes están al servicio de sus seguidores. Se presentan en representación de ellos ante Dios. Piden su bendición y vuelven con sus instrucciones y mandatos. Es decir que los sacerdotes se encuentran entre su Dios y sus creyentes. Por ese motivo, para los creyentes en general, el acceso a su Dios se da a través de los sacerdotes. Dios no habla a sus fieles directamente, habla a través de los sacerdotes. Por esa razón los movimientos místicos que creen encontrar una relación directa con Dios y los últimos secretos, resultan difíciles de aceptar para las religiones establecidas y sus sacerdotes. Se mueven más allá de ellos, sin hacer uso de sus servicios de mediación, sin temor ante ellos y sin dependencia.

Otra función de los sacerdotes fue y sigue siendo ofrecer sacrificios a Dios. En un comienzo eran sacrificios humanos, sobre todo el sacrifico de niños, para reconciliar a Dios con los seres humanos, para que Él siga mirándolos con buenos ojos. Más adelante eran sacrificios de animales en lugar de seres humanos. Eran carneados y en un altar, eran quemados o asados en el fuego –un olor nutricio para el Dios. Con su ayuda se lo mantenía con vida según el concepto antiguo. Es posible suponer que anteriormente sucedía lo mismo con los sacrificios humanos. Sólo así cobran sentido. Detrás se vislumbra una imagen de Dios como caníbal.

Más adelante, dado que esa imagen parecía demasiado cruel, surgieron otras ideas que se superpusieron e hicieron que pasara a otro plano. Por ejemplo, la forma de sacrificio aparentemente lo más alejada de los sacrificios humanos originales, el sacrificio de la misa, en el cuál la carne y la sangre originales se ocultan bajo la forma de pan y vino. Pero sólo superficialmente, ya que ¿a quién ofrecen los sacerdotes a Dios mediante este sacrificio? A su propio hijo. Es decir que en el cristianismo, los sacerdotes ofrecen a Dios su supuesto amado hijo.

Esta imagen va aún más lejos. En un principio, cuando se le ofrecía un sacrificio a Dios, se quemaba sólo parcialmente. Una parte, a menudo la mejor,

se dejaba a los sacerdotes para su consumo, otra parte a aquellos que habían pagado por el sacrificio y en cuyo lugar los sacerdotes lo ofrecían. Con esos sacrificios todos estaban sentados en la misma mesa con Dios. Junto con Él comían la misma carne y bebían la misma sangre. Con el sacrificio de la misa sucede lo mismo. Todos están sentados a la mesa con Dios. Junto con Él comen la carne de su hijo, beben con Él la sangre de aquel y en su imagen se vuelven uno con Él.

¿Qué sucedería con nosotros si no hubiera más sacerdotes? No habría más sacrificios, no habría sacrificios humanos y ya no habría un canibalismo oculto en Dios. No habría más sacerdotes que se conviertieran ellos mismos en los sacrificados de su Dios, por ejemplo en la iglesia católica mediante el mandato del celibato. En la antigüedad, al servicio de Cibeles, la Diosa Madre, los sacerdotes, como en un estado de arrobamiento, se castraban a su servicio, como una ofrenda para ella. El celibato es una forma más sublime de la castración. Esos sacerdotes, para formularlo de forma extrema pero no obstante exacta, ofrecían sacrificios y eran ellos mismos los sacrificados.

¿Esos sacerdotes pueden sentir compasión? ¿O, en caso de ser necesario, deben volverse tan crueles como el Dios a cuyo servicio se encuentran?

Aquí hay algo más a tener en cuenta. ¿Al servicio de qué Dios están esos sacerdotes a través del celibato? ¿Ese Dios es un hombre, es nuestro Padre, como lo llamaba Jesús? ¿O hay una diosa madre que ocupó el lugar de Él? ¿Qué es la veneración de María, la llamada Madre de Dios, sino una veneración de una diosa madre? En la conciencia de los fieles, ella ocupó en gran medida el primer lugar, sobre todo allí donde a los sacerdotes se les exige el celibato. Pero en realidad la diosa madre para los sacerdotes católicos es la Iglesia. Por ese motivo sólo hombres pueden ser sacerdotes, hombres castrados.

¿Cómo nos despedimos de ese Dios y sus sacerdotes?

En primer lugar sin miedo ante ese Dios, su Diosa y sus sacerdotes. En segundo lugar con amor a la vida tal como nos es regalada por una fuerza ante la cual todo, inicialmente puro, tiene su existencia por igual. De una

fuerza que se encuentra por encima de todo y que no necesita ni quiere sacrificios.

En tercer lugar con entrega a la vida tal como es regalada a cada uno de nosotros, tal como nos es regalada directamente por esa fuerza, esa vida que esa fuerza en todo momento mantiene en existencia.

En cuarto lugar en el amor a todo y a todos, también a los fieles y sus sacerdotes sin elevarse por encima de ellos. También ellos son amados por esa fuerza como todos.

En quinto lugar con humildad porque sin importar lo que pensamos de esa fuerza y sin importar cómo nos dirigimos a ella, es y sigue siendo insuficiente y limitado. Claro que la manera en la que pensamos y honramos esa fuerza hace una diferencia en nuestras relaciones con todo tal como es, sobre todo con otras personas. Este pensar y este honrar están al servicio de la paz y la reconciliación con todos, sin sacrificios y sin sacerdotes. Están al servicio de la paz y la reconciliación con aquel Dios oculto. Obra en todos con un amor que supera creativamente todas las diferencias que nosotros establecemos. Este amor está dirigido hacia cada uno, sin sacrificios, sin sacerdotes. Está presente en el corazón de cada ser humano con un amor que abarca todo. Con ese ser humano y con todo tal como es, se vuelve uno con amor.

Traté de describir en una historia lo que ese cambio nos exige.

El otro Dios

Un hombre, en sueños, oyó la voz de Dios que le decía: "¡Levántate, toma a tu hijo, tu único y bien amado hijo, llévalo al monte que te indicaré y ofrécemelo en sacrificio!".

Por la mañana, el hombre se levantó, miró a su hijo, único y bien amado, miró a su mujer, la madre del niño, y miró a su Dios. Levantó al niño, lo llevó al monte, construyó un altar, le ató las manos y sacó el cuchillo para sacrificarlo. En ese momento oyó otra voz, y en lugar de su hijo sacrificó un cordero.

¿Cómo mira el hijo al padre?
¿Cómo el padre al hijo?
¿Cómo la mujer al hombre?
¿Cómo el hombre a la mujer?
¿Cómo miran ambos a Dios?
Y, ¿cómo Dios –suponiendo que exista– los mira a ellos?

En otro lugar, otro hombre también en sueños oyó la voz de Dios que le decía: "¡Levántate, toma a tu hijo, tu único y bien amado hijo, llévalo al monte que te indicaré y ofrécemelo en sacrificio!".
Por la mañana, el hombre se levantó, miró a su hijo, único y bien amado, miró a su mujer, la madre del niño, y miró a su Dios. Y le respondió de frente: "¡No lo haré!".

¿Cómo mira el hijo al padre?
¿Cómo el padre al hijo?
¿Cómo la mujer al hombre?
¿Cómo el hombre a la mujer?
¿Cómo miran ambos a Dios?
Y, ¿Cómo Dios –suponiendo que exista– los mira a ellos?

Bert Hellinger, "El amor" en *Órdenes del amor*, pág. 364.

Mucho tiempo antes de que las tribus israelitas invadieran Canaan y se apoderaran del territorio, existía allí una fe religiosa muy difundida según la cual los padres aseguraban su vida y su futuro si sacrificaban uno de sus hijos a su Dios. En general era el primogénito. El santuario original en el que esos niños eran sacrificados, después de cuidadosas excavaciones, puede ser visitado. En su centro se encuentra un masivo altar de piedra en el que evidentemente se sacrificaban y quemaban varios de estos niños al mismo tiempo. Caminé alrededor de ese altar y pensé en esos niños con amor.

Ese testimonio muy anterior a que los conquistadores israelíes tomaran el territorio, ¿también nos recuerda la muerte en sacrificio de Jesús en honor

a su padre en el cielo? También aquí existe la idea en la iglesia que todos aquellos que creen en Él fueron redimidos de sus pecados por su muerte en la cruz, porque a través de ese sacrificio Dios se reconcilió con nosotros y nosotros tenemos asegurada su gracia.

Aquí me apresuré. Antes, después de la toma del territorio, entre muchos israelíes también era costumbre sacrificar el primogénito a un dios. Este Dios se llamaba Moloch. Tenía un templo cerca de Jerusalén. En su interior se encontraba una estatua suya en forma de horno. Allí los padres llevaban a sus primogénitos –tal vez era siempre su primer hijo varón– y con sonoros cánticos arrojaban los niños al fuego del horno de ese dios. Con los cánticos tan ruidosos se buscaba tapar los gritos de sus hijos.

Hubo muchos profetas que estaban muy en contra de ese culto. No obstante, se mantuvo durante mucho tiempo, hasta el fin de Jerusalén por la ocupación de los babilonios. La pregunta es: ¿ese culto también se mantiene entre los cristianos? Evidentemente sí, pero oculto detrás de un velo como ritual devoto. Los cristianos creyentes entonces dicen que consagran un niño a Dios, también aquí con la idea de llamar así a que descienda la bendición de Dios para ellos.

Una forma extrema, detrás de la cual esta idea se oculta, es la muerte como mártir. Debe resultar extraño hasta qué punto los mártires son venerados en la iglesia de manera que incluso sus reliquias traen salvación para los creyentes.

Aquí me remito a las formas tradicionales de consagrar un hijo a Dios, por ejemplo la de enviar una hija al convento. Ahí las jóvenes vírgenes consagradas incluso aparecen como novias de Cristo y consagradas a Dios en una boda sagrada. Eso sí, renunciando a un novio terrenal y a tener hijos propios. Sin embargo, los padres estaban orgullosos de esos hijos ya que a través de su sacrificio llevaban la bendición de Dios a ellos.

Algo similar vale para los hijos dispuestos a ingresar a una orden, sobre todo aquellos que se consagraban sacerdotes. También ellos debían renunciar al matrimonio para mayor honra a Dios, para estar disponibles

sólo para Dios quien por ellos –esa era la creencia– sentía especial complacencia, igual que hacia su familia.

Si bien esos sacrificios en comparación con los anteriores sacrificios de niños son incruentos, al igual que el sacrificio de la misa es incruento, no obstante se retoma la muerte sangrienta de Jesús y se repite. A la vez también esos sacrificios exigen lo máximo a los sacrificados.

Aquí me limité a la iglesia. No obstante, esa idea de sacrificio de personas también tiene lugar en otros ámbitos de manera similar, en esos casos incluso de manera sangrienta. Cuando los soldados alemanes salían a la batalla cantaban por ejemplo la canción:

"Alemania, míranos, te dedicamos la
muerte como el acto más pequeño.
Una vez que saluda a nuestras filas,
nos convertimos en la gran siembra".

La pregunta es: ¿Cuáles son los mitos que aquí siguen actuando? ¿Estamos a salvo de ellos? También aquí son necesarios una despedida y un desmantelamiento profundo de la mitología. Si logramos eso, logramos la despedida de la imagen de un Dios que quiere sacrificio de niños. Y se logra la despedida de una imagen de Jesús que apoya esa creencia, por ejemplo con la idea de que nosotros llevamos la cruz junto con él. Con esa despedida se logra la despedida de todos los dioses que por su gloria exigen sacrificios humanos, sin importar el disfraz.

¿Dónde aterrizamos después? Aterrizamos más allá de esos dioses en otro amor que no quiere sacrificios y que no los necesita. La pregunta sigue siendo: ¿Cuántos sacrificios estábamos dispuestos a hacer y cuánta renuncia estábamos dispuestos a practicar para reconciliar a un dios? ¿Cuántos sacrificios y renuncias hemos pedido a otros y hemos impuesto a otros para conciliar a nuestro dios y lograr su clemencia? ¿De qué lado estábamos ubicados nosotros? ¿Estábamos de ambos lados? La pregunta es: ¿Cómo podemos liberarnos de esa imagen de dios? Dejamos que caiga. ¿Cómo? Con amor a todos y también a nosotros mismos.

Después de mi comprensión en la Silla Caliente, en un principio, seguí como hasta entonces. Mi amigo, fallecido en 2016, el Padre Hermann Stenger, profesor de psicología y que, al igual que yo, trabajaba con dinámica grupal, me consiguió en Viena un lugar para análisis de magisterio que comencé pocos meses después y que era parte obligatoria de la formación en psicoanálisis. El futuro psicoanalista se convierte él mismo en el analizado para poder comprender mejor y libre de cargas a los pacientes. A Hermann Stenger y a mí nos unía también la mirada crítica a la vida de sacerdote que la iglesia exigía.

Cuatro meses después del curso con Ruth Cohn, ofrecí en Roma un seminario de dinámica de grupo para personas pertenecientes a órdenes. En esa ocasión entablé una conversación con un sacerdote estadounidense. Intercambiamos nuestras experiencias y de manera fulminante supe: ahora llegó el momento de mi separación de la orden. Otra vez sentí esa seguridad interior –como cuando tomé la decisión de huir del cautiverio estadounidense.

Un Sí es siempre también un No, y un No es siempre también un Sí. Porque si a algo le digo Sí, a otra cosa le digo No, y cuando digo No a algo, a otra cosa le digo Sí. Cuando una pareja se da el Sí, a todas las demás posibles parejas les dice No. Aquí este Sí está orientado a un acto, a una acción. Excluye aquella acción que se opone a la acción a la que se dijo Sí. Por ese motivo, a través de ese Sí, se limita la libertad de acción que uno tiene, eso sí, con una ganancia correspondiente que hace que uno olvide la limitación.

Pero, ¿qué es la libertad para alguien sin un Sí? Perdura sólo hasta que uno se decida por algo. Sin una decisión por algo, es decir sin un Sí, la libertad está vacía. ¿Qué debería significar para uno si uno no la aprovecha para un Sí y una acción correspondiente al Sí?

Algo similar sucede con el No. Con un No uno excluye un Sí y la acción correspondiente al Sí. El No deniega la acción. Sin embargo, después de un No, uno tiene la libertad de decidirse de nuevo o decidirse de manera diferente. Es decir que a través del No uno se toma la libertad para un Sí distinto. El No es, por así decirlo, la preparación para un Sí diferente. Sin un Sí y una acción que corresponde a ese Sí, el No, similar a la libertad,

sigue vacío. Cuando uno dice Sí uno puede, no obstante, también tomar una nueva decisión. La nueva decisión hace que el Sí avance. O a aquello que antes había afirmado uno le vuelve a decir No y de esa manera gana la libertad para un Sí diferente y una acción diferente. Así parece, al menos. Pero las posibilidades para un Sí nuevo en las cosas esenciales son limitadas. Demasiado Sí al final tiene un efecto como un No. Limita las posibilidades propias porque otros ya no confían en ese Sí. A uno le sucede algo similar con demasiado No. Ambos al final hacen que uno quede solo.

Estando todavía en Roma inicié mi salida de la orden. Me explicaron que no contara con el apoyo de la iglesia católica, que debía pararme sobre mis propios pies –sin ningún tipo de seguridades. Pero a ellas podía renunciar de buena gana. Mediante mi trabajo con dinámica de grupo, era independiente financieramente. Tampoco esperé una autorización para mi salida por parte de la iglesia, simplemente me fui. Mi orden ni siquiera hizo el intento de retenerme. Se sabía que no tenía sentido.

Sí, rompí un voto eterno. Sí, fui infiel a la iglesia. Y todo ello con una buena conciencia.

La lealtad resulta de un vínculo, está de acuerdo con límites ya existentes. Actúa dentro de esos límites y es confiable. Si dentro de esos límites es recíproca se asegura la pertenencia, profundiza el vínculo con otros y a la inversa. Es decir que es un bien valioso.

¿Pero qué sucede cuando uno evoluciona más allá de esos límites? ¿Cuándo a uno no sólo le dan seguridad sino que también lo aprisionan? La lealtad debe evolucionar hacia algo más grande. Es decir que la lealtad humana sólo puede ser pasajera hasta que las circunstancias exijan una ampliación. A veces ésta se basa en lo anterior, de esa forma también permite que en lo profundo siga existiendo. En ese caso la evolución ocurre sin un quiebre grande, por ejemplo cuando el hijo, aunque haya creado su propia familia, queda vinculado con su familia de origen amorosamente.

Pero a veces esa evolución también exige la despedida de algo anterior, dejar atrás algo que no solamente ya pasó, sino que ha comprobado ser insuficiente o equivocado. A muchos soldados les ocurrió eso al volver a sus hogares después de la Segunda Guerra Mundial teniendo que reconocer que la lealtad que se les había exigido, a ellos y a sus enemigos a menudo sólo traía desgracia, que les había exigido algo grave y a menudo también algo criminal.

La lealtad ciega y la obediencia ciega no solamente impiden todo tipo de evolución, incluso paralizan. La lealtad verdadera, por su lado, es leal al Todo de la realidad. Va más allá de la lealtad a una persona individual o a un grupo determinado e incluye a otros según las circunstancias y la tarea vivenciada. Si, incluso de cierta manera va más allá de la lealtad a sí mismo, por ejemplo más allá de la lealtad hacia el pasado propio y lo que se llama carácter. Esa lealtad sólo es confiable con respecto al Todo más grande, pero no en el ámbito más estrecho. Por ese motivo todo avance decisivo con respecto a aspectos morales, políticos, religiosos y humanos comienza con ir más allá de límites anteriores, comienza con una despedida o una deserción y a veces con una deslealtad. Pero entonces es siempre un avance hacia algo más grande y por lealtad a una comprensión, a una realidad reconocida como diferente y a la tarea que resulta de ella.

Y ahora una palabra con respecto a la lealtad obligada, por ejemplo cuando una simple promesa o un Sí o un No resultan insuficientes y en su lugar se da un juramento o un voto. Lo vemos en la corte judicial cuando se exige una declaración bajo juramento o en el caso de las así llamadas juras de lealtad. De eso forman parte la jura por la constitución, por la bandera, por la función y en la iglesia, algo tan perverso, como la jura antimodernista mediante la cual alguien debe comprometerse a no adherir a ciertas enseñanzas (o comprensiones).

Estrechamente relacionados están los votos, por ejemplo los votos de una orden con respecto a la pobreza, la castidad y la obediencia, y en algunas órdenes adicionalmente la obediencia absoluta frente al Papa. En ese caso son votos eternos que vinculan de por vida y que de esa manera deben

impedir y prohibir toda evolución posterior. Esos juramentos o votos son exigidos como condición para la pertenencia. Quien se niega no tiene permiso para hacerse miembro o seguir siendo miembro. ¿Pero por qué esos juramentos y votos? ¿Por qué no son suficientes una simple confirmación o una promesa? Jesús dijo a sus discípulos: "Sea vuestra palabra: sí, sí; no, no; todo lo que pasa de esto, de mal procede" (San Mateo, 5, 37). ¿De qué se trata entonces el juramento o el voto? Al hacerlo se toma contacto con un Dios vengativo, que debe infundir miedo, cuyo castigo se ha de temer si se quiebra el juramento o el voto. Pero Dios no exige de nosotros que mantengamos un juramento así o un voto así. Tampoco permite ser usado como testigo ante una declaración o promesa como si lo pudiéramos usar como agente para citar a dar cuenta y castigar por perjurio o juramento falso o quiebra un juramento o un voto.

Aquel que exige juramentos o votos quiere intimidar a un subordinado como si tuviera a Dios de su lado y como si Dios fuese su sometido. No puede existir un Dios así. Quien se dirige a Él de esa manera o quien a alguien quiere obligar a dirigirse a Él de esa manera, se coloca por encima de Dios. Por ese motivo todos esos juramentos o votos, cuando van más allá de una sencilla promesa o una aseveración, son nulos.

Ya que aquí hablamos obligadamente de Dios según imágenes humanas podríamos y tendríamos permiso tal vez para también decir: Él le debe a su honra no permitir ser considerado al servicio de ese tipo de juramentos o votos. Y si aquí hay alguien que merece un castigo, no son aquellos que quiebran un juramento así o ese tipo de votos, sino aquellos que los exigen y demandan. Sólo aquel que, ante el Dios venerado aquí, tiene la valentía de quebrar esos juramentos o votos y no subordinarse a las promesas o juramentos de otros es leal a lo humano más grande y a lo divino.

Aquí me permití ser arrastrado para hablar de lo divino de una manera que sería indigna incluso con respecto a seres humanos. Ahora quiero distanciarme expresamente y hacer una reverencia con respeto ante aquello que para nosotros, si bien lo vislumbramos, nos debe permanecer insondable e imposible de captar en palabras.

Ya no era sacerdote; ya no era hermano de una orden. Y, sin embargo: recién en este momento me convertí en verdadero sacerdote; recién ahí me pude conectar con las personas desde el fondo de mi corazón sin mandatos y límites. En ese sentido seguí siendo sacerdote durante toda mi vida.

Y había comprendido algo más: el camino propio para cada uno es el camino correcto. Toda desviación de ese camino lo aleja de sí mismo, de su satisfacción, de su fuerza y de su felicidad más profunda. En el fondo uno no tiene otra opción que seguir el camino propio, aún cuando considere que se podría y que tiene permitido o debería incluso apartarse de él. Tal vez uno piense que otro camino sea más fácil o más satisfactorio o que la meta a la que conduce sea más elevada o que finalmente nos llevaría más allá de nosotros mismos. Pero el otro camino sólo puede ser transitado por alguien a quien ese camino realmente corresponde. Sólo él está en sintonía consigo mismo siguiendo ese camino y por ende tiene la fuerza, la valentía y la disposición de caminarlo.

A veces uno cae en la tentación de querer comparar el propio camino con otros caminos y entonces a algún camino lo considera mejor o peor, más elevado o más bajo, especial o común, a alguno bueno, a otro despreciable. Pero nadie, en su propio camino, es diferente a otro que reconoce un camino que no es el propio y lo transita como si fuese su camino. En ese sentido, que todos pueden sólo seguir el camino propio y no lo pueden abandonar, ellos y sus caminos son totalmente iguales entre sí. Porque en última instancia a cada uno el camino propio le está predeterminado. Sobre todo por el origen, por estar implicado en los destinos de la familia, por el género, por los dones y los límites espirituales y físicos. Pero en definitiva por el propio destino, la propia voz interior y el lugar que a uno le corresponde en el Todo.

No obstante, cuando uno se encuentra con otros al recorrer el propio camino, avanza junto con ellos un tramo del mismo camino, se aprende uno del otro, se acompaña y se apoya mutuamente. Pero luego llega el momento de volver a transitar el propio camino solo. De esa manera, a menudo se cruzan muchos caminos propios, a veces desembocan uno en

el otro de forma que por un tiempo ya no es posible diferenciar entre uno y otro. Hasta que luego lo propio vuelve a imponerse y siguiendo el camino propio encuentra su plenitud.

Con relación a mi salida de la orden y mi dejar el sacerdocio más tarde escribí una historia.

El Adiós

Ahora os invitaré a un viaje al pasado, como si algunas personas, después de años, se fueran otra vez para volver a aquel lugar donde ocurrió lo decisivo. Esta vez, sin embargo, no hay peligro al acecho, todo está ya superado. Más bien parece como si veteranos luchadores, después de largos años de paz, tuvieran que volver a atravesar el campo de batalla en el que tuvieron que mostrar su coraje. Hace ya mucho que la hierba vuelve a crecer en aquel sitio, que los árboles florecen y dan fruto. Hasta es posible que ni siquiera reconozcan el lugar, porque no está como ellos lo recordaban, y que necesiten ayuda para orientarse.

Porque es curioso de qué maneras tan distintas nos enfrentamos al peligro.

Un niño, por ejemplo, queda paralizado de miedo ante un perro grande. Cuando llega la madre y lo levanta en brazos, la tensión va cediendo y el niño empieza a llorar. Al cabo de un rato puede volver la cabeza para mirar al terrible animal, ahora desde una altura segura y sin miedo.

Otro, al cortarse, no puede ver correr su propia sangre. En cuanto aparta la vista, sin embargo, sólo siente un poco de dolor. Así, pues, es malo que todos los sentidos juntos se queden atrapados en los hechos, no puedan actuar cada uno por separado y el individuo se vea arrollado por ellos de tal manera que no vea, ni oiga, ni sienta, ni sepa qué es real.

Ahora emprenderemos un viaje en el que cada cual, de la manera que le parezca, lo verá todo, pero no de golpe, y también lo vivirá todo, pero con la protección que desee. Un viaje en el que también podrá comprender las cosas que cuentan, una tras otra. El que quiera podrá dejar que otro lo represente, como quien en su casa se pone cómodo en el sillón, cierra

los ojos y se imagina el viaje que va a hacer y que, a pesar de permanecer en casa y dormir, recrea como si realmente estuviera allí.

El viaje nos lleva a una ciudad que en su tiempo fue rica y famosa, pero desde hace mucho está vacía y solitaria, como una ciudad fantasma del lejano oeste. Aún se ven las minas en las que se extraía el oro, las casas casi intactas, e incluso la tarima de los espectáculos aún existe. Pero todo está abandonado. Desde hace mucho tiempo allí no queda más que el recuerdo.

El que emprende este viaje se busca a una persona que conozca para que le guíe. Cuando llega a ese lugar, el recuerdo se despierta. Allí sucedió aquello que tanto lo estremeció y que aún hoy le cuesta recordar por el dolor que le produjo. Pero ahora el sol brilla sobre la ciudad abandonada. Donde en su tiempo había vida, gentío y violencia, ahora reina la calma y casi la paz.

Pasean por las calles y finalmente encuentran la casa. Todavía le entran dudas al pensar si realmente quiere arriesgarse a entrar, por eso su acompañante decide entrar solo para mirar primero y saber si el lugar es ahora seguro, si aún queda algo de aquel entonces.

Mientras tanto, el otro se queda afuera, mirando las calles vacías. Vuelven los recuerdos de vecinos o amigos que vivían allí, recuerdos de escenas alegres y felices, cuando él era emprendedor y estaba lleno de ganas de vivir, como esos niños imposibles de parar porque empujan hacia delante, hacia lo nuevo y desconocido, lo grande y lo amplio, hacia la aventura y el peligro superado. Así pasa el tiempo.

Finalmente, su acompañante le hace una señal para que le siga. Entra él mismo en la casa, llega al vestíbulo, mira a su alrededor y espera. Sabe qué personas hubieran podido ayudarle en aquel tiempo a soportarlo, personas que lo amaban, que también eran fuertes y valientes y sabían. Le parece como si ahora estuvieran aquí, como si oyera sus voces y sintiera su fuerza. Después, su acompañante lo toma de la mano y juntos abren la puerta que realmente lleva al interior.

Ha vuelto. Toma la mano que le trajo hasta aquí y tranquilamente mira a su alrededor, para ver cómo era realmente lo uno y lo otro, todo. ¡Qué

curioso! ¡Qué diferente lo percibe ahora que está recogido y va de la mano de quien le ayuda! Aún recuerda lo que durante tanto tiempo estuvo excluido, como si por fin encajara lo que también forma parte. Espera y mira hasta que lo sabe todo.

Después le invade el sentimiento y, más allá de lo que se encontraba en un primer plano, siente el amor y el dolor. Le parece como si hubiera vuelto a casa. Mira el fondo, donde ya no existen ni el derecho ni la venganza, donde el destino obra, la humildad cura y la impotencia establece la paz. Su acompañante continúa sosteniéndolo de la mano para que se sienta seguro. Él respira profundamente y después se entrega. Sale lo que tanto tiempo estuvo retenido y así se siente ligero y lleno de calor.

Cuando todo ha pasado, el otro lo mira y dice: “Tal vez entonces cargaste con algo que debes dejar aquí porque no te pertenece ni se te puede exigir, por ejemplo una culpa que hiciste tuya, como si tú tuvieras que pagar por lo que otros tomaron. Déjalo aquí y deja también lo que te sea ajeno: la enfermedad de otros, su suerte, sus creencias o su sentir. Y aquella decisión que te causara daño, déjala aquí ahora”.

Estas palabras le hacen bien. Se siente como alguien que llevaba una carga pesada y ahora la pone en el suelo. Respira aliviado y se sacude. En un principio se nota ligero como una pluma.

El amigo vuelve a hablar: “Tal vez entonces también dejaste o abandonaste algo que debieras conservar porque te pertenece, por ejemplo un don, una necesidad íntima, quizás también la inocencia o la culpa, recuerdos y esperanzas, el valor para una existencia plena, para el actuar que a ti te corresponde. Vuelve a recogerlo ahora y llévalo contigo a tu futuro”.

El otro asiente también a estas palabras. Después examina lo que quedó abandonado y ahora debe recuperar. Al tomarlo, siente el suelo bajo sus pies y percibe su propio peso.

Después, el amigo lo lleva unos cuantos pasos más allá, y juntos llegan a la puerta del fondo. La abren y encuentran el saber que reconcilia.

En ese momento ya no puede quedarse más en el lugar de antes. Tiene prisa por marcharse, le da las gracias a su amable acompañante y emprende el camino de vuelta.

Al llegar a casa, todavía necesita un tiempo para orientarse con la nueva libertad y la antigua fuerza. Pero secretamente ya planea el próximo viaje: será a tierras nuevas y desconocidas.

Bert Hellinger, *El centro se distingue por su levedad*, pág. 132.

Formaciones en terapias y casamiento

Después de mi salida de la orden, me mudé de inmediato a Viena y comencé con el *Lehranalyse* (requisito para los psicoanalistas de cumplir con entre 450 y 850 horas de análisis) así como con una formación psicoanalítica del Círculo de Trabajo para Psicología Profunda de Viena. En su momento había sido fundado por el psicólogo y psicoanalista Igor A. Caruso. Al momento de mi ingreso, Caruso ya era profesor en la Universidad de Salzburgo y por su orientación hacia las corrientes intelectuales de izquierda, gozaba de la fama de profesor progresista de escuelas superiores mucho más allá de las fronteras de Austria. Recién casi treinta años después se conoció el lado oscuro de su recorrido. Más adelante me referiré a ese tema con mayor detalle.

Desde el punto de vista financiero yo estaba asegurado. Era considerado uno de los profesionales más reconocidos en la dinámica de grupo de Europa y dictaba cursos no sólo en Alemania, sino también en muchos otros países, entre los que se encontraban Suiza e Italia. A esos cursos asistían personas de muchas procedencias –desde sacerdotes a psicoterapeutas. A menudo también dictaba cursos en conventos. En especial a los novicios, les aconsejaba que aprendieran otra profesión además del estudio de teología. Sólo contando con una alternativa podrían decidirse de manera realmente libre por el sacerdocio.

No obstante, la vida fuera de los muros del convento fue un enorme cambio para mí. Mientras tanto, tenía cuarenta y cinco años y estaba soltero, "single", como se dice hoy día. Eso sí, nunca antes me había tenido que ocupar de cosas cotidianas como hacer compras, limpiar o cocinar. En el convento todo eso lo hacían otros. Recuerdo como al comienzo de mis

días en Viena estaba parado en un negocio de venta de quesos y no tenía ni idea cuánto eran cien o quinientos gramos. Para no pasar demasiada vergüenza, simplemente pedí la misma cantidad de queso que la mujer que compró antes que yo. El tamaño de su trozo me parecía adecuado también para mí.

Poco después conocí a mi primera mujer, Herta, seis años menor. Era asistente social y psicóloga. En ese momento era monja en un monasterio vienés. Nos encontramos a menudo, nos hicimos amigos y finalmente abandonó el monasterio. Yo tenía en claro que un casamiento sería ahora el próximo paso adecuado. Pero no estaba tan seguro. Por un lado deseaba tener una pareja, por el otro disfrutaba la independencia hasta entonces desconocida. Además, me podía imaginar que para una mujer no sería fácil estar casada con alguien como yo. Como monje, había pasado los decenios anteriores sólo entre hombres y no tenía experiencia en el trato privado con mujeres. Por lo tanto, resolví dejar la decisión acerca de un casamiento a una señal. Después de todo, eso había funcionado bien cuando mi fuga del cautiverio estadounidense.

En esa época planeaba regresar a Sudáfrica después de mi formación como psicoanalista para trabajar y vivir allí. Por lo tanto decidí decirle a Herta que me casaría con ella –pero sólo con la condición de que más adelante me acompañara a Sudáfrica. En caso de que ella estuviera de acuerdo –pensaba– yo consideraría esto como una buena señal para este matrimonio. De inmediato, Herta se declaró dispuesta a acompañarme. Con eso yo no había contado.

El hombre se siente atraído por la mujer, porque como hombre le falta la mujer. Y la mujer se siente atraída por el hombre, porque como mujer le falta el hombre. Porque lo masculino está relacionado con lo femenino. Por ese motivo, el hombre, para ser hombre, necesita a la mujer, y a la inversa. Recién una vez que el hombre hace de la mujer su mujer y la tiene como mujer, y recién cuando la mujer hace del hombre su hombre y lo tiene como hombre, ellos son hombre y mujer y como ese hombre y esa mujer se vuelven una pareja.

Para que la relación de pareja entre hombre y mujer alcance lo que promete, el hombre debe ser un hombre y seguir siendo hombre y la mujer debe ser una mujer y seguir siendo una mujer. Por lo tanto, el hombre debe renunciar a apropiarse de lo femenino como si fuese propio y tenerlo, como si él mismo pudiera convertirse en una mujer y ser una mujer. Y la mujer debe renunciar a apropiarse de lo masculino como algo propio y tenerlo como si ella misma pudiera convertirse en hombre y ser un hombre. Porque en la relación de pareja el hombre sólo es importante para la mujer si es un hombre y sigue siendo un hombre. Y la mujer sólo es importante para el hombre si es una mujer y sigue siendo una mujer.

Si el hombre desarrollara lo femenino en sí mismo y lo tuviera, no necesitaría una mujer; y si la mujer desarrollara en sí misma lo masculino y lo tuviera, no necesitaría un hombre. Por eso, muchos hombres y muchas mujeres que desarrollan las características del otro género en sí, viven solos y solas. Se bastan ellos mismos.

Para el Orden del Amor entre hombre y mujer, por lo tanto, es necesario, en primera instancia, que el hombre quiera a la mujer como mujer y que la mujer quiera al hombre como hombre. Por lo tanto, si en una relación de pareja el hombre o la mujer se quieren más bien por otras razones, por ejemplo para divertirse o por provisión o porque el otro es rico o pobre, educado o simple, católico o evangélico o porque uno quiere conquistar o proteger al otro, mejorarlo o salvarlo, o como se dice comúnmente, lo quiere como padre o madre de sus hijos, el fundamento está construido sobre arena y la manzana ya viene con gusano.

Al Orden del Amor en la relación de pareja entre hombre y mujer también corresponde que ambos se reconozcan como pares. Todo intento de comportarse frente al otro ya sea como superior, como los padres, o entregado, como un niño, hará que su relación de pareja se haga más estrecha y la pondrá en peligro. Cuando el hombre o la mujer se comportan como si frente al otro tuvieran el derecho de educarlo, se arrogan, frente a un par, derechos como los que los padres tienen con respecto a sus hijos. Muchas veces entonces el otro rehúye la presión y busca alivio y compensación fuera de la pareja.

Pero el vínculo especial y en un sentido profundo indisoluble entre hombre y mujer surge a través de la consumación de su amor. Sólo ese acto hace del hombre y la mujer una pareja, y sólo ese acto hace que la pareja se convierta en padres. Un amor sólo intelectual y un reconocimiento público de su relación no son suficientes para ello.

En la consumación del amor se muestra la superioridad de la carne por encima del intelecto y se muestra su veracidad y grandeza. Es cierto, que a veces, uno está tentado de desvalorizar la carne frente al intelecto, como si fuese más bajo aquello que ocurre por instinto y necesidad y deseo y amor que aquello que nos exigen la razón y la voluntad moral. Pero la pulsión muestra su sabiduría y fuerza precisamente allí donde lo razonable y lo moral llegan a sus límites y fallan. Porque a través del instinto actúa un espíritu más elevado y un sentido más profundo ante los cuales nuestra razón y nuestra voluntad moral, cuando se vuelve difícil, retroceden y huyen.

A través de la consumación del amor el hombre abandona, como dicen unas lindas palabras de la Biblia, al padre y la madre y se ata a su mujer y ambos se hacen una sola carne. Lo mismo es válido también para la mujer. A esta imagen corresponde un proceso en el alma que a través de su efecto puede experimentarse como verdadero porque crea un vínculo que, aunque uno quisiera algo diferente, se comprueba como imposible de anular y por ello también irrepetible.

Se podría objetar que un divorcio y una nueva relación consecutiva demuestran lo contrario. Pero una segunda relación tiene un efecto diferente a la primera. Un segundo hombre y una segunda mujer sienten el vínculo de su pareja con su primera mujer y con su primer hombre. Eso se muestra cuando un segundo hombre y una segunda mujer no se atreven a tomar a la nueva pareja en todo sentido como lo hicieron con su primera pareja y también retenerla como su hombre o su mujer como a la primera. Porque ambos miembros de la pareja experimentan a la segunda relación con culpa frente a la primera. Eso también es válido cuando la primera pareja ha fallecido ya que uno se separa realmente de la primera pareja solamente a través de la muerte propia.

Por lo tanto, una segunda relación sólo se logra cuando el vínculo a parejas anteriores es reconocido y honrado y cuando las nuevas parejas saben que en el orden están después de las anteriores y les deben algo. Pero un vínculo en el sentido original como en una primera relación no les será concedido. Por ese motivo en la separación de una segunda relación en general la culpa y la obligación se viven como menor que en el caso del quiebre de una primera relación firme.

Un año y medio después del casamiento, encontré un correo proveniente de Roma en mi buzón: era el consentimiento de la curia para mi casamiento. Extraño– después de todo yo nunca había pedido un permiso.

Mi mujer y yo nos quedamos en Viena un año más, ahí había finalizado mi formación en psicoanálisis con todos los exámenes. Además, en ese tiempo había leído la totalidad de la enorme obra de Freud y conocía muy bien el tema de resistencia y proyecciones, algo que, en mi trabajo posterior en el campo de las Constelaciones Familiares, me fue muy útil. Para el reconocimiento de mi formación psicoanalítica en ese momento sólo me faltaban 20 de las horas de análisis reglamentadas para la carrera de psicoanalista. Tenía la intención de recuperarlas en los próximos meses porque había comprado una casa unifamiliar en la pequeña población Ainring, de seis mil quinientos habitantes, ubicada en la región de Berchtesgaden cerca de la frontera austríaca y de la ciudad de Salzburgo.

Después de la mudanza, me incorporé al Círculo de Trabajos en Psicología Profunda liderada por el profesor Igor A. Caruso. Esa me pareció una buena elección basada en su excelente fama. Además, en cierto sentido, me pareció la continuación lógica de mi formación en el Círculo de Trabajo para Psicología Profunda de Viena, que en su momento también había sido fundado por Caruso. Asimismo, esa relación era necesaria para la admisión como psicoanalista a la que aspiraba.

En esa época Caruso era una de las figuras más festejadas de la escena de la psicología, honrado por muchos como un gurú –todo eso a pesar de que en su persona se unían la implicancia con el régimen nacionalsocialista incluyendo estrechas amistades con nacionalsocialistas muy convencidos de

la filosofía social crítica de Marx y Hegel de la escuela de Frankfurt. Sin embargo, esas contradicciones fueron tematizadas sólo decenios después y constituyen otro ejemplo de cómo las conexiones del Tercer Reich –similar a lo del ámbito de los jueces y fiscales– se pudieron mantener inadvertidas por el público hasta mucho después de la Segunda Guerra Mundial, pero toleradas por los responsables e incluso muchas veces protegidos por ellos. En retrospectiva, me parece como una maldición a mi generación, el hecho de que a veces el camino de vida de enemigos del nazismo, como lo era yo, se cruzara nuevamente con la vida de tantos que habían asistido a lograr el éxito de ese régimen cruel que despreciaba a los humanos y que había quedado oculto durante mucho tiempo.

Igor Alexander Conde Caruso, nacido en 1914 en la ciudad Tiraspol (hoy Moldavia / Transnistria) que en ese entonces formaba parte del sur de Rusia, provino de una familia noble de no muy alta alcurnia que abandonó Rusia después de la Revolución de Octubre. Había estudiado pedagogía en Bélgica, se recibió en 1937 y trabajó allí en una institución de asesoramiento educativo. Dos años después se mudó a Estonia, para casarse allí con su primera mujer Irina Grauen. Dando muchas vueltas, la pareja llegó a Austria en 1942, algo que se logró, por sobre todo, gracias al marido de la hermana de Irina, un miembro de la *SS*. Con su ayuda Caruso obtuvo un empleo como educador y consultor en la difamada institución de cuidado juvenil *AmSpiegelgrund*[2]. Pertenecía a esa organización la "Clínica para la sanación de niños neuróticos" con un sector del que se decía estaba especializado en niños.

El horror que tenía lugar allí se describió en 2012 en las más de quinientas páginas del informe final con respecto a "Violencia contra niños en los centros educativos de la ciudad de Viena" elaborado por Reinhard Sieder y Andrea Smioski por encargo de la Ciudad de Viena: "niños con enfermedades hereditarias y resultantes de predisposiciones", así como "menores con defectos e incapaces de ser educados", son apartados y sometidos a experimentos medicinales; cientos de ellos al final muertos con Luminal" (pág. 44 de dicho informe).

2 Nota de la traductora: *(En) El fondo del espejo*, traducción literal al castellano.

La medicación Luminal pertenece al grupo de los barbitúricos. Se emplea en el tratamiento de epilepsia y para la preparación de la anestesia. En la clínica psiquiátrica Leipzig-Dösen se había desarrollado el llamado esquema Luminal en 1940. En los comienzos, sólo se aplicaba para la eutanasia de niños.

Durante varios días seguidos, a los pacientes, se les inyectaba una leve sobredosis tres veces por día. En combinación, con una alimentación deficiente simultánea, después de poco tiempo, provocaba la muerte por neumonía.

Además en el informe final y con referencia al *AmSpiegelgrund* se lee: "El programa de eutanasia alcanza a lactantes y niños con defectos hereditarios, niños epilépticos o niños a quienes los psiquiatras diagnostican "imbecilidad", la mayoría de ellos en el sector de lactantes que en la jerga interna se denominaba "departamento de desechos del *Reich*". Aquí la mayor parte de los 789 niños documentados en el "El fondo de espejo" son muertos" (*ibídem* pág. 42).

Según el reproche de hoy día, al menos catorce niños fueron asesinados tomando como base el dictamen de Caruso. Él mismo nunca lo reconoció. A pesar de que a partir de mediados de los años 1970 había datos que indicaban la conexión de Caruso con el programa de eutanasia *AmSpiegelgrund*, recién en 2008 hubo certezas. La historiadora, científica y psicoanalista Eveline List había clasificado los dictámenes de Caruso en el archivo de la ciudad y la región de Viena y publicado los conocimientos resultantes.

Profesionalmente, en 1942 Caruso cambió a la clínica psiquiátrica Döbling, de la ciudad de Viena, y allí desarrolló una estrecha amistad con su jefe, el psiquiatra Alfred Prinz von Auersberg (1899-1968), afiliado al partido nacionalsocialista, miembro de la *SS* desde 1938 y como líder de cuadrilla, el rango de escalafón más alto de los grupos de la *SS*, estaba activo en el equipo médico. Después de la guerra, fue considerado simpatizante del nacionalsocialismo dado que no se le pudo comprobar una participación directa en las medidas de eutanasia. En 1946 emigró con su familia a Brasil y a partir de entonces estuvo activo en Sudamérica y los Estados Unidos de

Norteamérica. A partir de 1953 también regresó varias veces a Europa. La estrecha relación de Caruso con Auersberg impidió que después de la guerra se lo acepte en la Asociación Psicoanalítica de Viena que se remontaba a Sigmund Freud. Por ese motivo fundó el Círculo de Trabajo en Psicología Profunda de Viena.

Caruso logró reconocimiento social a través de su segundo matrimonio con María Mayer-Gunthof, hija de Franz Josef Mayer-Gunthof, prestigioso empresario y más adelante cofundador y durante muchos años presidente de la Unión de Industriales Austríacos. Como enemigo del nacionalsocialismo fue prisionero en el campo de concentración Mauthausen. El destino de su suegro como prisionero de un campo de concentración cubrió el pasado de Caruso como un velo, ya que además a partir de 1952 difundía una psicología cristiana. De allí en adelante, pasó a ser el psicoanalista preferido de la sociedad vienesa y del clero. Además, su posterior orientación hacia las corrientes intelectuales de izquierda y abierta confesión a favor de Karl Marx y Herbert Marcuse, hicieron que se transformara en una figura líder de los movimientos estudiantiles alrededor del año 1968.

Caruso, que a partir de 1956 se encontraba en Sudamérica ofreciendo conferencias y como profesor invitado, según sus propios datos, había sido nombrado profesor en Brasil. Desde 1966 hasta 1967, dictó clases en la facultad de medicina de la Universidad de Graz, a continuación obtuvo un puesto como encargado de la enseñanza de la Universidad de Salzburgo. Se perfiló como un progresista catedrático de escuelas superiores y psicoanalista. Cuando se habló de una invitación de la Universidad Libre de Berlín, Hertha Firnberg, la primera ministro de Ciencias de Austria, en 1972, lo nombró profesor de psicología clínica y psicología social, sin la habilitación y sin cumplir con el procedimiento de apelación. Al mismo tiempo, Caruso era el único profesor en Austria que enseñaba psicoanálisis.

Su nombramiento fue tanto más sorprendente en cuanto a que no tenía estudios en psicología sino solamente en pedagogía. Es cierto que sostenía haber cursado una formación psicoanalítica con el profesor vienés y creador de la pedagogía psicoanalítica August Aichhorn (1878-1949) y

con el psiquiatra alemán y catedrático de escuelas superiores Viktor Emil von Gebsattel (1883-1976) a quien se remonta la fundación del famoso Instituto de Würzburg para Psicoterapia y Psicología Clínica. Sin embargo, faltan las pruebas.

Caruso fundó el Grupo de Investigación y Trabajo en Psicología Profunda y Psicosomática de Salzburgo, al que más adelante se denominó Círculo de Trabajo para Psicología Profunda de Salzburgo. A los miembros del consejo directivo pertenecía Gerhart Harrer (1917-2011) quien desde 1971 era profesor de Psiquiatría Forense de la Facultad de Derecho de la Universidad de Salzburgo. Ya en la escuela secundaria había adherido a la unión nacionalsocialista de alumnos, más adelante se afilió a la unión nacionalsocialista de estudiantes de Alemania y en febrero de 1935 se hizo miembro de la *SS*, que en esa época era ilegal en Austria, y de la *SS* Estandarte 89. A esta agrupación había pertenecido también Otto Planetta, quien el 25 de julio de 1934 había disparado uno de los dos balazos fatales al Canciller austríaco Engelbert Dollfuss y seis días después había sido ejecutado. Harrer era miembro del partido nacionalsocialista alemán desde 1940. Como miembro de la comunidad de estudio de la *SS* de la Universidad de Viena se ocupaba intensivamente de la biología hereditaria y la sanidad de razas. Durante la guerra, Harrer trabajó como médico asistente junto al amigo de Caruso, Alfred von Auersberg, en sus hospitales militares especiales de neurología y neurocirugía.

Harrer también mantenía un contacto estrecho con el médico de eutanasia Heinrich Gross (1915-2005), quien había participado del asesinado de niños en la institución "El fondo del espejo", el lugar en el que Caruso había trabajado anteriormente, y más adelante fue el psiquiatra forense de Austria que más encargos recibía. En "El fondo del espejo", Gross participaba de experimentos clínicos, sobre todo en el caso de neumoencefalografía de muchos niños. Para realizar una radiografía se bombeaba aire a través de la espina dorsal al cerebro. De esa manera se buscaba investigar si la esclerosis tuberosa –una mutación en el gen TSC1 o TSC2 que tiene como consecuencia un crecimiento descontrolado y formación de tumor– podía ser reconocida en pacientes vivos.

Recién en 1975 se conoció la etapa de vida anterior de Heinrich Gross por la cual no fue indagado criminalmente. El período de prescripción por homicidio ya había caducado y la fiscalía se negaba firmemente a presentar una denuncia por asesinato. Eso tuvo lugar recién en 1997. Dado que Gross no estaba en condiciones de declarar, la presentación planeada para el 21 de marzo de 2000 fue postergada por tiempo indefinido. Falleció en 2005.

En la Universidad de Salzburgo, que había sido fundada nuevamente en 1962 y por tal motivo era aún joven, Caruso se encontró con su amigo y alumno de los tiempos en Viena, el profesor de psicopatología Heimo Gastager (1925-1991) y el catedrático numerario de psicología, Wilhelm Josef Revers (1918-1987). Los tres formaron un triunvirato que se había alistado a una psicología anclada en lo profundamente humano y por ello ejercía una atracción especial para estudiantes del país y del extranjero. Además se incluían temas y actividades sociales que se enfocaban especialmente a los de la generación del '68.

Cuando yo ingresé en el Círculo para Trabajos en Psicología Profunda de Salzburgo, todas estas conexiones mencionadas aún no eran de dominio público. El nimbo de Caruso estaba intacto. Cuando bastante después tomé conocimiento del trasfondo quedé shockeado y muy afectado –por un lado por el horror con respecto a los crímenes cometidos, por el otro porque me sentía engañado por la aparente integridad, y finalmente por la mirada a los abismos que se abrían.

El abismo que más miedo nos causa está en nuestro interior. Retrocedemos ante él. Tenemos miedo de caer en él, de ser devorados por él. Nos defendemos ante la succión que nos tira hacia abajo. También lo negamos, como si no lo tuviéramos. Lo negamos, por ejemplo, a través de nuestras buenas acciones, a través de nuestra amabilidad, a través de nuestro amor visible.

Pero detrás de todo, sigue al acecho lo siniestro de nuestro abismo. Dado que lo tememos, vivimos de otra manera, a veces de forma tal como si para nosotros no existiese. Pero evidentemente lo bueno en nosotros se sigue alimentando de ese rechazo por la atracción y el poder de nuestro abismo interno.

¿Cuál es el efecto del abismo para nosotros al final? ¿Sin él, tendríamos la fuerza decisiva al servicio de la vida que la hace avanzar? ¿Por qué evocamos el amor de Dios sin el temor simultáneo ante su abismo? ¿Por ejemplo ante el infierno? ¿Es posible imaginar un abismo más profundo?

¿Por qué nos fascina en muchas imágenes internas y externas? ¿Es el abismo de Dios? ¿Es el nuestro? ¿Es el temor ante Dios nuestro temor?

No obstante nuestro abismo es una bendición. Nos hace cuidadosos y nos protege ante la caída, porque le tenemos miedo. Nos acompaña siempre, no importa dónde amemos, no importa al servicio de quién estemos. Nos mantiene despiertos. Cuanto más nos elevamos por encima de él, tanto más nos atrae. Entonces es mejor permanecer en su cercanía y conscientes de él.

Como miembro del Círculo de Trabajo para Psicología Profunda de Salzburgo se me solicitó dar una conferencia allí. Poco tiempo antes había caído en mis manos el libro *The Primal Scream* (El grito primal) de Arthur Janov. Estaba fascinado por su método y también lo había introducido exitosamente en mi trabajo de dinámica grupal.

Arthur Janov, nacido en Los Ángeles en 1924, era doctor en psicología y mantenía una labor de consulta privada como psicoterapeuta según la orientación de Freud hasta fines de los años 1960. Después desarrolló con la Terapia Primal *(Primal Therapy)* un método propio. Janov partía de la base que experiencias e incidentes traumáticos en la temprana infancia y el dolor primal que los acompaña *(Primal Pain)* serían responsables no sólo de enfermedades psíquicas sino también de enfermedades físicas. Según Janov, sólo si estas conexiones psicofísicas son reconocidas y se permiten las profundas sensaciones resultantes, se manifiestan cambios de actitud duraderos. De esa forma, conductas forzosas, como por ejemplo la adicción a las compras o las drogas, al alcohol, a los alimentos y al juego, están al servicio de la represión de traumas. En la terapia primal, el dolor primal y los traumas son traídos nuevamente a la conciencia y los mecanismos de rechazo psíquicos son superados. Así se libera el camino a una vida sana y adecuada al propio ser.

La fase intensiva de la terapia primal que consta de hasta tres horas diarias, en general se extiende durante tres semanas. A continuación hay hasta tres sesiones semanales. La terapia tiene lugar en un espacio a prueba de sonido, acolchado y sin ventanas en el que los pacientes se recuestan sobre colchonetas en forma individual o en pequeños grupos. El paciente va con sus recuerdos cronológicamente hacia atrás y va informando los acontecimientos. Los traumas reprimidos se hacen conscientes y también a nivel corporal las llamadas experiencias primales se reviven. Los sentimientos dolorosos inherentes deben ser incrementados mediante gritos, llantos y jadeos –un tipo de respiración que el gurú indio Bhagwan, quien más tarde se llamó Osho, adoptó para sus grupos terapéuticos.

Entre los consultantes más famosos de Janov se encontraban, dicho sea de paso, el ex Beatle, John Lennon, y su mujer Yoko Ono. Ya en 1970, la pareja, luego de leer el libro *El grito primal*, se había comunicado con Janov. John Lennon sufría sobre todo por la relación con sus padres. Su padre había abandonado la familia cuando John era bebé; su mamá, Julia Lennon, sobreexigida, lo había entregado al cuidado de su hermana Mimi Smith cuando él tenía cinco años. Madre e hijo volvieron a acercarse sólo después de transcurridos alrededor de diez años. Pero Julia Lennon murió en 1958, arrollada por un policía ebrio fuera de servicio –para John Lennon, con sus diecisiete años, fue otro trauma adicional dado que sólo pudo vivenciar la cercanía con su madre durante muy poco tiempo.

Después de la terapia primal con Arthur Janov, John Lennon escribió la canción "*Mother*" (Madre) que fue publicada en el álbum "*John Lennon / Plastic Ono Band*" en 1970. "*Mother, you had me, but I never had you*" (Madre, tú me tuviste, pero yo nunca te tuve a ti), dice en la canción. Y: "*Father, you left me, but I never left* you". (Padre, tú me abandonaste a mí, pero yo nunca te abandoné a ti)". Y el estribillo de dos líneas "*Mama, don't go, Daddy, come home*" (Mamá, no te vayas, Papá vuelve a casa) al final de la canción se va incrementando a gritos desgarradores. Grito primal puro.

Mi conferencia sobre el libro *El grito primal* de Arthur Janov no encontró eco en el Círculo de Trabajo de Psicología Profunda de Salzburgo. Después del

encuentro, el Profesor Caruso me llamó y declaró que yo no podía seguir siendo miembro de ese Círculo. Es decir, me despidió. Más aún: me hizo saber que me negaría el reconocimiento como psicoanalista. "Yo, como Obispo de una Iglesia ortodoxa, no puedo tomar a uno de esos que pertenecen a *Jesus-People*" (gente de Jesús) –dijo literalmente.

La gente de Jesús (*"Jesus-People"*) fue un movimiento cristiano de base que había surgido en la costa oeste de los Estados Unidos de Norteamérica, había alcanzado su apogeo a principios de los años 1970 y también se había expandido a Europa. En parte, se orientaba según la ideología hippie, sus adeptos en general vivían en comunidades y estaban en contra de los rituales y sistemas de la iglesia. Su meta era volver a encontrar aquello que Jesús quería realmente.

Es decir que la declaración de Caruso por supuesto tenía un sentido metafórico. Traducido eso significaba: él, como guardián del grial del psicoanálisis, no aceptaría a nadie que apoyara otros métodos terapéuticos o nuevos métodos. En realidad eso no era otra cosa que el juramento antimodernista de la iglesia católica.

Años después, la comunidad de Trabajo de Psicoanálisis de Múnich terminó reconociendo mi formación. En 1982 recibí la admisión por parte de la Unión de Obras Sociales de Baviera como psicoterapeuta no médico en el sector de la llamada gran psicoterapia. Más adelante regresé esa admisión dado que de todas maneras no ofrecía terapias individuales ni grupales y tampoco trabajaba como psicoterapeuta de acuerdo a la nueva ley de psicoterapia.

En retrospectiva en realidad no había nada mejor para mí que ser despedido del Círculo de Trabajo para Psicología Profunda de Salzburgo. Abandoné un circuito atascado y me abrí a nuevas orientaciones. En el fondo de esa manera se liberó, para mí, el camino a las Constelaciones Familiares que más adelante fundaría.

Para comenzar, seguí buscando formas de terapia que me enriquecieran. Así participé de un curso de la estadounidense Fanita English, psicoterapeuta,

psicoanalista y analista de grupo, quien al escribir yo este libro estaba por cumplir 102 años. Ella había continuado desarrollando el análisis transaccional del psiquiatra estadounidense Eric Berne (1910-1970). Berne usaba las formas de comunicación para la interpretación del individuo con respecto a su percepción de la realidad y la conformación del propio camino de vida. En 1969 publicó el libro pionero *What Do You Say After You Say Hello? The psychology of human destiny Grove Press* (*¿Qué dices luego de haber dicho "Hola"? Psicología del comportamiento humano*). Aparecido en idioma alemán en la Editoria Kindler, Munich, bajo el título *Was sagen Sie, nachdem Sie 'Guten Tag' gesagt haben? Psychologie des menschlichen Verhaltens*.

Allí se hablaba del análisis de guion, que forma parte del análisis transaccional y que Fanita English, como ex estudiante de Berne, también presentaba en su curso.

El análisis de guion parte de la base de que todo ser humano sigue un argumento, es decir un guion, anclado inconscientemente como plan de vida en la infancia y que se desarrolla para transformarse en un patrón de comportamiento en todas las relaciones. Berne suponía que un guion se crea como consecuencia de instrucciones negativas de los padres en la infancia. El análisis de este guion en general se logra mediante cuentos, novelas o canciones que captaban al consultante de niño o niña antes del quinto año de vida y como adulto en los últimos dos años. Las respectivas declaraciones de fondo se relacionan entre sí y son resumidas en un mensaje a favor de la vida. Para ello Berne ofrecía frases de solución especiales. A través del darse cuenta de este patrón es posible salirse del guion propio.

Yo introduje también el análisis de guion en mis cursos de dinámica de grupo. Una y otra vez se me ocurrían muy buenas frases de solución. Pero después de cierto tiempo este método terapéutico se me tornó siniestro. Estaba haciéndome cargo de algo que, para mí, era demasiado grande y por ese motivo me retiré del análisis de guion. Recién más adelante, con las Constelaciones Familiares, volví a retomarlo.

En 1974 volé a Los Ángeles y me presenté a Arthur Janov para hacer con él una formación en terapia primal. Junto con mi mujer Herta iba todos

los días durante cinco meses y por varias horas al centro de Janov, a continuación amplié mi formación durante cuatro meses con uno de sus estudiantes en Denver.

Antes de que comenzara la formación de terapia primal en el instituto de Janov, me llamaron a su escritorio. Me presentaron un contrato de diez páginas en el que se describía muy detalladamente lo que debería hacer después del curso. Ahí decía, por ejemplo, qué porcentaje de mis ingresos debía ser transferido a Janov. Eso ni siquiera lo leí atentamente sino que firmé de inmediato. Así me dejaban tranquilo. Soy rápido para hacer una promesa. Tampoco me importa en absoluto prometer –y luego, de todas maneras, hacer lo que a mí me parece correcto. En eso estoy mucho más allá de la moral. Porque si alguien quiere una promesa, no la merece. Pero yo se la doy. Así está satisfecho, y yo estoy libre. Otros estudiantes de Janov se rebelaban ante el contrato, y de ellos se vengaba después. En mi caso no le hacía falta hacer eso dado que yo había firmado, y él estaba satisfecho.

Ciertamente reconocí que la terapia primal sólo tiene un efecto liberador cuando las sensaciones y sentimientos que se desarrollan son esenciales. Pero con cierta práctica uno también puede exagerar. Y eso tiene el efecto contrario a lo que la terapia busca. Impide la despedida de la infancia.

Después de cierto tiempo con Janov, me di cuenta de que algunas reacciones durante la formación eran puro teatro. Cuando, por ejemplo, alguno de los participantes del seminario cumplía años, se le regalaba una torta. Y entonces era como obligatorio llorar. Porque uno había recibido algo que de niño no había recibido, a saber atención y cuidado. Una vez observé cómo una participante, una terapeuta, recibió una de esas tortas de cumpleaños. Lloró desconsoladamente. Más tarde le dije: “Eso no fue para nada genuino, eso fue impostado, ¿verdad?”. “Sí”, respondió, “pero eso hay que hacerlo así aquí”. Ese llanto era como un código de comportamiento que ya no tenía nada que ver con crecimiento interno.

La terapia primal fue increíblemente importante para mí. Pero luego de un tiempo me di cuenta de que fácilmente puede llevar a un paso estrecho. Existía el peligro de quedar atascado en la regresión. Gran parte de

los sentimientos que se externalizan durante la terapia, si bien muy dramáticos, carecen de fuerza. Yo los denomino sentimientos secundarios, en contraposición a los sentimientos primarios.

Muchos sentimientos tienen que ver con una situación real, por ejemplo con la muerte del padre, la pérdida de la madre, una separación temprana de la madre, con la muerte de un hijo o con el amor entre hombre y mujer. En todos estos sentimientos, los ojos están abiertos. Cuando somos testigos de un sentimiento así, podemos compartirlo sin abandonarnos a nosotros mismos y nos sentimos enriquecidos cuando compartimos ese tipo de sentimiento. Nos sentimos más humanos. Esos sentimientos son los que llamo sentimientos primarios.

Allí donde se muestran esos sentimientos no es necesario un consuelo, una intervención de afuera. Si alguien intentara intervenir, sólo molestaría. En el caso de un sentimiento primario, el individuo está totalmente consigo mismo y tiene fuerza. Y hay algo más que es importante aquí: después de un sentimiento primario es posible pasar a la acción. Queda claro qué es lo que hay que hacer. Del sentimiento primario surge la fuerza para la acción.

Es distinto en el caso de los sentimientos secundarios. Ellos sirven para rechazar otro sentimiento y debilitan. Son un reemplazo de la acción. En su lugar, otros se sienten estimulados a hacer algo sabiendo que es inútil. Las personas que se encuentran en ese tipo de sentimientos demostrarán a aquel que busca consolarlos o asistirlos que tampoco pueden hacer nada. ¿Por qué? Si el otro lograra algo, también ellos deberían hacer algo. Es decir que los sentimientos secundarios sirven para rechazar una solución. Mediante ellos un problema se mantiene vigente.

Por lo tanto uno nunca debe conectarse directamente con un problema así, pero se puede intentar cambiar el foco de atención –por ejemplo, haciendo una broma. O uno gana tiempo usando una excusa para desaparecer brevemente. Cuando uno regresa, ya pasó el sentimiento dramático del otro porque los sentimientos secundarios sólo se dan en la presencia de otros. No vale la pena mostrarlos si no hay público. Sobre

todo se solicita que estando en un sentimiento así, la persona abra sus ojos para que mire algo atentamente. Porque con los ojos abiertos no se puede sostener un sentimiento secundario. Lo llamativo es que muchas veces el sentimiento verdadero detrás del sentimiento secundario es precisamente opuesto al que se muestra. Muchas veces la persona ríe cuando abre los ojos después de haber llorado antes.

Hay otro tipo más de sentimientos. Estos están en un nivel más elevado. Los llamo meta sentimientos. Son fuerza pura. Pertenecen a los meta sentimientos: el valor, la serenidad, la alegría, la sabiduría. Porque también la sabiduría es un sentimiento. El sabio sabe si algo funciona o no. Por ese motivo es sabio. No sabe más que los demás, pero sabe lo que funciona.

De regreso en Alemania, construí un espacio en el sótano de mi casa para la terapia primal. Se lo aisló a prueba de sonidos y revistió con acolchados de cuero rojo oscuro. Diariamente ofrecía sesiones grupales de tres horas para diez participantes por grupo y dos sesiones individuales adicionales. Al comienzo ofrecía dos ciclos de cuatro meses de terapia primal, luego los reduje a cuatro semanas. El tiempo abreviado de la terapia daba lo mismo. Más adelante combiné terapia primal con análisis de guion y al hacerlo se modificó el peso de los métodos terapéuticos. En un curso de cinco días reservaba cuatro días para el análisis de guion y sólo un día para la terapia primal. Porque con el correr del tiempo me había dado cuenta de que el dolor primal decisivo resulta de un movimiento amoroso interrumpido. Por eso, como terapeuta, uno ayuda al consultante a vivenciar nuevamente su parto. Luego se le apoya en su movimiento hacia los padres. Eso es todo.

Asistían a mis cursos psicólogos, psiquiatras y psicoterapeutas pero también algunos legos como gerentes y artistas. Además ofrecía en mi casa seminarios de supervisión para psicoterapeutas durante los cuales se podía hablar de casos de sus consultas.

Durante las semanas de psicoterapia de 1974, en Lindau, organicé un curso de análisis transaccional. Ese evento se había transformado cada vez más; de ser una serie de conferencias a comienzos de los años setenta, a un congreso con cursos, seminarios y prácticas a mayor escala. Ese año el

neurólogo, psiquiatra y psicoterapeuta Dr. Rüdiger Rogoll también ofrecía un taller de esa índole. Era conocido como uno de los analistas transaccionales más respetados de Europa. Había practicado durante bastante tiempo en clínicas estadounidenses y había aprendido directamente con Eric Berne. Rüdiger Rogoll y yo tomamos contacto durante las semanas terapéuticas y de ese contacto surgiría no sólo un trabajo en conjunto fructífero sino también una estrecha amistad.

Después del evento, Rüdiger Rogoll participó de uno de mis cursos de terapia primal y durante años vendría a mis supervisiones. Al mismo tiempo, yo le pedí que participara en mis cursos de terapia primal como supervisor. Además, en 1977, participé de una de sus formaciones adicionales de análisis transaccional para ser admitido en la Asociación Alemana de Análisis Transaccional. Pero aquí me sucedió lo mismo que en el Círculo de Trabajo de Psicología Profunda de Salzburgo. Aunque Rüdiger Rogoll era mi mentor, fui rechazado –en definitiva una vez más para mi bien.

Durante todos esos años seguía aprendiendo otros métodos terapéuticos. Porque hasta los cincuenta años de edad no me había sentido preparado, seguía en la búsqueda, no me sentía en claro conmigo mismo. Todo lo que aprendía lo probaba en mí y en otros. Así pude desarrollar un gran tesoro de experiencias psicoterapéuticas –sin certificados ni membresías en asociaciones. Para ser sincero, ellas nunca me habían interesado. Porque a través de ellas hubiera estado atado a un grupo con todas sus convicciones. Pero nunca permití que se interviniera en mis razonamientos.

Me había impactado mucho la hipnoterapia según el psiquiatra estadounidense Milton Erickson (1901-1980). Él partía de la base de que en el inconsciente cada persona lleva la posibilidad para la autosanación que puede ser activada mediante un trance. Al hacerlo, enfatizaba la individualidad del consultante y con ello la necesidad de un acceso especial. Milton Erickson contactaba a sus consultantes con gran respeto y registraba aún sus más mínimos movimientos, ya que éstos, a menudo, son los más importantes y manifiestan el verdadero asunto. Al mismo tiempo con frecuencia están opuestos a aquello que el consultante

expresa. Cuando, por ejemplo, alguien cuenta algo y al hacerlo menea la cabeza, muchas veces aquello que dice no es cierto. De esto más adelante aprendí mucho para las Constelaciones Familiares.

De la hipnoterapia de Milton Erickson también adopté el principio de los conceptos simples. En la Constelación Familiar, por eso, no existe un "chino básico", cada persona puede comprender todo de inmediato y fácilmente. Así, por ejemplo, no hablo de identificaciones sino de sentimientos adoptados.

Gracias a tres alumnos de Milton Erickson tuve un entendimiento más profundo de la hipnoterapia. Fueron, por un lado, los dos psicólogos estadounidenses nacidos en 1947, Jeffrey K. Zeig y Stephen R. Lankton, quienes a través de sus publicaciones y enseñanzas acerca de la explicación y la sistematización del método Erickson, habían logrado reconocimiento. Más adelante me impresionó, además, el trabajo del psicólogo estadounidense Stephen Gilligan (nacido en 1954). Él siguió desarrollando la hipnoterapia de Erickson llevándola a lo que se llamó *Self-Relations Psychotherapy* (Psicoterapia de Autorrelaciones). Mediante esta "psicoterapia relacionada con uno mismo" animaba a sus pacientes a transformar pensamientos negativos en energía positiva. Para ello integraba elementos del aikido, el budismo y la meditación.

Complementé la hipnoterapia con una formación en Programación Neurolingüística (PNL) que en el fondo es hipnoterapia aplicada y ampliada. En este método se trata de influenciar el pensamiento y la acción mediante el lenguaje. Se aprende a liberar actitudes rígidas y las imágenes internas que las acompañan, mediante cambios mínimos. Al mismo tiempo la PNL ayuda a la mejor comprensión de uno mismo y de los demás. Así la PNL contribuye a que se logre la comunicación.

Yo mismo ofrecía cursos de PNL, pero sobre todo había conocido la importancia terapéutica de historias espontáneas a través de la hipnoterapia y la PNL. Con ellas se logra estimular al consultante de manera respetuosa y no invasiva a introducir cambios positivos. Me hubiera gustado mucho incluirlas también en mi trabajo –pero simplemente no se me

ocurría ninguna– hasta que en uno de los cursos alguien dijo de repente: "¡Cuéntanos una historia!". Ese fue un encendido iniciático e inmediatamente apareció en mi cabeza la historia del Orfeo pequeño y el Orfeo grande, así nomás. Esa historia me gusta mucho porque muestra lo que en la vida es realmente importante.

La felicidad nos parece tentadora y engañosa, atractiva y peligrosa. Porque muchas veces aquello que deseamos nos trae desgracia y aquello que tememos, felicidad. A veces preferimos abrazarnos a la desgracia porque nos parece segura o grande. O porque la consideramos inocencia o merecimiento o garantía de felicidad futura. Entonces, tal vez, despreciamos la felicidad como común, pasajera y fugaz. O la tememos como culpa y traición o delito. O como presagio de desgracia. Por ese motivo a la historia la denominé "Las dos caras de la felicidad".

Las dos caras de la felicidad

En otros tiempos, cuando los dioses aún parecían muy cercanos a los hombres, había, en una ciudad pequeña, dos cantantes con idéntico nombre: Orfeo.

Uno de ellos era el grande. Había inventado la cítara, una forma primitiva de guitarra, y cuando tocaba sus cuerdas para cantar, la naturaleza a su alrededor quedaba encantada, los animales salvajes reposaban mansamente a sus pies y los árboles más altos se inclinaban hacia él. En definitiva, nada se resistía a sus melodías.

Como era tan grande, cortejó a la mujer más bella.

Después empezó el ocaso.

Mientras se estaba celebrando la boda, la bella Eurídice murió. La copa estaba colmada y antes de llegar a sus labios, se rompió. Pero para el gran Orfeo la muerte no fue el final. Mediante su arte sublime encontró la entrada a los infiernos, bajó al Reino de las Sombras, atravesó el Río del Olvido, logró pasar delante del Cancerbero, llegó con vida al trono del Dios de los Muertos y lo conmovió con su cantar para que liberara a Eurídice, aunque con una condición.

Tan feliz estaba Orfeo que no percibió la malicia en este favor. Emprendió el camino de vuelta oyendo tras de sí los pasos de la mujer amada. Pasaron ilesos ante el Cancerbero, atravesaron el Río del Olvido, comenzaron la subida hacia la luz. Ya la veían de lejos. De repente, Orfeo oyó un grito: Eurídice había tropezado. Se giró sobresaltado y volvió a ver las sombras desvanecerse en la noche: estaba solo. Anegado en su dolor, cantó la canción de despedida: "¡Ay, la perdí, toda mi felicidad se fue con ella!".

Encontró el camino a la luz del día, pero la vida se le había hecho extraña entre los muertos. Cuando unas mujeres borrachas quisieron llevarlo a la fiesta del vino nuevo, se negó y ellas lo desgarraron vivo. Tan grande fue su desdicha como vano su arte. Pero ¡Todo el mundo le conoce!

El otro Orfeo era el pequeño. No era más que un cantor, actuaba en fiestas sencillas, tocaba para gente sencilla, proporcionaba una alegría sencilla, y él mismo se lo pasaba bien. Como no podía vivir de su arte, aprendió también otra profesión corriente, se casó con una mujer corriente, tuvo hijos corrientes, pecaba de vez en cuando, era corrientemente feliz y murió viejo y colmado de vida.

Pero nadie lo conoce. ¡Excepto yo!

Bert Hellinger, *El centro se distingue por su levedad*, pág. 123.

Después de esta historia el hechizo se había roto. Escribí muchas historias. Se me ocurren espontáneamente en ciertas situaciones. Hasta el día de hoy permito que aparezcan en seminarios. Muchas veces una historia está dirigida a un determinado consultante, pero eso no lo revelo. Siempre se la cuento a todo el grupo. Porque a menudo otros también sienten que les llega. Ese, por ejemplo, es el caso con la historia que sigue a continuación que en realidad estaba destinada a un consultante que sufría de asma.

Limpieza general

Alguien vive en una casa pequeña y con los años va amontonando un sinfín de trastos en sus cuartos. Muchos huéspedes llevaron cosas y, al seguir su camino, dejaron alguna que otra maleta. Parece como si aún estuvieran, aunque hace tiempo que se marcharon para siempre.

También lo que el propietario mismo ha ido almacenando sigue guardado en la casa. Nada se da por acabado ni se puede perder: su memoria se aferra incluso a objetos rotos, que se quedan y quitan espacio a otras cosas mejores.

Sólo cuando el dueño de la casa está ya a punto de ahogarse, empieza a hacer limpieza. Comienza por los libros: ¿quiere seguir mirando imágenes antiguas, intentando comprender enseñanzas e historias ajenas?

Por eso saca de su casa lo que ya quedó resuelto hace tiempo, así que en las habitaciones vuelve a haber espacio y luz.

Después, abre las maletas ajenas para mirar si aún queda algo que pudiera usar. Descubre algunas preciosidades y las aparta: el resto también lo saca fuera.

Tira los cacharros viejos a un hoyo profundo que cubre cuidadosamente de tierra, para finalmente sembrar hierba encima.

Bert Hellinger, *El centro se distingue por su levedad*, pág. 136.

Es fácil reconocer la diferencia entre una invitación a actuar y contar una historia. En general, la persona a la que se le da un buen consejo se siente inferior. ¿Cómo se protege entonces contra esa pérdida de la autoestima? Para preservar su dignidad no sigue el consejo e incluso, tal vez, hace todo lo contrario. Las historias, por su lado, le dejan su dignidad, el consejo oculto en ellas se sigue gustosamente. Así ayudan para la sanación.

También me ocupé de la terapia provocativa del estadounidense Frank Farrelly (1931-2013), profesor de trabajo social y psiquiatría. En su terapia breve instaba al consultante, sin herir ni ofenderlo, mostrándole, con humor, el comportamiento con el que se menoscababa a sí mismo o sus pensamientos paralizantes. De esa manera el consultante lograba reírse de sí mismo y ganar la libertad para poder cambiar.

Además asistí a cursos de Jacob Levy Moreno (1889-1974). Él había nacido en Bucarest, vivió durante mucho tiempo en Viena y en 1925 se trasladó a Estados Unidos de Norteamérica. Era psiquiatra y creó el psicodrama. Aquí el paciente representa, como si fuese el actor principal de una obra

de teatro, el drama de su alma. Con la ayuda del grupo y el apoyo del director de la obra, o sea del terapeuta, se busca la posibilidad de despedir estructuras de roles que han quedado fijas mediante la activación de espontaneidad y creatividad.

Pero en los años alrededor de 1970, hubo otra orientación que ganaba en importancia: la terapia familiar. Ella iba a ser la que preparara el camino para las Constelaciones Familiares que yo crearía más adelante.

En 1973 se publicó primero en los EE.UU., y luego en 1982 también en Alemania, el libro guía *Lealtades Invisibles. Reciprocidad en terapia familiar intergeneracional* (*Unsichtbare Bindungen: Die Dynamik familiärer Systeme*) de Iván Böszörményi-Nagy (1920-2007), junto con Geraldine M. Spark. El profesor de psiquiatría nacido en Budapest, que vivió largo tiempo en Viena para luego emigrar a los EE.UU., era director del *Eastern Pennsylvania Psychiatric Institute* (Instituto Psiquiátrico Oeste de Pennsylvania) en Filadelfia, que se fue desarrollando como el lugar de formación más grande de terapia familiar en los Estados Unidos de Norteamérica. Entre las novedades más importantes que introducía, estaba la perspectiva multigeneracional que tiene en cuenta a más de dos generaciones de una familia para la terapia. De esa manera se busca evitar que se transmitan patrones de conflictos y se repitan patrones de relación. Mediante datos empíricos, Böszörményi-Nagy, había reconocido, además, que pacientes esquizofrénicos podían ser tratados con más éxito si se incluían miembros de la familia en la terapia.

De especial importancia para mí fue el trabajo de la psicoterapeuta norteamericana Virginia Satir (1916-1988), quien a menudo es mencionada como madre de la terapia familiar. De manera similar a la de Iván Böszörményi-Nagy, ella se esforzaba por incluir varias generaciones de la familia del consultante para poder así trabajar en los patrones y problemáticas del sistema familiar. En 1959 Virgina Satir era miembro del equipo fundador del famoso "*Mental Research Institute*" (Instituto de Investigación Mental) en Palo Alto cerca de Stanford. Bajo su dirección, surgió allí el primer programa de formación para terapia familiar en los EE.UU.

Entre los trabajos destacados de Virgina Satir estaba el desarrollo de la llamada escultura familiar. En ella los verdaderos miembros de la familia se configuran como si fueran una escultura humana. Sus interrelaciones se manifiestan a través de las poses corporales que adoptan como también a través de los pensamientos y sentimientos que surgen de ello. Así el consultante puede reconocer cómo la relación suya consigo mismo y con otras personas es determinada por procesos ocultos y estructuras del sistema familiar.

Además Virginia Satir desarrolló el método de la construcción familiar, una combinación de psicodrama y terapia gestáltica. Para ello, el consultante adopta diferentes roles de la historia familiar y así vivencia acontecimientos emblemáticos o traumáticos. De esa manera puede modificar sus propias perspectivas.

Se generó una estrecha unión y también amistad con la psicóloga Jirina Prekop, quien en 1970 había llegado a Alemania desde Checoslovaquia. Ella trabajaba con la llamada terapia de contención. Más adelante ofrecimos algunos seminarios juntos en los cuales combinábamos esa forma de terapia con mi Constelación Familiar.

A comienzos de los años 1980, en ocasión de las semanas de psicoterapia en Lindau, participé de un curso de Thea Schönfelder (1925-2010), psiquiatra y directora médica de la *Universitätsklinikum Hamburg-Eppendorf* (UKE, según las siglas en alemán) Clínica de la Universidad de Hamburg-Eppendorf. Ella fue la primera mujer, en Alemania, nombrada para la cátedra de Psiquiatría Infantil y Juvenil. A través de ella me encontré con las Constelaciones Familiares. En la escultura familiar, Thea Schönfelder no trabajaba con los miembros verdaderos de la familia del consultante sino con representantes, es decir con personas del grupo que ocupaban el lugar del miembro de la familia y representaban a esa persona.

Durante un curso Thea Schönfelder me eligió como representante del padre de un joven esquizofrénico. Con total desconocimiento, permití ser configurado, seguro de mí mismo y con buen ánimo. De repente movió al representante del joven y caí en un hoyo profundo, yo ya no era yo mismo. Al final me sentía como en un paisaje diferente, amplio y sereno. Después

me encontré con Thea Schönfelder otra vez durante las semanas de psicoterapia de Lindau y nuevamente quedé profundamente movilizado por su trabajo. Lo que allí sucedía no lo podía comprender. Ella tampoco ofrecía explicación alguna con respecto a las razones de fondo.

Más tarde asistí a un seminario de cuatro semanas sobre terapia familiar en la ciudad estadounidense de Snowmass, en las Rocky Mountains. Era coordinado por los dos terapeutas familiares estadounidenses Ruth McClendon y Les Kadis. Nuevamente ocupé el lugar de representante y nuevamente pasé por altos y bajos. Me seguía faltando el entendimiento y tampoco McClendon ni Kadis daban explicaciones.

Un año después Ruth McClendon y Les Kadis vinieron a Alemania y ofrecieron dos cursos en terapia familiar plurifamiliar. En esos cursos hacían terapia a cinco familias, padres e hijos, durante cinco días al mismo tiempo. Lo que allí sucedía en detalle era, para mí, otra vez, difícil de comprender. La experiencia estaba, pero el entendimiento faltaba. Sin embargo, comprendí una cosa: aquí estaba el futuro.

La apertura hacia la Constelación Familiar

Es decir que la Constelación Familiar como comprensión no me había caído del cielo, por así decirlo. Sino que los trabajos de Thea Schönfelder, de Virginia Satir, de Ruth McClendon y Les Kadis me habían transmitido una idea de conexiones del alma y sus efectos hasta entonces desconocidos. Aquí el acceso me lo facilitó, esencialmente, el análisis de guion que había ofrecido en mis cursos durante mucho tiempo. Su descubridor, Eric Berne, había averiguado que vivimos nuestra vida según un plan secreto, como siguiendo un guion, que representamos casi literalmente en el escenario de la vida. Es cierto que yo me di cuenta que en el guion hay frases que no congenian con la vida propia.

Esta comprensión me surgió durante una conversación con mi amigo, el Dr. Rüdiger Rogoll. Me contaba el análisis de guion de un consultante que como historia de la temprana infancia había nombrado el cuento de Blancanieves y como historia de los últimos dos años la saga de Casandra. En la mitología griega, Casandra era la bella hija del rey troyano Príamo. El rey Apolo se enamoró de ella y le otorgó el don de la profecía. Pero Casandra lo despreció, por lo que Apolo maldijo ese don otorgado. Nadie volvió a creer en sus predicciones, se la consideraba loca. Fue inútil predecir la caída de Troya. Al finalizar esta guerra, fue violada por Áyax en el templo de Atenea y llevada para ser entregada a Agamenon en Mícenas como esclava concubina. Allí, ambos fueron asesinados por la mujer de Agamenón, Clitemnestra y su amante, Egisto.

En el cuento de Blancanieves se dice que la bella hija del rey, por mandato de su madrastra mala, debía ser asesinada. Pero logra huir y refugiarse con los siete enanitos.

La frase que unía esas dos historias en el análisis de guion decía: “Una mujer joven de alta alcurnia se va de su casa”. Rüdiger Rogoll pidió entonces al consultante que mencione esa frase a su padre. Él le contestó lo siguiente: “Supongo que ahora te lo debo decir. Antes del matrimonio con tu madre yo estuve con otra mujer. Con ella tuve una hija. Pero vivíamos en el campo y una hija extramatrimonial era imposible, se la consideraba bastarda. Para proteger a la niña la enviamos lejos, a otra familia”. El consultante no sabía nada de eso. No obstante, en el guion de su vida representaba a su media hermana.

Cuando escuché eso quedé como electrizado. Porque había tenido una experiencia similar. Uno de mis consultantes nombró la tragedia Otelo de Shakespeare como guion. En la obra de teatro, Otelo, provocado por intrigas de celos, mata a su mujer, Desdémona, y luego se suicida. Eric Berne había partido de la base de que los guiones se arman por indicaciones negativas de los padres en la infancia. Pero un niño no puede experimentar personalmente lo que significa la figura de Otelo. Por ese motivo pregunté al consultante: “¿En tu familia, quién mató a quién por celos?”. “Mi abuelo a su rival”, fue la respuesta.

De repente me quedó claro: la mayoría de los guiones no tienen que ver con experiencias personales. Más bien se los adopta de otros miembros de la familia. El guion que actuamos en nuestra vida ya fue interpretado anteriormente por otra persona de nuestra familia. En el fondo lo adoptamos y repetimos. Ese fue el momento en el que comprendí lo que es una implicancia, un enredo: somos implicados en nuestra vida con el destino de otra persona. Y también comprendí lo que lleva a un enredo: somos implicados en el destino de personas que en nuestra familia quedaron perdidas porque fueron olvidadas o excluidas de ella. Repentinamente comprendí lo que ocurría en las Constelaciones Familiares. Allí, a través de los representantes, sale a la luz quiénes son esos excluidos y cómo pueden ser regresados a la familia y a nuestro corazón –para alivio de muchos.

Al mismo tiempo me di cuenta, mientras escribía una conferencia sobre la culpa e inocencia en sistemas, que hay un orden de origen. En los sistemas,

los que llegaron antes tienen prioridad respecto a los que llegaron más tarde. Eso para mí fue la apertura hacia la Constelación Familiar. Los demás órdenes, que denominé los Órdenes del Amor y que rigen en los sistemas familiares, me surgieron en la meditación. Práctica que hacía diariamente durante varias horas.

Como todas las grandes comprensiones, aquello que más adelante llevaría a la Constelación Familiar, se fueron anunciando en varias cabezas inteligentes al mismo tiempo. De cierto modo, en diversas personas ya existía, en forma virulenta, una idea de lo grande que actúa en los sistemas familiares. Con seguridad entre ellos Eric Berne, Thea Schönfelder y Virginia Satir, Ruth McClendon y Les Kadis, Jeff Zeig e Iván Böszörményi-Nagy.

También el gran psiquiatra suizo Carl Gustav Jung (1875-1961) escribió ya en su autobiografía, publicada en 1962, en forma póstuma: "Cuando trabajaba en los genogramas, me quedó claro la extraña conjunción de destinos que me une a los antepasados. Tengo la fuerte sensación que estoy bajo la influencia de cosas o cuestionamientos que mis padres y abuelos y otros antepasados dejaron incompletos y sin responder. Muchas veces da la impresión como que hubiera un karma impersonal en una familia que pasa de los padres a los hijos. Siempre me pareció que, también yo, debía responder preguntas que en mis antepasados ya aparecieron como destino pero que aún no habían sido respondidas, o como que yo debía terminar o incluso sólo continuar cosas que el pasado había dejado pendientes". (Carl Gustav Jung: *Erinnerungen, Gedanken, Träume*[3] (Registrado y publicado por Aniela Jaffé. Editorial Walter Verlag, Zurich y Düsseldorf, Edición especial, 13ma Edición 2003, pág. 237).

Para mí es impactante lo temprano que (aproximadamente diez años antes de la manifestación de la terapia familiar y alrededor de dos decenios antes de las Constelaciones Familiares) Carl Gustav Jung había desarrollado un sentido con respecto a las implicancias en la familia. Hasta hoy día estoy agradecido a todos mis maestros que me llevaron y sostuvieron en mi entendimiento de las leyes que actúan en los sistemas familiares.

3 Edición en castellano: *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Six Barral, 2001.

El hecho de haber podido reconocer estas leyes lo veo como un gran regalo. Esta comprensión me fue dada, no importa por qué fuerza. Tal vez Einstein diría que fue la fuerza de los pensamientos. Porque cuando alguna vez le preguntaron qué era lo que lo había llevado a la teoría de la relatividad contestó análogamente que había sido el continuo pensar acerca de ese tema.

Yo personalmente creo que entender conexiones más grandes es también siempre una gracia. Por ese motivo miro con gran humildad a aquello que pude hacer con la Constelación Familiar. Jamás hubiera soñado que esto que yo llamaba ayuda de vida, algún día sería aplicado en todo el mundo. Que con ello haya podido ayudar a tantas personas me llena de felicidad y profundo agradecimiento hacia a mi destino.

¿Cuándo nos sentimos exitosos de manera especial? Cuando aquello que emprendemos está al servicio de la vida. En ese sentido, el éxito más grande es un hijo y, más adelante, todo aquello que a un hijo lo prepare para vivir la vida hasta que él pueda transmitir la vida.

Sea lo que sea que logremos de una manera que esté al servicio de nuestra vida y la vida de otros, es un éxito que perdura. Con él se mantiene la vida y se ayuda a que avance.

¿Estamos orgullosos de ese tipo de éxitos? De una buena manera sí. Los padres están orgullosos de sus hijos y nosotros, cuando logramos algo que también de otra manera da una rica cosecha, también estamos orgullosos. Aquí el orgullo es la felicidad que se muestra hacia afuera por haber estado al servicio de la vida de una buena manera. Estos éxitos perduran porque con ellos la vida avanza.

Los triunfos también son éxitos. Personales cuando en una competencia fuimos los mejores. La competencia por el mejor lugar y las energías que libera están al servicio de la vida. Todos aquellos que participan de la competencia, también aquellos que son obligados a hacerlo para sobrevivir, hacen que la vida avance, incluso cuando en su caso individual son derrotados. Toda vida debe imponerse, se logra cuando se impone. En todos los aspectos de la vida debemos encarar la competencia y asentir a ella.

Muchos de los que competían entre sí, pueden unirse para, juntos, lograr más de lo que les hubiera sido posible lograr individualmente. Su éxito será un éxito conjunto. Su éxito beneficiará a muchos en conjunto. Entonces no es tanto el individuo sino el grupo que está orgulloso de ese éxito. Muchos éxitos se diluyen, sobre todo aquellos que quedan limitados a uno mismo sin estar al servicio de la vida. A no ser que también a ellos los pongamos al servicio de la vida.

Esos éxitos son un logro personal y requieren un empeño personal. A través de ellos crecemos personalmente.

Es distinto en el caso de éxitos que van a expensas de otros, sobre todo a expensas de la vida de ellos y su familia.

¿Cómo seguimos siendo exitosos personalmente de una buena manera? Cuando mediante nuestro éxito otros ganan algo para su vida. Ese tipo de éxito nos hace felices a nosotros y a otros.

La Constelación Familiar tradicional

A partir de 1982, en mis seminarios, ofrecía lo que hoy llamo Constelación Familiar clásica o tradicional, que más adelante, con mi segunda mujer Sophie, seguí desarrollando hacia las Nuevas Constelaciones.

Al principio, creía que la Constelación Familiar sería exclusivamente un enriquecimiento para el trabajo de psiquiatras y psicoterapeutas. Más adelante me corrí de esa opinión. Reconocí que es importante en la misma medida para legos. Por ese motivo, en el caso de las Constelaciones Familiares –también en las Nuevas Constelaciones Familiares– no hablo de un método de terapia sino de una ayuda de vida. Porque quien será el consultante, quiere aclarar algo para sí mismo –por ejemplo, cuál podría ser el trasfondo de una enfermedad o dificultades en la relación de pareja o qué se interpone en el camino al éxito en la vida.

La Constelación Familiar tradicional, en realidad, se va dando muy sencillamente. El facilitador elige representantes para la familia del consultante y éste los ubica frente a un grupo, uno en relación con el otro. A veces también el consultante es quien elige los representantes. De repente los representantes sienten lo mismo que las personas que representan sin conocerlas y sin que se haya dicho algo acerca de ellas. A veces hablan con la voz de ellas y tienen sus síntomas. Por ejemplo, comienzan a temblar o ya no escuchan o no ven bien.

Este fenómeno no se puede explicar con los conceptos tradicionales. De los muchos intentos, lo que más se acercó es que los representantes entran en otro campo espiritual. El biólogo británico Rupert Sheldrake lo llama un campo morfogenético. Eso significa que en ese campo están almacenados,

en una memoria común, los acontecimientos anteriores de una familia o grupo y las sensaciones que los acompañan.

Una vez posicionados los representantes, se le pregunta al consultante cómo se siente. En general está muy asombrado por el resultado porque es diferente a lo que había imaginado. Luego se les pregunta a los representantes lo que sienten. Después se los cambia de lugar hasta que al final todos se sienten bien. A menudo se elige otros representantes más y se los agrega. Cuando, por ejemplo, todos miran en una misma dirección significa: miran a alguien que en la familia quedó excluido u olvidado. Muchas veces es un hijo que murió temprano. Cuando se configura a alguien que representa a ese hijo, los demás respiran aliviados. De esa manera surge a la luz un orden oculto que demuestra ser fundamental.

El facilitador coordina la Constelación, él decide qué personas adicionales deben ser agregadas como representantes de miembros de la familia, y proponiendo frases sanadoras, ayuda a restablecer el orden en el sistema familiar. Hay que mencionar que una Constelación tiene efecto, no sólo en el consultante, sino también en todos los miembros reales de su familia que fueron representados. De esa manera una Constelación tiene efecto hasta diez años después.

En estas Constelaciones, la mirada está dirigida a la familia actual o a la familia de origen. Cuando se trata sobre todo de una pareja y sus hijos, muchas veces se manifiesta que sus problemas tienen que ver con algo pendiente en sus familias de origen. El foco queda limitado a esas dos familias.

Mi cometido fue reconocer qué leyes actúan en los sistemas familiares. Las comprensiones esenciales de los órdenes en las relaciones humanas me llegaron lentamente, paso por paso, en un largo camino de comprensión. Procedí de manera puramente fenomenológica, es decir que me orienté exclusivamente según lo que aparecía una y otra vez en las Constelaciones y de esa manera se verificaba. Estas leyes no tienen nada que ver con ética o moral, tampoco se rigen por la mente. Cuando se actúa en su contra, surgen dolencias del alma pero también enfermedades físicas. Son leyes universales, implacables. Yo las llamé los "Órdenes del Amor".

Bert Hellinger coordinando una Constelación en Irkutsk, Rusia, 2015.

Multitudinaria convocatoria: seminario de Constelaciones en Buenos Aires, Argentina, 2015.

Bert Hellinger conversando con un participante de los seminarios.



Bert y Sophie Hellinger con una participante del seminario durante el entrenamiento en Bad Reichenhall, Alemania, 2014.



En un encuentro de la Universidad CUDEC en Ciudad de México: a la izquierda de Bert Hellinger, Tiiu Bolzmann; a su derecha Angélica Olvera Malpica y el Director del CUDEC Alfonso Malpica Cárdenas.



Los primeros facilitadores que recibieron su diploma en la Universidad CUDEC.



Bert Hellinger (derecha) con el Padre Hermann Stenger, 1970.

Bert Hellinger y la psicóloga Jirina Prekop eran amigos. En 1970, ella viajó de Checoslovaquia a Alemania.



Bert (derecha) con sus hermanos y su madre, 1929.



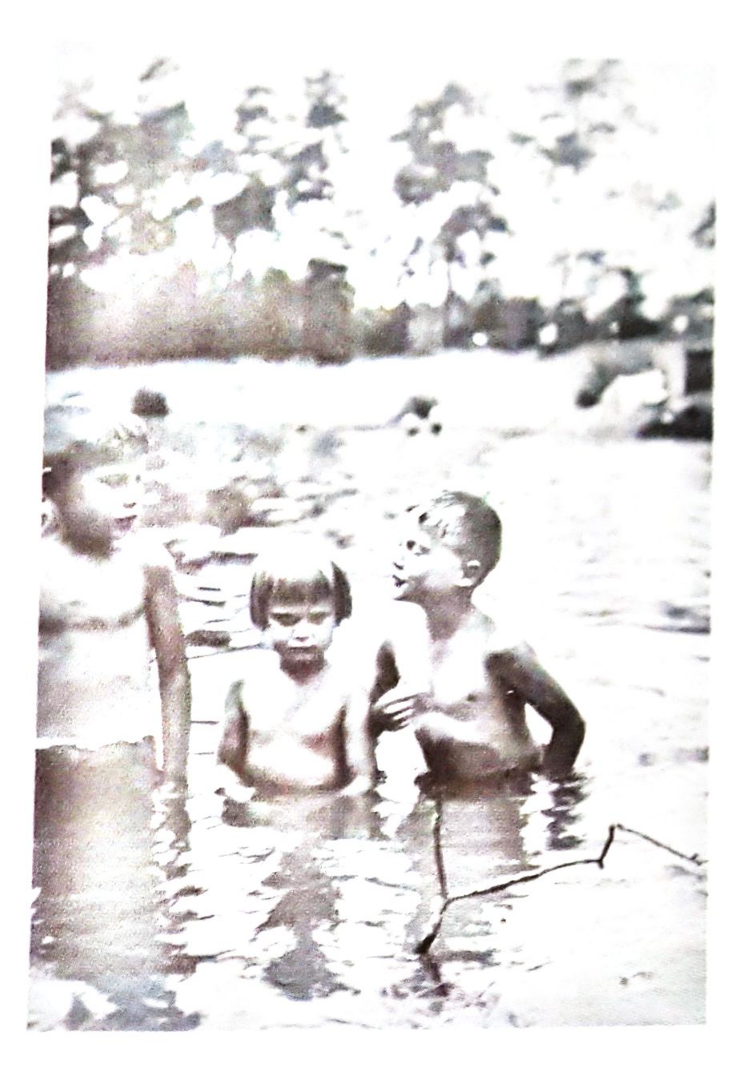
Bert y su hermano (1º fila, der. a iz., Robert y Bert) en el jardín de infantes, 1929.



Bert el primer día de clase, 1931.



Bert con su hermana Marianne y los abuelos maternos, 1931.

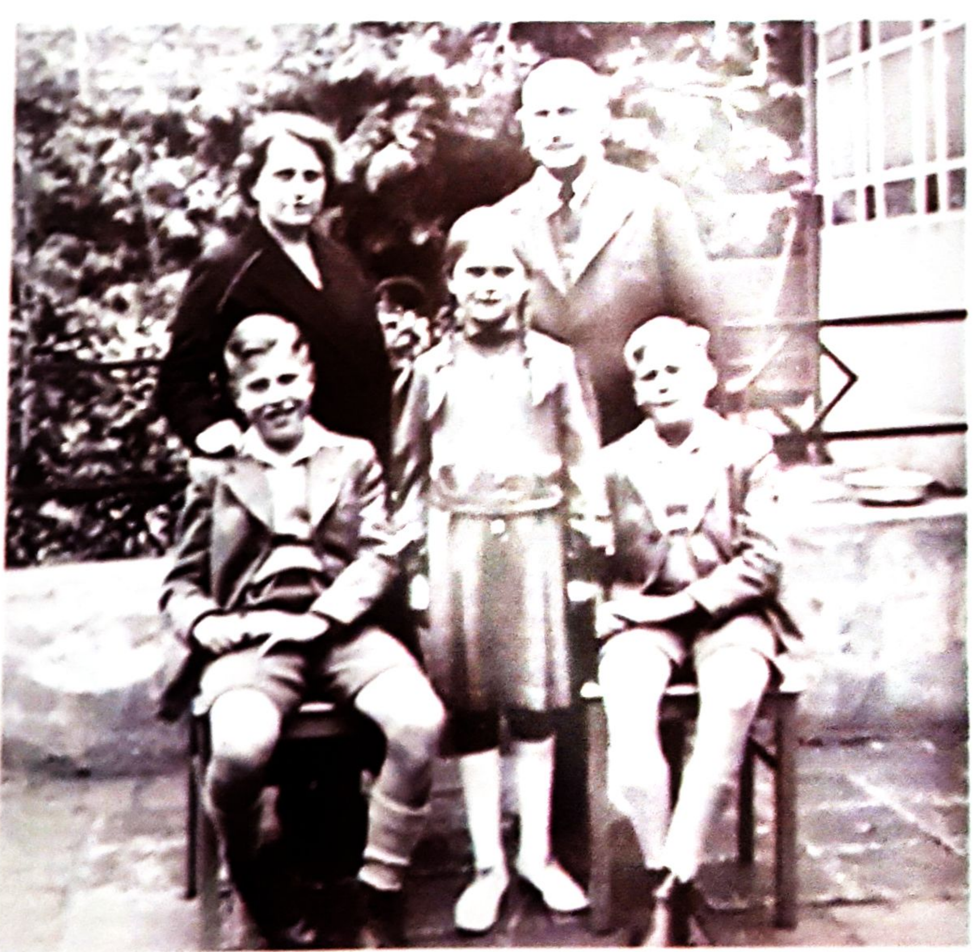


Bert con sus hermanos, Robert y Marianne, bañándose en el lago, 1933.

Bert (sentado), a los 9 años, con sus hermanos en la fiesta de Navidad, 1934.

Bert y su hermana Marianne en Leimen, 1935.

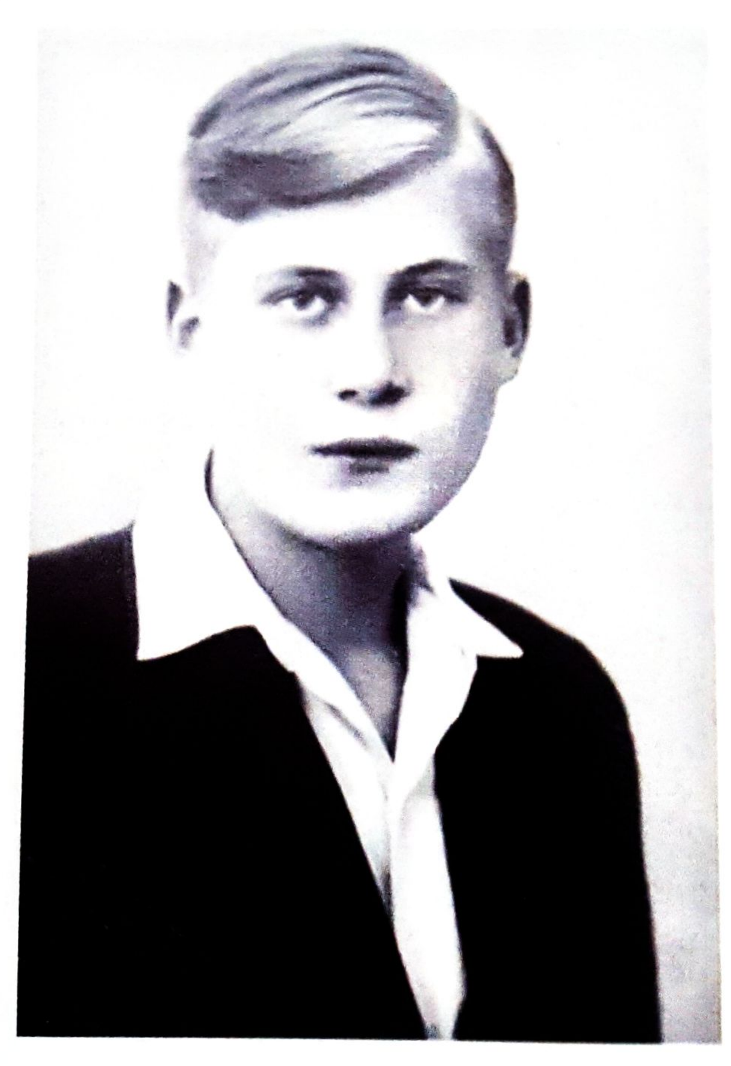




Bert, a los 12 años (adelante, a la derecha) con sus padres y hermanos, 1937.

Bert con un amigo en el parque del Internado Aloysianum en Lohr junto al río Meno.





Bert Hellinger como estudiante a los 16 años, 1941.



Bert Hellinger, a los 17 años, en el servicio social, con su madre.



Como soldado en la Segunda Guerra Mundial en Francia (de pie, tercero de la izquierda).

Bert Hellinger (primera fila, tercero de la izquierda), Navidad en Francia, 1943.



Bert Hellinger dando clases en Sudáfrica.

Bert Hellinger con una estudiante en Sudáfrica, 1960.


Un gran día festivo: primera misa de Bert Hellinger como sacerdote.

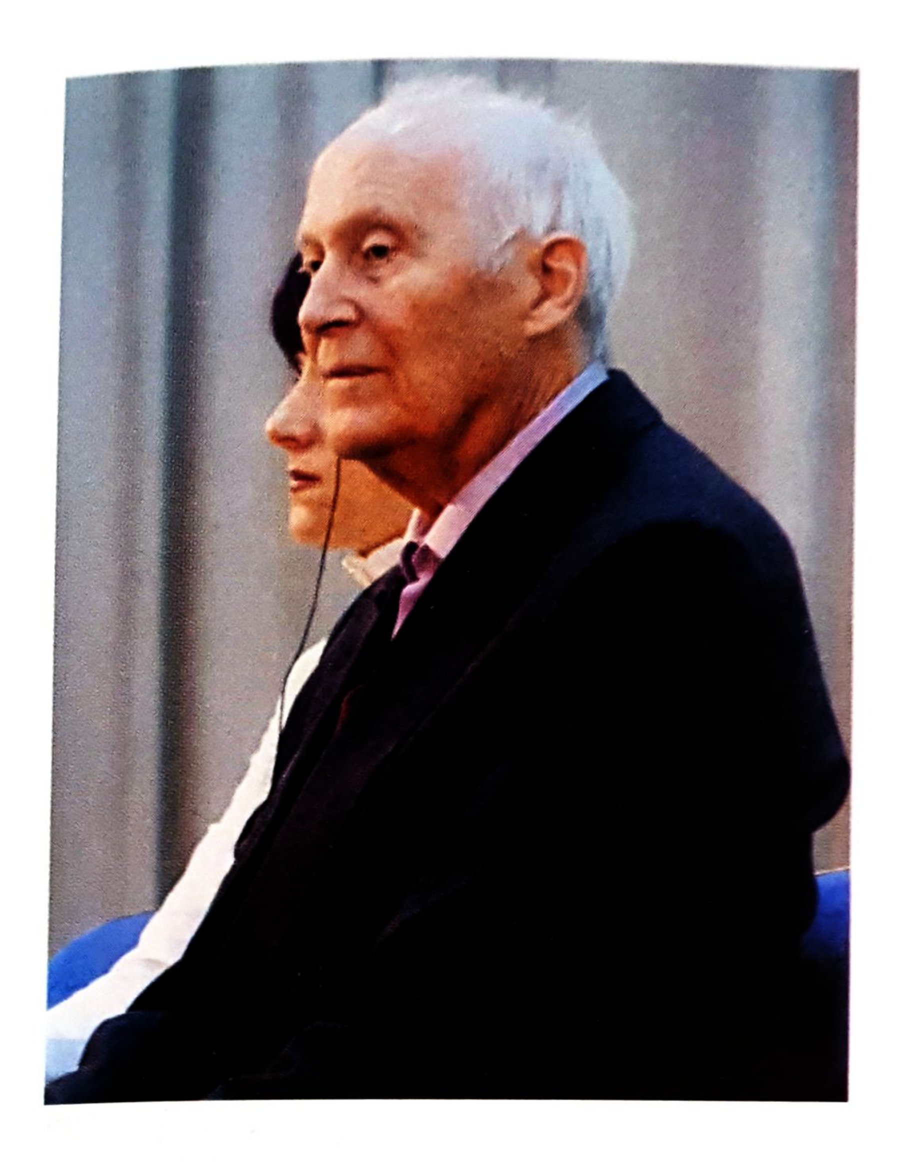

A fines de los años '50, en la construcción de una iglesia en Sudáfrica.


Vacaciones de Sudáfrica, en casa con sus padres, 1960.



Bert Hellinger con su primera mujer, Herta.

Leyendo el manuscrito de uno de sus libros.



Bert y Sophie Hellinger. Junto a ella, él siguió desarrollando las Constelaciones Familiares tradicionales a las Nuevas Constelaciones Familiares.



Bert y Sophie están casados desde 2003 y hasta hoy unidos por un amor profundo.

Bert y Sophie Hellinger, durante un seminario en San Pablo, Brasil, 2015.

Cupo totalmente completo: seminario en Ávila, España.



Bert Hellinger a los 92 años, en su casa.

La diferenciación de las conciencias

Al entendimiento de los Órdenes del Amor, en mi caso, precedió otra comprensión, una comprensión revolucionaria: entendí que hay diferentes tipos de conciencia. En la época en la que trabajaba con las Constelaciones Familiares tradicionales me había dado cuenta de que hay dos tipos de conciencia: la personal y la colectiva, también llamada conciencia de linaje. Aquí se trata de campos espirituales. Más adelante, con las Nuevas Constelaciones Familiares, se agregó una tercera forma de conciencia. Pero aquí no me quiero adelantar y me limito, por eso, a la descripción de los primeros dos tipos de conciencia.

La conciencia personal se experimenta como un sentido a través del cual percibimos de inmediato lo que es necesario para que nosotros pertenezcamos a la familia o a un grupo. Es similar al sentido de equilibrio: ni bien nos apartamos del equilibrio, tenemos una sensación de mareo. La sensación de mareo nos lleva a corregir nuestra postura de inmediato para que logremos nuevamente el equilibrio y quedemos estables. El efecto de la conciencia personal es similar. Ni bien una persona se aparta de lo que es válido en su familia o en un grupo, es decir, cuando debe temer que por su actuar se juega su pertenencia, tiene una mala conciencia. Y como es tan desagradable, la mala conciencia lo lleva a modificar su conducta para volver a tener el permiso de pertenecer.

Es decir que a la conciencia personal la sentimos como buena conciencia y mala conciencia. En el caso de la buena conciencia nos sentimos bien, con la mala conciencia nos sentimos mal. Aparece en nosotros la mala conciencia cuando pensamos, sentimos y hacemos algo que no está en sintonía con las expectativas y exigencias de aquellas personas y grupos a los

que queremos pertenecer y a menudo debemos pertenecer. Son importantes para nuestro bienestar y sobrevivencia. Esa pertenencia asegurada, la sentimos como agradable y buena. No es necesario preocuparnos por quedar solos y desprotegidos repentinamente. Es como que nuestra conciencia vigilara que nos mantengamos en contacto con esas personas y grupos. Percibe de inmediato cuándo ponemos en peligro esa pertenencia y nos alejamos de los otros. Ahí reacciona con una sensación de miedo. Por ese motivo, entonces, es necesario dar un gran reconocimiento a la conciencia personal. Eso queda demostrado también con el importante y valioso lugar que ocupa en la sociedad y la cultura.

Dado que esta conciencia solamente nos une a ciertas personas y grupos y al mismo tiempo excluye a otros, es una conciencia estrecha. La diferenciación entre bueno y malo, por lo tanto, es una diferenciación de esta conciencia. Todo aquello que asegura nuestra pertenencia lo sentimos como buena conciencia. Y no nos detenemos a pensar si –visto desde cierta distancia– es realmente bueno o si posiblemente para nosotros y otros incluso pueda ser malo. Lo considerado bueno se siente sin pensar y se defiende dado que es sentido sólo como buena conciencia –incluso cuando a un observador, de afuera de ese campo espiritual, le pueda parecer más bien extraño o como poniendo en riesgo la vida de muchos.

Lo mismo es válido para lo malo, sólo que en ese caso lo percibimos más fuertemente que lo bueno. Porque está ligado al miedo de perder nuestra pertenencia y con ella también nuestro derecho a vivir. Es decir que la diferenciación entre lo bueno y lo malo está al servicio de la supervivencia del individuo en su grupo.

La conciencia personal nos ata en mayor medida cuando en un grupo nos encontramos abajo y estamos a su merced. Sin embargo, ni bien ganamos poder dentro del grupo o nos independizamos de él, el lazo se afloja y junto con esa sensación también se afloja la conciencia.

Pero los débiles son aplicados y permanecen leales porque están atados. En una familia son los hijos, en una empresa, los empleados de menor

jerarquía, en un ejército, los soldados comunes y en una iglesia, el pueblo creyente. Por el bien de los fuertes, arriesgan aplicadamente salud, inocencia, felicidad y vida, aún cuando los fuertes abusan de ellos en pos de aquello que ellos llaman las metas más elevadas. Son entonces los pequeños que prestan su cuerpo por los grandes, los verdugos que hacen el trabajo sucio, los héroes en los puestos perdidos, las ovejas detrás de su pastor cuando las lleva al matadero y las víctimas que pagan la cuenta.

Allí donde la conciencia ata, también marca un límite hacia adentro y hacia afuera. Por tal motivo, si queremos permanecer junto a nuestro grupo, muchas veces debemos negar o no reconocer a otros, sólo por ser diferentes, esa pertenencia que exigimos para nosotros. Es decir que aquel que siempre sigue su conciencia rechaza a otros. Para poder pertenecer a su familia o grupo debe despreciar y sentir como menos buenos a otros que son diferentes porque tienen una conciencia distinta, debe sentirse mejor que ellos. De esa manera nos tornamos terribles para otros a través de la conciencia. Porque aquello que nosotros para nosotros mismos sentimos como la peor consecuencia por una culpa y que tememos como máxima amenaza, debemos desearlo o implementarlo a otros en nombre de la conciencia: la exclusión del grupo.

Pero tal como nosotros procedemos con ellos, hay otros que, en nombre de la conciencia, proceden de igual manera con nosotros. Entonces establecemos un límite mutuo para lo bueno y para lo malo, en nombre de la conciencia, anulamos ese límite. Todas las diferenciaciones de bueno y malo y de elegidos y rechazados o de cielo e infierno provienen de la conciencia.

Es decir que culpa e inocencia no son lo mismo que bueno y malo. Porque a menudo cometemos actos terribles con buena conciencia y los actos buenos con mala conciencia. Cometemos los actos terribles con buena conciencia cuando están al servicio del vínculo con el grupo que es importante para nuestra supervivencia y realizamos los buenos actos con mala conciencia cuando ponen en riesgo el vínculo con ese grupo.

Así la buena conciencia de unos y la buena conciencia de los otros se convierte en la bacteria que separa personas, pueblos y religiones. Su

buena conciencia enfurece a unos en contra de los otros. Justifica las peores crueldades en contra de otros, por ejemplo en las guerras religiosas. De esa manera, la conciencia se opone al respeto y amor hacia otros que son diferentes.

Es decir que la medida para la conciencia es lo que vale en el grupo al cual pertenecemos. Por tal motivo, las personas que provienen de diferentes grupos también tienen conciencias diferentes, y la persona que pertenece a varios grupos tiene una conciencia diferente para cada grupo. La conciencia nos mantiene junto al grupo como un perro a las ovejas del rebaño. Pero cuando cambiamos el entorno, para protección nuestra, la conciencia cambia su color como un camaleón. Por eso tenemos una conciencia diferente con la madre que con el padre. Otra en la familia que en la profesión. Otra en la iglesia que en el bar. Pero siempre se trata del vínculo y el amor en el vínculo y del temor a la separación y pérdida.

Cuando observamos la conciencia personal más detalladamente nos damos cuenta de que sigue tres necesidades. En el fondo incluso es idéntica a esas necesidades:

1. *La necesidad de pertenencia* (descripta anteriormente).
2. *La necesidad de compensación entre dar y tomar.* Esta necesidad hace posible el intercambio entre los miembros del sistema. Dado que está unida a la necesidad de pertenencia, en general, se manifiesta de la siguiente manera: si yo recibí algo bueno, tengo la necesidad de compensar. Pero como siento que pertenezco y amo, doy algo más de lo que recibí. En el otro es lo mismo: también me devuelve un poco más. De esa manera va aumentando el intercambio y se profundiza la relación.
   Pero ahora esta necesidad de compensar también tiene un lado negativo: cuando alguien me hace un daño, tengo la necesidad también de causarle algo. De esa manera aumenta el intercambio en lo malo. Esta necesidad de justicia y venganza es tan fuerte que, a menudo, se sacrifica la necesidad de pertenencia. Mucha

discordia y pelea, también entre pueblos, tiene que ver con esta necesidad de justicia y venganza. La compensación correcta y, por así decirlo, buena, sería causarle al otro un poco menos daño del que uno recibió de él.

3. *La necesidad de orden.* Rigen ciertas reglas de juego que deben ser respetadas. Aquel que las sigue, se siente aplicado, aquel que no las sigue siente que por ello debe pagar un precio, por ejemplo, mediante un castigo.

Pero detrás de la conciencia que sentimos actúa otra conciencia más. Es una conciencia poderosa, por su efecto mucho más fuerte que la conciencia personal. Sin embargo, desde la sensación, para nosotros, es en gran medida inconsciente. Esta segunda conciencia, la conciencia colectiva o de linaje, es más amplia. Representa también los intereses de aquellos que la conciencia personal excluye. Por ese motivo muchas veces está en conflicto con la conciencia personal. La razón es que, en lo que a nuestras sensaciones se refiere, la conciencia personal tiene prioridad ante esta conciencia colectiva. Dado que la conciencia colectiva tiene un efecto inconsciente, no podemos sentir su fuerza especial, sino sólo comprobar sus efectos en nuestra vida. Pero eso lo logramos únicamente si conocemos esas leyes implacables de la conciencia colectiva, los Órdenes del Amor. Mi mujer Sophie más tarde, para ellas, acuñó el concepto "principios básicos de la vida". Debo admitir que esa expresión acierta mucho mejor la importancia de las leyes. Porque de su cumplimiento depende nuestra felicidad, nuestro éxito e incluso nuestra salud. En síntesis: el conocimiento de los Órdenes del Amor decide sobre vida y muerte.

Primer Orden del Amor: el derecho a la pertenencia

La conciencia colectiva o de linaje es una conciencia grupal. Porque cada uno está unido en una comunidad de destino con sus padres y su linaje. Con nuestros padres compartimos ese linaje, pertenecemos a ese linaje en el cual los del padre y la madre están unidos.

Un linaje se comporta como si se mantuviese unido por una fuerza que enlaza a todos los miembros y por un sentido de orden y equilibrio que actúa sobre todos los miembros en la misma medida. Aquel que está unido y manejado por esa fuerza y aquel que, por ese sentido también es tenido en cuenta, pertenece al linaje. En general se trata de las siguientes personas:

1. Todos los hijos, también los abortados, perdidos, nacidos muertos, dados y olvidados. También los "medio" hermanos cuentan como miembro completo de la familia.

2. Los padres y sus hermanos biológicos, inclusive los abortados, perdidos, nacidos muertos, dados y olvidados.

3. Parejas anteriores de los padres.

4. Los abuelos pero sin sus hermanos, aunque en ese sentido hay excepciones.

5. En casos excepcionales también parejas anteriores de los abuelos.

6. Todos aquellos, por cuya muerte temprana o pérdida los miembros de la familia, obtuvieron un beneficio y si por esa razón han contribuido a la supervivencia de la familia actual y sus descendentes.

7. Cuando miembros de la familia se hicieron culpables por la muerte de otras personas, las víctimas forman parte de la familia.

8. Eso es válido también a la inversa: cuando en la familia hubo víctimas de asesinos externos a la familia, los asesinos también pertenecen a la familia.

9. Cuando la familia obtuvo una ventaja por un daño a otro, el que sufrió el daño también pertenece a la familia.

Mientras que la conciencia personal es sentida por cada individuo y está al servicio de la pertenencia personal y la supervivencia personal de éste, la conciencia colectiva o de linaje tiene una mirada hacia la familia como un todo. Porque está muy relacionada con la comunidad de destino la conservación de la integridad del linaje, o sea de su completud.

El primer orden, a cuyo servicio está esta conciencia, por lo tanto dice: todo miembro de la familia tiene el mismo derecho a la pertenencia. En muchas familias y linajes, sin embargo, hay miembros a quienes se les niega ese derecho. Cuando, por ejemplo, un hombre casado tiene un hijo extramatrimonial, a veces, su mujer dice: "De este hijo y su madre no quiero saber nada, ellos no pertenecen". O cuando un miembro de la familia tuvo un destino difícil, cuando, por ejemplo, la primera mujer del abuelo murió en el parto, su destino causa miedo a los otros y no la mencionan, como si la mujer ya no perteneciera.

A menudo también se niega ese derecho a hijos que murieron temprano o nacieron muertos, por ejemplo, olvidándolos. A veces sucede, asimismo, que los padres dan al siguiente hijo el nombre del hijo muerto. De esa forma es como que le dijeran al hijo muerto: "Tú ya no perteneces, para ti tenemos un reemplazo". Así el hijo muerto, ya no tiene siquiera su nombre. Muchas veces también a un miembro de la familia que tiene una conducta discordante los otros le dicen: "Tú, para nosotros, eres una vergüenza y por eso te excluimos".

Mucha moral arrogante en la práctica no significa otra cosa que unos le dicen a los otros: "Nosotros tenemos más derecho a pertenecer que ustedes". Y: "Ustedes tienen menos derecho a pertenecer que nosotros". O también: "Ustedes se jugaron el derecho a la pertenencia". Bueno significa entonces tan sólo: "Yo tengo más derechos". Y malo significa tan sólo: "Tú tienes menos derechos".

Cuando los miembros de un linaje niegan a un miembro anterior su derecho a la pertenencia, ya sea porque lo desprecian, porque temen su destino, porque no quieren reconocer que hizo lugar para posgénitos o si no reconocen algo más que le deben agradecer, un miembro nacido posteriormente lo imita, bajo la presión del sentido de compensación de la conciencia colectiva mediante una identificación, sin que él se dé cuenta y sin que pueda defenderse ante ello. A menudo sin siquiera conocer al excluido y sin saber nada de su existencia.

Ese miembro entonces se hace cargo, en representación, del destino del excluido. Piensa como él, tiene sentimientos similares, vive de manera similar, se enferma de manera similar e incluso muere de manera similar. Ese miembro de la familia entonces está al servicio de la persona excluida y representa sus derechos. Es como si la persona excluida se adueñara, sin que por ello pierda su propio Sí Mismo. Porque siempre que a un miembro se le niega la pertenencia en el clan hay un impulso irresistible de restablecer la integridad perdida y de compensar la injusticia que tuvo lugar.

Doy un ejemplo al respecto: un hombre casado conoce a otra mujer y le dice a la primera: "No quiero saber más nada de ti". Si luego con la nueva mujer tiene hijos, uno de los hijos representará a la primera mujer abandonada y tal vez luchará contra el padre con el mismo odio que tiene la abandonada. O se retirará de él con la misma tristeza que la abandonada. Pero no sabe que está trayendo al presente a la excluida haciéndola valer.

Eso significa que, en el linaje, hay un poderoso sentido del orden que tiene el mismo efecto en todos los miembros y que vela para que todo aquel que pertenece al clan quede realmente salvaguardado –más allá de la muerte. Porque el linaje incluye tanto a los vivos como también a los muertos, en

general hasta la tercera generación, a veces incluso hasta la cuarta y quinta. Nadie es separado de la familia por su muerte. La conciencia colectiva busca regresar a la familia incluso y sobre todo, a los miembros excluidos muertos. Eso significa: es cierto que por la muerte perdemos la vida actual pero nunca nuestra pertenencia a la familia.

Tampoco es que la persona excluida, desde sí, quiera ser representada de esa manera. En primer lugar es la conciencia colectiva que quiere y hace que se produzca esa representación. Eso es lo que llamo una implicancia o enredo. Explica a menudo el comportamiento extraño de un miembro de la familia.

En comparación con la conciencia personal, entonces, la conciencia colectiva se muestra como totalmente inmoral o amoral. No distingue entre bueno y malo ni tampoco entre culpa e inocencia. Por ese motivo uno tampoco debe imaginarse esa conciencia como una persona que después de mucha reflexión persigue objetivos personales. Actúa más bien como un instinto, un instinto grupal que busca sólo una cosa: salvar y restablecer la integridad. Por ese motivo, es ciega al elegir su medio para hacerlo. Es como si eligiera arbitrariamente un miembro de la familia totalmente inocente y lo atara al destino del excluido. Pero por el otro lado, la conciencia grupal también protege a todos de la misma manera queriendo restablecer su pertenencia cuando ésta le es negada.

Hasta qué punto extremo la conciencia del linaje vuelve a recordar por generaciones y de manera trágica, una y otra vez, a un miembro olvidado se demuestra a través del siguiente ejemplo. Me lo compartió un consultante en una carta y me atengo exactamente a sus datos:

La bisabuela de este consultante se casó con un campesino joven y quedó embarazada. Mientras estaba embarazada ese hombre murió con veintisiete años el 31 de diciembre –se decía que había sido por fiebre nerviosa. Pero firmes sucesos a partir de aquel momento indican que la bisabuela mantenía, ya durante ese matrimonio, una relación con el que sería, más adelante, su segundo marido y que la muerte del primer marido tenía que ver con eso. Incluso se mencionó la sospecha que había sido asesinado.

La bisabuela se casó con su segundo marido (el bisabuelo del consultante) el 27 de enero. Ese bisabuelo tuvo un accidente fatal cuando su hijo tenía veintisiete años. El mismo día, veintisiete años después, un nieto del bisabuelo sufrió un accidente fatal igual. Otro nieto desapareció con veintisiete años.

Un bisnieto enloqueció exactamente cien años después de la muerte del primer marido de la bisabuela con veintisiete años, el 31 de diciembre, es decir a la edad y en la fecha de la muerte del primer marido de la bisabuela, y se ahorcó el 27 de enero, el aniversario de casamiento de la bisabuela con el segundo marido.

En ese momento su mujer estaba embarazada, lo mismo que la bisabuela cuando falleció su primer marido.

El hijo del hombre que se había ahorcado, o sea un bisnieto de la bisabuela del consultante cumplió veintisiete años un mes antes de que me hiciera llegar la información. Mi consultante tenía la desagradable sensación de que a ese hijo algo le podría suceder pero consideraba que se podría poner peligroso más bien justo el día de la muerte de su papá, o sea el 27 de enero. Fue a verlo para protegerlo y junto con él visitó la tumba del padre. Después contó a su madre que el 31 de diciembre, ese hijo se había vuelto loco, que ya había estado maniobrando un revólver y había hecho todos los preparativos para matarse. Pero ella y su segundo marido pudieron disuadirlo. Eso sucedió exactamente ciento veintisiete años después de que el primer marido de la bisabuela hubiera fallecido con veintisiete años el 31 de diciembre. Cabe mencionar aquí que esos familiares no sabían nada del primer marido de la bisabuela. Es decir que aquí un suceso grave tuvo trágicas consecuencias hasta en la cuarta y quinta generación.

Pero esta historia continúa. Unos meses después de haberme enviado la carta, el consultante acudió a mí en máximo pánico dado que estaba en riesgo de suicidio y ya no se podía defender frente a sus pensamientos suicidas. Le dije que se imaginara encontrarse frente al primer marido de la bisabuela. Que lo mirara, que le hiciera una profunda reverencia hasta el suelo y le dijera: “Te doy la honra. En mi corazón tienes un lugar. Por favor bendíceme cuando me quedo”.

Luego le pedí que a la bisabuela y al bisabuelo les dijera: "Sea cual fuera la culpa de ustedes, la dejo con ustedes. Yo sólo soy un niño". Luego le pedí que se imaginara cómo retiraba cuidadosamente su cabeza de un lazo, que retrocediera lentamente y que dejara colgado aquel lazo. Hizo eso. Después de hacerlo se sintió aliviado y liberado de sus pensamientos de suicidio. Desde entonces el primer marido de la bisabuela es para él un amigo protector.

Con este ejemplo también mostré una solución. Cumple de manera sanadora lo que exige la conciencia del linaje. Los excluidos son honrados y se les da su lugar y la jerarquía que les corresponde. Así entonces ya no es necesario que alguien los imite. Y los posgénitos dejan la culpa y sus consecuencias allí donde corresponde que estén. Se retiran humildemente. Eso es, en primer lugar, un proceso interno. De esa manera se logra una compensación que significa reconocimiento y paz para todos.

¿Cómo se logra ese proceso en la Constelación Familiar? ¿Cómo puede ser liberado de la implicancia un miembro de la familia que imita a un excluido? Tomemos una vez más el caso de la mujer abandonada. En la Constelación, entonces, la segunda mujer debería decir a la primera, por ejemplo: "Tú eres la primera, yo soy la segunda. Reconozco que tú has hecho lugar para mí". Si con la primera mujer se cometió una injusticia puede agregar: "Reconozco que se te hizo una injusticia y que tengo mi marido al precio que a ti te costó". Y puede decir: "Por favor, mírame con buenos ojos cuando tomo a mi marido como mi marido y sigo con él y por favor mira con buenos ojos a mis hijos". En las Constelaciones Familiares es posible ver cómo se relaja el rostro de la primera mujer y cómo está de acuerdo porque es honrada. Así está restablecido el orden y no es necesario que un hijo la represente.

Traigo otro ejemplo de mi trabajo: un joven, empresario y representante exclusivo de un producto en su país, llega con un *Porsche* (automóvil deportivo de lujo) y cuenta de sus éxitos. Es evidente que sabe y que tiene una simpatía irresistible. Pero bebe y su contador le llama la atención porque está retirando mucho dinero de la empresa para fines privados y ponién-

dola en riesgo. A pesar de los éxitos obtenidos hasta ese momento, secretamente había determinado perder todo.

Se manifestó que su madre había echado a su primer marido porque, en la opinión de ella, era un inútil. Luego se casó con el padre de este joven y trajo un hijo del primer matrimonio. Pero ese hijo no tenía permiso para ver a su padre biológico y hasta ese día no lo había contactado. Incluso no sabía si su padre seguía vivo.

El joven empresario se daba cuenta que no se animaba a tener un éxito duradero. En la Constelación Familiar se mostró que estaba representando al primer marido de su madre, al excluido, y que inconscientemente buscaba hacerse cargo de su falta de éxito. Al mismo tiempo reconoció que tenía su vida gracias a la desgracia de su hermano. En la Constelación Familiar se le reconoció al primer marido el lugar que le correspondía. Además, el joven empresario encontró asimismo la siguiente solución para su actuar.

En primer lugar, pudo reconocer que el matrimonio de sus padres y su propia vida se encontraban relacionados, por destino, con la pérdida que tuvieron que sufrir su hermano y el padre de éste.

En segundo lugar, pudo asentir, no obstante, a su felicidad y decir a los otros que se sentirá con los mismos derechos y como par de ellos.

En tercer lugar, estaba dispuesto a ofrecer un servicio especial a su hermano como demostración de su disposición a compensar el tomar y el dar. Por eso se propuso averiguar acerca del padre desaparecido de su hermano y mediar para organizar un encuentro entre ambos.

Allí, donde reinan los Órdenes del Amor, termina la misión del clan por compensar injusticias sucedidas. Porque la culpa y sus consecuencias permanecen allí donde corresponde que estén y en lugar de la sorda necesidad de compensación en lo malo que genera continuamente lo malo desde lo malo, ahora aparece una compensación en lo bueno. Se logra cuando los posteriores toman de los anteriores, sin importar el precio que éstos hayan pagado y cuando honran a los anteriores, sin importar

lo que hayan hecho y cuando lo pasado, ya sea difícil o bueno, también puede ser pasado. Entonces a los excluidos se les da su derecho de hospitalidad y, en vez de angustiarnos, traen bendiciones. Y nosotros, cuando en nuestra alma les damos el lugar que les corresponde, estamos en paz con ello y nos sentimos completos y enteros porque a todos aquellos que pertenecen a nosotros también los tenemos con nosotros.

Segundo Orden del Amor:
La jerarquía

Otra de las leyes fundamentales tiene su efecto en la conciencia colectiva: en toda familia o grupo, rige un orden de rango arcaico y jerárquico que se orienta según el anterior o el posterior. Es decir que es determinado por el tiempo de pertenencia. Aquel que fue miembro de la familia antes, tiene prioridad ante aquellos que vinieron después suyo. Es decir que hay algunos que vienen primero y por lo tanto ocupan un lugar más alto y algunos que vienen después de aquellos y se encuentran debajo. Por lo tanto un abuelo tiene prioridad ante su nieto, de la misma manera los padres ante sus hijos y el que nació primero ante quien nació segundo y así sucesivamente. Es decir, que en la conciencia del linaje, los posteriores no tienen los mismos derechos que los anteriores. Muchas dificultades de hijos –comportamientos agresivos o llamativos de otra forma, incluso enfermedades– tienen que ver con que se encuentran ubicados en el lugar equivocado. Cuando en una Constelación Familiar se les encuentra el lugar correcto se transforman.

Es decir que, en la familia, cada uno tiene su propio lugar, el que le corresponde. Nadie puede ni debe disputarle ese lugar, por ejemplo colocándose por encima de él o tratando de desplazarlo. En nuestra cultura la jerarquía es transgredida a menudo porque apelando a la libertad personal y el derecho a desenvolverse según sus propias ideas es violada por muchos sin consideración.

Pero las consecuencias de violar la jerarquía para aquel que lo hace son devastadoras. Por lo tanto, cuando en una familia surgen conductas autodestructivas y cuando siguiendo objetivos aparentemente honestos, con los

ojos abiertos, una persona pone en marcha su fracaso y su ruina, en general la que actúa es una persona que ocupa un lugar posterior y que a través de su fracaso finalmente y como aliviada, le da la honra a alguien anterior a ella. De esa manera el poder arrogado termina como impotencia, un derecho arrogado como injusticia y un destino arrogado como trágico.

La conciencia colectiva no permite que los posteriores se metan en los asuntos de los anteriores –por más buena intención que a menudo se aduzca. Cuando eso sucede y tal como se describió, en el alma hay dos movimientos que se contraponen: la conciencia personal y la conciencia colectiva. Cuando, por ejemplo, un hijo se hace cargo de algo en lugar de su padre, tiene una conciencia personal tranquila y buena. Siente que ama a su padre y que es inocente. Al mismo tiempo transgrede el orden de la jerarquía de la conciencia colectiva. Porque esa conciencia es poderosa y castiga la violación con fracaso y muerte. Por ese motivo, las grandes tragedias terminan con la muerte de aquellos que consideraban estar haciendo algo bueno. De ahí que los posteriores no se deben sentir invocados a imponer el derecho de los anteriores en lugar de éstos, expiar su culpa por ellos o salvarlos con posterioridad de un destino difícil. El posterior nunca puede ayudar al que ocupa el rango anterior. Cuando esto sucede, a pesar de todo, el posterior reacciona ante esa arrogancia bajo la influencia de la conciencia colectiva con una necesidad de fracaso y ruina.

En última instancia, a la transgresión del rango jerárquico le corresponde la pena de muerte en un sentido amplio, a pesar de que, en general, la jerarquía es violada neciamente y también por amor. Cuando, por ejemplo, un hijo percibe internamente que el padre o la madre se mueve en dirección a la muerte dice en su alma: "Mejor yo que tú". Eso significa, por ejemplo:

"Mejor me enfermo yo que tú".
"Mejor muero yo que tú".
"Mejor pago yo por una infracción que tú".
"Mejor llevo yo la culpa que tú".
"Mejor desaparezco yo que tú".
"Mejor me mato yo que tú".

Pero el hijo, en la jerarquía, está por debajo de los padres. Cuando quiere hacerse cargo del destino de ellos, se coloca por encima de los padres como si pudiera disponer sobre la vida y la muerte. A través de las frases internas el hijo se ubica en el primer lugar. Pero eso no lo hace conscientemente ya que se eleva con un amor que está dispuesto a sacrificar la propia vida por los padres. Pero ese amor, que dentro de los Órdenes del Amor es una arrogancia, lleva al hijo a la muerte sin poder hacerse cargo del destino de otros.

Es decir que en el clan rige un orden arcaico que aumenta la desgracia y el sufrimiento en lugar de impedirlos. Porque cuando, bajo la presión de un ciego sentido de compensación, un posterior quiere, en lugar de un anterior, poner en orden, más tarde, algo que ya pasó, lo malo no tiene fin. Este orden mantiene su fuerza mientras siga inconsciente. Pero si sale a la luz, podemos cumplirlo de otra manera y sin sus consecuencias graves. Eso sucede en una Constelación Familiar. Lo aclaro con algunos ejemplos, en primer lugar en relación a las frases "Yo te sigo" y "Mejor yo que tú".

Cuando alguien dice frases así internamente, en una Constelación Familiar, le pido que las repita cara a cara a la persona en cuestión que está representada. Cuando mira a los ojos a esa persona ya no puede expresar las frases. Porque se da cuenta que esa persona también lo ama a él y que rechazaría un ofrecimiento de ese tipo. El próximo paso sería que a esa persona le diga: "Tú eres grande y yo soy pequeño. Me inclino ante tu destino y tomo el mío tal como me es regalado. Por favor bendíceme cuando me quedo y dejo que tú partas –con amor". Entonces está unido a esa persona con un amor mucho más profundo que queriendo seguirla o queriendo hacerse cargo de su destino en representación. Y ahora esa persona en lugar de amenazar la felicidad de él, como tal vez podía haber temido, lo protegerá con amor.

O cuando alguien quiere seguir a un fallecido en la muerte, por ejemplo un hijo a un hermano que falleció temprano, puede decirle: "Tú eres mi hermano (o mi hermana), yo te honro como mi hermano (o como mi hermana). En mi corazón tienes un lugar. Y me inclino ante tu destino tal como haya sido y me quedo con mi destino tal como me es dado". Así, en lugar de

que los vivos vayan hacia los muertos, los muertos vienen hacia los vivos y los protegen con amor.

O cuando un hijo se siente culpable porque vive mientras su hermano o hermana está muerto o muerta, al muerto o a la muerta le puede decir: "Querido hermano, querida hermana, estás muerto, estás muerta, yo sigo vivo un tiempo más, después también muero". De esa forma cesa la arrogancia frente a los muertos y precisamente por ello el hijo sobreviviente puede vivir sin sentirse culpable.

Sólo dentro de sistemas cerrados la ley de la jerarquía es totalmente inversa. Aquí lo posterior tiene prioridad ante lo anterior. De esa manera vale: la familia actual antes de la familia de origen, la familia nueva a través de, por ejemplo, un segundo matrimonio, antes de la primera familia pero solamente cuando hay al menos un hijo. En ese caso sólo se respeta el orden jerárquico del nacimiento de los hijos. Un ejemplo: el primer y segundo hijo de la primera familia en lo que a la jerarquía se refiere están antes que los hijos de la segunda familia. Es decir que el que nace primero de esa segunda familia, en este ejemplo, ocuparía el tercer lugar, los hijos siguientes en los lugares que siguen.

En una Constelación Familiar, la transgresión de una jerarquía sale a la luz. En la Constelación se restablece el orden y de esa manera se crea la premisa espiritual para que se logre la vida. Pero de la aplicación de ese orden en la práctica se tiene que hacer cargo el consultante personalmente. Porque una Constelación no reemplaza el actuar propio.

Tercer Orden del Amor: la compensación entre dar y tomar

El Orden de Dar y Tomar nos es dictado por nuestra conciencia. Cuando tomamos o recibimos algo de alguien, nos sentimos obligados a compensar adecuadamente. Recién después de hacerlo, nos sentimos nuevamente libres. Ya no existe dependencia alguna, ambos pueden transitar su camino. Sin embargo, si se devuelve muy poco, la relación sigue existiendo en dos sentidos: aquel que fue el primero en recibir el regalo se siente con culpa frente al otro. Y éste sigue esperando algo de aquél.

Pero no sólo en lo bueno sino también en lo difícil debe haber una compensación. Es extraño pero ambos lados lo esperan, no solamente la víctima que piensa en venganza. El perpetrador quiere sacarse su culpa de encima mediante una expiación. ¿Pero qué sucede cuando la víctima causa algo más de lo difícil al perpetrador? Entonces el perpetrador siente: eso fue demasiado, por su lado piensa en venganza y le vuelve a hacer algo difícil al otro. De esa manera la compensación en lo penoso va aumentando.

Es distinto en el caso de la relación de pareja. Porque además de la necesidad de compensación, aquí el amor también juega un rol. Eso significa: ni bien recibo algo de alguien a quien amo, le doy algo más de lo que me dio. De esa forma el otro vuelve a sentir que me debe algo y me devuelve algo más. De esa manera se genera un movimiento ascendente positivo, la relación gana en profundidad y en amor.

Sin embargo, existe un desorden cuando al otro siempre le doy más de lo que él puede devolver. De esa manera la relación pierde su equilibrio. La consecuencia es: aquel que ha recibido en exceso se enoja y deja la relación con excusas baratas.

La compensación en el ámbito de lo difícil también es necesaria en la relación de pareja. Aquel que a la pareja siempre le perdona el daño sin compensar pone en riesgo la relación, incluso más: en secreto quiere deshacerse del otro sin ser consciente de ello. El otro ya no se siente equivalente, sino inferior. ¿Cuál sería una buena solución? Aquel al que se le causó lo difícil se venga con amor. Eso significa que devuelve al otro algo un poco menos difícil o doloroso. Dado que no quiere perder al otro es menos de lo malo. De repente al otro le llama la atención. Ambos se miran y recuerdan su viejo amor. De esa manera se rompe el círculo diabólico de cada vez más daño mutuo. Esta compensación tiene otra ventaja más: a través de ella, ambos se vuelven más cautelosos y se tratan con más cuidado. El resultado de esta compensación es que su amor se profundiza.

Solamente en la relación entre padres e hijos la compensación de dar y tomar es anulada. Los hijos jamás pueden compensar lo que los padres les dan. Crean una compensación más adelante a través del dar a sus propios hijos. Pero también puede suceder que el padre o la madre saturen al hijo con algo material.

El Orden de Dar y Tomar en la familia se invierte cuando un posgénito, en lugar de tomar del anterior y honrarlo por ello, le quiere dar al anterior como si fuese igual o incluso superior. Esto sucede cuando, por ejemplo, los padres toman de sus hijos y los hijos quieren dar a sus padres aquello que éstos no toman de sus propios padres o de su pareja. Porque entonces los padres quieren tomar como hijos, y los hijos quieren dar como padres. Así el dar y tomar, en lugar de fluir de arriba hacia abajo, debe fluir en contra de la fuerza de gravedad desde abajo hacia arriba. Pero ese dar, al igual que un arroyo que quiere correr cuesta arriba en lugar de cuesta abajo, no llega donde quiere llegar. Una excepción es cuando los hijos cuidan a sus padres ancianos. Aquí los hijos dan a los padres y aquí los padres exigen con todo derecho de sus hijos. Porque padres e hijos conforman una comunidad de destino donde cada uno debe contribuir al bienestar común según sus posibilidades. Aquí cada uno da y cada uno toma.

No obstante, cuando un hijo transgrede la jerarquía del dar y tomar, se inflige un gran castigo, muchas veces con fracaso y ruina, sin que sepa acerca de la culpa y la conexión. Cuando da o toma lo que no le corresponde, transgrede el Orden del Amor –no se da cuenta de la soberbia y cree que está bien. Pero el orden no puede ser superado por el amor. Porque antes de todo amor, en el alma actúa un sentido de equilibrio que para el Orden del Amor, incluso al precio de la felicidad y de la vida, procura que exista la justicia y la compensación. Por ese motivo la lucha del amor contra el orden, también es el comienzo y el fin de toda tragedia, y sólo hay una forma de evitarla: comprensión del Orden y luego seguirlo con amor. Comprensión del Orden es sabiduría, y seguirlo con amor es humildad.

Los Órdenes del Amor entre hombre y mujer

Cuando un hombre y una mujer se sienten atraídos, fluye, a través de ambos, una sensación de felicidad y deseo desconocidos hasta entonces. Se dicen: "Te amo", se unen y se convierten en una pareja. La relación comienza con enormes expectativas y cada uno eleva al otro al cielo. Eso es lo que se llama "enamoramiento". Uno no está enamorado en el suelo, sino en el cielo.

¿Pero este amor es lo suficientemente fuerte como para una unión duradera? ¿Qué saben los dos en la cima del enamoramiento realmente uno del otro, de la oscuridad de su origen, su destino especial y su sino especial? Por lo tanto no pasaría mucho tiempo y ambos, desilusionados, caerían del cielo a la tierra. El otro es diferente de lo que se había pensado. Entonces, tal vez, aparece la próxima pareja y el enamorarse comienza de nuevo. ¡En algún momento debe poder lograrse! Esos son los sueños, las ilusiones del amor.

Algunos también están convencidos de que existe la pareja ideal. Pero, ¿qué pasaría si uno tuviera una pareja así? Entonces uno mismo ya no necesitaría hacer nada ya que el otro se haría cargo de todo. Es decir que con la pareja ideal uno volvería a ser un niño o una niña. Pero por suerte la pareja ideal no viene nunca y tenemos que conformarnos con una pareja común.

El verdadero amor se mantiene en el suelo, se mantiene abajo. Cuánto más está en el suelo, tanto más profunda es su fuerza. Entonces miramos a la pareja tal como es sin el deseo de que, de alguna manera, sea distinta. Asentimos a su riqueza y también a sus límites. Eso es el comienzo de la felicidad. En lugar de "Yo te amo" la confesión dice: "Yo te amo y amo aquello que nos guía a ti y a mí". De esa manera los miembros de la pareja son guiados a otra amplitud y profundidad, ya no se miran sólo a ellos mismos y su deseo, sino

que miran a algo que va más allá de ellos. Aunque todavía no puedan comprender lo que esa frase les pide específicamente y qué les regala también, qué destino viene a cada uno individualmente y a ellos en conjunto.

Es cierto que algunas parejas consideran su relación de pareja como un acuerdo cuyos objetivos son fijados discrecionalmente y cuya duración u orden, según humor y bienestar, pueden ser predeterminados, modificados o anulados por ellos. De esa manera entregan la relación de pareja al libre albedrío y antojo. Entonces reconocen, tal vez cuando ya es tarde, que en la relación de pareja rige un orden al que tienen que someterse. Cuando, por ejemplo, uno de los miembros de la pareja deshace la relación desconsideradamente y con liviandad, a veces muere un hijo de esa unión o termina con su vida como si tuviera que expiar una gran injusticia. Porque las metas de una relación de pareja nos son predeterminadas y exigen, si pretendemos lograrlas, constancia y sacrifico. Alguna vez había anotado una reflexión al respecto.

Orden y amor

El amor llena lo que el orden abarca.
El amor es el agua, el orden el cántaro.
El orden centra,
el amor fluye.
El orden y el amor actúan en conjunto.
Así como una dulce canción se entrega a las armonías,
así el amor se entrega al orden.
Y así como el oído, sólo con dificultades, se acostumbra
a las disonancias, aún con explicaciones pertinentes,
así también nuestra alma tiene dificultades para acostumbrarse
al amor sin orden.
A este orden algunos lo tratan
como si fuese solamente una opinión

que uno puede tener o cambiar a discreción.
Pero nos es predeterminado.
Actúa aún sin nosotros comprenderlo.
No es pensado, se lo encuentra.
Nosotros lo deducimos, al igual que sentido y alma,
por su efecto.

Bert Hellinger, Revista "CONSTELANDO" N°1, Ed. Alma Lepik, 2006.

También en la relación de pareja actúan leyes que deben ser cumplidas para que la relación se logre. Así, por ejemplo, la renuncia al orden del amor entre hombre y mujer comienza ya en la infancia. Porque para ser hombre, el hijo debe renunciar a la primera mujer en su vida, o sea a la madre; y para ser mujer, la hija debe renunciar al primer hombre de su vida, o sea al padre. Por ese motivo el hijo debe salir pronto de la esfera de la madre e ingresar en la del padre y la hija salir de la esfera del padre y pasar a la de la madre. En la esfera de la madre, el hijo a menudo sólo logra ser soltero y transformarse en héroe para las mujeres, pero no logra ser hombre; y en la esfera del padre, la hija a menudo sólo logra ser señorita y amante, pero no mujer.

Cuando el hijo permanece en la esfera de la madre, lo femenino inunda su alma. Le impide tomar a su padre y de esa manera coarta lo masculino en él. De la misma manera lo masculino inunda el alma de la hija cuando permanece en la esfera del padre. Le impide tomar a la madre y así coarta lo femenino en ella. Carl Gustav Jung denominaba "ánima" al aspecto femenino del alma y "animus" al masculino.

Cuando el hijo permanece en la esfera de la madre, su alma desarrolla demasiada ánima. Extrañamente entonces tiene menos comprensión de y compasión hacia las mujeres y en general también genera menos agrado en otras personas. Cuando desea liberarse del aspecto femenino de su alma, lo logra a costa de su mujer. Se da la situación correspondiente cuando la hija permanece en la esfera del padre. En su alma se despliega entonces dema-

siado animus y como consecuencia tiene menos comprensión de y compasión hacia los hombres. También a ella se le regalan menos simpatías.

Un hombre que permaneció en la esfera de la madre tampoco está dispuesto a asumir gran responsabilidad. Sin pensar, se precipita a aventuras osadas y no teme peligro alguno. En el fondo la mayoría de los héroes –no importa si sin temor saltan de la estratósfera o se acercan despreocupadamente a la zona de muerte del Monte Everest– y todos los tipos duros –ya sean grandes pandillas armadas o miembros de brutales bandas en motocicleta– son simplemente hijos de mamá. Porque un verdadero hombre no se expone al peligro desaprensivamente. Es consciente de la responsabilidad frente a su familia.

¿Qué sucede entonces cuando el hijo de mamá se casa con la hija de papá? Ahí, a menudo, el hombre busca un reemplazo para la mamá y lo encuentra en una amante. Y la mujer, muchas veces, busca un reemplazo para el papá y lo encuentra en un amante. Pero cuando el hijo de papá se casa con la hija de mamá es más probable que se conviertan en una pareja confiable. Eso se mostró en cientos de Constelaciones Familiares.

Cabe agregar que el hijo de papá, a menudo, se entiende bien con su suegro y la hija de mamá con su suegra. A la inversa, a menudo el hijo de mamá se entiende bien con su suegra y mal con su suegro, y la hija de papá se entiende bien con su suegro y mal con su suegra.

Un Orden del Amor en la relación de pareja exige que la mujer siga al hombre. Eso significa que le sigue a él, a su familia, a su lugar, a su idioma, a su cultura y que también asiente que los hijos le sigan a él. No puedo fundamentar este Orden pero en su efecto se muestra como el camino correcto. Sólo hay que comparar familias en las que se da esa forma con aquellas en las cuales el hombre sigue a su mujer y los hijos siguen a la madre. Muchas veces, matrimonios así fracasan porque el hombre abandona la familia. No obstante, cuando en la familia del hombre hay destinos difíciles o enfermedades, es adecuado tanto para él como también para los hijos y sobre todo es más seguro, si ingresan en la esfera de la mujer y su clan.

Como compensación de que la mujer sigue al hombre, el hombre debe estar al servicio de lo femenino. También eso pertenece al Orden del Amor entre hombre y mujer.

Servir desde el corazón es la más profunda celebración de la vida. Eso significa que servimos de manera tal que llegue al corazón del otro, que por nuestro estar al servicio, su corazón late más fuerte junto con nuestro corazón al mismo ritmo de la alegría.

¿Qué significa aquí servir de manera que a un otro le cause alegría?

En primer lugar servir significa estar con el otro y para el otro, simplemente estar con él, sin hacer nada en especial. El solo hecho de que el otro sabe que yo estoy lo hace feliz.

En segundo lugar, servir significa: al otro le regalo algo mío que él necesita para su vida y la cotidianeidad de su vida. A menudo es tan sólo una buena palabra, un pequeño gesto de afecto. O hago algo por él por cuidado, hago algo por él y me ocupo de muchas maneras de él.

En tercer lugar, servir significa emprender algo en conjunto, algo que a ambos les causa alegría. Por ejemplo, celebrar juntos una fiesta. También significa estar al servicio de una causa juntos. En general, en primer lugar de los hijos, pero también de vecinos y amigos y personas en situación de necesidad.

Hay que tener en cuenta sobre todo a quién servimos con nuestro estar al servicio. ¿Quién ocupa el primer lugar cuando servimos? ¿Es el otro o somos nosotros los que vamos en primer lugar? ¿Nuestro corazón late por el otro o late en primer lugar por nosotros? ¿A través de nuestro servir buscamos, tal vez, convencer al otro de una causa en la cual él y su asunto pasan a un segundo lugar?

Una forma de servir que es útil a la vida, sirve en primer lugar al otro y a aquello que él necesita en estos momentos para su vida. En ese sentido nuestro servicio continúa siendo discreto. Estamos, si él nos necesita, y lo dejamos libre si su camino va en otra dirección.

Para lograr una relación de pareja, los Órdenes del Amor entre hombre y mujer no deben ser idénticos a los que rigen entre padres e hijos. Cuando,

por ejemplo, uno de los miembros de la pareja busca amor incondicional en el otro como un hijo con sus padres, se espera una seguridad que sólo los padres pueden dar a sus hijos. Eso lleva a una crisis en la pareja al final de la cuál aquel de quien se esperaba demasiado se va. Y eso con justa razón. Pero un miembro de la pareja también debe irse cuando se le dice: "Sin ti no puedo vivir". O: "Si tú te vas, me mato". Esa amenaza es una imposición que, entre adultos equivalentes, es inadmisible e insoportable. Pero cuando un hijo dice algo así a sus padres es adecuado. Porque sin sus padres realmente no puede vivir.

También se manifiesta una transferencia inadecuada de un Orden de la infancia a la relación de pareja cuando uno de los miembros le da al otro en la medida que lo hacen los padres a su hijo. Eso es el caso, por ejemplo, cuando durante el matrimonio un miembro de la pareja le financia el estudio al otro. Aquel que ha recibido tanto del otro ya no puede lograr una compensación entre el dar y el tomar y por lo tanto ha perdido su paridad. Dado que no lo aguanta, en general después del estudio abandona a la pareja. Como para estar nuevamente a la par en relación al otro debería retribuir todos los costos y también el esfuerzo realizado en toda su magnitud.

En una relación de pareja el hombre y la mujer, en lo que se refiere al orden de origen, son pares. Se relacionaron al mismo tiempo entre ellos, no hay un antes o un después. Pero en las Constelaciones Familiares se muestra a menudo que el hombre, en la jerarquía, ocupa el primer lugar. No porque sea mejor sino por su función. Ese es el caso cuando el hombre trabaja y la mujer queda en la casa. Porque entonces el hombre es el que se ocupa de mantener a la familia. Cuando la mujer trabaja y el hombre permanece en la casa por supuesto la mujer es quien ocupa el primer lugar. En ese sentido en el entretanto cambió mucho. Hoy día el hombre y la mujer en lo que respecta a mantener la familia a menudo son pares.

Sin embargo, en general en la casa la que manda es la mujer —no porque sea mejor. Más bien tiene otra fuerza, ella es quien mantiene unida a la familia. Las mujeres comprenden mejor lo esencial y saben qué es importante en el momento. Eso debe ser reconocido.

La relación entre los miembros de una pareja en la Constelación Familiar se manifiesta en el lugar en el cual ambos se sienten bien. Cuando el hombre se encuentra a la derecha de la mujer, ella confía en él y se siente protegida por él. Cuando el hombre se encuentra a la izquierda de la mujer, él se siente menos responsable. Él goza de cierta libertad de payaso y muchas veces la mujer se hace cargo de la responsabilidad en su lugar. Pero entonces él es pequeño. Se mostró muchas veces que el hombre que se ubica a la derecha se queda y el que está a la izquierda se va. Así es como las Constelaciones traen la realidad a la luz.

Las consecuencias más graves de una relación de pareja surgen por implicaciones en el propio linaje, por ejemplo, cuando uno de los miembros es tomado al servicio y debe hacerse cargo en representación para solucionar conflictos del pasado. Muchas veces esa es la razón por la cual uno de los miembros de la pareja quiere abandonar la relación y la familia, a pesar de haberse amado mucho. Recién una vez que en una Constelación Familiar salen a la luz esos enredos y son solucionados, la relación tiene futuro.

En primer lugar, forma parte de esas implicaciones que alguien a un miembro de su familia le haya dicho internamente: "Yo te sigo en la muerte". Eso sucede a menudo cuando el padre o la madre de uno de los miembros de la pareja fallecieron temprano. Entonces como hijo o hija tiene la necesidad de seguirle y tiende a salirse de la relación. Eso puede ser el disparador de una reacción en cadena. Un hijo muchas veces quiere hacerse cargo de esa intención y desde un enredo dice: "Yo lo hago en tu lugar". Cuando ese hijo más adelante contrae matrimonio sigue sintiendo ese impulso y busca, tal como ya lo había hecho su madre o su padre, salirse de la relación. Y entonces tal vez su propio hijo o hija diga también: "Yo lo hago por ti". Así los enredos se mantienen a través de generaciones.

Compartí una implicación fuera de lo común hace años en un curso de parejas en Washington del que participaba una mujer sin su marido. Coloqué un representante de su marido frente a ella. Él empezó a temblar, incluso a tambalear. Le pregunté a la mujer: "¿Alguna vez pensaste en asesinarlo?".

Ella lo confirmó. En ese momento interrumpí la Constelación. Expliqué a la mujer que el deseo de asesinar a la pareja siempre tiene que ver con un suceso en la familia de origen.

Más adelante la mujer vino a mí y dijo que había averiguado algo importante acerca de su familia de origen. Su padre había participado en la producción de la bomba atómica. Como al pasar, mencionó que le llamaba la atención que ella se hubiera casado con un japonés. En la Constelación Familiar que siguió salió a la luz: la mujer estaba identificada con la bomba atómica. En su matrimonio continuaba, en representación, el conflicto entre Japón y los Estados Unidos de Norteamérica. Ni la mujer ni el hombre tenían consciencia de ello. Ambos estaban impotentes y a la merced de sus implicaciones. Recién una vez que éstas salieron a la luz pudo desplegarse su amor.

Quiero mencionar otra observación importante. En muchas relaciones de pareja, los miembros de la misma pelean una y otra vez por lo mismo. Eso tiene que ver con lo que se llama una doble transferencia. En ese caso, una persona se hace cargo del sentimiento de un miembro de la familia, por ejemplo de rabia hacia alguien. Pero se mueve no sólo el sujeto, sino también el objeto. La rabia asumida se dirige a alguien que con esa situación no tiene nada que ver y que tampoco se hizo culpable de nada.

Un ejemplo al respecto de un seminario: un hombre y una mujer se sienten muy unidos y sin embargo, una y otra vez surgen conflictos que ellos no se pueden explicar. Eso también sucedía durante el seminario. Yo observaba cómo la mujer estaba frente a su marido y cómo se transformaba su rostro. De repente parecía una mujer anciana. Luego le reprochaba temas a su marido que no se podían referir a él. Le pregunté: "¿Quién es la mujer anciana?". Ahí recordó que su abuela, dueña de una taberna, muchas veces era arrastrada por su marido de los cabellos atravesando todo el salón –y eso ante la mirada de todos los clientes. La mujer comprendió que la rabia que ella sentía frente a su marido era la rabia reprimida de su abuela hacia su abuelo.

Muchas crisis matrimoniales inexplicables se basan en ese tipo de transferencia. Es un proceso inconsciente al que uno está sometido mientras no lo

reconozca y que a uno le asusta. Si uno sabe acerca de la existencia de ese tipo de implicaciones, se puede controlar mejor cuando surge la tentación de lastimar al otro sin una razón.

También es posible reconocer y resolver una transferencia doble así en uno mismo sin una Constelación Familiar. Para ello se investiga el origen del sentimiento. Muchas veces se encuentra en generaciones anteriores. Porque siempre que alguien lucha por justicia y orden, lo está haciendo por el derecho de un miembro de la familia. Por ese motivo tiene ese afán especial y por eso vuelve a dispararse una y otra vez la misma pelea.

Comparto otro secreto más: conozco las tres palabras mágicas para una relación de pareja feliz. Son: Sí. Por favor. Gracias. Usted puede cerrar los ojos e imaginarse lo siguiente:

Miramos a nuestra pareja, con la que tenemos una relación íntima, y nos mira a los ojos. Luego cada uno le dice al otro: "Sí, estoy de acuerdo tal como eres. Para mí estás bien tal como eres. Sí, te amo exactamente tal como eres. Amo a tu madre tal como es. Amo a tu padre tal como es. Amo a tu familia tal como es, equivalente a la mía". La primera palabra mágica es *Sí*.

Luego sigue la segunda palabra mágica. Ambos se miran y se dicen: *Por favor*. "Por favor apóyame en mi evolución. Y por favor apóyame en mi camino propio". ¿Qué cambia en el alma simplemente por esas palabras "por favor"? Abren el corazón y permiten que el amor fluya.

Luego la tercera palabra mágica. Ambos se miran y cada uno le dice al otro: *Gracias*. "Gracias. Gracias". Diariamente existen tantas posibilidades para decir Gracias. Por ejemplo cuando la pareja prepara una comida para ambos, cuando escucha pacientemente y da un consejo o cuando muestra su amor mediante un gesto tal vez muy pequeño.

La relación padres-hijos

La mayor alegría que he observado, en mis más de noventa años, es cuando los padres miran a su pequeño hijo o hija. No existe nada más bello y tampoco nada más sencillo. Esa es la alegría de vivir. Aquí se demuestra una vez más que la felicidad es sencilla y profunda. Algunos esperan, por otra parte, un gran acontecimiento para ser felices. Pero la vida cotidiana atesora la felicidad más grande.

"No hay dos sin tres", dice un proverbio. ¿Cómo es eso? De uno más uno -se hacen tres. ¿Qué es aquí el tres? El tres, para una pareja, es el hijo. El buen tres es el hijo. El tres es un número de plenitud.

Existe otro número de plenitud: el siete. Es el dos más dos más dos más uno. Tres parejas más un hijo: los padres, los abuelos, el hijo. También podemos decir: el tres más dos más dos. Para el hijo no sólo el tres es un número de plenitud, sino más todavía el siete.

También en la semana, el siete es un número de plenitud. Sólo el siete la completa.

Es tres más tres más uno. El primer tres es el padre con sus padres, el segundo tres la madre con sus padres y el uno, el siete que la completa, es el próximo hijo.

Sólo en la familia, el tres es el número de plenitud. En otras relaciones, el tres es el número que separa algo. Si bien, siguiendo el modelo básico del tres en la familia, uno hace de otras relaciones un grupo de tres, en una relación de a tres, la tercera persona fragmenta el grupo. En ese grupo sólo dos pueden ser pares, tal como en la relación de pareja el hombre y la mujer. Cuando se agrega una tercera persona, como, por ejemplo, una

relación de triángulo, separa a los dos. Fuera de la familia, en un grupo de tres, dos se comportan como pares y excluyen a la tercera persona de la equivalencia. Por ese motivo estando de a dos, trabajan bien juntos. Cuando se agrega un tercero, el rendimiento baja.

Un grupo de cuatro también trabaja bien en conjunto, porque de inmediato se comportan como dos más dos. Cuando se agrega un quinto queda afuera, tal como dice el proverbio la quinta rueda del automóvil.

Los números tienen un efecto similar entre los hermanos. Dos hermanos se llevan bien. Cuando se agrega un tercer hermano o hermana, pronto uno de los tres se sentirá como alguien que quedó afuera. Cuando se agrega un cuarto hijo o hija, vuelve a haber un dos más dos. Se llevan bien, pero como dos más dos. El quinto hijo se siente menos perteneciente a pesar de que, por supuesto, cada hijo adicional para los hermanos es un enriquecimiento.

El tercer hijo o hija –o uno de los tres hijos– se siente como que quedó afuera también porque el padre y la madre tienen una relación más estrecha con alguno de sus hijos. Entonces, el primer dos es el padre y un hijo –y eso es más entrañable si se trata de una hija. El segundo dos es la madre con un hijo y más entrañable si ese hijo es un varón. De esa manera el tercer hijo se convierte en un quinto que queda por fuera de esas dos relaciones de dos.

La división para un dos por el tercero ya se puede observar después del nacimiento del primer hijo. Porque a veces la relación de la madre hacia ese hijo se convierte en más íntima que la relación hacia el hombre. Entonces la madre y el hijo forman un dos, y el padre va a parar al rol del tercero que termina siendo el que queda afuera. ¿Es posible cambiar algo aquí? ¿O incluso se debe cambiar algo aquí? Es suficiente si tenemos conocimiento de estos Órdenes. Cuando un hombre después del nacimiento del primer hijo, de cierta manera, se convierte en el que queda afuera, se ocupa más del afuera, lo que para la familia puede ser una ventaja. Conquista su lugar a través de un mérito especial para la familia. Tener la expectativa de que se ocupe del hijo de la misma manera que la madre, puede ser más bien una carga para la familia que un apoyo para todos. Porque él nunca lo

puede hacer como la madre y por eso más bien, se siente como quedando afuera en lugar de lograr algo para la familia a través de un actuar fuera.

El tercer hijo, precisamente porque también es un quinto, es al que más fácil le resulta salirse de la familia. A menudo también está menos cargado por los destinos de la familia y tiene que hacerse cargo de menos temas que los hermanos. Pero no siempre es el hijo que llegó en tercer lugar quien ocupa el lugar del tercero, sino aquel hijo que por la dinámica de las relaciones de los padres con cada uno de los hijos, se convierte en el tercer hijo que no puede tener esa intimidad de preferido con la madre o el padre como sus hermanos.

¿Por qué digo todo esto? ¡Esperemos al tres de la plenitud con amor y a veces también cuidémonos del tres!

Las relaciones de distinto tipo siguen los distintos Órdenes. También, por ese motivo, existen Órdenes especiales para la relación del hijo con sus padres. En primer lugar, aquí es válido que los padres dan y los hijos toman. Al hacerlo los padres transmiten a los hijos aquello que antes tomaron de sus padres y lo que, como pareja, toma uno del otro. De esa manera, el intercambio necesario de dar y tomar está garantizado. De forma análoga, los hijos trasmiten más adelante a sus propios hijos aquello que recibieron de sus padres. Todo aquel que toma, debe honrar aquello que recibió y a aquel de quien tomó. Eso demuestra cómo debería ser la actitud de los hijos hacia sus padres.

Adicional a aquello que los padres son y dan, también tienen algo que han adquirido como beneficio o que sufrieron como pérdida. Eso les pertenece a ellos personalmente. Los hijos participan de ello sólo indirectamente, pero los padres no deben ni pueden dar esto a sus hijos. Porque aquí cada uno es el creador de su propia suerte. Cuando un hijo se apropia del bien personal y el derecho personal de los padres sin esfuerzo propio y sin haberse hecho cargo del destino propio y las dificultades propias, cuando un hijo se hace cargo de una culpa o una obligación o una enfermedad de sus padres, se coloca, desde su lugar de quien vino después, por encima de un anterior y de esa manera viola la jerarquía.

En el nivel de la conciencia inconsciente eso es experimentado como una arrogancia y es castigado con fracaso y ruina.

Hay algo más a tener en cuenta al respecto: el destino personal de un anterior, es decir de los padres, forma parte de su dignidad y tiene, si los posteriores se lo dejan, una fuerza especial. Una vez, en un curso tuve una mujer cuyo padre era ciego y su madre sorda. Ambos se habían complementado bien. Pero la hija consideraba que debía ocuparse de los padres. Configuré a la familia y durante la Constelación la hija se comportaba como si fuese grande y los padres pequeños. Pero la madre dijo a la hija: "Eso, con papá, lo puedo hacer sola". Y el padre dijo: "Eso, con mamá, lo puedo hacer solo. No te necesitamos para eso". Ahí la mujer quedó muy desilusionada. Se la redujo a su tamaño de hija.

Durante la noche siguiente no pudo dormir y el día posterior preguntó en el seminario si yo le podía ayudar. Le dije: "Quien no puede dormir considera que debe cuidar". Por eso le conté una pequeña historia de Wolfgang Borchert: "Si durante la noche las ratas duermen". Se trata de un muchacho que después de la guerra, en Berlín, cuidaba a su hermano muerto para que las ratas no lo comieran. El muchacho estaba totalmente exhausto porque consideraba que tenía que vigilar. Ahí vino un hombre amable y dijo: "Si durante la noche las ratas duermen".

La noche siguiente, la mujer pudo dormir mejor.

De acuerdo a la jerarquía en las familias, los padres, como anteriores, tienen prioridad ante sus hijos. Por ese motivo es importante que en la familia, los padres continúen siendo grandes y se mantengan grandes. Por su lado, los hijos no tienen los mismos derechos que sus padres y tampoco tienen las mismas aspiraciones. Deben permanecer pequeños, porque sólo de esa manera se hacen grandes. Los hijos que se enaltecen siguen siendo pequeños toda su vida. Inflados, pero pequeños.

Dado que los hijos reciben la vida de sus padres, no pueden agregar nada y tampoco pueden omitir nada o rechazarlo. Porque no sólo tienen a sus padres, también son sus padres. Por lo tanto, forma parte de los Órdenes del Amor que el hijo tome su vida tal como los padres la dan, como un

Todo, y que asientan a sus padres tal como son, sin otro deseo y sin rechazo o temor.

Nosotros podemos experimentar el efecto de un tomar así cuando nos imaginamos lo siguiente: nos arrodillamos frente a nuestro padre y nuestra madre, hacemos una profunda reverencia hasta el suelo, estiramos los brazos hacia adelante con las palmas de las manos hacia arriba y les decimos: "Les doy la honra". Luego nos erguimos, miramos a papá y a mamá a los ojos y les agradecemos por el regalo de la vida. Por ejemplo diciéndoles:

Querida mamá,
la tomo de ti
toda, entera,
y la tomo al precio entero que a ti te costó
y que a mí me cuesta.
La aprovecharé, para alegría tuya.
No habrá sido en vano.
La sujeto firmemente y le doy la honra
y si puedo, la pasaré, como tú lo hiciste.
Te tomo como mi madre,
y tú puedes tenerme como tu hijo / tu hija.
Tú eres la verdadera para mí,
y yo soy tu verdadero hijo / verdadera hija.
Tú eres la grande, yo el pequeño / la pequeña.
Tú das, yo tomo –querida mamá.
Me alegro de que hayas elegido a papá,
vosotros dos sois los únicos para mí.
¡Sólo vosotros!

Gunthard Weber, *Felicidad Dual*, pág. 69.

Y luego lo mismo al papá. Aquel que logra esta invocación sabe a qué atenerse y se sabe acertado y entero.

Algunos consideran que si toman a los padres de esta manera, también podría llegarles algo difícil, algo que temen. Por ejemplo, una particularidad de los padres o una discapacidad o una culpa. Pero entonces se cierran también ante lo bueno de los padres y no toman la vida como un Todo. Muchos que se niegan a tomar a sus padres como un Todo, intentan compensar esta carencia. Entonces anhelan, tal vez, una autorrealización e iluminación. Eso entonces sólo es la búsqueda secreta del padre que aún no se ha tomado y la madre que aún no se ha tomado. Pero quien rechaza a sus padres, se rechaza a sí mismo y en consecuencia se siente no realizado, ciego y vacío.

La vida es independiente de cómo son el padre y la madre de una criatura. Desde esa mirada, nosotros podemos y debemos mirar a nuestros padres de otra manera –a saber, con respeto. Porque cuando el hijo mira a sus padres, mira, a través de ellos, lejos hacia el pasado, desde donde la Vida surgió originalmente. Toma la Vida, no sólo de los padres sino, al mismo tiempo, desde lejos. Ese tomar es un acto humilde. Significa asentir a la Vida y al destino tal como me son dados por mis padres: a los límites que me son establecidos por ello; a las posibilidades que me regala; a las implicancias en el destino de la familia, a la culpa de esa familia, a lo difícil y lo fácil de esa familia, sea lo que sea. Desde esa mirada no hay padres mejores ni padres peores. Sólo hay padres.

Cuando reconocemos eso y también nos entregamos, podemos tomar la Vida, toda, de nuestros padres. Pero aquel que internamente rechaza al padre o a la madre, el que a los padres hace reproches, cierra su corazón frente a la plenitud de la Vida. Es como que entonces, recibe sólo una parte, o mejor dicho: toma sólo una parte. No obstante, a través de sus padres cada uno también es determinado de una manera muy definida.

Tengo frente a mí la imagen de un árbol. En el otoño sopla el viento y esparce las semillas. Algunas de las semillas caen en tierra fértil, otras en tierra pedregosa y cada semilla debe desarrollarse allí donde cae. No puede elegir el lugar. Así nosotros tampoco podemos elegir a nuestros padres. Ellos son el lugar en el que nuestra Vida germina, sólo allí.

Si ahora la semilla de un árbol cayó en tierra fértil o en un suelo pedregoso, crezca como crezca, será un verdadero árbol. Y también dará frutos. Sus semillas serán nuevamente esparcidas y el árbol igual crece nuevamente de manera diferente en lugares diferentes.

Por lo tanto, para que podamos crecer realmente, debemos asentir al lugar con el cual estamos vinculados, sea como sea. Ya sea que tenga "ventajas" o "desventajas", cada lugar obliga a un desarrollo especial, tiene oportunidades especiales y establece determinados límites. Pero en un lugar o en otro, la Vida es pura y genuina.

Pero resulta que los padres no nos dan solamente la Vida. También nos alimentan, nos educan, nos protegen, se ocupan de nosotros, nos dan un hogar. Y es adecuado que lo tomemos tal como lo recibimos de nuestros padres. De esa forma decimos a los padres: "Tomo todo –con amor". Esa es una forma de tomar que al mismo tiempo compensa porque los padres se sienten respetados. Así dan con más placer. Pero cuando el hijo dice a los padres: "Deben darme aún más", el corazón de los padres se cierra. Ya no pueden dar al hijo tan gustosamente y tanto, porque el hijo exige. Cuando un hijo insiste en sus demandas hacia los padres, no puede soltarse de ellos.

A medida que los hijos crecen en edad, los padres deben establecer límites con los que los hijos colisionan y que les sirven para madurar. ¿De esa manera los padres son menos buenos con sus hijos? ¿Serían mejores padres si no les pusieren límites? ¿O precisamente por establecerlos demuestran ser buenos padres que exigen de sus hijos algo que los prepara para la vida como adultos?

En esta fase muchos hijos están enojados con sus padres porque prefieren mantener la dependencia original. Pero precisamente por el hecho de que los padres se retiran y desilusionan, esas expectativas les ayudan a sus hijos a soltarse de la dependencia y a actuar, paso a paso, hacia la propia responsabilidad. Sólo así los hijos toman su lugar en el mundo de los adultos y pasan de ser los que toman, a ser los que dan.

Cuando el hijo se hace adulto, debería decir a sus padres: "He recibido mucho y es suficiente. Lo tomo para mi Vida". Así el hijo queda satisfecho y próspero. Y añade: "El resto lo hago yo mismo". También esa es una linda frase. Independiza. Y el hijo también le dice a los padres: "Y ahora los dejo en paz". Así se suelta de sus padres y, sin embargo, los sigue teniendo, y los padres siguen teniendo al hijo.

Pero ¿cómo debería darse una relación padres-hijo en el caso de divorcio? Aquí vale que los hijos están mejor resguardados con aquel miembro de la pareja que en los hijos es el que más respeta y honra a la pareja. Lo mejor es cuando tanto el padre como la madre respetan y aman al otro, aunque estén separados. Entonces también es bueno para los hijos.

Como regla vale que los varones están mejor al cuidado del padre, así pueden desarrollar mejor lo masculino. Aproximadamente a partir del séptimo año de vida deberían ir con el padre. Cuando la madre los retiene, dificulta el desarrollo de lo masculino en el muchacho. Así también para las niñas es mejor cuando están con la madre. Esa es la imagen del orden. Naturalmente, hay situaciones en las que eso no es posible y tampoco es correcto. Son situaciones en los que todos los hijos, niños o niñas, estarían mejor con la madre o, a la inversa, con el padre. Eso depende de las circunstancias.

Básicamente vale: todo hijo necesita al padre y a la madre. Un hijo debe tener el permiso de amar a ambos. No comprende por qué sus padres se separan ya que ama a ambos en la misma medida. Sin embargo, después de la separación, el hijo depende en todo sentido del miembro de la pareja con quien vive. Frente a esa persona, tiene miedo de mostrar que a la otra persona la ama en la misma medida. Porque tiene miedo que el miembro de la pareja con el que se cría pueda enojarse y que también lo pierda. Pero, en secreto, siempre ama también a la madre o al padre. Si ahora el hijo que vive con su madre, escucha de ella que a su papá lo amó mucho, tiene permiso para mostrar a la madre que ama también al padre. Así el hijo se siente aliviado.

En ese sentido doy un ejemplo de un seminario. Una madre había venido con su hija de diez y seis años. Invité a la joven a sentarse a mi lado. Miró

brevemente en mi dirección, sonrió y miró al suelo. A continuación repito lo que se dijo:

Hellinger al grupo: Cuando la miran, ¿qué edad tiene en su alma y en su sentimiento? Tres años. Ahí ocurrió algo.

A la niña: ¿Qué sucedió?

Menea la cabeza y mira a su madre en el grupo.

Hellinger llama a la madre. Se sienta a su lado.

Hellinger al grupo: ¿Qué sucedió cuando ella tenía tres años?

Madre: Cuando tenía tres años, nos mudamos junto a mi marido actual.

La joven comienza a llorar y sollozar.

Hellinger: ¿Qué sucede con su padre?

Madre: Su papá nos abandonó. Se fue con otra mujer.

Hellinger: A ella le falta el padre, eso lo vemos de inmediato.

Hellinger la mira. Ella menea la cabeza con fuerza.

Hellinger al grupo: Ella menea la cabeza. ¿Saben por qué? Tiene miedo de admitirlo delante de su madre.

Hellinger mira a la madre: Dile: "Amé mucho a tu padre".

Madre: Amé mucho a tu padre.

Hellinger: Dilo con amor.

Cuando quiere responder de inmediato: Lento. Recuerda cuánto lo has amado. Luego se lo dices desde el alma.

Ella respira profundamente.

Hellinger: Mírala.

Madre: Amé mucho a tu padre.

La madre está muy emocionada. La joven llora.

Hellinger pide a la madre que se siente junto a la hija y la abrace. Abraza a la hija, la besa y acaricia. Luego quedan sentadas tomadas de la mano una al lado de la otra.

Hellinger al grupo: La madre aquí comprendió bien de qué se trata. Ahora la hija puede decir con facilidad que ama al padre. También sabe que tiene permiso para ir a él. Allí se va a sentir bien. Ahora está contenta.

Madre e hija se miran riendo. La madre la rodea con su brazo y la besa.

Hellinger al grupo: Eso es lo que aún quedaba pendiente.

Con relación al vínculo padres-hijo, quisiera referirme a un tema de especial importancia: el incesto. Una niña, por ejemplo, que estuvo involucrada con el padre en un incesto, no puede desprenderse de él y más adelante tiene dificultades para establecer un vínculo, si el primer vínculo no fue desligado con amor. Muchos que escuchan o leen esta información seguramente sienten indignación. Pero ese camino de soltar ese primer vínculo con amor, demostró ser el correcto en innumerables Constelaciones. ¿O debería yo, tal vez por miedo a la indignación de otros, escatimar a las víctimas la posibilidad de concluir el sufrimiento del alma? Eso no va con mi carácter. Siempre dije lo que pensaba y reconocía –sin consideración ante posibles reacciones. Porque lo que se muestra en las Constelaciones Familiares, no es una opinión o un juicio, sino una realidad y verdad que salen a la luz. Si los demás lo consideraban bien o no, siempre me dio igual.

Cuando entonces, como lo hacen algunos terapeutas, se quiere avanzar con indignación en contra del perpetrador del incesto, por ejemplo, llevándolo a juicio, eso tiene consecuencias para la hija. Esta indignación es muy terrible. Pero si al padre puede decirle: "Te amé mucho, e hice todo por ti", el amor es reconocido. Así entonces la hija puede separarse del padre.

Sin embargo, en este contexto, hay que tener en cuenta que el incesto casi siempre es una relación de triángulo. Porque, en general, hay dos culpables. En el caso de incesto entre padre e hija, la madre está casi siempre involucrada. A menudo, rehusando al padre y llevándole la hija como compensación. O cuando una mujer contrae un segundo matrimonio y exige a su segundo marido más de lo que ella le da. Como compensación entonces tiene lugar el incesto. Por ese motivo, a menudo, sucede entre padrastro e hijastra.

Para resolver esta dinámica, la hija debería decir al padre o al padrastro: "Lo hice de buena gana por mamá". Y a su madre debería decirle: "Por tí lo hice de buena gana". En ese momento, surge a la luz la dinámica oculta. Entonces la madre puede decir a la hija: "Lo siento". Y el padre o padrastro puede decir a la hija: "Lo siento, y ahora me retiro". Así también la hija puede retirarse. Su amor y también su inocencia salieron a la luz. Está libre y puede establecer otro vínculo.

El aborto

Al comenzar con el trabajo de Constelaciones, aún partía de la base que hijos abortados no pertenecían al sistema como un Todo, sino a la relación de pareja íntima y por eso, secreta, de los padres. Por ese motivo, así pensaba en ese entonces, uno tampoco hubiera debido comunicar un aborto a los hijos propios. En la evolución de las Constelaciones Familiares a las Nuevas Constelaciones, fue mérito, sobre todo de mi segunda mujer Sophie, reconocer que también los hijos abortados deben ser incluidos en el sistema familiar.

Aquí, al comienzo de mis explicaciones con respecto al aborto, digo algo que llevará a muchas personas a exclamaciones de indignación: a nivel de la conciencia inconsciente, un aborto, en el sistema familiar, es considerado un asesinato. Esta afirmación no tiene nada que ver con mis conceptos personales de moral u opiniones sobre las prohibiciones de la iglesia o convicciones conservadoras. Nunca permití ser persuadido por algún tipo de orientación política, no importa de qué color, ni por ventajas sociales y religiosas. Soy totalmente libre y sólo miro lo que se muestra y lo que es la realidad. Al hacerlo, trabajo con rigor fenomenológico y empírico. Resulta que en miles de Constelaciones Familiares, se manifestó que los abortos son considerados como asesinatos. En el sistema familiar no se averigua si alguien está de acuerdo o no con lo que sale a la luz.

Dado que los hijos abortados son miembros plenos del sistema familiar, los hijos vivos deben enterarse de ellos. Porque en las Constelaciones se vio: los hijos abortados cuentan como un hermano íntegro. Cuando se encubren, ocurre una violación de la jerarquía –con las pesadas consecuencias ya conocidas.

Si una mujer, por ejemplo, tuvo dos abortos y luego por primera vez tiene un hijo, ese hijo –si no sabe de los niños abortados– se ubicará en el primer lugar, en lugar del tercero en la jerarquía de los hermanos a nivel de la conciencia inconsciente. Como consecuencia, ese hijo vivirá toda su vida bajo una fuerte presión. A menudo se siente responsable por muchas cosas y cree tener que lograr un rendimiento especial. Pero a pesar de los grandes esfuerzos, el éxito que merece no se muestra.

Con frecuencia, esa actitud también tiene un efecto, más adelante, en la relación de pareja. La compensación entre dar y tomar muchas veces está perturbada ya que ese hijo o hija, en la relación de pareja, cree estar ante fuertes exigencias. Entonces, tal vez, cumple con todos los deseos de la pareja sin esperar una contraprestación, en el peor de los casos, incluso la rechaza. Inconscientemente en esta actitud se elige una pareja que, por ejemplo por un trastorno narcisista de la personalidad, siempre exige únicamente, sin devolver nada. Ese tipo de vínculos están destinados al fracaso. Porque aquel que siempre toma sin dar, con el tiempo se enoja y se va.

Cuando el hijo se entera de los hermanos abortados, aunque recién de adulto, toma el lugar que le corresponde en la fila de hermanos. El orden en la jerarquía está restablecido, la presión se acaba y –así se puede observar– la relación de pareja, muchas veces también.

Pero los abortos tienen efectos aún más dramáticos en los hijos vivos. Puede suceder que un hijo o hija se identifique inconscientemente con el hermano abortado y se sienta atraído a la muerte. O el hijo adopta del hermano abortado la sensación de ser rechazado y se vuelve agresivo.

Años atrás, durante un congreso en España, la madre de un niño de siete años, una mujer oriunda de Sudamérica, configuró su familia. El niño era

tan agresivo que la mujer no sabía que más hacer con él. En la Constelación se mostró: faltaba alguien hacia quien el niño se sentía atraído. Se manifestó que la mujer había tenido varios abortos. Se incluyó, entonces, a los niños abortados en el sistema familiar –y el representante del niño se tranquilizó de inmediato. Es decir, que el hijo había estado esperando que la madre brinde su amor también a los hermanos abortados.

Después de esa Constelación, uno de los participantes del congreso, un juez, pidió la palabra. Relató sus experiencias con mujeres y sus hijos, que a veces eran tan agresivos que las madres les tenían miedo. Incluso llamaban a la policía porque ya no sabían cómo manejar a esos niños. El juez contó que antes de la reglamentación de plazos, en España, no habían tenido lugar casos así. Después, la prohibición de interrupción de embarazos, a pesar de seguir en vigencia, se fue manejando de manera más liberal. Al principio había tres o cuatro casos de niños muy agresivos por año, después de doce meses veinte y un años después ya eran doscientos. La agresión de los niños se dirigía siempre contra la madre, nunca contra el padre.

¿Cuál sería una buena manera para contar a los propios hijos acerca de un aborto? En la fiesta de un cumpleaños, por ejemplo, se puede colocar un cubierto adicional en la mesa y decir: "Hay alguien más que corresponde comparta la mesa. Es tu hermano/tu hermana. Pero él/ella está muerto/a". Si ahora el hijo o hija mira al hermano/a abortado/a y le dice: "En mi corazón tienes un lugar", entonces desde aquél/aquélla, fluye un movimiento de bendición al hijo/a vivo/a.

La dificultad con el aborto, es que en gran parte, está unido a la ilusión de que se puede hacer que algo no ha sucedido. Al hijo se lo trata como una cosa de la que uno puede disponer libremente. No aparece como alguien con el que nos encontramos cara a cara. Pero como hijo de una pareja, realmente está y tiene un efecto en el sistema familiar. Por ese motivo, un aborto siempre tiene un efecto trascendental en la pareja, en general después de eso termina. Porque en el hijo también se aborta a la pareja, si uno mantiene la imagen. Eso, generalmente, el amor no lo aguanta. Cuando

el aborto tiene lugar en un matrimonio, muchas veces después se acaba la relación sexual. Ese caso se da especialmente cuando el aborto es negado.

Básicamente, la mujer, después de un aborto, ya no está totalmente disponible para el hombre porque una parte de ella queda con el hijo. Entonces el hombre le dice internamente: "Siempre estás en otro lugar, no estás realmente conmigo". Por eso es importante que el hombre sepa lo que ocurre en la mujer después de un aborto. Entonces, la puede comprender mejor y asentir a que a partir de ahora esté disponible sólo parcialmente para él y la familia. Sin embargo, si él de ella quiere más de lo que ella puede dar, a veces la única salida que le queda a ella, es abandonarlo.

Pero también un aborto que proviene de otra relación tiene un efecto en la relación de pareja actual y resta al vínculo. Incluso si el hombre nuevo sabe del aborto no puede resolver nada. Porque hacia la relación anterior y a través del aborto, sigue existiendo un vínculo fuerte, sobre todo porque al ser la relación anterior "adicionalmente" tiene prioridad sobre la posterior.

A menudo, en el caso de un aborto, sucede que el hombre evade la responsabilidad y se la traslada a la mujer. Pero la responsabilidad total está en ambos, con el padre y con la madre. De todas maneras, la mujer nunca puede escapar de la responsabilidad dado que ella es la que toma la última decisión. Por ese motivo, el hombre sólo está libre si ha estado acompañando plenamente a la mujer y al hijo. Aunque no haya sabido nada del aborto y por eso no haya sido necesario que tomara una decisión, está, no obstante, enlazado con la decisión. Porque si se enterara del aborto más adelante, debería preguntarse en retrospectiva qué hubiera considerado al respecto. Porque el aborto es un caso extremo de tomar y dar. El hijo da todo, y los padres toman todo. También el padre que no sabe nada –según cuál hubiera sido su actitud hacia la mujer y el hijo– tomó todo. Por ese motivo la mujer tiene la obligación de informarle al hombre acerca del aborto.

Mi observación es que, en general, el aborto tiene consecuencias mucho más graves que asentir al hijo. Por eso la afirmación "Mi vientre me pertenece a mí" debería modificarse a "Mi vientre me pertenece a mí –con todas las consecuencias". La carga que se asume con un aborto es mucho más

pesada que la que se tendría de haber tenido el hijo. Porque sean cuales fueran los razonamientos o explicaciones para un aborto, los padres siempre expían por eso, en especial la mujer. Muchas veces expía no encontrando luego o no pudiendo retener una pareja. Con frecuencia, también una enfermedad grave es una expiación por un hijo abortado. Eso observé, a veces, en Constelaciones con enfermas de cáncer.

Pero la expiación no es otra cosa que el intento de compensar algo con el mismo sufrimiento y destino para sentirse mejor. Pero, ¿a quién mira aquí aquel que expía? ¿Al hijo abortado o a sí mismo? En la expiación, uno cierra los ojos. Uno no mira al otro, a quien uno lastimó o perjudicó. Uno se mira exclusivamente a uno mismo y el otro queda solo.

Al respecto observé también otro dato interesante: después de un aborto muchas mujeres tienen en sus ojos una expresión de gran anhelo. Los hombres se sienten atraídos por eso. Pero ese anhelo se dirige a otro lugar, a menudo a un hijo abortado. Sin embargo, el hombre eso no lo sabe y quiere salvar a la mujer. Pero, ¿qué puede hacer realmente? Nada, porque ese anhelo no se dirige a él sino al hijo abortado. Si él quiere ayudar, a pesar de todo, da más de lo que la mujer puede tomar. De esa manera la compensación entre dar y tomar está en riesgo y el fracaso de la relación está pre-programado.

¿Cuál es entonces la solución en el caso de un aborto? Consiste en que el hijo abortado, que efectivamente fue "expulsado", sea tomado nuevamente o sea incluido en la familia. Eso sucede a través del duelo por el hijo que se muestra en un profundo dolor. Así el hijo es incluido en la mirada. Cuando en una Constelación Familiar, uno trabaja con una pareja que abortó un hijo, se puede proceder de la siguiente manera: se los invita a mirar al hijo que se encuentra sentado a sus pies. Luego se pide que coloquen una mano en la cabeza del hijo. Así se establece un contacto. Cuando el hijo es incluido en la mirada también asoman las lágrimas. Junto con las lágrimas fluye el amor al hijo y éste se consuela. El dolor honra al hijo y lo reconcilia con los padres. Luego la madre puede decir: "Yo soy tu madre, y tú eres mi hijo. Ahora te tomo como mi hijo y te doy un lugar en mi corazón". Y el padre puede

decir lo mismo. Eso trae un alivio, pero nunca completo. Porque aquello que sucedió no es posible transformarlo en algo que no ha sucedido.

El duelo compartido y el tomar al hijo en la familia, vuelven a unir a la pareja que por el aborto estaba separada. Pero no es la misma relación que antes. Porque pasó por un proceso de muerte. Si bien los miembros de la pareja vuelven a encontrarse, eso ya no sucede con la intimidad ligera de antes. Sin embargo, al mismo tiempo, a través del reconocimiento de la culpa compartida la relación se hace más fuerte.

Pero después de un tiempo, incluso la culpa debe pasar. Eso es bueno, no sólo para los perpetradores, sino también para las víctimas. Es decir que cuando surge el dolor por el hijo abortado, se lo guarda en el corazón. En esa situación es un lindo ejercicio cuando los padres llevan al hijo en su interior o lo toman de la mano y le muestran el mundo. Después de aproximadamente un año, el hijo puede ser entregado a la muerte con mucha honra y respeto, así tiene el permiso para estar realmente muerto. Mediante el dolor compartido de los padres, la relación adquiere una plenitud cuyo efecto incluso supera la afabilidad y alegría de antes. Esa es la recompensa por haber reconocido al hijo. En su memoria uno puede hacer también algo bueno, algo que de otra manera no hubiera hecho, y ni siquiera necesita ser algo grande.

Lo que enferma en las familias

La enfermedad, en nuestro cuerpo, está al final de una cadena. Comienza con el amor que nos une a nuestra familia y sus destinos. Este amor vincular es una necesidad elemental, es el profundo anhelo de pertenecer a nuestra familia. Por un lado, nos une como fuente de fuerza a todo lo grande y logrado en nuestra familia, por el otro lado, a todo lo pendiente y difícil, a todo el peso y la culpa. En eso se nos hace corresponsables a pesar de que, muchas veces de todo eso, no sabemos nada ni nos hicimos culpables. No obstante, también lo debemos llevar. Por eso aquellos que tienen una ventaja, quieren parecerse a aquellos que están en desventaja. Así, por ejemplo, hijos sanos quieren parecerse a sus padres enfermos y miembros posteriores de la familia inocentes buscan parecerse a los padres y ancestros que se hicieron culpables. Así los sanos, se sienten responsables por los enfermos, los inocentes por los culpables, los felices por los desgraciados y los vivos por los muertos.

El trasfondo de esta disponibilidad a convertirnos en víctimas es que nacimos en un alma compartida. Aquí se trata de un campo espiritual que compartimos con todos los miembros de nuestra familia y que nos une a ellos de manera profunda. Al mismo tiempo, también nosotros nos convertimos en destino de los otros. De cualquier forma quedamos interrelacionados.

Esa vinculación de destino se manifiesta de manera más fuerte entre hijos y padres, pero también mucho entre hermanos así como entre hombre y mujer. Se establece una vinculación especial, además, con aquellos que hicieron lugar para otros de la familia, sobre todo con aquellos que tuvieron un destino difícil.

Ese amor de vínculo con nuestra familia, incluso, va más allá de nuestra propia necesidad de supervivencia. Por eso, muchas personas consideran que, a través de una enfermedad o su muerte, podrían hacerse cargo del sufrimiento o la culpa de otros de la familia. Porque tienen la esperanza de que al renunciar a la vida propia y la felicidad propia, garantizan la vida y la felicidad de otros de esa comunidad de destino, que los pueden salvar o restablecer aunque ya estén perdidos para siempre hace mucho tiempo.

Es decir que en la comunidad de destino de la familia reina, por ese amor de vínculo, un anhelo irresistible de compensación entre la ventaja de unos y la desventaja de otros, entre la inocencia y la felicidad de unos y la culpa y desgracia de otros, entre la salud de unos y la enfermedad de otros y entre la vida de unos y la muerte de otros. Por esa necesidad, un miembro de la familia, cuando otro sufre una desgracia, también busca la desgracia. Cuando un miembro de la familia se enferma o se hace culpable, un familiar sano o inocente también enferma o se hace culpable, y cuando murió un miembro querido de la familia, alguien cercano a esa persona también busca morir. Así surge el intento de pagar por la dicha de otro con la desdicha propia.

Dado que esa necesidad de hacerse igual y de compensar, de cierto modo, desea por igual la enfermedad y la muerte, el alma anhela la enfermedad. Pero hay maneras de liberarse de esas ataduras que enferman enlazadas con ese vínculo. A través de la Constelación Familiar, las razones de fondo salen a la luz y se pueden transitar caminos de sanación.

La transmisión del destino y la responsabilidad de un miembro de la familia a otro la denominé transferencia. Tiene lugar en varios niveles. Por un lado, al realizarlo el miembro de la familia, obedece a la frase interna: "Yo te sigo". Ese es el caso cuando un hijo se siente atraído por su madre que murió temprano. Para anular la separación, también quiere morir. Lo mismo se nota a menudo en una madre que quiere seguir a la muerte a un hijo que falleció temprano, sobre todo cuando se siente culpable por la muerte. Observando más detalladamente, esas ideas parecen absurdas, pero no así dentro de un alma compartida. A ella pertenecen los vivos y los muertos en la misma medida. Dentro de esa alma, la separación entre

ellos no existe ni en un concepto ni tampoco en el sentimiento. El deseo de seguir al otro puede llevar a enfermedades que ponen en riesgo la vida y a muertes tempranas.

Otra transferencia sigue la frase interna: "Yo por ti". También tiene consecuencias trascendentes para la salud. Porque tiene implícito el deseo de enfermar o de morir en lugar de otro miembro de la familia. En general, esa frase la expresa un niño. Al mismo tiempo es posible observar otra transferencia, que sería que un miembro de la familia diga: "Tú por mí". Siempre es una persona que se siente culpable, por ejemplo, una madre que dio un hijo o que abortó. Porque así el hijo se hace cargo de las consecuencias del actuar de la madre.

Otra frase importante con la cual alguien internamente se despide de la vida es: "Yo también". En general la dice un niño, por ejemplo a un mellizo fallecido o a un hermano abortado. El extraño comportamiento agresivo ya mencionado de un hijo a menudo tiene su raíz en esa frase.

¿Cómo resuelve entonces una Constelación Familiar esas transferencias? Para comenzar sacando a la luz la frase que enferma y a continuación invitando al consultante a despedirse de la misma mediante las llamadas frases sanadoras. Por eso, para comenzar, debe expresar con toda la fuerza del amor que lo mueve a la persona amada a la que se refiere la transferencia, la frase interna de su disposición a sacrificarse, por ejemplo: "Mejor desaparezco yo que tú". En esa instancia, es importante que el facilitador invite al consultante a repetir la frase las veces necesarias hasta que la persona amada sea reconocida como el Otro y a pesar de todo el amor, sea percibida y aceptada como separada del propio Yo. Caso contrario se mantienen la simbiosis y la identificación.

Allí donde se logra expresar la frase con amor, el consultante establece un límite, tanto alrededor de la persona amada como también alrededor del propio Yo. Separa el destino propio del destino de la persona amada. La frase obliga a reconocer que aquello que la persona que está actuando, por amor, busca hacer en lugar de la persona amada, para ésta, constituye una carga, pero no una ayuda.

Allí donde la frase "Yo te sigo" sale a luz como razón de fondo de una enfermedad grave o de accidentes e intentos de suicidio, el hijo, a la persona amada, le debe decir: "Querido papá, querida mamá (o quien sea), yo te sigo". También aquí es importante repetir la frase las veces que sea necesario hasta que la persona amada sea mirada como un Otro y a pesar de todo el amor, percibida como separada del propio Yo. Así el hijo comprende que su amor no supera el límite entre él y la persona amada muerta y que debe detenerse frente a ese límite.

También aquí la frase obliga a reconocer, tanto el propio amor, como también el amor de la persona amada y a comprender que ésta lleva y cumple su destino con mayor facilidad cuando nadie le sigue, ante todo el propio hijo.

Entonces, el hijo, al muerto amado, también le puede decir la segunda frase que lo libera de la obligación de obedecer difíciles seguimientos: "Querido papá, querida mamá, querido hermano, querida hermana (o quien sea), tú estás muerto/a, yo sigo vivo/a un tiempo más, después yo también muero". O: "Cumplo con lo que me es regalado mientras dure. Luego yo también muero".

Cuando el hijo ve que su padre o su madre quiere seguir con enfermedad o muerte a alguien de su familia de origen debe decir: "Querido papá, querida mamá, aunque tú te vayas, yo me quedo". O: "Aunque tú te vayas, yo te honro y siempre vas a ser mi papá, siempre vas a ser mi mamá". O, cuando el padre o la madre se suicidaron: "Me inclino ante tu decisión y ante tu destino. Siempre vas a ser mi papá, siempre vas a ser mi mamá; y yo siempre voy a ser tu hijo/a".

También la meditación que sigue ayuda a liberarse de las propias frases internas:

Nos tomamos un tiempo y pasamos a un centramiento profundo, sereno. Es más fácil lograrlo quedándonos sólo en el momento tal como es, sin intervenir, y no miramos ni hacia adelante ni hacia atrás.

Luego de un tiempo volvemos hacia atrás, a nuestra infancia. Miramos situaciones en las que nos preocupamos por nuestra madre o por nuestro padre.

La preocupación principal de un hijo siempre es si sus padres se quedan, si se van, si podrían enfermar o si podrían morir. Miramos a esa situación con los ojos del hijo que fuimos alguna vez. ¿Qué sucedía en nuestra alma? ¿Cómo nos ocupábamos en ese entonces de nuestros miedos?

¿Hay una frase interna que decíamos? ¿Hicimos una promesa ante una fuerza más grande o incluso un juramento en el sentido de "Si tú te ocupas de que se queden yo voy a...?". Esas serían frases similares a "Mejor yo que tú".

Las preguntas son: ¿A qué renunciamos en ese entonces y qué estábamos dispuestos a dar como contraprestación por el regalo de que la madre u otra persona de la familia esté mejor o que se pudiera quedar con nosotros? ¿Internamente sacrificamos algo de nuestra salud? ¿Incluso estábamos dispuestos a morir por ello? ¿Cómo tratamos después a nuestro cuerpo?

Las preguntas son: ¿Cómo podemos invalidar esa promesa y esa frase? ¿Cómo volvemos a encontrar nuestra expectativa de vida plena y nuestra alegría de vivir y nuestra salud?

Miramos a aquellas personas por quienes estábamos dispuestos a sacrificar todo sólo para que se quedasen y estuvieran mejor. Internamente nos arrodillamos ante ellos y levantamos la mirada hacia ellos. Después de un tiempo, cuando nos sentimos realmente estando abajo y sentimos su grandeza frente a nosotros, decimos: "Aquí ustedes son los grandes. Aquí ustedes siguen siendo los grandes. Ante ustedes yo soy pequeño y me mantengo siendo el pequeño".

Luego miramos por encima de ellos a una fuerza eterna en cuyas manos están el destino de ellos y nuestro destino, sólo en las manos de ella. Miramos a los ojos a esa fuerza y tal vez vemos cómo las lágrimas corren por sus mejillas porque ve lo que estábamos dispuestos a sacrificar por nuestros padres o por otros. Esta fuerza nos toma de la mano. Reunimos toda nuestra valentía y decimos: "Por favor invalida todas esas frases, todas mis promesas, todas mis esperanzas de entonces. Las dejo en tus manos y las entrego a tu amor. Así como yo te pedí que salvaras a mis padres (o quien haya sido), sálvame también a mí de esas frases. Por favor".

Luego esperamos hasta percibir qué se ha transformado en nuestro cuerpo y en nuestra sensación vital, y a esa fuerza decimos: "Gracias".

Aquí sólo mencioné esa única frase. Se puede encontrar para uno mismo y de manera similar la solución también para las otras dos frases: "Tú por mí" y "Yo también".

Cuando uno logra la solución, también aquí, ingresa en otro campo espiritual, un campo que mira con buenos ojos a la vida de cada uno de nosotros. ¿Cómo? Feliz.

Las enfermedades tienen muchas caras más, a menudo las de personas a las que en nuestra alma o familia se les negaba el derecho a pertenecer. En las enfermedades se vuelven a presentar de manera explícita y con vehemencia –pero sin estar enojadas con nosotros. Es otra fuerza, que a través de la enfermedad, golpea una puerta, hasta ahora cerrada, para que finalmente se les permita la entrada. Es decir que nuestro sistema familiar está presente en nuestro cuerpo. Cuando falta algo en el sistema familiar, también falta algo en el cuerpo.

Según mis observaciones, se muestra que incluso enfermedades crónicas, peligrosas y también las que ponen en riesgo la vida como el cáncer, casi todas tienen algo que ver con personas excluidas. Mejor dicho: la enfermedad mira a una persona excluida, que se materializa en la enfermedad. El contexto temporal de una enfermedad con la persona excluida puede estar varias generaciones más atrás. Rara vez es muy cercana, pero eso también existe. Una mujer que tenía cáncer me contaba que su hermana menor había nacido con diez discapacidades. Así, por ejemplo, se había perdido el líquido de sus ojos. De inmediato fue llevada a un hogar y no se la visitó más. Unas semanas después falleció. El cáncer había llevado a la mujer a recordar a su hermana. Es decir que en ese caso estaba muy cerca. A veces una enfermedad también está relacionada con un hijo abortado, ahí también es muy cercano. Pero también puede estar relacionada con un hijo abortado de la abuela, ahí entonces es más lejano. En ciertas enfermedades, por ejemplo la esquizofrenia, el acontecimiento incluso puede estar cinco o seis generaciones atrás.

No obstante, muchas personas tienen un rostro amable para con su enfermedad. Eso se reconoce porque su rostro comienza a estar radiante y sonríen cuando hablan de ella. En una Constelación Familiar, algunos enumeran diez o doce enfermedades y sonríen al hacerlo. Es decir que están unidas a las enfermedades con amor. O mejor dicho: a través de esa enfermedad están unidas con amor a personas excluidas. ¿Es posible entonces sanar una enfermedad así, cuando el alma, cuando la familia en realidad quiere y necesita esa enfermedad?

Cuando alguien viene a una Constelación Familiar por una enfermedad, se configura también la dolencia mediante un representante. Muy rápidamente se muestra de qué persona excluida se trata y se la trae de regreso a la familia. Las preguntas que siguen cada uno las puede responder por sí mismo: cuando después de una Constelación así el enfermo va al médico y asiente a un tratamiento, ¿cuán grandes son las posibilidades para la sanación? ¿Y cuánto menores son las posibilidades cuando la persona excluida no sale a la luz?

El ejemplo que sigue aclara este proceso: al final de un curso en Hong Kong vino a verme una mujer y enumeró sus enfermedades –en total once. Las configuré en un círculo alrededor de la mujer. Se comportaban como personas y, por ejemplo, caían al suelo. Todas las enfermedades estaban muy mal. Pero era la última Constelación del curso y por razones de tiempo no la podía seguir hasta el final.

Un año después la mujer participó de uno de mis cursos en Taiwán. Ya estaba mucho mejor. Vino a mí y dijo que quería informarme algo más acerca de su familia. La familia había sido muy pobre y por ese motivo había vendido, en total, siete hijos. Además se habían abortado cuatro hijos. Es decir que en total eran once hijos –lo que correspondía a la cantidad de enfermedades de la mujer.

Luego configuré a la familia. Once hijos y la mujer formaban un círculo. Coloqué a los padres por fuera del círculo. Todos los hijos se miraban con un amor increíble, lloraban y estaban estrechamente unidos. Y los padres estaban por fuera y sollozaban. Luego abrí el círculo, los padres ingresaron y tomaron a los hijos de la mano. Todos estaban juntos otra vez.

¿Qué es entonces la salud plena? Cuando todos están.

Otra dinámica que lleva a enfermedades, suicidio, accidente y muerte es el deseo de expiación por una culpa. A veces, en un caso así, también lo que corresponde al destino o lo que no se puede cambiar es considerado como culpa, como por ejemplo un embarazo que se pierde, una discapacidad o la muerte temprana de un hijo. En casos así ayuda mirar a los muertos con amor, exponerse al duelo y dejar en paz aquello que pasó.

Cuando, por motivos de destino, a una persona le sucede algo que a otros produjo un daño y a la persona misma una ventaja, la salvación o la vida también es considerado como culpa. Pero también hay una culpa cuya responsabilidad cabe asumir personalmente, por ejemplo cuando alguien, sin necesidad, dio un hijo o abortó o cuando alguien desconsideradamente le exigió a otro algo difícil o le causó un daño.

Muchas veces, entonces, se quiere invalidar tanto la culpa por destino como la culpa personal a través de la expiación. Porque se considera que el daño causado puede ser pagado con el daño propio. Se busca ajustar la cuenta de la culpa mediante la expiación creando, de esa manera, una compensación. Ese tipo de procesos, tan nefastos para todos los involucrados, son fomentados por enseñanzas religiosas y modelos, como la creencia en un sufrimiento y muerte salvadores así como la purificación de pecado y culpa por autocastigo y sufrimiento externo.

¿Pero qué se logra realmente con una compensación de la culpa mediante enfermedad, accidente o muerte? En lugar de un perjudicado, entonces, hay dos y en lugar de, por ejemplo, un muerto hay otro adicional. Incluso peor: para las víctimas de la culpa, la expiación constituye un daño doble y una desgracia doble ya que a través de su desgracia se alimenta otra, de su daño surge otro adicional y su muerte trae la muerte a otros.

Hay algo más a tener en cuenta en este contexto: la expiación es barata. Sólo sufrir y morir deben ser suficientes sin que se incluya en la mirada a la relación, sin que el otro sea mirado y sin que se sienta el dolor por su desgracia. En la expiación solamente se paga algo con algo igual. En lugar de

actuar es suficiente sufrir, en lugar de vivir, se muere. Al igual que al cumplir las frases “Mejor yo que tú” y “Yo te sigo” también la expiación sólo incrementa desgracia, sufrimiento y muerte.

Así, por ejemplo, un hijo cuya madre murió en su parto, siempre siente una culpa con respecto a ella porque pagó la vida de él con su propia muerte. Si ahora ese hijo expía por ello ocupándose de generar sufrimiento propio y se niega a tomar su vida incluso al precio de la vida de la madre o si por expiar incluso se suicida, para la madre la desgracia es doblemente grave. Porque el hijo no le reconoce la dignidad a la vida que ella le regaló y su amor y disposición a darle todo no son respetados. Entonces su muerte fue en vano, incluso más, en lugar de transmitir vida y felicidad esa muerte habría significado sólo desgracia adicional y otro muerto.

Cuando uno busca ayudar a un hijo así, se debe reconocer que obedece tanto al anhelo por expiación como también a las frases internas “Mejor yo que tú” y “Yo te sigo”. Para una solución sanadora, se debe indicar al hijo que diga: “Querida mamá, ya que has pagado un precio tan alto por mi vida, no habrá sido en vano. Hago algo bueno con ella, en tu memoria y en tu honra”. Pero luego el hijo debe pasar a la acción en lugar de sufrir, lograr en lugar de fracasar y vivir en lugar de morir. Ya no está ligado en simbiosis apática y ciega con la madre sino que se ve frente a ella con amor, la incluye en su mirada y la lleva en el corazón. Entonces, de la madre fluyen bendiciones y fuerza al hijo porque por amor a ella, él hace algo especial con su vida. A diferencia de la compensación barata mediante la expiación, que no tiene valor y sólo daña, esa compensación es cara porque es valiosa y trae bendiciones. Tiene el efecto de que la madre y el hijo se reconcilien con su destino. Porque lo bueno que el hijo realiza en memoria de su madre, tiene lugar a través de ella. A través de su hijo ella participa, vive y así sigue teniendo un efecto.

Esta compensación sigue a la comprensión de que nuestra vida es única y que, al pasar, hace lugar a la vida que viene y que, aunque ya transcurrida, nutre a la actual.

Todo esto demuestra cuánto ayudan las Constelaciones Familiares a la medicina y que junto con ella, están al servicio de la vida. Si bien las dinámicas

que se describieron salen a la luz en Constelaciones y pueden ser orientadas hacia una solución, quiero enfatizar: yo no sano a nadie. Sólo uno a la familia. Está bien para mí que esto tenga un buen efecto en enfermedades. Pero yo sólo configuré la familia, eso es todo. La sanación tiene lugar por sí sola, sin que yo haga nada.

El trasfondo sistémico de diferentes enfermedades

En mi trabajo con las Constelaciones Familiares, me vi confrontado con diferentes enfermedades un sinnúmero de veces. Muchas tienen un trasfondo que proviene del sistema familiar. En esos casos, en general, se trata de implicaciones o de violaciones de la jerarquía. En muchas se pudo observar, una y otra vez, la misma dinámica responsable de su origen. A continuación presento algunas de esas enfermedades.

Esquizofrenia: Según mi experiencia, la esquizofrenia no es una enfermedad, es un problema sistémico. Pero sólo la encontramos allí, donde dentro de una familia hubo un asesinato, es decir donde el asesino y la víctima pertenecen a la misma familia. Es cierto que hay ciertas excepciones, por ejemplo cuando en el caso de la víctima o el perpetrador se trata de una persona cercana a la familia, por ejemplo una pareja anterior. Después de un asesinato así dentro de la familia, en cada una de las generaciones siguientes hay comportamientos esquizofrénicos, pero que en general no fueron diagnosticados como tales.

A veces, el asesinato tuvo lugar varias generaciones atrás de manera que nadie lo puede recordar. Pero en el alma familiar el hecho está presente. Y en la Constelación sale a la luz. Porque la esquizofrenia surge cuando un miembro posterior de la familia debe representar al mismo tiempo al asesino y a la víctima. Ambos fueron excluidos del sistema familiar. Cuando el asesino y la víctima son incluidos nuevamente en la familia, cuando son reconocidos y honrados, la esquizofrenia también pasó.

Naturalmente, también tiene un efecto en la familia cuando uno de sus miembros fue asesinado por una persona no perteneciente a esa familia. Pero eso no lleva a la esquizofrenia.

Neurodermitis: La primera observación que hice con neurodermitis fue que una mujer estaba enojada con su marido, de quien estaba divorciada. El hijo que el hombre tuvo en una nueva relación, enfermó de neurodermitis. Era como una maldición. Después de ese caso vi cosas similares muchas veces. Aquí siempre hay alguien que está enojado porque sufrió una injusticia. Es extraño porque no está enojado con la persona que le causó el daño sino que ese sentimiento es transferido a un hijo. Porque él sigue unido a esa otra persona con amor.

En una Constelación Familiar se orienta el trabajo a enternecer el corazón de la persona que está enojada y que el otro reconozca el hecho del que se hizo responsable y exprese que lo siente. Cuando se trata de parejas anteriores se le pide a aquel que se hizo culpable que diga: "Por favor mira con buenos ojos a mi hijo / mi hija y a mi nueva mujer / mi nuevo hombre". Entonces el otro se enternece, ya no está enojado y todos están libres para el futuro.

Bulimia: Muchas veces el trasfondo es que una madre dice a su hijo: "Puedes tomar solamente de mí. Lo que viene del padre es malo". Entonces el hijo lo toma de la madre pero por amor al padre vuelve a vomitar todo. La solución se ve así: el hijo se imagina sentado en la falda del papá y delante de él está expuesta toda la comida. Luego permite que el padre le lleve la comida a la boca con una pequeña cuchara de té y en cada bocado dice: "Papá, estando contigo me gusta la comida. De ti la tomo con gusto". Esa es la intervención en bulimia.

Anorexia: Aquí el padre o la madre se siente atraído a la muerte e internamente el hijo dice: "Yo me hago cargo en tu lugar".

Hijos adictos: A ellos les falta una persona, en general es el padre. Fue excluido del sistema familiar.

Dolores que se manifiestan como presión: Un dolor que se manifiesta como presión –por ejemplo dolores de cabeza– es indicativo de amor almacenado. Aquí se debe crear una válvula para que la presión pueda drenar. Eso es posible mediante tres métodos, todos ellos tienen un buen efecto:

1. Mirar con buenos ojos. El facilitador dice al consultante: "Mírame con buenos ojos". De repente los ojos del consultante brillan, desaparece una gran presión. La mirada con buenos ojos también le hace bien al facilitador.

2. Exhalar con amor. El facilitador pide al consultante exhalar imaginándose que su amor fluye hacia alguien. Al igual que la mirada con buenos ojos éste es un movimiento amoroso hacia alguien.

3. Extender las manos. El facilitador invita al consultante a extender sus manos hacia alguien.

Los tres métodos muestran que muchas dificultades surgen por un desorden en la relación. La sanación, la libertad y la felicidad son el resultado de los Órdenes del Amor.

Cáncer: Aquí muchas veces actúan las frases internas "Yo te sigo" y "Yo por ti". Pero en los casos de mujeres enfermas de cáncer también observé reiteradas veces que se apartaron de su madre e internamente le dicen: "Mejor muero en lugar de honrarte, querida mamá". Es extraño: para ellas la muerte no es nada terrible. Es su forma de venganza.

Trastornos del habla: Detrás de muchos trastornos del habla se encuentra un conflicto no resuelto en la familia. Ese es el caso, por ejemplo, cuando un miembro de la familia fue ocultado o dado y por ese motivo no pudo hacer uso de la palabra. O hay dos personas en la familia que se enfrentaban de manera irreconciliable, por ejemplo un perpetrador y su víctima. Como consecuencia, a menudo, un posgénito representa a ambos al mismo tiempo y por lo tanto no puede permitir que ninguno de ellos hable individualmente. Comienza a tartamudear.

El tartamudeo muchas veces tiene un trasfondo familiar similar al de la esquizofrenia. Mientras que en el caso de la esquizofrenia, el conflicto no resuelto se ve en la confusión, en el caso del tartamudo, se muestra en el habla. Por lo tanto, la solución para el tartamudo a menudo es la misma que para el esquizofrénico. Se colocan frente a frente las dos personas enemistadas de la familia hasta que se reconozcan mutuamente y se reconcilien.

Cuando sale a la luz dónde se encuentra el verdadero conflicto, las personas con trastornos del habla o con esquizofrenia pueden dejarlo allí donde corresponde que esté y, de esa manera, liberarse del mismo.

Pero el tartamudeo también puede tener otras razones de fondo. A menudo es posible observar que alguien, antes de comenzar a tartamudear, mira hacia el costado. Al hacerlo mira a una imagen interna, mejor dicho a una persona que internalizó, a la que teme y ante la cual comienza a tartamudear. Cuando en una Constelación, el tartamudo puede encontrarse abiertamente con esa persona y cuando le da la honra hasta que también esa persona lo acepte y le demuestre su amor, el tartamudo le puede mirar a los ojos y decir con claridad lo que siente y qué le pide.

A veces detrás del tartamudeo y otros trastornos del habla, se oculta un secreto que quiere salir a la luz y que al mismo tiempo da miedo a la familia, por ejemplo, un hijo del que no se habló. Cuando en la Constelación Familiar ese secreto se manifiesta y es mirado, ya no hay nada que se oponga al habla clara. Es decir, que muchas veces, los niños muestran trastornos del habla porque sus padres quieren o deben ocultar algo. Recién una vez que los padres pueden hablar de ello abiertamente, los hijos tienen la posibilidad de superar su trastorno.

Sobrepeso: A menudo observé que mujeres con sobrepeso, en sentido figurado, comen a su madre a quien rechazan. Por ese motivo, en el caso de ellas el comer al mismo tiempo tiene algo agresivo. Aquí la intervención sería así: que la consultante se siente a la mesa, tome la cuchara, internamente mire a la madre y diga: “Tú primero”. Ese es un pequeño ritual.

Pero puede ser que el sobrepeso tenga que ver con algo totalmente diferente. Entonces hay que mirarlo más en detalle en una Constelación.

Éxitos y nueva felicidad

A partir de mediados de los años 1980, apliqué mis comprensiones acerca de los Órdenes del Amor en las Constelaciones Familiares que había desarrollado y ofrecía los cursos correspondientes. Mientras que al principio todavía suponía que las Constelaciones Familiares eran un método adicional para el trabajo de psicoterapeutas, me di cuenta pronto que también ayudaban a personas que no sufrían una enfermedad psíquica. Por ese motivo rechacé la denominación "método psicoterapéutico" para la Constelación Familiar y las llamaba "Ayuda de Vida". Así lo sigo manteniendo hasta hoy día.

En realidad, había planeado retirarme un poco más de la vida laboral a los sesenta y cinco años. El hecho de que no llegara a suceder así, incluso más, que la Constelación Familiar se convirtiera en una historia exitosa a nivel mundial, se lo agradezco también al psiquiatra y psicoterapeuta Dr. Gunthard Weber. Él había participado de varios de mis seminarios y aplicaba las experiencias y los aprendizajes en su práctica profesional. Además, entre Gunthard Weber y yo, se había desarrollado una relación amistosa sostenida por la lealtad hacia la persona y el respeto por el trabajo del otro.

En 1990, Gunthard se acercó a mí con la idea de armar un libro partiendo de las anotaciones de mis seminarios. Esta propuesta ya me había sido formulada en varios lados pero yo lo rechazaba una y otra vez. Hasta ese momento, aún no había publicado nada. Porque dudaba en escribir algo de lo que otros se pudieran agarrar como de una revelación o deleitarse con malos entendidos. Lo que se registra por escrito fácilmente pierde la relación con lo vivo, se acomoda, se simplifica, se generaliza sin reflexionar y así se convierte en patrón y frases vacías. Había adoptado esa postura durante

muchos años. Pero cuando se acercó Gunthard Weber, tuve la sensación de que probablemente había llegado el momento indicado para una publicación. Asentí a su propuesta. En un maravilloso trabajo a conciencia, transcribió fragmentos de mis seminarios y los dispuso en inteligente sucesión y combinación para formar una obra fundamental acerca de las Constelaciones Familiares. Esa fue una gran obra. El libro *Felicidad dual* (*Zweierlei Glück*) de año 1993, con Gunthard Weber como editor, se transformó en un *bestseller* y a la fecha, se encuentra en su edición dieciocho y, además, de en alemán -su idioma original-, apareció en otros dieciocho idiomas. Pero sobre todo, ya desde el comienzo abrió y amplió el campo de las Constelaciones Familiares contribuyendo, de esa manera, a hacerlas conocidas.

El trabajo de Gunthard Weber me alentó a escribir libros yo mismo. Comencé con el título *Órdenes del Amor* (*Ordnungen der Liebe*). Para eso, transcribí los videos de un curso que había dado en 1992 en la Universidad de Colonia así como de un seminario para terapeutas familiares. Al igual que *Felicidad dual*, ese libro se publicó en 1994 en la Editorial Carl-Auer, cuyo gerente es Gundhard Weber hasta la actualidad. Durante muchos años se desarrolló una colaboración exitosa y fructífera a través de la publicación de mis libros.

Poco después, fui invitado a la Conferencia Internacional para Medicina Humanista en Garmisch-Partenkirchen y brindé una conferencia que tuvo un resultado explosivo. Se suponía que después, también debía ofrecer un taller con Constelaciones Familiares. Estaba previsto para treinta y cinco participantes pero se inscribieron trescientos cincuenta personas. Ahí dije: "Entonces doy ese curso para todos". Me parecía que nadie debía quedar excluido. Además, estaba convencido de que ese gran interés estaba guiado por una fuerza mayor y que por ese motivo también tendría un sentido. Y realmente el trabajo con un grupo tan grande resultó lindo.

Ese taller fue el comienzo de mis convocatorias masivas, que a veces, contaban con hasta mil participantes, en Würzburg una vez, incluso, alrededor de dos mil trescientas personas. Es cierto que ese, ahora, ya no es un marco adecuado. Considero que hasta quinientos participantes es un número adecuado, todo lo demás debiera ser excepción.

El trabajo con grupos grandes se había dado casualmente y significó un desafío repentino. Desde mí, nunca hubiera hecho algo así y mirando desde lo teórico, trabajar así tampoco es posible. Pero el seminario en Garmisch-Partenkirchen me había probado lo opuesto y me había demostrado que yo podía animarme a trabajar de esa manera. Debo decir que me gusta trabajar con grupos grandes porque al hacerlo se libera una dinámica diferente. Entonces permito ser guiado por esa fuerza y percibo cómo se amplían los niveles de comprensión. Además ha de tenerse en cuenta que en una Constelación, a menudo, salen a la luz destinos difíciles. Un grupo pequeño no los puede sostener, eso se logra mejor en un grupo grande en el que todo se reparte a muchos sistemas.

Más adelante fui criticado en algunos lugares por organizar encuentros tan grandes. Debía asumir el riesgo de que para a algunas personas eso resultara molesto. Pero para mí, en realidad, no presentaba un riesgo. Además: ¿Qué hubiera sucedido con la Constelación Familiar si hubiera trabajado sólo con grupos pequeños y no con encuentros numerosos? ¿Sería tan conocida como lo es hoy y le hubiera ayudado a tantas personas? Porque fue a través de los encuentros numerosos que se logró la inserción decisiva de la Constelación Familiar.

Para una mirada correcta de ese tipo de encuentros, es importante saber que en ellos siempre trabajo con todo el grupo y no con el individuo en particular. Es decir que no expongo al consultante, como sostienen muchos de mis críticos, sino que todos los presentes pueden aprender algo en la misma medida. Todos son movilizados internamente y de esa manera logran, tal vez, solucionar un problema sin tener que hacer una Constelación propia.

En los años que siguieron, recibí cada vez más invitaciones a seminarios en el exterior. Francia, España e Italia y, después de la caída de la Unión Soviética, muchos estados de Europa oriental, desde Hungría hasta Rusia, pero también los Estados Unidos de Norteamérica y Sudamérica, así como Asia, desde China a Taiwán, Corea y Hong Kong hasta Japón y Malasia fueron regiones por las que viajé para mostrar la Constelación Familiar. Así la

Constelación Familiar conquistó el mundo y hasta hoy sigue siendo un movimiento internacional.

Por supuesto, era imposible hablar de retirarse de la vida laboral. Más bien para mí, recién ahora comenzaba todo con fuerza.

También en lo privado, me sucedía bastante. A fines de los años 1990, vino una nueva participante a mis seminarios: Sophie Erdödy. Había vivido varios años en España y había regresado a Alemania hacía algunos años. A través de su actividad en el rubro de la construcción y los inmuebles, había logrado reunir un patrimonio por su propia fuerza. De esa manera, podía financiar su participación en mis cursos también en el extranjero, por ejemplo en Sudamérica. Dado que era una participante regular, entré en contacto con ella y estaba muy impresionado. Sophie Erdödy había continuado formándose en diferentes áreas de la medicina alternativa y se había ocupado intensamente de orientaciones espirituales. Su conocimiento, su intuición y su inteligencia me fascinaban.

Sophie Erdödy había llegado a uno de mis seminarios casi por casualidad. Hacía varios años que se ocupaba de diversos abordajes con relación a las fuerzas sanadoras para el alma y en busca de respuestas a la pregunta sobre el sentido de la vida. Pero en ningún lugar encontraba una respuesta satisfactoria. En un momento, desencantada, suspendió su búsqueda. Un tiempo después, se fracturó el pie y por ese motivo tuvo mucho tiempo para la lectura. Uno de sus conocidos, el médico Dr. Med Dietrich Klinghardt, cuya forma de diagnóstico y terapia ANK[4], quedó registrada en la medicina, le recomendó el libro *Felicidad dual* de Gunthard Weber y *Órdenes del Amor* que yo había escrito. Esa lectura, para ella, fue un flash.

Después de eso quiso saber qué tipo de persona era ese antiguo sacerdote que expresaba esas afirmaciones nuevas y provocadoras. Vino a mi curso sin sospechar que eso tendría un efecto decisivo en la vida de ella y en la mía. Lo que experimentó en mi seminario fue la respuesta a preguntas que la movilizaban hacía años.

4 *Angewandte Kinesiologie Nach Dr. Klinghardt* (Kinesiología aplicada según el Dr. Klinghardt).

Con el correr del tiempo se fue desarrollando una relación más estrecha entre Sophie Erdödy y yo. La llamaba todas las noches y le preguntaba qué había vivenciado durante el día. Porque siempre establecía contacto con personas nuevas, sin importar si estaba haciendo compras o paseando con su perro. Esas personas siempre encontraban, de inmediato, una conexión con ella, le contaban sus penas pero también sus alegrías.

En el año 2000, Sophie Erdödy abrió, en Bad Reichenhall, una *Hellingerschule* (Escuela Hellinger) en la que se enseñaban y practicaban las Constelaciones Familiares. Nuestra relación se estrechó, ambos nos sentíamos atraídos uno al otro. Pero, para Sophie, una relación con un hombre casado no hubiera podido existir nunca. Y también yo, desde mi conciencia, me sentía atado a mi mujer Herta, si bien, en los últimos años, nuestra relación se había ido distanciando cada vez más. Eso se debía, ante todo, al hecho de que mi mujer no participaba de la evolución de la Constelación Familiar. Eso era sólo mi asunto. Es cierto que al comienzo, Herta participaba de algunos seminarios pero sin que yo estuviera dispuesto a hablar acerca de lo vivenciado o explicárselo. Yo opinaba que ella misma debía reconocer y sentirlo. Porque sólo a través de ese camino, es posible comprender lo que sucede en una Constelación Familiar. Pero mi comportamiento, más bien, enojaba a mi mujer, en lugar de despertarle interés hacia mi trabajo. Así nos fuimos apartando cada vez más. Herta volvió a unirse con más fuerza a la iglesia y trabajaba para Caritas. Lo que allí hacía exactamente, yo no lo sabría decir.

No obstante, yo me sentía obligado hacia ella. Durante años ella me había cuidado la espalda, se había ocupado de todas las cuestiones cotidianas y había sido mi compañera leal. Pero era imposible no ver el abismo entre nosotros y tampoco era posible salvarlo.

Una pareja puede permanecer junta cuando cada parte permite a la otra su propio camino y cuando sus caminos no son demasiado diferentes. Cuando las direcciones se van apartando, de manera que el futuro de la comunión entre ellos se pone en riesgo, puede ser necesario separarse -por lealtad al propio Ser y al propio destino.

En los últimos días del año 2001, tomé una decisión: me divorciaría de Herta. Se lo comuniqué. Estaba profundamente conmovida.

El quiebre es doloroso, en especial en una relación. Es especialmente doloroso cuando aparece como si un vaso lleno que empinamos para beber, de repente se nos cayera de la mano, tal vez nos fuera arrancado de la mano y se estrellara en el suelo. El dolor por lo astillado y lo delicioso que contenía aún sigue vivo en el recuerdo: íntegro y aún lleno.

También a mí me dolía lastimarla tanto. Pero no había otro camino.

En el caso de una separación es importante que no haya un culpable. Por lo tanto, es inútil buscar razones en uno mismo o en el otro. Es suficiente constatar que la relación no tiene futuro. En general, las razones que se aducen, son pretextos y no se condicen con la complejidad de los procesos y las lealtades de cada uno. Por ese motivo, es mejor renunciar desde un principio a adjudicar culpas. Así tampoco nadie es lastimado innecesariamente.

La separación es un proceso doloroso. Algunos esperan, antes de realizarla, hasta haber sufrido lo suficiente como para, por así decirlo, haberse comprado el derecho a la separación. Pero eso sólo hace que todo sea peor. Separación también significa que ambos miembros de la pareja tienen la oportunidad de un nuevo comienzo. El "inocente", a veces, niega al "culpable" el nuevo comienzo como para no aliviarlo. Pero eso, entonces, se transforma en una carga para ambos. Es mejor cuando cada uno toma y se queda con lo que el otro le regaló. Pero eso, para la separación, significa que cada uno ahora desarrolle en sí mismo aquellas partes del otro que este hizo valer especialmente en la relación y que las tome como un regalo del otro para llevarlo a su propio futuro. Cada uno se hace cargo de su parte de la responsabilidad. Eso significa que está dispuesto a encargarse de las consecuencias de su actuar sin endosar o exigir al otro más de lo que es necesario y correcto. También es importante un arreglo financiero justo donde aquel que activamente quiere la separación, debe estar dispuesto a una renuncia mayor.

El 1º de enero de 2002, llamé a Sophie Erdödy y le dije: "Voy. He tomado una decisión que no revocaré aunque tú no me quieras. Pero recién voy a quedarme contigo el 1º de junio, hasta esa fecha resolveré todo lo que es necesario ordenar". Sophie me esperaba.

La felicidad es como con un tren. Cuando toma la vía correcta anda y anda y anda.

Le dejé a Herta nuestra casa en Ainring, así como los ingresos correspondientes a todos mis libros. Sophie también ofreció que Herta viviera y viajara con nosotros. De esa manera también estaría cuidada en caso de enfermedad. Sophie tenía mucha compasión con mi primera mujer y su situación de estar, de repente, sola después de treinta años de matrimonio. Le presenté esa propuesta a Herta pero nunca obtuve una respuesta. En cierto sentido, puedo comprenderlo.

Más adelante invitamos a Herta varias veces pero ella siempre se negó. No obstante, el contacto no se rompió completamente. De vez en cuando, hablaba por teléfono con ella; para Navidad y el cumpleaños siempre escribía. Hubiera deseado poder establecer con ella una relación amistosa. Pero después de nuestro divorcio, nunca más se dio un encuentro ni tampoco otra conversación más extensa.

Después de nuestro divorcio, Herta se unió aún más a la iglesia. En el año 2005 se convirtió en la directora de transmisión de la palabra de Dios de la parroquia de *Feldkirchen* en Ainring. Más tarde, vendió la casa que habíamos compartido y se mudó a la residencia de adultos mayores. La volví a ver recién el día de su muerte en abril de 2016. Hubo vecinos que me informaron que se encontraba en la clínica en Salzburgo. Viajé hacia allí de inmediato, pero a mi llegada ya se encontraba en estado de coma. Permanecí junto a su cama durante un tiempo y me despedí de ella. Siete horas después de mi visita falleció.

En el año 2003 me casé con Sophie. A partir de entonces trabajamos juntos. Mucho que yo no reconocía, ella sí. Porque me llevaba una importante

ventaja: era madre y también abuela. De esa manera, tenía acceso a procesos del alma que para mí, como hombre sin hijos, estaban cerrados.

Al comienzo, muchos observaron nuestra cooperación con recelo, algunos, incluso, se mostraban hostiles frente a Sophie, como si ella les hubiera quitado al padre. Una de las razones, también, era la gran diferencia de edad entre nosotros, casi tres décadas. A escondidas se cuchicheaba: ¿Qué sabe hacer esa? ¿Qué tiene para que Hellinger se meta con ella de esa forma? ¿Qué quiere ella de él, si ella es tanto más joven? ¿Quiere su dinero? ¿Por qué se mete en el trabajo con Constelaciones? ¿Por qué se hace la importante? En esos momentos asumí una posición clara y declaré: "Quien no la respeta a ella, no me respeta a mí". Además estoy convencido de que un divorcio siempre es una decisión muy personal. Aquel que se inmiscuye o se anima a juzgar, se arroga saber más que los afectados.

Todas esas conjeturas lastimaban a Sophie. Pero ni ella ni yo jamás emitimos una opinión al respecto. La verdad era que yo, después de mi divorcio, no era un hombre rico. También era un hecho que yo deseaba que Sophie trabajara conmigo. Y también era una realidad que Sophie no intervenía en el trabajo con Constelaciones por decisión propia. Más bien, habíamos acordado una señal secreta con la cual yo la invitaba a colaborar. Algunos de mis allegados se separaron de mí en ese entonces. Pero, a través de su *Hellingerschule*, Sophie tenía sus propios seguidores. Y ellos me aceptaron con el corazón abierto. De esa manera se creó una compensación y al mismo tiempo un lindo fundamento para nuestra relación.

No obstante, debo reconocer que no le regalé nada a Sophie en el trabajo. Es cierto, que a menudo, después de Constelaciones, le preguntaba qué le había llamado la atención. A veces, me lo podía comunicar de inmediato, otras veces, recién al día siguiente, cuando había logrado claridad interna. Así me beneficiaba mediante sus respuestas. A la inversa, sin embargo, yo nunca respondí sus preguntas. Pero ella lo aguantaba, incluso más, para ella, era un incentivo para reconocer cada vez más desde ella misma. Eso me impresionó profundamente. Con el correr de los años, de esa manera, se convirtió en mi asesora más cercana. Sólo junto

con ella, logré la evolución de las Constelaciones Familiares. Porque ella es la única que me hace pensar en otras direcciones mediante preguntas provocadoras. Y ella es la única de la que acepto una actitud así.

Constelaciones Familiares con judíos al servicio de la reconciliación

Dentro de mi trabajo internacional, para mí, ocupan un lugar de importancia los seminarios en Israel. El sufrimiento enorme que el pueblo judío había experimentado a manos de los alemanes siempre me había llegado mucho. Por el hecho de que yo mismo era enemigo del nacionalsocialismo, podía conceder un lugar en mi alma al dolor causado al mirar el destino de millones de judíos asesinados, y no necesitaba ocultarme detrás del escudo de indignación, que adeptos usaron como protección después de la caída del Tercer Reich. Al mismo tiempo, yo, como alguien que habría estado esperando en el campo de concentración si la Segunda Guerra Mundial hubiera terminado de otra manera, podía mirar la culpa de los perpetradores y el sufrimiento causado, como consecuencia, en las familias.

Muy lentamente, a través de mis observaciones en las Constelaciones Familiares durante los años precedentes, había llegado a la siguiente comprensión: los crímenes de los perpetradores habían dejado una huella en sus familias, y eso no solamente en las almas de generaciones con participación directa, sino también en las de sus hijos, nietos y bisnietos, incluso en las almas de los nietos y bisnietos, huellas mucho más profundas que en las de los propios perpetradores y sus hijos. Porque a las víctimas de la familia no se las mira y por eso son representadas por un hijo, incluso a veces por varios. Entonces siente como la víctima, con la que internamente está unido, y no se anima a tomar su vida o no tomarla en toda su completud. Es decir que las víctimas pertenecen a las familias de los perpetradores y deben ser reconocidas y honradas como miembros.

Las relaciones entre los perpetradores y sus víctimas y de las víctimas con sus perpetradores, se convirtieron en un gran tema para mí, así como también la pregunta acerca de cuáles eran las razones para esa actitud de desprecio humano frente a los judíos, que hasta hoy día, a menudo, se sigue manteniendo.

Con ese espíritu de acercamiento, fui a Israel por primera vez a dar un seminario en Haifa en el año 2000, con el fin de buscar formas que permitieran a los descendientes de perpetradores y víctimas mirar juntos lo sucedido, recordar a los muertos, estrecharse las manos y, en conmemoración, ponerse juntos al servicio de la paz. El contacto, para hacer esto, lo había establecido mi gran amigo Peter Scott, un empresario judío de Nueva York. A aquella invitación a Israel, en los años posteriores, siguieron otras para realizar talleres en Tel Aviv, precedidas por mi conexión con el Profesor Haim Dasberg de Jerusalén. Él había hecho mucho por los sobrevivientes del Holocausto y sus descendientes en Israel y con el correr del tiempo, se había transformado en buen amigo. En 1997, en el Congreso Europeo por las Consecuencias de Traumas, en Maastricht, había conocido mi trabajo con Constelaciones y había, luego, participado en varios de mis seminarios. Así había experimentado el efecto de las Constelaciones también en su propia persona.

La noche anterior a un seminario en Tel Aviv, el consejo del AMCHA, el Centro Nacional Israelita de Atención Psicosocial para los Sobrevivientes del Holocausto y sus descendientes, me había invitado a hablar acerca de mi trabajo con ese tipo de consultantes. Yo ya contaba con la experiencia de que, a menudo, los sobrevivientes del Holocausto no hablan de su sufrimiento anterior y tampoco mencionan a los miembros asesinados de sus familias –simplemente porque no quieren cargar a sus descendientes. No obstante, se muestra que los hijos de aquellos sobrevivientes sin duda reaccionan a esos acontecimientos y por ejemplo, se comportan como si ellos mismos fueran víctimas para solidarizarse, a nivel de la conciencia inconsciente, con los familiares asesinados. Cuando entonces se incluyen en la Constelación aquellas personas excluidas de la familia por la conciencia consciente, todos los miembros de la familia pueden mirar a esos muertos y percibir que aquellos los bendicen cuando ellos permanecen vivos.

Una experiencia que comparten los representantes de víctimas del Holocausto es que al principio, muchas veces, se sienten muy tristes y no quieren hablar. Es terrible ver eso. Pero ni bien los descendientes vivos miran a los muertos y permiten que éstos también los miren y cuando frente a los muertos muestran un profundo respeto y amor, los muertos se sienten muy aliviados y miran con buenos ojos a los sobrevivientes. Y cuando luego reconocen que sus descendientes tienen hijos, se alegran por esa transmisión de la vida.

Pero va incluso un paso más allá: cuando los representantes de ambos lados –de los perpetradores y de las víctimas– se acercan y juntos hacen el duelo por los muertos y lloran, en sus corazones, surge una imagen de cómo se logra la reconciliación entre ellos y cómo el círculo finalmente se cierra.

A fines de los años 1990, por primera vez me había llamado la atención el vínculo especial entre perpetrador y víctima del Holocausto durante un taller en los Estados Unidos de Norteamérica que también trataba el tema del Holocausto y del que participaba un joven holandés judío. Una de las Constelaciones, durante el taller, trataba de una familia judía residente en los EE.UU. El joven había sido elegido como representante del hermano del consultante. En la Constelación se manifestaba claramente que él se identificaba con los perpetradores. Eso me pareció muy extraño. Ahí, por primera vez, comprendí que los perpetradores están presentes en familias judías y que son representados en la familia por descendientes de la generación del Holocausto, cuando se intenta excluirlos.

Unos meses después del taller, el joven, en una carta, me comunicó una experiencia extraordinaria. Escribió que durante el taller mencionado, en la pausa, él había hablado conmigo y que en ese momento, yo le había dicho que –como ejercicio– descendiera al reino de los muertos, que allí buscara a los perpetradores, se recostase junto a ellos y les dijera: “Yo soy uno de ustedes”.

Que como segundo ejercicio, se imaginara que la muerte no se encontraba de pie delante de él sino detrás y que diariamente le pidiera su bendición. Para finalizar, yo le había dicho: “Pero estos ejercicios no los debes hacer

desde ti mismo, debes esperar a que tu alma se haga cargo de ese trabajo". Dijo que eso también había sido un ejercicio.

Tres meses después, tuvo una extraordinaria experiencia: estando recostado en la cama, lo venció algo así como un sueño, pero era más que un sueño: «Él formaba parte de un comando de ejecución que asesinaba personas –evidentemente judíos– él mismo había matado judíos. Tiempo después era llevado ante la Corte de Justicia teniendo que defenderse ante el juez. Dijo: "Sí, es cierto, yo soy un asesino. Maté personas, pero mi defensa consiste en que soy una persona humana y que depende de las circunstancias si alguien se convierte en criminal o en una persona honrada. Cualquier persona es capaz de todo". Luego había sido sentenciado a muerte. Pero entre la sentencia y el día de la ejecución, había un lapso de varios meses durante los cuales se despediría de sus familiares y seres queridos. Se sentía muy tranquilo y centrado, con un poder de percepción muy agudo. El día de su ejecución había sido llevado a un cuarto desde el cual llegaría hasta la silla eléctrica. Pero primero debería esperar unas horas más. Finalmente apareció alguien con la información de que la ejecución había sido postergada y que debía seguir esperando. No obstante, todo el tiempo se había mantenido internamente tranquilo y dispuesto a morir. Luego se le había dicho que el juez había modificado la sentencia, que no sería ejecutado sino desterrado. Se le permitiría elegir el lugar donde vivir en el destierro lejos de todas las personas. Por lo tanto dejaría la prisión y se encontraría afuera. Aún en el sueño, dijo las palabras: "Sobreviví a la muerte y soy una persona totalmente nueva. Para mí, ya no hay culpa y no hay inocencia" ».

Escribió que, luego de despertar, se sintió completamente cambiado y agregó: "En mi percepción, los colores brillaban más y mis movimientos se habían lentificado porque seguía todo lo que iba sucediendo con gran atención".

El joven simplemente quería informarme acerca de esa experiencia. Y yo informo aquí de eso porque ese tipo de cosas son posibles cuando confiamos en nuestra alma y entregamos la conducción a ella.

En el tiempo que siguió, reflexioné mucho sobre la relación entre judíos y alemanes así como judíos y cristianos en conexión con las experiencias que había tenido en Constelaciones. La conclusión de esas reflexiones la resumí en una conferencia titulada “El judaísmo en nuestra alma” que ofrecí primero en una iglesia evangélica en mi distrito y luego también, análogamente, en la sinagoga de Graz en enero de 2002.

Con relación al título de la ponencia: “alma”, aquí, significa el alma de los cristianos y el alma de los alemanes. Si bien ambas, en gran medida, van juntas, en vista del sufrimiento del pueblo judío durante el dominio nacionalsocialista alemán, me concentré especialmente en los efectos de esa época en el alma de los alemanes.

En el alma de cristianos y judíos la imagen de la elección por parte de Dios ocupa un lugar central. Los cristianos han adoptado esa imagen de los judíos, luego se denominaron como el nuevo pueblo elegido y como consecuencia, consideraron al pueblo judío como abandonado y reprobado por Dios. Esa imagen atribuida a la elección de Dios distingue un pueblo, lo eleva por encima de otros pueblos y le transfiere el dominio de ellos en su nombre. ¿Cómo llega semejante imagen de Dios a nuestra alma? ¿Aquí tenemos realmente permiso para hablar de Dios? Porque ese Dios que elige y reprueba da miedo. Porque incluso los elegidos deben temer que Él los rechace en cualquier momento.

Estas imágenes provienen de la profundidad del alma. En primer lugar del alma propia y después de los abismos de un alma que es común a un grupo más grande. Desde esa alma compartida, surgen las imágenes de elección y reprobación, son colocadas en el cielo y desde ahí miradas y temidas como algo por encima de nosotros, como algo divino. Al hacerlo, aquellos que se sienten los elegidos, se identifican con aquel Dios que elige y reprueba. Ellos mismos eligen y reprueban y se vuelven terribles para otros a quienes consideran desaprobados.

¿Pero qué sucede cuando otros grupos y otros pueblos actúan siguiendo las mismas imágenes internas? Vemos el resultado en las guerras religiosas. En ellas, estos grupos no se perciben a sí mismos ni tampoco a los otros

como una persona individual. Ambos bandos entonces actúan como poseídos por una locura colectiva.

En el caso del alma de los cristianos, se suma que creen en el mismo Dios que los judíos, es decir que consideran, también en nombre del Dios de los judíos, que el pueblo judío fue rechazado por Dios y despojado de sus derechos ante Dios. La terrible dimensión que eso pudo adquirir, se muestra en el intento de los nacionalsocialistas de aniquilar al pueblo judío como un Todo. Se podría objetar aquí que los líderes nacionalsocialistas y el movimiento nacionalsocialista de ninguna manera eran cristianos. Pero aquí no debemos permitir ser encandilados porque, desde la conciencia de ser los elegidos, ese movimiento presentaba rasgos esencialmente cristianos. El *Führer* se sentía llamado por la providencia divina para liderar al nuevo pueblo elegido, bajo la imagen de la raza escogida, para dominar al mundo. Y, caminó hacia allí, a aniquilar al anterior pueblo elegido. A pesar de lo deformado y ciego que nos pueda parecer hoy día, el movimiento nacionalsocialista y junto con él vastas partes del pueblo alemán, sacaban la energía para la Segunda Guerra Mundial, en gran medida, de la conciencia de tener esa misión. Y las atrocidades que cometían, al hacerlo, estaban casi al servicio de un tribunal criminal divino.

El hecho es que esta conciencia de encargados de esa misión aún no quedó superada con el fin del Tercer Reich y lo vemos en los grupos de extrema izquierda y derecha que más tarde muestran una conciencia similar de ser los encargados de una misión y como consecuencia, una ciega disposición hacia la violencia en contra de otros grupos.

Sin embargo, el rechazo de muchos cristianos frente a los judíos y las crueldades de los pogromos y las expulsiones, no se explican sólo por la contraposición del pueblo elegido anterior y el nuevo. Tienen también otra raíz y esa parece ser la más importante. Tiene algo que ver con la irreconciliable contraposición entre el hombre Jesús de Nazaret y la fe en su resurrección, así como su elevación a la derecha de Dios. El hombre Jesús, para los primeros cristianos, pasa al fondo muy pronto. A su imagen se le superpone la imagen del Cristo elevado y la vuelve irreconocible. De esa manera, los

cristianos desplazan la realidad dolorosa que, en la cruz, Jesús se vio abandonado por Dios. Aquel Dios en el que él había creído no se mostró.

Eli Wiesel, el importante escritor judío, informaba cómo, en un campo de concentración, fue ahorcado un niño públicamente. De cara a esa crueldad alguien preguntó: "¿Dónde está Dios?". Y Eli Wiesel escuchó cómo una voz en su interior contestaba: "¿Dónde? Allí –allí está colgado en la horca".

Cuando Jesús, en la cruz, gritó a viva voz: "Mi Dios, mi Dios, ¿por qué me has abandonado?", también alguien podría haber preguntado: "¿Dónde está Dios aquí?". Y la respuesta hubiera sido la misma: "Ahí está colgado". Los discípulos no podían aguantar la realidad que Jesús había sido abandonado por su Dios. Rehuyeron a través de la fe en su resurrección. Y con la fe de que ahora está sentado a la derecha de Dios y que va a venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

Pero el hombre Jesús y su destino humano, no desaparecieron del mundo con la fe en la resurrección. Vuelve a aparecernos en la imagen de los judíos. El judaísmo, en el alma de los cristianos, por lo tanto, representa en primer lugar al hombre Jesús a quien los cristianos, por la fe en su resurrección de los muertos y su elevación a la derecha del Padre, ya no se animaban a mirar. Encontrarse con ese Jesús que fue abandonado por Dios infunde miedo a los cristianos. Y los enoja. Y así, en los judíos, se dirigen en contra de aquel Jesús que les da miedo. Y en contra del Dios de Jesús y los judíos que les da miedo. Esta es la imagen que veo cuando observo lo que sucede en las almas de muchos cristianos.

Doy un ejemplo: en un curso de dinámica de grupo para cristianos muy comprometidos, todos eran teólogos dedicados a tiempo completo al servicio de sus iglesias, propuse de improviso: "¿Podríamos colocar una silla vacía en el medio de nosotros e imaginarnos que Jesús está sentado en esa silla? Cada uno podría decirle algo". De inmediato alguien colocó una silla en el centro y los participantes comenzaron a hablar a Jesús. Era increíble el odio a Jesús que brotó de ellos repentinamente. Uno de los participantes, incluso, fue a la cocina, volvió con un cuchillo en la mano y comenzó a apuñalar la silla. Al final, todos estaban impresionados ante lo que, de repente,

había salido a la luz desde la profundidad de sus almas. Estaban muy avergonzados. Pero yo dije: "Yo no encuentro ninguna culpa en él".

Cuando permito que las imágenes de los judíos, durante su persecución en el Tercer Reich, tengan un efecto en mí, cómo eran amontonados y conducidos a la muerte, cómo se sometían sin resistencia, mansos y entregados, veo en ellos a Jesús, al Jesús hombre y al Jesús judío. Así, las víctimas del Holocausto, de manera sorprendente, tomaron un rol frente a los cristianos igual al que los cristianos veían en Jesús frente a los judíos. Como pueblo y en su comportamiento y en su destino, encarnaban el comportamiento y el destino que los cristianos veían en Jesús ante el Alto Consejo y ante Pilato. Sólo que ahora los cristianos eran los verdugos y los judíos los que tenían los rasgos de Jesús.

Vuelvo al concepto de la elección por parte de Dios y quisiera decir algo contrastante acerca de los comienzos de la religión en el alma. Es decir, qué es lo que sucede en el alma de los cristianos cuando se vuelven cristianos, y qué en el alma de judíos cuando se vuelven judíos.

Un niño nace en una determinada familia. Tiene determinados padres y tiene estos padres en un determinado clan familiar, en una determinada cultura, en un determinado pueblo y en una determinada religión. Aquí el niño no puede elegir. Si el hijo toma la vida sin cuestionar, tal como le corresponde, si toma su vida con todo lo que la vida trae en esa familia con respecto a destino, a posibilidades y a límites, a alegría y dolor, entonces no sólo se abre a sus padres, no solamente a ese determinado pueblo, no sólo a esa determinada cultura, no sólo a esa determinada religión, se abre para Dios y para aquello que vislumbramos detrás de ese nombre. Por ese motivo, el tomar la vida de esa manera especial, es un proceso religioso. Sí, es el verdadero proceso religioso.

Es decir que aquel que nació en una familia judía, no puede ni debe hacer otra cosa que comenzar su camino hacia Dios según la manera judía. Para él, es el único camino posible y por eso el único correcto. Para un cristiano vale lo mismo. Por más que los cristianos y judíos se diferencien en sus conceptos de fe, con relación al proceso religioso esencial son iguales entre sí. Es independiente de los contenidos de su religión y por eso, no puede ni

debe jamás ser abandonado cuando más adelante alguien, tal vez, adhiera a otra religión.

Lo explico mediante un ejemplo: en un curso, un joven buscaba ayuda porque se sentía separado de la vida. Salió a la luz que su abuelo era un judío bautizado. Él mismo no se sentía judío, sino cristiano. Cuando configuramos su familia, coloqué cinco representantes de las víctimas del Holocausto junto a su abuelo. El abuelo apoyó su cabeza espontáneamente en el hombro de la víctima que tenía a su lado y después de un tiempo dijo: "Este es mi lugar". Cuando al joven, se le invitó a decir al abuelo: "Yo también soy un judío, y sigo siendo un judío" sólo pudo hacerlo con mucha angustia y temblor. Pero cuando lo logró, por primera vez, se sintió con su peso apoyado en el suelo.

¿Qué fue lo verdaderamente religioso aquí? ¿Fue su confesión con respecto al cristianismo o el regreso a sus raíces judías? El proceso religioso fundamental aquí fue su confesión "Yo soy un judío, y sigo siendo un judío". Un árbol no puede elegir el lugar en el que crece. Pero el lugar en el que cayó su semilla, para él, es el correcto. Eso es válido también para nosotros. Para cada persona, el lugar de sus padres es el único posible y por lo tanto el correcto. Para cada persona, el pueblo al que pertenece y su idioma, etnia, religión y cultura son los únicos posibles y por lo tanto los correctos para ella.

Cuando cada persona individual asiente, en lo esencial, a que hay algo más grande que va más allá de la persona misma y de todas las demás personas, cuando lo toma con humildad y se despliega en su lugar y de acuerdo a sus posibilidades, se siente y se sabe igual a todas las demás personas. Al mismo tiempo, reconoce que esto más grande, no importa el nombre que le demos, debe estar orientado a dar a todos de la misma manera y que por tal motivo, todos, por más diferentes que puedan llegar a ser, son iguales ante eso más grande.

Ante este trasfondo se presenta la pregunta: ¿Cómo pueden los cristianos y sobre todo los alemanes, manejar su culpa frente a los judíos? ¿Qué pueden y deben hacer para superar esa culpa y darles a los judíos un lugar en-

tre ellos, el lugar que les corresponde? ¿Y cómo pueden los judíos manejar la culpa de los cristianos y de los alemanes frente a ellos? ¿Qué puede llevar a la reconciliación aquí? ¿Y, de cara a una culpa así, es posible que haya una reconciliación?

En algunos cursos junté experiencias de cómo, tal vez, se podría lograr la reconciliación entre perpetradores y víctimas –y además, entre judíos y alemanes. Fue decisiva, para mí, una experiencia en un curso en Berna cuando un hombre configuró su familia actual y a continuación dijo que debía agregar algo importante: que él era judío. Entonces coloqué, delante de su familia, a siete representantes de las víctimas muertas del Holocausto y detrás de ellos, a siete representantes de los perpetradores muertos. A los siete representantes de las víctimas les pedí que giraran y mirasen a los perpetradores a los ojos. Después no hice más nada, sino que los dejé entregados a su movimiento tal como se iba dando.

Algunos perpetradores se quebraron, se retorcían en el suelo, sollozaban de dolor y vergüenza. Las víctimas se giraron hacia los perpetradores, los miraron a los ojos, levantaron a aquellos que yacían en el suelo, los abrazaron y consolaron. Al final, surgió entre ellos un amor increíble.

Pero uno de los perpetradores estaba totalmente rígido. No se podía mover. Por lo tanto, coloqué detrás de él un representante de "el perpetrador detrás de los perpetradores". Se apoyó en él y se pudo relajar un poco. Ese representante después dijo que se sentía como los dedos de una enorme mano, totalmente entregado. Esa también fue la experiencia de los demás en esa Constelación. Todos, víctimas y perpetradores, se sentían como manejados y también sostenidos por una fuerza mayor. Una fuerza cuyo actuar nosotros no vislumbramos.

Al final, pedí a todos los participantes que me enviaran un informe de lo que habían vivenciado en la Constelación. Un representante de los perpetradores me escribió:

"Cuando colocaste siete hombres detrás de las siete víctimas, me invadió una sensación muy desagradable. Vislumbraba y sentía algo terrible a

pesar de no tener en claro a quiénes debíamos representar. Cuando entonces dijiste que esos serían los perpetradores, sentí un escalofrío en la espalda. Cuando luego, las víctimas se giraron y miré a los ojos a la persona que tenía enfrente, toda la energía desapareció de mi cuerpo. Jamás en toda mi vida me había sentido tan avergonzado. Sólo lo miraba y me volvía cada vez más pequeño y él se volvía cada vez más grande. Me hubiera gustado mucho desaparecer de la faz de la tierra. Lo mejor hubiera sido una cueva de ratón, en lo muy profundo de la tierra.

En mi interior escuchaba el grito continuo: 'No, no, no, eso no puede ser verdad'. Sentía la necesidad de disculparme. Al mismo tiempo una voz en mi interior decía: 'No hay nada que disculpar, no hay nada que enmascarar. Debes llevarlo tú mismo'. Las únicas palabras que pude decir con esfuerzo fueron 'Por favor'. Mi víctima me abrazó. Sin su apoyo me hubiera caído de vergüenza. En sus brazos, en mí escuchaba continuamente: 'No me merezco esto. No me merezco ser sostenido por él'. Afortunadamente mis lágrimas corrieron, caso contrario no hubiera sido posible aguantar todo esto.

Después de que mi víctima me soltara, me sentía algo mejor. Volví a sentir, levemente, el suelo debajo de mis pies y pude respirar con un poco más de libertad. Al mismo tiempo, también sabía: él sólo era la primera víctima. Ahí había muchas víctimas más que pesaban en mi conciencia. No solamente dos, tres, no, docenas o tal vez incluso cientos. Luego, también, sentí la fuerte necesidad de mirar a los ojos a cada una de esas víctimas para así lograr mi paz interior. Cuando luego ubicaste al perpetrador superior, detrás de nosotros, de inmediato sentí muy claramente: 'La responsabilidad de lo que yo cometí, debo asumirla sólo yo'. Para mí, no hubo alivio a través de ese perpetrador detrás de los perpetradores. También tenía la clara sensación de que hubiera sido mucho mejor estar del otro lado y no cargar esta terrible culpa.

Mi necesidad de mirar a los ojos a la próxima víctima era cada vez más grande. Pero el próximo contacto visual, luego, hizo que realmente cayera al suelo. No podía sostenerme en pie y en el suelo, lloraba amargamente. Estaba totalmente conmovido. Tu voz: 'Ahora vayan volviendo lentamente',

la percibí sólo débilmente, muy débil, desde muy lejos. Y el volver subsiguiente fue posible sólo muy lentamente. Para mí, había quedado demasiado pendiente, demasiadas víctimas que no había mirado. En mí seguía el fuerte impulso de seguir ordenando más de aquello que había quedado pendiente.

Después de esa Constelación, necesité al menos una hora para estar nuevamente en mí y volver a sentir toda mi fuerza. Para mí, realmente, fue uno de los roles más difíciles que he vivenciado en Constelaciones Familiares. Fue extraño, también, cómo, en parte, aparecieron pensamientos clarísimos en mi consciencia. Por ejemplo que nunca es posible desplazar la responsabilidad por acciones propias a otros, aunque yo haya sido tan sólo una muy pequeña rueda de la maquinaria. Después de una experiencia así, uno simplemente sabe: 'No hay más nada que discutir, argumentar o explicar. Simplemente es así'."

En una Constelación así, también se pone de manifiesto: no hay un grupo en el sentido de que aquí están las víctimas y allá los perpetradores. Sólo existen las víctimas individuales y los perpetradores individuales. Cada perpetrador individual debe encarar a cada víctima individual. Y cada víctima individual debe encarar a cada perpetrador individual. Y también se manifiesta: no hay paz para las víctimas muertas hasta que también los perpetradores muertos ocupen el lugar junto a ellas, hasta que los perpetradores muertos no hayan sido recibidos por las víctimas muertas. Y no hay paz para los perpetradores hasta que no se hayan recostado junto a las víctimas muertas. Allí donde eso no sucede y donde no lo permitimos, los perpetradores serán más adelante representados por descendientes.

Por ejemplo, hasta que los perpetradores de la última guerra no tengan lugar en el alma de los alemanes, serán representados, entre otros, por radicales de derecha. También vi, en Constelaciones de descendientes de víctimas judías, que en muchas familias judías, un hijo representa a un perpetrador. Es decir que no podemos evitar la reconciliación con los perpetradores.

En esa Constelación se manifestó, además: una implicancia se resuelve solamente entre los afectados. Es decir, entre ese perpetrador y esa víctima.

Nadie puede ni debe hacerse cargo en su lugar como si tuviera el derecho o el pedido o la fuerza para hacerlo. Por ese motivo, en esa Constelación, los representantes de las víctimas muertas y de los perpetradores muertos, tampoco querían que los vivos se mezclaran entre ellos. Debían mantenerse alejados. Los muertos también querían que la vida continuara, que no quedara limitada o cercenada por el recuerdo de ellos. Desde la mirada de esos muertos, los vivos estaban libres para la vida.

En ese sentido, hice un ejercicio con una judía en cuya familia muchos habían muerto. Ella sentía la misión de reconciliar vivos y muertos. Le pedí que cerrara los ojos, luego en su imaginación fuera al reino de los muertos. Allí se encontraba en medio de las seis millones de víctimas del Holocausto, miraba hacia adelante, hacia atrás, hacia la derecha, hacia la izquierda. Y rodeando a todos esos seis millones de muertos se encontraban, recostados, los perpetradores muertos. Luego todos ellos se incorporaban. Las víctimas muertas y los perpetradores muertos giraban hacia el horizonte, hacia el este, allí veían una luz blanca y ante esa luz hacían una profunda reverencia. Luego, cuando también ella junto con todos los muertos había hecho la reverencia ante esa luz, volvió a retirarse lentamente, dejó a los muertos en recogimiento ante aquello que en el horizonte sólo se iluminaba y sin embargo, quedaba oculto, giró alejándose de los muertos y nuevamente hacia la vida.

Pero a veces, también los vivos deben todavía encontrarse con los muertos, mirarlos cara a cara y permitir ser mirados por ellos. En primer lugar, aquellos que se hicieron culpables de los muertos, pero también aquellos que del doloroso destino de sus conciudadanos judíos obtuvieron un beneficio. En muchas Constelaciones salió a la luz que los individuos que sufrieron una injusticia ocupaban las almas de aquellos que les habían causado la injusticia o que de su desgracia derivaron una ventaja. Y ocupaban no sólo sus almas sino también las de sus descendientes y eso hasta que se reconocía la injusticia, se les miraba a los ojos, se los reconocía como personas, se los honraba y, junto con ellos, hacían el duelo por su destino. Luego lo que estaba separado se volvía a unir y los terribles efectos de la injusticia terminaban.

Hasta tanto ese procedimiento no se logra, los muertos no encuentran su merecido descanso sino que, de cierta manera, siguen entre nosotros y también están cercanos a nosotros. Cuento un pequeño acontecimiento al respecto. Hace algunos años, estaba realizando una gira en Polonia ofreciendo conferencias vespertinas. Estaba acompañado y guiado por el traumaterapeuta Zenon Mazurczak. Viajamos en tren desde Breslavia a Cracovia por Silesia y le pedí que me contara algo acerca de Cracovia y los judíos en Polonia antes de la guerra. Me comentó de un barrio judío especialmente grande de Cracovia, ya que un tercio de sus habitantes de entonces eran judíos. Además me informó que antes, Galicia (Polonia) había sido poblada en gran parte por judíos. Hoy día, casi ninguno de ellos está.

Yo me iba haciendo una imagen interna de Cracovia y veía alrededor de la ciudad un círculo de muchas personas que querían entrar pero no podían. Eran los judíos que antes habían vivido allí y que ahora ya no existen. El último día de mi estancia en Cracovia, fui con Zenon Mazurczak y otros amigos al antiguo barrio judío. Las casas estaban con las inscripciones de aquel entonces, como si todo siguiera estando. Sólo las personas ya no estaban más. Miré por las ventanas y allí veía los habitantes de entonces. Los ojos estaban secos de tanto llorar. Eso me movilizó profundamente.

De allí fuimos a Katowice, dado que allí ofrecía a la tarde una conferencia ante más de mil participantes. Les conté de mi experiencia en Cracovia, ya que tenía una imagen muy clara: esos judíos muertos –todos ellos eran polacos, no solamente judíos, sino camaradas, conciudadanos, es decir parte del país– querían regresar al alma de los polacos. En el enorme campo espiritual, Polonia, todos los judíos siguen estando. De ese campo nadie puede desaparecer.

Luego hice una meditación con los participantes. Miramos a los muchos millones de muertos. Los tomamos en nuestra alma y les permitimos sentirse en casa en nuestra alma. También tomamos en nuestra alma a los silesianos expulsados, porque también ellos seguían perteneciendo. De esa forma también ellos –sin la intención de anular nada– obtenían un lugar en el alma y en ella, podían volver a estar presentes. Todos los muertos y los

expulsados, como si fueran hijos e hijas perdidos, tuvieron el permiso de volver a casa y quedarse. Los participantes polacos tomaron todo eso con mucha apertura y naturalidad en su alma.

Cuando estuve nuevamente en casa, le informé al Profesor Haim Dasberg de mi experiencia. Me escribió que una vez le había sucedido algo similar en Cracovia. También él había visto, aún en las calles, a los muchos judíos muertos, como se preparaban para el Sabbat. Pero ninguno de ellos estaba.

Entonces me pregunté: "¿Cómo es en Alemania? ¿Los judíos regresan allí? ¿Tienen un hogar, una patria, en las almas?".

Para ello presento una meditación.

Ustedes y yo

Cerramos los ojos. Vamos a los lugares de los cuales procedemos y en los que vivimos, y entramos en resonancia con aquellos que ya no están, que incluso en el alma, no tienen permiso para estar. Los miramos. La mayoría de ellos fueron asesinados, muchos huyeron y fueron expatriados. Les decimos: "Yo te veo, en mi alma te doy espacio. –Y lloro. Tú y yo, ustedes y yo".

Luego permitimos que se vayan, hacia allí donde algo más grande los acoge. Miramos a eso más grande cómo los acoge, y nos serenamos.

Durante un curso de Constelaciones Familiares, en los Estados Unidos de América, un participante me regaló el poema que sigue, lo había escrito en 1989. Su abuelo había sobrevivido al campo de concentración Dachau.

La resurrección de los judíos en Alemania

Nosotros regresamos.
No por venganza.
No por ustedes.
Ni siquiera para demostrar algo frente a Dios.
Sino porque la vida lo exigía.
Lo hacemos a disgusto.

Pero sabemos que nuestra resistencia a hacerlo
tiene que ceder.
Nuestros hijos quieren saber
por qué abandonamos nuestra patria
y ahora pretendemos conseguir por la fuerza
justicia de los árabes,
quienes ni siquiera estuvieron allí.
Ellos quieren saber
dónde perdimos a ese Dios
del cual hablamos.
Nosotros queremos tener hijos sinceros
y debemos admitir
que tenemos un agujero en el corazón.
En aquel entonces tuvimos que escapar o morir.
¿Pero ahora?
Por favor, queremos orar aquí,
sobre suelo alemán,
donde las almas de nuestros seres queridos
siguen sin encontrar paz en la tierra.
Nosotros sabemos que vuestro sueño
está tan perturbado como el nuestro,
que ustedes huyen de la propia patria
a balnearios de todo el mundo
y no saben si en vuestra casa
los extranjeros son bienvenidos,
tal vez por la sospecha
de que ustedes ya no lo son más.
Que ustedes no pueden responder
a las preguntas de vuestros hijos.
Dime ¿fue por envidia,
que nuestros seres queridos fueron asesinados?
¿Fueron el reino de los mil años,
y aquello de 'un pueblo',
envidiosas interpretaciones de nosotros,

que Alemania tuvo que pelear,
para estar presente apenas una década,
mientras nosotros lo logramos por milenios,
sólo con los libros?
¿Nos mataron con gas,
porque ustedes mismos fueron asfixiados en las trincheras
y después no pudieron devolver el golpe?
Vuestros pensadores discuten
si solamente la cultura europea es mayor de edad.
Y los nuestros, si todavía somos los elegidos de Dios.
¿Pero, nos estamos comunicando?
Nuestros rabinos intentaron, por generaciones,
no olvidar jamás,
pero lo que quedó atascado en la memoria
fue la muerte,
a la que ahora, fijamente,
sin aliento, le clavamos los ojos.
La respiración correcta
exigirá el dolor vivo.
Ella exige que ya no muramos más
observando,
sino que vivamos largamente y con plenitud.
Así está escrito en nuestro libro: elige la vida.
En vuestro libro se dice: amar al prójimo como a uno mismo.
Ahora, nosotros somos vuestros vecinos.
Imagínense:
después de una larga ausencia
nosotros, vuestros vecinos, regresamos.
Pronto nos mudaremos a la habitación de al lado
y hablando fuerte, estaremos unos con los otros parados en la calle.
Pronto haremos bromas con los funcionarios alemanes,
nos sentaremos en las tertulias habituales,
y nos casaremos con vuestros hijos.
Pronto las casas alemanas y la tierra

estarán nuevamente en nuestras manos.
¡Nuevamente seremos ciudadanos!
Las vacías sinagogas monumento volverán a llenarse.
¿Es esto una pesadilla? No.
Todo el mundo teme la repetición.
Pero es el temor lo que se repite.
Los tiempos son nuevos.
Los judíos regresamos a Alemania.
No, no todos juntos mañana en la frontera.
Tampoco el año próximo.
Irá pasando de a poco.
Primero aquí y allá, y luego cada vez más,
como todo lo que crece.
Ustedes lo verán.

"Lebenshilfen aktuell" ("Ayuda para la vida diaria"),
Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2011.

Los hostigamientos

En el año 1997 sucedió la pesadilla de todo terapeuta. Después de un seminario en Leipzig, una mujer que había configurado su familia, se quitó la vida. ¿Cuál era el trasfondo? La mujer había venido con su marido, vivían separados. Con ayuda de la Constelación Familiar, la pareja quería decidir con quién debían vivir los hijos. En la Constelación se vio que el lugar seguro para los hijos era junto a su padre. Después de la Constelación, la mujer se retiró del salón sin palabras y más tarde se quitó la vida.

Eso me conmovió mucho. Pero probablemente no exista terapeuta que, con el correr del tiempo, no se vea confrontado con suicidios de pacientes. Es cierto que, en general, eso no se informa públicamente sino que –es muy posible describirlo así– se mantiene en secreto.

El suicidio de la persona tuvo como consecuencia una denuncia en mi contra. Pero la justicia me declaró libre. Se había manifestado que la mujer ya había intentado matarse anteriormente. El preparado con el cual había puesto fin a su vida, provenía del botiquín de su madre.

Me pregunté si yo hubiera podido evitar su trágico final. Mi respuesta fue: No, eso no hubiera estado en mi poder. Tampoco una intervención mía hubiera podido ejercer una influencia en ello. Y, a la inversa, tampoco mi expresar la realidad podría haber sido la razón de su suicidio. Porque una persona espiritualmente estable no decidiría repentinamente poner un fin a su vida por las expresiones de un extraño, que es lo que yo era para la mujer. No obstante, la muerte de la mujer siguió siendo un acontecimiento trágico que me conmovió profundamente.

Durante un tiempo, aparecieron varios artículos periodísticos y revistas en los cuales se atacaba mi trabajo. Aquí evito dedicarme a las publicaciones en detalle y a mencionar los nombres de sus autores. Llamaba la atención que mis declaraciones, muchas veces, eran citadas fuera de contexto y que mi persona se describía como con una maldad apasionada.

Los puntos principales de la crítica, en esos momentos, se referían a mi trabajo con grupos numerosos y a que expresara con claridad lo que en una Constelación Familiar se muestra como realidad y las consecuencias resultantes. Sin embargo, no se prestaba atención a que cada persona que participaba de alguno de mis talleres sabía lo que le esperaba. Cada uno era consciente de que las Constelaciones Familiares no tendrían lugar en un espacio cerrado a participantes de afuera como en el caso de una terapia tradicional. Aquel que venía a mí, lo hacía por decisión propia y también declaraba estar de acuerdo con las condiciones. Además, cada uno era libre para interrumpir la Constelación en cualquier momento. Es cierto que eso sucedía rara vez, pero de mi parte siempre lo respeté y acepté. Incluso más, cuando me daba cuenta de que un consultante rechazaba una buena solución, era yo el que interrumpía la Constelación.

En ese entonces no vislumbraba que todo esto representaría los ataques más leves a mi persona. Porque con lo que me llegó en los años 2003 y 2004 se trataría –y sin duda es posible expresarlo así– de exterminar mi buena fama y el intento destinado a destruir mi existencia.

Pero una cosa después de la otra.

Lo que tuve permiso de experimentar en las Constelaciones con sobrevivientes del Holocausto y sus descendientes había dejado una impresión duradera y profunda en mí. La comprensión de que las víctimas y los perpetradores quieren reconciliarse y que ambos tienen su origen en una fuerza secreta que no podemos comprender ni concebir y que ante esa fuerza todos son iguales, me abrió otra mirada hacia la humanidad, sí, a cada ser humano individualmente.

Hace un tiempo hice una excursión, en Israel, al Lago Genesaret, donde un hombre de Nazaret paseaba hace 2.000 años y en una colina, cercana

al lago, habló de las ocho bienaventuranzas. Había una paz maravillosa en ese lugar. Era posible percibir que se trataba de un sitio especial.

Allí recordé lo que Jesús había dicho acerca de lo que hace feliz. Uno era: "Bienaventurados los pacíficos y aquellos que traen paz. Serán llamados hijos de Dios". Y Él dijo: "Amad a vuestros enemigos. Haced algo bueno a aquellos que os odian".

A veces se da la mayor enemistad y el mayor odio en la relación más íntima. ¿Cómo puede ser? Porque en la relación más íntima también podemos resultar lastimados más profundamente. Pero no tanto porque el otro nos haga algo –la herida más profunda es aquella que no cumplió con una esperanza soñada. Bienaventurados son aquellos que aman a sus enemigos, que hacen un bien a aquellos que los odian.

Haciéndolo, pasamos a un nivel más alto. Jesús lo describe así: "Mi Padre celestial hace salir el sol sobre justos e injustos y llueve por igual sobre buenos y malos". Aquél que logra ese amor, brilla como el sol hacia todos tal como son, aunque sean diferentes, como hombre y mujer, por ejemplo. Y permite que la lluvia que trae bendiciones caiga sobre cada uno tal como es. Acerca de eso pensé estando junto al Lago Genesaret.

Luego traté de comprender: ¿Qué sucede en el alma? ¿Cuál es el procedimiento que en última instancia posibilita ese amor? Con respecto a esto se me ocurrió una frase: "Amor significa: yo reconozco que todos, tal como son, son iguales a mí ante algo más grande. Reconozco que todos, por diferentes que lleguen a ser, ante algo más grande son iguales a mí". Eso es amor. Sobre esa base todo puede desplegarse.

¿Y qué es humildad? Lo mismo: "Yo reconozco que todos, por diferentes que puedan llegar a ser, ante algo más grande son iguales a mí". Humildad significa reconocer que uno es sólo una pequeña parte de una diversidad y que la plenitud recién se logra cuando todo lo diverso puede estar lado a lado en equivalencia y es reconocido como teniendo el mismo valor.

¿Y si hubo heridas? "Perdonar y olvidar son lo mismo: reconozco que todos, por diferentes que puedan llegar a ser, ante algo más grande son iguales a mí".

Aquí podemos hacer un pequeño ejercicio como para sintonizarnos con ese amor. Imagínese que va hacia cada uno que lo ha lastimado, que alguna vez lo hirió en la vida. Le dice: "Yo soy igual a ti". A cada uno: "Tú eres igual a mí".

Luego se imagina a aquellos a quienes usted les hizo algo, que usted lastimó de alguna manera, y a cada uno le dice: "Yo soy igual a ti. Tú eres igual a mí".

¿Qué experimenta al final de un ejercicio así? Es posible expresarlo con una palabra: paz.

A partir de todas esas reflexiones, en 2004, publiqué, en mi libro *Pensamientos divinos*, un texto acerca de Hitler, que aquí copio para una mejor comprensión de todo aquello que sigue.

HITLER

Algunos te consideran un ser inhumano, como si alguna vez hubiera existido alguien con derecho a usar ese calificativo. Yo te contemplo como un ser humano igual que yo: con un padre y una madre y un destino particular.

¿Eres por eso más grande? ¿O eres más pequeño? ¿Eres mejor o peor? Si eres más grande o más pequeño, mejor o peor, yo también lo soy. Pues soy un ser humano igual que tú. Si te respeto, me respeto también a mí mismo. Si te aborrezco, me aborrezco también a mí mismo.

¿Puedo entonces quererte? ¿Quizá tengo incluso que quererte porque de otro modo tampoco podría quererme a mí?

Si confieso que fuiste un ser humano tal como yo, entonces miro a algo que dispone de nosotros por igual, algo que es tanto mi origen como el tuyo (y nuestro fin). ¿Cómo podría yo excluirme de ese origen excluyéndote a ti? ¿Cómo podría yo acusar a ese origen y ponerme por encima de él acusándote a ti?

Pero tampoco debo tenerte compasión. Te mantienes y caes por el mismo origen que yo. Lo venero en ti como en mí y me someto a él en todo lo

que hizo en ti y lo que hace en mí y en todos los demás seres humanos.

Por eso estoy libre de ti, y tú estás libre de mí. Por mí puedes tener tu paz, pues suelto todos mis pensamientos sobre ti. Suelto también todos los pensamientos sobre lo que deseaste e hiciste, así como también suelto todos los pensamientos sobre el origen que te origina a ti y a mí. ¿Pues cómo podrían mis pensamientos jamás alcanzar o incluso penetrar ese origen?

Por eso te olvido y te despido de mi pensamiento y sentimiento, también de mi amor, respeto y juicio, del mismo modo que también yo quiero ser independiente del pensamiento y sentimiento, del amor, respeto y juicio de otros, totalmente entregado al origen último, decrete lo que decrete sobre mí.

Bert Hellinger, *Pensamientos divinos*, pág. 243.

En esos momentos, mi mujer Sophie me advirtió ante la publicación. Estaba segura de que mis manifestaciones serían malinterpretadas y entendidas como un reconocimiento con respecto a Hitler como persona. Pero para mí, el tenor de ese texto estaba muy claro, ni me podía imaginar que se lo comprendiera de una manera diferente a la mía. Porque en mi opinión, había explicado claramente que yo miraba a Hitler incluyendo el origen secreto determinante para todos los seres humanos y que, por esa razón, por supuesto, no lo liberaba de su culpa. Sólo que yo ya no era responsable por su condena, sino que dejaba la culpa con él y en su responsabilidad.

Al mismo tiempo interpretaba al texto como invitación para que cada persona tome consciencia de sus propios abismos. Porque si no, ¿cuál sería el sentido de todos los sitios de conmemoración y los monumentos que recuerdan el Holocausto sino también para advertir que un crimen tan enorme como el que pasó el pueblo judío no debería repetirse jamás? Y cuando hay una advertencia ante una repetición del Holocausto significará también que se teme que haya personas que vuelvan a cometer semejantes atrocidades. ¿Pero quiénes son esas personas? No será el Hitler fallecido hace tiempo con sus partidarios, entretanto también mayormente

muertos. Los que podríamos repetir el Holocausto somos nosotros, los que vivimos. Se advierte ante nosotros y ante las partes sombrías de nuestras almas que es necesario tener bajo control y tomar consciencia de ellas.

Con este texto también buscaba recordar que hay una razón incomprensible para nosotros, una razón secreta que, en una simultaneidad enigmática, es capaz de desencadenar masas humanas. En este contexto Carl Gustav Jung hablaba de arquetipos. En este sentido dice en su obra homónima *Archetypen*: "Si, no hay nada malo en lo que el ser humano no pueda caer preso bajo el dominio de un arquetipo. Si treinta años atrás alguien hubiera osado predecir que la evolución psicológica se dirigiría en dirección a un nuevo despertar de la persecución medieval de los judíos, que Europa temblaría nuevamente ante las fasces romanas y la marcha de legiones, que se podría volver a introducir el saludo romano como hace dos mil años, y que en lugar de la cruz cristiana, una arcaica esvástica engolosinaría a millones de guerreros a disponerse a morir –a ese hombre se lo hubiera difamado como loco místico". (C.G. Jung, *Archetypen*, dtv, 2006, pág. 50).

Miremos a nuestro mundo. ¿Acaso hubo, a finales del Tercer Reich, sólo un corto instante durante el cual, en algún lugar del mundo, hubiera pueblos o tribus no involucrados en un genocidio o una guerra sin sentido? Si, ¿en la historia de la humanidad, hubo acaso algún momento en el que cientos de inocentes, inclusive mujeres, niños e incluso recién nacidos no fueran degollados por otros como en estado de arrobamiento? Creo que no. Y recordemos, por favor, la locura que terminó tan sólo hace pocos decenios, los Jemeres Rojos, de cuyo terrorismo fueron víctima estimativamente dos millones de camboyanos. Con ese texto también buscaba recordar esas siniestras dinámicas que arrastran a miles de personas y ante las cuales tenemos que cuidarnos.

Casi al mismo tiempo de la publicación del libro, me mudé, con Sophie, a una vivienda que ocuparíamos temporariamente. Habíamos comprado una casa en Bischofswiesen, cerca de Berchtesgaden, cuyos trabajos de remodelación no habían finalizado para la fecha prevista de nuestra instalación. En vano intentamos encontrar una vivienda para alquilar por medio año. Finalmente, el instalador que se ocupaba de los trabajos en nuestra

casa encontró una solución: años antes había comprado un edificio en el cual había funcionado la “Pequeña Cancillería del Reich” durante el Tercer Reich. Entraba en funcionamiento cuando Hitler se encontraba en su cuartel de vacaciones en Obersalzberg, una casa que pertenecía a su compañera de vida Eva Braun. Si bien en la casa de la montaña también había una oficina principal en la que Hitler trabajaba con sus seguidores, en el valle, en el barrio Stanggass de Bischofswiesen, existía, además, esa pequeña prolongación de la cancillería del Reich. Aquí había algunos funcionarios que mantenían el contacto entre Berlín y lo que se llamaba Delegación Berchtesgaden. Que Hitler, alguna vez, haya visitado ese lugar del diario quehacer de oficina en el bajo es muy poco probable.

Después de la guerra, el edificio pasó a ser propiedad del ejército de los EE.UU. de Norteamérica y al retirarse la fuerza, a fines de los años noventa, pasó al gobierno federal quien lo vendió a nuestro instalador. Él lo remodeló para alquiler y venta de viviendas. El terreno antes había pertenecido a su padre y él pretendía que volviera a ser propiedad de la familia. En ese momento ya vivían catorce grupos en la casa, sin que nadie se hubiera incomodado por eso. Tampoco había razón. En la casa quedaba libre una vivienda de ciento noventa metros cuadrados que era difícil alquilar en la zona por su dimensión. Nuestro instalador nos la ofreció como residencia temporaria hasta poder pasar a nuestra casa.

Nuestra mudanza a la antigua “Pequeña Cancillería del Reich” se exageró, para mí, de forma totalmente inesperada e igualmente injustificada, hasta convertirse en un escándalo. *Report München* me filmó abandonando la casa y construyó una conexión mía hacia Hitler. Tres colaboradores de *TAZ*[5] tocaron el timbre en casa y pidieron que les dé explicaciones. Cuando me negué se quejaron, además, porque no les ofrecía entrar en nuestro hogar. A su artículo le pusieron el malicioso título “El cuartel general psico”.

La razón de estas difamaciones, fue el texto mío acerca de Hitler en mi libro *Pensamientos divinos*. Incluso antes de mudarnos a esa vivienda temporaria,

5 Nota de la traductora: Zona Temporalmente Autónoma: táctica sociopolítica de crear espacios temporales que eluden las estructuras formales de control social.

el publicista Colin Goldner había largado una campaña en mi contra que me ubicaba cerca de la ideología nacionalsocialista.

Anteriormente Goldner se había desgastado trabajando en relación al líder espiritual de los tibetanos con su libro *Dalai Lama. Caída de un rey divino.* Después de que la revista austríaca "Ursache & Wirkung" ("Causa y efecto") en una reseña, había destruido el libro, Goldner presentó una demanda en contra de la revista por tres puntos. Las demandas fueron negadas en última instancia en 2002.

Después del Dalai Lama, ahora yo me transformaba en su próxima víctima. Con eso, en realidad, me encontraba bien acompañado. En un artículo para la revista "Konkret" (Cuadernillo 6/2004), Goldner se aventuró, incluso, a una seguidilla de pensamientos tortuosos para construir una conexión entre Hitler y mi persona. La veía en las iniciales iguales de nuestros nombres. Porque mi nombre original era Anton. Es decir: Anton Hellinger y Adolf Hitler, ambos A.H.

También en otros ataques a mi persona, por parte de los medios impresos, hubo frases de mi texto con respecto a Hitler fuera del contexto y citadas para denostarme como cercano al nacionalsocialismo y a Hitler como persona.

¿Pero cómo hubo semejantes ataques difamadores y maliciosos en mi contra, impulsados por una voluntad de aniquilamiento, cuyos efectos siguen hasta el día de hoy? Pues, el reproche principal es que reconozco también a los perpetradores como personas iguales a mí.

Pero a mí se me presentaba otra pregunta más: ¿Alguno de todos esos periodistas que opinaban –a pesar de que ninguno me conocía o había participado de uno de mis seminarios– en realidad había investigado aunque fuera una única vez acerca de mi persona? ¿Había aunque sea uno solo de ellos que hubiera leído mis exposiciones en toda su dimensión, en lugar de tomar frases sueltas e interpretarlas en un sentido que a él le parecía adecuado? ¿O es que todos ellos sólo estaban viajando –tal como se dice irónicamente en la jerga periodística– como "corresponsales especiales de

archivo"? Porque si alguno de ellos se hubiera tomado el trabajo de realizar una investigación, habría encontrado que yo era un enemigo del nacional-socialismo y que, si otro hubiera sido el resultado de la guerra, me hubiera estado esperando el campo de concentración, probablemente incluso la condena de muerte.

Para coronar todo esto, el 2 de mayo de 2004 incluso Arist von Schlippe, en ese entonces director de la Sociedad Sistémica, una unión de terapeutas familiares, se dirigió a mí en una carta abierta:

Querido Bert,

Me resulta muy difícil escribir esta carta, pero hay que hacerlo. También la escribo como "carta abierta" porque está dirigida no sólo a ti sino también a las colegas y los colegas de la terapia sistémica.

Cuál es el núcleo de la carta: es un claro repudio hacia ti. Hace ya bastante tiempo que internamente me despedí de ti, después de haber estado muy impactado durante un largo tiempo. No obstante, los muchos informes críticos sobre tus declaraciones y tu proceder de los que me enteraba, al comienzo los consideré formas de información tergiversada. Más adelante intenté disculparlas como señal de una actitud que por la edad se iba volviendo más rígida. Durante mucho tiempo intenté pasarlos por alto mediante silencio. Cuando eso ya no fue posible porque una y otra vez había personas que me preguntaban lo que yo decía al respecto, en muchas conversaciones destaqué una y otra vez lo mucho que había aprendido de ti, lo que valoro en ti, y abogaba para que los acontecimientos evidentemente dignos de ser criticados que aparecían en muchos informes sobre ti, no desvalorizasen la posibilidad de considerar el trabajo de Constelaciones como sistémico y representarlo en otro sentido y espíritu.

Te defendí ante reproches que en tus conceptos ven rizomas de un pensamiento fascista y más de una vez expresé mi pesar por los conceptos, que en el contexto de una formación de terapeutas altamente calificados ofrecen estímulos interesantes y valiosos, fueran desvalorizados por el carácter de presentación como mega evento. Hoy día considero que fue un error cuando, en 1995, te invité a una reunión así en Bremen, de esa forma contribuyendo también a que a través

de ese tipo de presentaciones se haya dado un envanecimiento de tus conceptos. Pienso que a raíz de la enorme concurrencia, perdiste el sentido de las escalas –y así ahora todo aquello que construiste amenaza con romperse, incluso más, ya que cientos, incluso tal vez más de los terapeutas que en su práctica se refieren a ti también se refieren a la terapia sistémica. Con el libro Felicidad Dual tu abordaje quedó marcado como abordaje sistémico y desde entonces está ligado a ese modelo.

Yo soy Director de la Asociación Sistémica, una de las dos grandes asociaciones que nuclean la terapia sistémica –y así, más allá de la consternación y desilusión personal, para nada me es indiferente. Desde la AS intentamos asumir una posición diferenciada y no sintonizarnos con la crítica indiferenciada o polémica ignorante que es posible observar en muchos críticos. Para nosotros se trataba de marcar claramente el límite entre el trabajo con Constelaciones, que es posible unir con el pensamiento sistémico-constructivista, y uno que no corresponde ni es adecuado. Y no obstante sigue rumoreando y fermentando en la "escena sistémica" y –yo lo vivo como una dinámica de división que parte desde ti– la polarización que va aumentado cada vez más me preocupa seriamente.

Y ahora se agrega algo actual. Un colega me envía por correo electrónico algunas direcciones de internet en las que leo declaraciones tuyas como:

"El pueblo judío encontrará su paz consigo mismo, con sus vecinos árabes y con el mundo, recién cuando también el último judío haya dicho la oración por los difuntos para Hitler". (Caminando con el espíritu, Edición 2001, pág. 50).

Y un "Discurso a Hitler": "Si te respeto, me respeto también a mí mismo. Si te aborrezco, me aborrezco también a mí mismo. ¿Puedo entonces quererte? ¿Quizá incluso deba quererte porque de otro modo tampoco podría quererme a mí? (Pensamientos Divinos, pág. 247).

Al mismo tiempo veo fotos cuando te mudas a la antigua cancillería del Reich en Berchtesgaden, tu residencia actual.

Con respecto a eso, realmente no se me ocurre nada. O más bien: ¡Se me ocurren muchas cosas! Por ejemplo, recuerdo lo desilusionado que me sentí cuando mi amigo israelí, a quien había entregado tu video de Constelaciones de trabajos con víc-

timas del Holocausto y sus descendientes, me dijo que, por indignación hacia ti y tu arrogancia, no había podido ver la cinta hasta el final.

Hoy pienso que me engañé con respecto a ti (y por supuesto debo yo mismo asumir la responsabilidad en ese sentido). Hubo algo que no pude ver que él percibió muy claramente si ahora dirás que ¿él como judío primero debería hacer una reverencia ante sus padres —ambos víctimas polacas de campos de concentración— o según los Pensamientos divinos ante Hitler? ¡Bert, eso va demasiado lejos! A tus declaraciones en el discurso, las veo como esponjosas declaraciones valorativas que en su generalización son válidas para todas las personas —toda persona tiene derecho al reconocimiento de su condición de ser humano y a ser respetado por ello, aunque justo estaba rechazando ese derecho a millones de otros seres humanos. Hitler sigue siendo símbolo de las aberraciones más profundas y siniestras en las que una persona puede incurrir en una situación histórica especial —y también participar activamente. Y es y sigue siendo desacertado relativizar esto, no importa por qué tipo de conceptos y descripciones.

Y así entonces, hoy quiero asumir una clara posición frente a ti —no oculto detrás de declaraciones generales o una opinión de una asociación. Debo y quiero decirlo muy claramente: aquello que escuché y de lo que me enteré de ti, en los últimos años, no puedo sobrellevarlo —ni las recias imputaciones causales, ni las ideas increíblemente abreviadas acerca de contextos psicosomáticos, ni las ideas de ser partícipe de una "verdad", ni las declaraciones, cada vez más generalizadas, acerca de hombres y mujeres. Y ahora tus declaraciones más recientes —unidas a tu mudanza a la residencia de Hitler— en mis ojos representan una falta de instinto increíble. ¡Eso no puede ser! ¡No lo comprendo! Mi repudio es válido para todo tipo de descripciones absolutas y totalitarias y veo que estás cayendo en ellas cada vez más.

Todo sería algo privado tuyo o un tema de una agrupación como tal vez una secta. Pero los conceptos que aplicas y propagas surgieron en parte de la terapia familiar sistémica, en parte públicamente se los equipara. ¿Sabes qué le has originado a la terapia sistémica con eso? Probablemente ahora digas algo inteligente como que no eres responsable por lo que tus estudiantes —¡ay! olvidé que no tienes— hacen con aquello que tu representas. ¡No, te veo como responsable! Has tomado y desarrollado conceptos que se usan en el contexto de la terapia sistémica y que siguen sien-

do útiles –siempre y cuando se los aplique profesionalmente con cuidado y cautela. ¡"Trabajo con Constelaciones según Hellinger", según mi parecer, no tiene nada que ver con terapia sistémica! La oportunidad existió –y cuando te conocí a fines de los años ochenta pensé que se daría así– que esos conceptos ampliarían la terapia sistémica mediante facetas interesantes, que tú ofrecerías proposiciones heurísticas en el sentido de posibilidades que puedan ayudar a comprender mejor lo que sucede en sistemas así como instrumentos basados en ellas que sean útiles terapéuticamente. Por ese motivo también me ocupé, a pesar de algunas resistencias, de que un párrafo de esos conceptos sea incluido en el Manual de terapia sistémica y asesoramiento (Lehrbuch der systemischen Therapie und Beratung).

Y muchos de los pensamientos que aprendí contigo es cierto que, aún hoy día, me parecen estimulantes y muchas veces también posibilidades útiles. Pero experimento que todo lo bueno que has construido lo desvalorizas tú mismo al entregarte a ti mismo y a la terapia sistémica a la ridiculez y la ambigüedad mediante comentarios indecibles junto con una actitud de sabelotodo. Eso en realidad es lo que más lamento: podrías haber ayudado a que la psicoterapia, como un todo, avance. Pero tu evolución marchó de manera distinta.

¡Si tacuisses[6], Bert! Adiós

"Ahora finalmente fue dicho", decimos a veces cuando hace mucho que un secreto quería salir a la luz pero nosotros temíamos el efecto, y finalmente es expresado y es dicho. Por ejemplo, cuando en una familia hay hermanos de otra relación que fueron callados frente a los otros, o cuando un hijo se entera quién es su padre realmente. Todos respiran aliviados y todos se sienten mejor. Pero por sobre todo luego es posible actuar de una manera nueva con otra orientación y con un amor nuevo y más grande.

Sin embargo, a veces es mejor que algo permanezca no dicho. Por ejemplo, una culpa. En lugar de confesarla, la guardamos para nosotros. Preferimos cargarnos a nosotros en lugar de a otros, en lugar de descargarla en otros para luego sentirnos mejor nosotros. También aquí a veces decimos: "Finalmente lo dije". Pero, ¿para qué? ¿Le sirve a los otros o me sirve sobre

6 Nota de la traductora: Si hubieras guardado silencio.

todo a mí porque alivié mi mala conciencia? ¿Para mí así es posible un actuar diferente, más amoroso? ¿Crezco por haberlo dicho? ¿Por ese motivo soy más o soy menos? ¿Por eso sigo siendo grande o me hago pequeño?

¿Qué es mejor que permanezca no dicho? Cuando a alguien quiero decir mi opinión. Generalmente es mejor cuando queda no dicha. ¿Al decirla al otro lo hace mejor? ¿Me hace mejor a mí?

Cuando me la quedo para mí, el movimiento en lugar de ir hacia afuera va hacia adentro. Ya que ¿por qué quiero decir a otro la opinión realmente? Cuando me la quito de encima, me siento mejor. ¿Cómo que me siento mejor? A otro le cargo algo que me concierne a mí. Porque esa opinión me pertenece a mí, solamente a mí. Es la sombra de mi luz.

Muchas veces decimos algo acerca de otras personas sin conocerlas, decimos algo bueno como también algo malo. También aquí generalmente sería mejor no decir ni lo uno ni lo otro. Porque con ambos intervengo en algo que le pertenece al otro. Queda no dicho tanto lo bueno como también lo malo conmigo, sólo conmigo. Los demás quedan libres de mí y yo de ellos.

También sería mejor que queden no dichas muchas interpretaciones de un acontecimiento y las interpretaciones de un comportamiento de otras personas. ¿Probamos un acontecimiento o un comportamiento a través de nuestras interpretaciones? ¿Con eso nos probamos a nosotros?

Hubo varias cosas que me asombraron en la carta abierta de Arist von Schlippe: en primer lugar, nunca existió una relación muy estrecha que uniera a Arist von Schlippe conmigo, como se pudiera suponer al leer la carta. En segundo lugar, nunca fui miembro de la Asociación Sistémica y nunca quise serlo dado que sino hubiera tenido que renunciar a mi libertad espiritual. Además yo no ofrecía terapia familiar sistémica, sino las Constelaciones Familiares que había desarrollado. En tercer lugar, por esa razón, desde mi lado tampoco había cercanía desde la Constelación Familiar hacia la terapia familiar sistémica, por lo cual un alejamiento explícito de entrada era impracticable. Porque si no estoy cerca de alguien, lógicamente él no puede ni necesita tampoco retirarse de mí.

Las declaraciones de Arist von Schlippe fueron absorbidas ávidamente por la prensa ya que, de manera muy barata, ofrecían munición adicional en mi contra. No fue necesario que yo mismo me expresara con relación a la carta abierta. De eso se encargaron otros por mí, mediante cartas abiertas, y yo agradecido. A continuación las comparto en toda su extensión dado que se hacen cargo de mi defensa de manera más creíble de lo que yo hubiera podido hacer. Provienen de los psicólogos y psicoterapeutas Dr. Bertold Ulsamer y Thies Stahl.

Carta abierta del Dr. Bertold Ulsamer a Arist von Schlippe

Estimado Dr. von Schlippe,

Recientemente leí su carta abierta a Bert Hellinger. Entre mis colegas, su carta produce grandes olas. Seguramente usted recibe muchas reacciones diferentes a esa carta.

Siento que escribir esa carta no le fue fácil. Respeto su decisión de distanciarse de Bert Hellinger. También yo comparto algunas de sus opiniones con respecto a puntos críticos del trabajo de Hellinger (los peligros de mega eventos, el trato adecuado con pacientes y el ardid de expresiones absolutas).

Pero más allá de eso, en su carta abierta, usted cita dos declaraciones que son falsas o están tergiversadas. De esa manera, usted hace que esas falsas afirmaciones sigan siendo "aptas para ser citadas", es como que usted las hace más sólidas para el público.

Respondo a eso, también abiertamente, como alguien que hace Constelaciones Familiares "según Bert" porque siento que a través de su carta implícitamente me corrieron más de cerca esas declaraciones. Mientras tanto, cierta parte del público relaciona con Hellinger gradualmente conceptos y pensamientos fascistas o antisemitas. Ahí su carta es como agua para los molinos.

Usted cita como declaración de Hellinger:

1. *"El pueblo judío encontrará su paz consigo mismo, con sus vecinos árabes y con el mundo, cuando hasta el último judío haya rezado la oración de los*

muertos para Hitler" (Caminando con el espíritu, Edición 2001, pág 50). Yo publiqué el libro Caminando con el espíritu junto con Harald Hohnen. Contiene una conversación de varios días con Bert Hellinger. En el original, el pasaje citado por usted dice así:

"Hace poco recibí una carta, que traía adjunto un artículo de una revista homeopática llamada 'Miradas' ('Einblicke'). En ella describe el autor un taller con un maestro jasídico. Ese maestro dijo una tarde que el pueblo judío encontrará su paz consigo mismo, con sus vecinos árabes y con el mundo, cuando hasta el último judío haya rezado la oración de los muertos para Hitler. Eso es grande. Aquí terminan nuestras diferenciaciones usuales de bueno y malo. El autor sigue describiendo cómo los participantes –la mayoría de ellos, judíos– se retiraron sin palabras y conmovidos de esa lección. A la mañana siguiente, todavía desconcertados por esa frase, se volvieron a encontrar cuando uno de los participantes, un psicoanalista de Nueva York cuya familia había sido asesinada por los nacionalsocialistas, entró al salón. Con su entrada se modificó la atmósfera en el grupo, su rostro, marcado por lágrimas y luchas de una noche sin dormir, irradiaba paz y dicha y todos sabían lo que más adelante confirmó, que esa mañana, venciéndose a sí mismo, había rezado esa oración de los muertos por Adolf Hitler.

Algo similar vale también para la terapia, sobre todo para las Constelaciones Familiares. Este trabajo solamente es posible cuando uno puede respetar, más allá de lo bueno y lo malo, a cada uno con su destino y con su implicación. Los buenos no están menos implicados que los malos. Y los malos no están más implicados que los buenos. En ese nivel son iguales".

¿Considera usted esta síntesis de las declaraciones de Hellinger con respecto a su cita de más arriba apropiada y legítima?

2. *Usted habla de la actual residencia de los Hellinger, anteriormente Cancillería del Reich. En los próximos meses Hellinger se mudará a su nueva residencia en Berchtesgaden, que en estos momentos está en renovación. Esa casa, que él compró, no es la Cancillería del Reich. Cuando tuvo que retirarse de la residencia anterior que alquilaba, ya habiendo cursado el aviso, y sin*

poder mudarse a su nueva propiedad, según mi información, su constructor le ofreció la que fue la Cancillería del Reich como domicilio pasajero de transición. Él aceptó esa solución transitoria.

Si usted lo rechaza tan vehementemente eso dice mucho, en mi opinión, acerca de "Hitler", el tema tabú alemán, al que Hellinger una y otra vez se acercó y se sigue acercando desde diferentes perspectivas. Más allá de eso, yo no estoy de acuerdo con su mirada acerca del tema "Hitler". Usted cita a Hellinger en un "discurso" a Hitler: "Si te respeto, me respeto también a mí mismo. Si te aborrezco, me aborrezco también a mí mismo. ¿Puedo entonces quererte? ¿Quizá debo incluso quererte porque de otro modo tampoco podría quererme a mí mismo?". (Pensamientos divinos, pág. 247). Tampoco aquí tengo la impresión que usted haya tenido ese libro en sus manos y haya leído todo ese capítulo. Entonces usted vería cuál es el marco general de ese intento de acercarse al fenómeno Hitler desde el lado humano. Estoy de acuerdo con usted: es posible considerar ese intento (que en su cita sólo contiene la palabra de Jesús "Ama a tu prójimo como a ti mismo") como más logrado o menos logrado.

Usted escribe: "Hitler sigue siendo símbolo de las equivocaciones más profundas y siniestras en las que una persona puede caer en una situación histórica especial –y a la que también puede participar activamente. Y es y sigue siendo equivocado relativizar eso mediante los conceptos y descripciones que sea". No sé si tal vez lo entienda mal. Pero tal como lo interpreto, su declaración considera que ese tipo de empeño lo acerca a una forma de actuar inmoral (tal vez usted tiene también una palabra mejor). No sé cómo es su opinión con respecto a Hitler y el Tercer Reich como alemán y como terapeuta. ¿Es posible cerrar el relacionamiento del tema Hitler con la premisa "¡Ninguna relativización de Hitler!"?

Yo veo en ello, sobre todo, la distracción y el descargo que en eso se encuentra para todos los demás alemanes. En mi opinión Hitler puede muy bien ser usado como símbolo, pero también es un ser humano. En mi trabajo como terapeuta parto de la base de que cada uno lleva en su interior esa parte-Hitler, al hombre de la SS y el vigilante del campo de concentración, como semilla y sombra –y que naturalmente en lo posible no quiere ver.

Eso que usted describe como relativización, hace que esa comprensión parezca estar más cerca. Es más fácil ver a Hitler como demonio y símbolo de lo malo que mirar hacia el interior. Es más fácil describir a Hitler como embaucador endemoniado en lugar de mirar a aquellos seres humanos como tú y yo que gustosamente permitieron ser seducidos.

No sorprende que Hellinger, con su controversia con Hitler, revuelva el avispero alemán. Lo que está cosechando en estos momentos son en su mayoría reflejos ciegos y no atención al contenido. Para salirse de la controversia lo más fácil es correr a Hellinger a un rincón de derecha. En la medida de lo posible es lo que se intenta públicamente. ¡Su carta contribuye a lograrlo!

Una vez más el texto original de Caminar con el espíritu, la continuación del pasaje mencionado. Hohnen: "¡Decirlo muy concretamente! Entonces nosotros los alemanes también debemos rezar una oración de los muertos para Hitler. ¿Qué significa eso, qué es eso?".

Hellinger: "Que uno lo integra en la comunidad como uno de nosotros. Eso significa. Y con compasión. Eso no quita nada de la culpa y de la responsabilidad. Pero se ve que alguien que se ha cargado semejante culpa tiene para recorrer un camino interminablemente largo hasta encontrar paz. Mucho más largo que las víctimas. Pero no se lo puede excluir. Porque –¿dónde iría?".

Hohnen: "Es decir, similar a cuando hay un asesino en la familia, alguien que mató a alguno de la familia. También ellos corresponde que estén juntos, y también ellos pertenecen a nosotros".

Hellinger: "Exactamente. Tampoco se lo puede excluir a él".

Hohnen: "¿Y cómo es si luego nosotros nos retiramos?"

Hellinger: "Con Hitler eso no va. Lo debemos incluir".

Usted continúa escribiendo acerca de su desilusión de que a su amigo israelí el video de la Constelación con el trabajo con víctimas del Holocausto lo haya indignado. También eso me parece inadecuado como una suerte de juicio definitivo con respecto a este trabajo de Hellinger. Yo estuve presente en Tel Aviv, como uno de los pocos

participantes no judíos, cuando Hellinger ofreció su primer seminario de Constelaciones allí. La tensión era enorme cuando un alemán, que además había luchado como soldado en el Tercer Reich, vino a Israel a encarar allí la culpa alemana a través de Constelaciones de perpetradores y víctimas del Holocausto. Considero enorme esa valentía y esa disposición a exponerse a Hitler también de esa manera. Dicho sea de paso: a Hellinger lo volvieron a invitar allí por segunda vez. En algún momento, más adelante, se comenzó con el primer grupo de formación de Constelaciones en Tel Aviv.

El reproche a Bert Hellinger de dañar la terapia sistémica y la psicoterapia con su carta, en mi opinión, también recae en usted. Cerrando: dado que aparentemente le atraen las citas en latín: "Audiatur et altera pars" (También ha de escucharse el otro lado), un axioma de la jurisprudencia en caso de una denuncia y sentencia. Como terapeuta y sistémico, usted sabe acerca de la relatividad de las declaraciones y afirmaciones de cada caso. Si usted trae semejante quiebre al público, comprendo que sería adecuado no apoyarse únicamente en cualquier tipo de citas de internet sino investigar con exactitud o incluso llevar adelante antes una conversación aclaratoria con la persona que atañe.

Con amables y colegales saludos
Dr. Bertold Ulsamer

Carta abierta de Thies Stahl a Arist von Schlippe

Quickborn, 6 de septiembre de 2004

Hola Arist,

Hemos hablado por teléfono con respecto a mis comentarios críticos relacionados con tu carta a Bert (carta abierta de Arist von Schlippe a Bert Hellinger del 2 de mayo de 2004). Después de ello volví a revisar mis formulaciones dado que en su primera versión tenías la impresión de que eran dogmáticas y también algo altaneras.

Mientras que antes de nuestra conversación telefónica yo había resumido mi crítica esencialmente en que experimento tu carta como inconsecuente y arrogante, después de nuestra conversación pienso que "dogmática" y tal vez no "altanera"

pero vanidosa o dándose demasiada importancia quizás son descripciones adecuadas, no sólo para mi tipo de crítica, sino también para la manera en la que te diriges a Bert Hellinger en tu carta. Si eso fuera así, habría yo, tal vez, quedado en exactamente aquel patrón que en realidad quería criticar en tu carta.

No obstante, me arriesgo a hacer pública mi crítica acerca de tu carta ya que aunque tanto el trabajo de Hellinger como también el de los miembros de tu Asociación Sistémica no los conozco lo suficiente como para poder o querer intervenir o firmar a nivel de la "Declaración de Potsdam" de ustedes, sí puedo decir claramente que la manera en la que lo criticas en tu carta abierta no me parece ordenada.

Dices que la esencia de esa carta es un "claro repudio" a Bert. A pesar de agregar "claro", empleas el concepto repudio de manera no clara. A lo largo de toda la carta no queda claro qué es lo que tu repudio en realidad contiene concretamente. "¿Le estás negando otra invitación a tu casa? ¿O volver a hablar con él? ¿O invitarlo a un congreso? ¿O le privas de su lugar en tu manual de enseñanza? ¿O es un repudio profiláctico en caso de que Hellinger quisiera ser aceptado como miembro (honorario) por la Asociación Sistémica (como cuyo director tú también hablas explícitamente)? ¿O como una suerte de preaviso de que los nuevos miembros deben distanciarse por escrito de Hellinger si quieren ser aceptados como miembros de esa Asociación? ¿O es la renuncia a una protección personal especial que quizás hasta ahora le concedías a él frente a colegas, estudiantes y miembros de la Asociación? Esta falta del "Qué" hace la renuncia inconsecuente a mi entender.

Dices que "defendiste" a Hellinger "frente a reproches, que según tus conceptos, ven los rizomas del pensamiento fascista". Luego vuelves a retomar el tema fascismo y le das una ubicación central en tu carta. En primer lugar transmitido a través de tu amigo israelí que introduces como una persona que por motivo de su destino personal es una suerte de autoridad natural, a decir algo con respecto al tema fascismo (encubierto). Dado que te estabas desilusionado con respecto a Hellinger, no habrías podido ver algo en su trabajo con víctimas del Holocausto que ese amigo "percibió nítidamente". De qué se trata con exactitud, lo dejas significativamente abierto. Arist, no me parece que con respecto al reproche del fascismo que colocas en el centro del espacio, tomes una "posición clara", más bien una oculta, en algún lugar detrás de tu amigo judío.

Luego hablas de la "arrogancia" de Hellinger, otra vez transmitida mediante una cita de tu amigo. No te esfuerzas por asegurar las comillas, tal vez con "algo de lo que percibió en la actitud o el comportamiento de Hellinger, mi amigo lo siente como arrogancia". Cuando hablo con conocidos y colegas acerca de tu carta, escucho una y otra vez cuán valiente muchos la consideran. Pero a mí me da la impresión como que te ocultas detrás de tu amigo. Así encuentro tu "claro repudio" muy poco claro –y también un poco cobarde.

También me queda poco clara tu opinión fundamentada objetivamente después de tus declaraciones, que para mí no son sólo doctrinales sino también correctivas "Yo me desilusioné de ti" y "Bert, eso va demasiado lejos". Eso me parece más bien una pseudolimitación, en lugar de una toma de "posición clara", un golpe de liberación ostentoso, personal y emocional, todavía íntegramente en el estado de rebelión por implicación. Para mí, tu carta no se lee todavía como el resultado bien pensado de una larga controversia con una figura importante para la historia de la psicoterapia y para el ánimo de las personas, que como "fenómeno Hellinger" o persona Bert, toca tangencialmente tanto posiciones importantes de la propia orientación terapéutica como que apela también a necesidades sociales insatisfechas en busca de rituales que ordenen y ofrezcan sostén y sentido, calidad de inequívoco y conducción con fuerza.

Una integración, una verdadera anulación dialéctica de premisas y formas de proceder teóricas opuestas (o simplemente también humanas) al asumir una posición así, al menos por ahora, no está a la vista. Falta algo constructivo, algo que ilumina y alegra, algo que oriente hacia el futuro (como puedo ver por ejemplo en las Constelaciones Sistémicas Estructurales de Varga von Kibéd y Sparrer, cuyos abordajes "sintactizantes"[7] muestran abordajes de cómo se pueden evitar las estrecheces semánticas del estilo Hellinger y al mismo tiempo mantener puntos esenciales de sus formas de proceder).

Y, Arist, te conozco y estimo hace mucho y ya desde los tiempos tempranos de Gestalt y Satir. Por eso tu opinión me interesa: ¿Te parece fascista lo que Bert hace y dice? ¿O de muy poca reflexión? ¿O demasiado vanidoso y/o egoísta? ¿Te parece que Bert siente gran placer en provocar cosa que para muchos colegas es difícil de digerir, una

7 Nota de la traductora: El término "syntaktisierende" no existe en alemán, "sintactizantes" es una traducción literal.

alegría pícara, hasta diabólica, de gurú por un juego anti-gurú, que a aquellos no estudiantes que dependen de lo que sale de sus labios, una y otra vez, estimula y también lleva a los abismos de la inseguridad? ¿O es él la tentación personificada para los sistémicos para entregarse a las ganas de simplificar y de transmitir avisos claros—a las que hay que rehusar o incluso abjurar antes de caer totalmente preso de ellas? ¿O te parece que es un chacharero fascinado por la fuerza de sus propias ideas, buscando filosofar y enamorado de sí mismo (cosa que la fórmula final "si tacuisses" de tu carta podría llevar a pensar)? ¿O tuviste, como a mí también ya me pasó, la idea de que tal vez (sin que se le pida y por tanto quizás también arrogante) se hace cargo de algo por todos nosotros? Para todos nosotros, que tal vez a veces estamos muy contentos que no haya ninguna tumba, monumento o monolito, mausoleo o algo parecido de Hitler porque ese vacío, esa nada, nos gusta usarla como pantalla para proyectar en ella al propio fascista interno? ¿Dónde la mudanza de Hellinger a esa casa mencionada y que realmente existe tal vez ahora nos molesta?

Estuve reflexionando acerca de este tipo de preguntas. Pero mis esfuerzos por lograr una "posición clara" a través de ellas probablemente siguen estando tan poco preparados para la impresión como las tuyas. Estoy curioso con relación a un ensayo fundamentado al respecto desde una visión (ahí realmente) sistémica —que incluya a Bert Hellinger, a ti / a mí / a nosotros y nuestra "escena" (la sistémica, la de Constelaciones, la PNL y otras). Y también a todos nuestros fascistas internos grandes y pequeños no reconocidos.

Dices que tu "rechazo vale para todo tipo de descripciones absolutas y totalitarias" a las que ves que "Hellinger está sucumbiendo cada vez más". Ahí te veo (espero que temporariamente) cayendo a pensar y juzgar de manera poco sistémica. "Caer en algo" para un todo sistémico en red del que participamos tú y yo y todos nosotros en nuestra sociedad, es una descripción (de síntoma) bastante no sistémica. ¿Cómo coproducimos aquello que luego percibimos como si fuese un algo observable aislado de nosotros (como una cosa o fenómeno de la naturaleza) en el que las personas "caen"? ¿Y acaso no (co)construimos, por ejemplo con nuestras críticas no fermentadas de Hellinger, ese algo en el que luego "caemos" junto con Bert?

También tu declaración "Bert, eso va demasiado lejos", insertada en una difusa amenaza de renuncia con respecto a una pertenencia que en toda la carta no

queda clara, tampoco me parece justamente una descripción de la realidad de segundo orden: como consecuencia de sus muchas eliminaciones (¿A quiénes, de qué manera todo les parece demasiado, quién hace qué cosa, en qué contexto, con qué precisión? ¿Medida según qué criterios y basada en qué poder de juicio otorgado por quién y cómo –o en qué forma a sí mismo) es también, ella, una pequeña "descripción absoluta y totalitaria" que me parece tendría paño como para desenvolverse hacia un desarrollo totalitario-fundamentalista de omisión, separación y exclusión.

Me parece muy problemática tu declaración "... una dinámica de separación que parte desde ti (Bert)". ¡¿Una dinámica sistémica que parte unilateralmente de un elemento del sistema?! Proviniendo de la pluma de un sistémico de gran experiencia, pero ahora involucrado personalmente, simplemente se podría considerar un verdadero error estilístico. Pero cuanto más pienso acerca de ese pequeño comentario circunstancial –en tu carta– se la citará, no como el resultado de un debate acalorado de una tertulia de sistémicos, sino de una divulgación oficial del director de la Asociación Sistémica –tanto más me parece un ejemplo de precisamente el tipo de descuido en lo pequeño como el que tu reprochas a Bert en grande (muy indirecta, pero claramente): ¿no habrás querido decir con eso que Hellinger para la "escena sistémica" es algo así como un "elemento corrosivo"? ¿Como una bacteria que hay que sacarse de encima antes de que "polarice" la unidad que conjuraste pero definiste imprecisamente? ¿A quién hay que excluir antes de que dañe la comunidad del pueblo sistémico elegido?

Si sientes que Bert entonces pertenece o no (en general o todavía) a la "escena sistémica" (lo que en tu carta no queda claro), de todas formas esta declaración es problemática: desde mi mirada es un ejemplo de una variante de percibir, pensar y hablar cotidiana no reconocida pero en su potencialidad casi fascista en la que todos podemos caer: la percepción (precisamente no sistémica) de una determinación lineal-causal de un malestar vivenciado como amenazante para la comunidad propia es articulada como adjudicación de una culpa unilateral a un "causante", unida a una quita de disponibilidad para la conversación y pertenencia y –luego demasiado a menudo– como una exclusión real (cuya forma probablemente peor produjo precisamente el fascismo alemán que reprochas Bert está tratando de manera inadecuada).

Tal vez consideres que este punto esté sobreinterpretado. Pero si a tu carta la comprendo como advertencia ante adoptar una posición inequívoca y sobre todo, temprana con respecto al pensamiento y el actuar fascista, eso es válido también para sus principios más pequeños a los que todos nosotros debemos resistirnos nuevamente una y otra vez y todos los días. Este fascismo cotidiano en nuestro pensar tal vez esté tan presente porque tiene precisamente sus raíces en el pensamiento sistémico descuidado que se privilegia naturalmente cuando reflexionamos, estando personalmente involucrados, acerca de sistemas a los cuales nosotros pertenecemos como un elemento.

Si, como tú dices, en la "escena sistémica sigue rumoreando y fermentando", desde mi mirada lo considero como una buena señal de que esta escena vive y está sana. Tal vez sea una comunidad en la que muchas culturas se mezclan de manera integradora para el bien del Todo. ¿Y qué habría de nocivo si a la par de las dos asociaciones sistémicas establecidas surgieran otras agrupaciones mientras mantengan el diálogo entre ellas y no lleven adelante una guerra de aniquilación? Mientras algo siga fermentando, sigue habiendo algo que no fermentó aún y que puede madurar. Tal vez un espíritu sistémico totalmente nuevo, un espíritu desde el cual ya no se siguen concibiendo críticas a Hellinger, que generan más de aquello que parecen combatir.

Tu carta también me parece algo megalómana. ¡¿Qué filósofo iluminado o anciano sabio eres como para decir a Hellinger que mejor hubiera callado?! Incluso si ese "Hubieras callado" (... hubieras seguido siendo filósofo) haya sido expresado desde ti con una guiñada de ojos reconciliadora, a mí me seguiría pareciendo atrevido ya que hablas con alguien que pertenece a la generación de nuestros padres. ¡Cuando niños fueron enviados a matar con la argumentación de que lo hacían también por amor a Hitler! Si hay algo que no entiendes y no puedes aprehender, tal vez sería mejor que calles hasta tanto estés seguro de haber realmente preguntado lo suficiente. Yo no lo he hecho. Pero sé que la pregunta de si fue, y si fue, cómo, que las palabras "amor" y "Hitler" pueden aparecer en la misma frase o no, nosotros la comprendemos de manera distinta que nuestros padres.

Así entonces, para mí, tu carta se lee en lo esencial como una renuncia a tu disponibilidad de preguntar seriamente y ser curioso –frente a Bert y también frente a aquellos que asienten conmovidos con la cabeza cuando él habla. Qué pena, porque

eres precisamente tú quien es conocido por animarse a diálogos que van más allá de los límites de una estricta subordinación institucional y de aprendizajes puros y mal comprendidos.

Considero que es realmente exagerada la importancia que te atribuyes a ti mismo cuando le dices a Bert Hellinger: "Podrías haber hecho que la psicoterapia como un todo avance algo más. Pero tu evolución se fue dando de otra manera". ¿Cómo quieres tú como coetáneo (más joven) hacer una declaración acerca de la "psicoterapia como un todo?". Estás implicado totalmente con ella y pretender tener una metaperspectiva, una perspectiva que, si se llegara a dar en la tierra, quizás en cien años alguna vez, compete a un gran espíritu —al menos uno más grande de lo que nosotros dos juntos podemos ser hoy día.

Cuando hablamos por teléfono decías que considerabas a Hellinger no fascista en su hacer y decir. Sin embargo, tu carta abierta puede ser comprendida de manera totalmente diferente, como lo demostré —tal vez no con un razonamiento adecuado desde tu mirada pero sí a través de la vehemencia de mi reacción a tu carta abierta que se manifestó claramente en estas líneas. Tal vez sería adecuada una segunda carta abierta tuya a Bert —o tal vez una invitación a una correspondencia abierta.

Con la esperanza de que nuestra relación aguante esta disputa (después de todo en 1977 ya nos agarramos apasionadamente y luego volvimos a reconciliarnos).

Thies /Coetáneo -y también implicado.

También la psicoterapeuta judía Yasmin Guy, quien había organizado mi seminario en Tel Aviv junto con su marido, declaró en una carta a la ARD que tengo ante mí: "Todos nosotros de parte de Bert Hellinger siempre hemos sentido y experimentado sólo respeto y una profunda conexión con el destino judío. Claramente calificó a los perpetradores como asesinos y a Hitler como al perpetrador detrás de los perpetradores. Jamás hubo ni la más mínima duda de su modo de pensar y la confianza que cientos de judíos en y fuera de Israel le regalaron lo demuestran. Quizás sea la peor y al mismo la más cínica forma de antisemitismo burlarse de esa confianza haciendo ahora de Bert un admirador de Hitler como si los judíos que trabajaron con Bert no se hubieran dado cuenta o fueran incapaces de percibir que se entregaban

en las manos de una persona que despreciaba a los judíos. La campaña de persecución contra Bert Hellinger nos dejó sin habla durante largo tiempo, pensamos que el silencio y la no reacción eran la repuesta adecuada al desprestigio hacia el trabajo de Bert".

Sé que una serie de facilitadores de Constelaciones Familiares se dirigieron a los organismos de prensa a través de cartas de lectores quejándose acerca de los informes con respecto a mi persona. Pero todo aquello que me colocaba en el lugar correcto y también en un buen lugar no fue tenido en cuenta. Caso contrario uno debería haber reconocido un error. En lugar de eso se continuó como hasta ese momento.

Eso también fue el caso de Arist von Schlippe. En un próximo paso, publicó el siguiente escrito de posicionamiento:

"Declaración de Potsdam de la Asociación Sistémica con relación al trabajo sistémico con Constelaciones"

El trabajo con representaciones escénicas y Constelaciones tiene una larga tradición en la terapia familiar y la terapia sistémica. Tiene sus raíces, entre otras, en técnicas terapéuticas tal como fueron desarrolladas en el trabajo de esculturas familiares o en el psicodrama. En la forma practicada por Bert Hellinger se hizo conocida en círculos más grandes que anteriormente. Al hacerlo, lamentablemente Hellinger se fue alejando cada vez más del trabajo sistémico original. Sigue siendo mérito de Hellinger haber contribuido a solidificar el trabajo con Constelaciones. Sobre todo en lo que se refiere a la posible solución de dinámicas de implicaciones, ha desarrollado formas de proceder nuevas e innovadoras. Sin embargo, hoy vemos que ha llegado el momento de considerar explícitamente como incompatibles con premisas fundamentales de la terapia sistémica, no solamente partes esenciales de la práctica de Bert Hellinger –y muchos de sus seguidores– sino también muchas de sus declaraciones y formas de proceder, tales como:

- *el descuido de la declaración del pedido y orientación del asunto.*
- *el empleo de descripciones mistificadoras y auto inmunizadoras ("algo más grande", "ser tomado al servicio" y otras).*

- *el empleo ilimitado de formulaciones generalizadoras e interpretaciones dogmáticas ("siempre que", "efecto difícil", "castigado con la muerte", "el único camino", "la justicia incurre" y otras).*
- *la aplicación de intervenciones potencialmente humillantes y rituales de sometimiento.*
- *la conexión supuestamente forzosa de intervenciones con determinadas formas de miradas relativas a personas y al mundo (por ejemplo con relación a cuestiones de género, paternidad, binacionalidad, entre otros).*
- *la idea de poder disponer de una verdad en la que una persona participa más que otra. Esto lleva a la aplicación de formas de descripción absolutistas e implica que no se procura encontrar una relación de cooperación entre socios.*

En contraposición a eso, nos referimos a muchos ejemplos y diferenciaciones de trabajos con Constelaciones que se llevan a cabo en el marco de una comprensión terapéutica sistémico-constructivista y ante el trasfondo de una relación terapéutica sólida y responsable. Entendemos a éstos como intentos constructivos de continuar desarrollando esta herramienta terapéutica ya comprobada y también a someterla a cada vez más revisiones científicas. En ese sentido también nos defendemos ante una crítica indiferenciada de esta forma de práctica. El trabajo con Constelaciones "más allá de Hellinger" debería seguir desarrollándose como instrumento terapéutico, pero la estrecha conexión con su nombre no puede seguir sosteniéndose hoy día.

Julio de 2004

También aquí se apuntaba nuevamente a una supuesta intención mía de pertenencia de mi trabajo a la terapia familiar sistémica, pero que no se daba. Mucho más de cien psicoterapeutas firmaron la Declaración de Potsdam, muchos de ellos practicaban mis Constelaciones Familiares. De esa forma aquí se demostró, de manera especialmente impactante, el efecto de la conciencia personal que yo describí y que busca mantener la pertenencia al propio grupo a cualquier precio.

Yo mismo no formulé declaraciones con respecto a todas las acusaciones y manifestaciones. Mi mujer Sophie me instaba a avanzar mediante la justicia. Pero en ese entonces no quería hacerlo. Hoy, después de haber podido observar los efectos de esa campaña de desprestigio durante años, ciertamente lo veo distinto. Ni bien alguien se manifiesta acerca de mí de esa manera, entrego el asunto a mis abogados y les permito iniciar los pasos jurídicos correspondientes –eso sucedió en 2018 cuando en un libro para psicoterapeutas no sólo se escribió sobre mí en la forma acostumbrada, sino que en una misma página, dos veces, fui declarado muerto. Eso demuestra la calidad del contenido de declaraciones de ese tipo.

En ese momento sólo publiqué una opinión de un tipo totalmente distinto. La denominé:

LOS ENEMIGOS

¿Cómo tratar a los enemigos, tanto a los de poca monta como a los de gran calibre?

Sean cuales fueran sus intenciones, lo primero es respetarlos. No sabemos al servicio de qué o quién están. Por eso, respeto el esfuerzo que hacen cuando hablan, escriben o actúan, y respeto su preocupación por mí, por otros y por el gran conjunto. Reconozco que con ello sirven al gran conjunto y, dentro de él, también a mí y a muchos otros. Pues sin resistencia exterior no puede desarrollarse ningún ente vivo ni tampoco nada humano de importancia. Sólo por la resistencia exterior puede ir diferenciándose, insertarse en algo más grande y alcanzar, en los límites establecidos externamente, su verdadera fuerza y la comprensión de lo realmente posible. Porque lo que no puede seguir expandiéndose tiene que condensarse. En lugar de ganar en altura y amplitud, adquiere mayor profundidad.

Lo segundo es que mis enemigos, al oponérseme, a menudo encuentran más fácilmente lo suyo. Así fomentan el conjunto más de lo que harían si me corroboraran o incluso siguiesen negando lo suyo propio. Pues es lo específicamente propio lo que hace que el individuo

preste su aportación singular al conjunto. Para quien haya encontrado ese punto, la enemistad terminará en el transcurso del tiempo, pues lo propio de los otros ya no le supondrá un peligro, ni él tendrá el afán de romperlo o torcerlo a su imagen y semejanza.

Quien ha encontrado lo suyo está serenamente unido a todo lo demás y es tolerante frente a la enemistad ajena. Espera hasta que esa enemistad se resuelva en la relación con lo específicamente propio. Sin embargo, también cabe señalar que algunos descuidan o confunden lo suyo, a causa de su enemistad hacia los demás.

En tercer lugar, la enemistad suele necesitar de compañeros. Gana fuerza con la cantidad y la lealtad de quienes en ella se alían contra algo. No obstante, de esta manera fortalecen también el séquito de aquellos a quienes se enfrentan. Si el séquito se resquebraja, se pierde también la fuerza, tanto la propia como la ajena. Sin séquito, los adalides de los dos bandos tienen que valerse por sí mismos. Sólo entonces se pone de manifiesto dónde está la fuerza mayor.

¿En qué se puede detectar la fuerza mayor? Se muestra en lo que dura. Pues sólo lo que dura fue y es esencial.

Bert Hellinger, *Pensamientos en el camino*, pág. 79.

La campaña de injurias que se llevaba a cabo en mi contra, en varios niveles de contenido, tuvo efectos devastadores en mi trabajo en Alemania. Las escuelas públicas secundarias y otras instituciones que ofrecían Constelaciones Familiares según Hellinger las quitaron de su programa. A los facilitadores se les informó que ya no se deseaba que se desarrollaran Constelaciones según Hellinger. ¿Qué hicieron muchos facilitadores como consecuencia? Continuaron con el trabajo, sólo que bajo otra denominación. También la Asociación Alemana para Terapia Sistémica, Asesoramiento y Terapia Familiar (*DGSF*) se alejó de mí cada vez más y en febrero de 2003, en una declaración con respecto al tema Constelaciones Familiares, manifestó: “La Comisión Directiva de la *DGSF*, por ese motivo, desea por parte de los terapeutas y asesores sistémicos, un tratamiento sistémico crítico que no respete los procedimientos y actitudes de Bert y espera de

los renombrados facilitadores de Constelaciones Familiares la capacidad de emanciparse de Bert Hellinger".

También por parte de los miembros de la Asociación Alemana de Constelaciones Sistémicas *(DGFS)* fundada en 2004, de la cual yo no participaba, no vi ni escuché más nada en lo sucesivo. Y eso que la *DGFS* había surgido de la Asociación Internacional de Soluciones Sistémicas según Bert Hellinger *(IAG)* que yo había iniciado en 1996. Pero es inútil tratar de encontrar mi nombre en la descripción de las tareas de la *DGFS*.

Fue dramática la caída de mi reputación en gran parte de la población de Alemania. Incluso llegó a tal punto que el alcalde de Bischofswiesen me advirtió: "Si eso sigue así, ya pronto nadie de aquí le venderá siquiera un pan". La información negativa en los medios había logrado que las Constelaciones Familiares según Hellinger y también mi persona fueran consideradas con el mayor escepticismo y a menudo también con rechazo. Como consecuencia mi trabajo en Alemania llegó a casi sucumbir, si bien alrededor de 2000 terapeutas ofrecen las Constelaciones Familiares que yo había desarrollado –evitaron mi nombre.

Por lo tanto, decidí desarrollar mi actividad en el extranjero. ¿Quiénes fueron los que más me ayudaron y posibilitaron amplios contactos? Fueron exclusivamente mis amigos judíos, como por ejemplo el empresario neoyorkino Peter Scott y muchos que compartían la mirada. Esto para cerrar la aseveración que yo era un simpatizante de los nacionalsocialistas.

Las Nuevas Constelaciones Familiares

Partiendo de mis experiencias y comprensiones con respecto a la reconciliación de víctimas y perpetradores en las Constelaciones Familiares, junto con mi mujer Sophie, desarrollé las llamadas Nuevas Constelaciones. Para mí comenzó con que en el año 2008 había participado más de seis veces de los seminarios energéticos *Cosmic Power* de mi mujer. Para mí, aquí se abrió una nueva dimensión.

Pero antes de entrar en detalles, diré algo más acerca de lo que yo denomino "el espíritu". Hablo de él en el sentido de una fuerza superior que debe ser considerada como origen de todo. Este espíritu también se manifiesta en los movimientos de nuestro cuerpo y nuestra alma. Eso se demuestra en el fenómeno de que en una Constelación Familiar, los representantes repentinamente sienten como las personas que representan sin saber nada de ellas.

¿Qué es lo nuevo en las Nuevas Constelaciones Familiares? A diferencia de las Constelaciones Familiares tradicionales, a los representantes se les pregunta sólo rara vez cómo se sienten. En lugar de toda la familia, muchas veces se configura sólo un representante del consultante. Ahí es importante que ese representante –sin saber nada del representado– se entregue solamente al movimiento interno tal como lo toma desde adentro y desde afuera. Ya tampoco hay preguntas con relación a sentimientos, expectativas y miedos. La Constelación no es guiada en dirección a un objetivo que fija el consultante y a cuyo servicio se entrega el coordinador de la Constelación, todo es confiado a los movimientos tal como surgen en el representante, más allá de las ideas de problema y solución y más allá de psicoterapia en el sentido habitual.

Repentinamente sale a la luz lo que sucede efectivamente en los representantes cuando sienten la experiencia de ser movidos por otra fuerza. Se experimentan como un médium del cual otra fuerza se adueña y guía. También el coordinador de la Constelación sigue esos movimientos, permite ser tomado y guiado por ellos.

Doy un ejemplo al respecto: cuando el representante del consultante se entrega a los movimientos del espíritu, a veces y sin poder evitarlo, mira al suelo. Por la experiencia de muchas Constelaciones sabemos lo que eso significa. Ese representante está mirando a un muerto. Incluso más: se siente atraído por un muerto. Eso significa, para decirlo claramente: el consultante quiere morir. De esa manera sale a la luz el verdadero movimiento del que se trata con ese consultante.

El facilitador interviene en sintonía con ese movimiento. Elige un representante para ese muerto y le pide recostarse boca arriba en el suelo delante del primer representante. También ese representante se entrega al movimiento interno. De repente sale a la luz otra cosa, algo inesperado. El representante del muerto gira en la dirección opuesta al primer representante. Eso significa: en lugar de mirar al representante del consultante mira a otra persona. Nuevamente sale a la luz algo inesperado, sin que se diga ni una palabra. No es el consultante quien se siente atraído por ese muerto, sino otra persona. Por lo tanto el facilitador elige otro representante y lo ubica en la línea de mirada del muerto. Repentinamente giran para mirarse entre ellos y el representante respira aliviado.

¿Qué se muestra aquí? El consultante quiere morir en lugar de otra persona. Podemos imaginarnos qué alivio debe ser para él cuando repentinamente comprende que aquí se trata de una transferencia. De esta manera las Constelaciones que se realizan caminando con el espíritu van mucho más allá de los límites anteriores de una Constelación Familiar.

Evidentemente, en el caso de las Nuevas Constelaciones Familiares, los representantes y el facilitador son tomados y guiados por otra fuerza. Así, más allá de todas las separaciones, son unidos aquellos que antes estaban desconectados y separados. Esa fuerza es una fuerza de amor

que hace desaparecer todas las separaciones. ¿Qué significa eso en particular? Las diferenciaciones entre bien y mal o pertenecientes o excluidos que para nosotros a menudo se encuentran en un primer plano, ya no son válidas. Aquello que nosotros esperábamos de la psicoterapia pasa al fondo y así también todo lo que queríamos lograr con nuestra buena conciencia y voluntad.

Todo esto sucede independientemente de nuestras ideas habituales y nuestro pensamiento habitual. En las Nuevas Constelaciones Familiares tiene lugar delante de nuestros ojos, sin intervenciones de afuera, como una revelación que queda clara para todos, precisamente la intervención de otra fuerza, una fuerza espiritual. Los representantes y el facilitador se comportan como médium que tienen un efecto a través de otras fuerzas. Éstas llevan a soluciones que hasta ahora nos eran negadas.

Además de la conciencia personal y la conciencia colectiva, aquí entra en juego un tercer tipo de conciencia. Yo la denominé “conciencia espiritual”. En ella, el espíritu creador une lo que estaba separado en un nivel más elevado porque allí no hay rechazo ni exclusión. El individuo crece más allá de su conciencia personal. Reconoce la conciencia de otro grupo como equivalente a la conciencia de su propio grupo. Los movimientos del espíritu contemplan a todos con amor y benevolencia en la misma medida. Las diferenciaciones de bien y mal, mejor y peor están superadas. Al mismo tiempo la conciencia espiritual vela por no menospreciar los límites de la conciencia colectiva. Porque contempla a todos por igual.

Experimentamos una mala conciencia espiritual como bloqueo, como inquietud interna y falta de fuerza. Este caso se da cuando excluimos a alguien de nuestra mirada y nuestra benevolencia. Entonces ya no estamos en sintonía con el movimiento del espíritu y nos sentimos abandonados, internamente vacíos y expuestos a una insensatez amenazante. Pero este efecto de la mala conciencia espiritual nos lleva nuevamente a la sintonía con los movimientos del espíritu. Volvemos a estar tranquilos en el amor y la contemplación hacia todo tal como es.

Describí el efecto de la conciencia espiritual en una historia.

El hilo rojo

La imagen del hilo rojo se remonta a Ariadna, quien a Teseo le entregó un hilo rojo largo para que cuando entrara al laberinto, donde debía enfrentar al minotauro y matarlo, pudiera encontrar la salida de regreso a la luz.

De la misma manera también a nosotros, en nuestra vida, nos es entregado en mano un hilo rojo. Donde sea que estemos en riesgo de apartarnos del sendero correcto, con su ayuda volvemos a encontrar el camino desde la oscuridad a la claridad.

Esa es una imagen sencilla. En realidad en cada mano tenemos un hilo rojo. En la mano derecha tenemos un hilo rojo grueso. En la mano izquierda uno fino, de manera que nuestros dedos lo pueden sentir sólo con dificultad.

El hilo grueso de la derecha se acaba luego de un tiempo. Si bien nuestro camino continúa, llegamos a un final con él. Lo empleamos para ir regresando hacia allí de donde habíamos comenzado el camino.

Tal vez más adelante intentamos una segunda vez y más tarde una tercera o cuarta vez. Siempre con el mismo resultado. Este hilo rojo no nos alcanza para avanzar. Si confiamos en él, pasamos nuestra vida en un continuo ir y venir, sin encontrar la otra salida. Ella se encuentra más adelante, del otro lado, y lleva a otra claridad y amplitud.

Cuando con el hilo rojo grueso llegamos a un final, tal vez recordemos el hilo rojo fino, para nosotros hasta ahora apenas perceptible y que no nos brinda un sostén sólido.

La pregunta es: ¿Nos atrevemos a confiar en él? ¿Nos atrevemos a soltar el hilo rojo grueso de la mano y seguir el hilo rojo fino en el laberinto de nuestra vida?

Mientras tanto, tal vez nos cuestionemos: ¿Quién o qué es este hilo rojo grueso, fuerte pero demasiado corto? ¿Y quién o qué es este hilo fino pero largo que nos muestra la otra salida y nos lleva a otra claridad?

El hilo rojo grueso, en el que creemos poder confiar sin esfuerzo, es nuestra buena conciencia. Sólo durante un tiempo nos lleva adelante en el laberinto de nuestra vida. Al final nos lleva, en lugar de avanzar, de

regreso al punto de partida. ¿Por qué? Porque con su ayuda continuamente diferenciamos entre bien y mal y de esa manera nuestro amor pronto llega a su fin. La claridad de lo así llamado malo nos hace aparecer en otra luz, quedando todo a oscuras para aquellos que confían en su buena conciencia. Continuamente regresan al mismo punto de salida, allí se orientan brevemente, encuentran que todo está en orden y comienzan una vez más con el mismo juego.

Ahora tal vez quisiéramos saber hacia dónde nos lleva el hilo rojo fino. ¿Cómo lo sentimos en nuestra mano izquierda?

Lo sentimos relacionado y con amor hacia todo tal como es, relacionado y mirando a lo bueno y a lo malo en igual medida, más allá de nuestra inocencia y culpa. Con ese hilo rojo en la mano izquierda nos detenemos continuamente. Nos aseguramos de que aún lo estamos siguiendo, si lo sentimos aún en nuestra mano izquierda. Recién entonces continuamos tanteando hacia adelante, siguiéndolo.

¿Cómo reconocemos que aún lo tenemos en nuestra mano, que la conexión con él perdura?

Lo sentimos en nuestra profunda paz, más allá de la prisa. En lugar de ir por nuestros propios medios, nos percibimos conducidos suavemente, hasta que después de un largo tiempo, a lo lejos vemos la salida del laberinto como una luz, con su ayuda, casi en la meta.

Una vez llegados al fin de nuestro laberinto nos parece que todo, tal como es, se encuentra en una luz suave. Los opuestos desaparecen. De una manera serena sabemos que somos uno con todo tal como es. ¿Cómo? Con un amor que abarca todo, conducidos y acompañados por el amor de nuestro origen, para siempre uno con todo.

Cuando reconocemos los límites de nuestra conciencia personal y los superamos en sintonía con los movimientos del espíritu y con la ayuda de la conciencia espiritual, las Nuevas Constelaciones, incluso, se convierten en un camino para avanzar más allá de los límites entre pueblos. Llevamos a que se una aquello que antes estaba enfrentado. Por ejemplo, cuando pueblos que antes se enfrentaban en una guerra lloran juntos por los muertos de ambos lados. Cuando por encima de las tumbas se estrechan la mano

y colaboran en aprecio mutuo para el bienestar de todos. También aquí a través de las Nuevas Constelaciones Familiares sale a la luz aquello que se opone a ese futuro en común y cómo esos obstáculos pueden ser superados. También aquí la paz comienza en las almas cuando ambos lados juntos permanecen abajo sin elevarse por encima del otro y sin sostener reproches. En ese proceso son incluidos todos los participantes de un seminario y son incorporados a ese movimiento de paz y de reconciliación. Es un movimiento que va más allá de la familia de un individuo y que lleva a los participantes a una dinámica que no es posible expresar en palabras, que está más allá de lo imaginable. Incluso más: después hay muchos que ya no necesitan una Constelación propia.

Las Nuevas Constelaciones Familiares probaron ser útiles y pioneras en el ámbito público de las profesiones y empresas. Sobre todo porque su alcance va muy atrás en el pasado. Saca a la luz razones ocultas para el éxito y el fracaso y posibilita cambios decisivos. "Pasado" aquí significa que también aquellos ancestros de quienes no sabemos nada, porque vivieron mucho antes que nosotros y los acontecimientos que habían quedado sin solución, aparecen en las Nuevas Constelaciones Familiares. Así, de repente, tomamos consciencia de que nuestros ancestros siguen vivos en nosotros y que a través de nosotros y con nosotros buscan ponerle fin a algo que a ellos y a nosotros nos impide tomar el regalo de la paz. Los detalles siguen ocultos. Sin embargo, los movimientos esenciales –por ejemplo aquellos que reconcilian a víctimas y perpetradores– se pueden experimentar y llegan a su fin.

A veces así se pone de manifiesto que la elección de nuestra profesión estaba al servicio de esa reconciliación. Después de una Constelación en la que se tienen en consideración los ancestros, nuestras posibilidades se amplían enormemente. También puede suceder que nuestra vida y nuestra profesión tomen otra dirección y nuestras habilidades, hasta ese momento retenidas, resulten aprovechadas plenamente.

Todo continúa

Siempre dije: "Aquello que tiene un efecto, se impone". Así fue también con la Constelación Familiar —a pesar de todos los hostigamientos.

En el año 2005 englobé todos los ámbitos de las Constelaciones Familiares bajo el concepto "Hellinger Sciencia". Se trata de una ciencia universal acerca de las relaciones en todos los ámbitos de la vida. Se aplica en la práctica, no sólo en la ayuda de vida sino también en la medicina, la pedagogía, el asesoramiento de empresas y la justicia.

En el ámbito de la pedagogía es líder en el espacio educativo y de formación del CUDEC, cerca de la ciudad de México, bajo la dirección de Alfonso Malpica Cárdenas como presidente y director junto con su mujer, la señora Angélica Malpica. Pertenecen a esa entidad el jardín de infantes y todos los niveles escolares hasta la universidad que figura entre las líderes del país. En todos los ámbitos se aplica y se enseña la pedagogía Hellinger. Para los padres cuyos hijos acuden a esa entidad educativa, rige la obligación de visitar mensualmente encuentros en los que son incluidos en la pedagogía aplicada.

Esta pedagogía sistémica muestra a qué razones obedecen problemas como por ejemplo dificultades de concentración, hiperactividad, dislexia pero también depresiones, psicosis, así como consumo de drogas y alcohol por parte de los alumnos. Las soluciones para ese tipo de problemas se encuentran en la historia familiar de los estudiantes. Porque en las Constelaciones se muestra con cuánto amor los hijos están enlazados con su sistema familiar y cómo la lealtad hacia un miembro de la familia puede influenciar la actitud de un alumno hacia el aprendizaje.

Ningún niño es difícil. El sistema es difícil, hay algo en su familia que está desordenado. El principal desorden en una familia es que alguien haya sido excluido u olvidado. ¿Qué hace entonces un niño difícil? Mira a aquellos que están excluidos. Ni bien éstos son incluidos nuevamente en la mirada, el niño está aliviado.

Así observé, por ejemplo, que los llamados "no para nunca", esos niños inquietos, miran a un muerto a quien la familia no mira. Por ese motivo siempre vuelvo a decir una frase que sorprende a muchos: "Todos los hijos son buenos". Que son buenos puede mostrarse en una Constelación Familiar. A esa frase le agregué algo más: "Sus padres también –como hijos".

Cuando hijos, los padres también a menudo miraban a alguien. En especial aquellos padres que nosotros consideramos difíciles, son hijos que miran a una persona excluida. Muchas veces no están disponibles para sus hijos, precisamente porque miran a esa persona.

Entonces, ¿qué es lo importante finalmente? Que aquellos a quienes se les negó el lugar, lo recuperen. Así todos respiran aliviados.

Doy un ejemplo: una vez me visitó un maestro que se ocupaba de niños difíciles amenazados de tener que retirarse de la escuela. Con mucho amor y éxito se esforzaba por su integración. Un día me llamó y dijo: "Mi hijo más pequeño es tan agresivo que se le amenazó con echarlo de la escuela. ¿Qué debo hacer?".

Aquí se ve que incluso alguien que tiene mucha experiencia y ha promovido mucho bien puede estar entregado al destino. Pero no a su destino sino al destino de otros de la familia. Le dije al hombre que participara de uno de mis cursos con toda su familia. Vino con su mujer y sus dos hijos. El hijo agresivo era el más pequeño, de aproximadamente catorce años. De mi época como maestro en Sudáfrica sabía cómo debía tratarlo. Yo conocía su lado bueno.

Durante el curso, la familia se sentó a mi lado. Cuando miré para allí me di cuenta de inmediato que la madre quería morir. Por ese motivo el hijo era agresivo. Le dije a ella: "Cuando te miro veo que quieres morir". Ella respondió: "Sí, así es".

¿Pero, por qué quería morir? Naturalmente porque era una buena hija. No me dediqué directamente al problema sino que al comienzo configuré a su madre. De inmediato miró al suelo, es decir a un muerto. Le pregunté a la mujer "¿A quién mira tu madre? Ella quiere ir con un muerto". Respondió: "Mi madre tenía un amigo a quien amaba mucho. Falleció en un accidente automovilístico". Luego coloqué a un representante para ese amigo en ese lugar. Se veía que había un gran amor entre ella y el muerto. Ella se sentía atraída hacia allí. Fue a él y ambos se abrazaron. Luego el muerto cerró los ojos y estaba tranquilo. La madre de la mujer retornó a su lugar y respiró profundamente.

Luego ubiqué a la mujer delante de su madre y pedí a la madre que le dijera: "Ahora me quedo". La mujer estaba muy feliz y las dos se abrazaron. Quedaba claro que antes quería morir en lugar de su madre. Después apoyó su espalda en su madre y estaba radiante. Ubiqué al hijo delante de ella y le indiqué a ella que le dijera: "Ahora me quedo y me pongo contenta si tú te quedas". El hijo se iba derritiendo de amor y se acurrucó junto a su madre. Con eso todo estaba en orden. De repente él era un hijo bueno.

Los hijos difíciles son los del amor más grande. Sólo que muchas veces no sabemos dónde miran.

Por eso, en las Constelaciones también se manifiesta que un maestro pierde fuerza si mira únicamente la problemática del alumno. Pero cuando mira al alumno y detrás de éste mira a los padres, cuando respeta la historia familiar de ellos y las condiciones en las cuales ese niño se cría, está en sintonía con el destino del niño y su familia. Al mismo tiempo, él puede sentir y respetar a sus propios padres a sus espaldas. Así también está en conexión con su fuerza. De esa manera el maestro puede permanecer junto a su propia tarea y ganar la confianza necesaria de parte de los padres. Sólo de esa manera logrará enseñar a los niños. Deja al niño y a sus padres en su dignidad y ocupa el lugar que le corresponde como aquel que enseña.

Pero la pedagogía Hellinger también requiere que la escuela sea llevada adelante de manera sistémico-fenomenológica. Así un director siempre

debería permitirles la palabra a todos los colegas como para luego tomar una decisión adecuada para todos.

También se manifiesta que la unión entre los maestros y el nivel jerárquico siguiente, los directores, es importante. Cuando un maestro trabaja en contra del director, para la escuela es insufrible. Lo mismo vale cuando un maestro forma una alianza con alumnos en contra de otro maestro.

El cuerpo docente es un sistema que está sometido a determinados órdenes. Primero está el director, luego los maestros que son todos equivalentes entre sí. Sin embargo, aquí hay una diferenciación: aquel que llegó a la escuela primero como maestro, tiene prioridad ante aquellos que se agregaron más adelante. Los maestros nuevos que ingresan, a menudo quieren demostrar a los antiguos cómo se deben hacer las cosas y ahí ya se asoma una cuestión. Es importante reconocer las capacidades y competencias de los demás ya que en eso todos son diferentes. Cuando se ve que cada uno es bueno a su manera y que cada uno enseña de acuerdo a su estilo especial, puede haber armonía entre todos.

Para evitar el temido síndrome del *burn-out* (síndrome del quemado) el maestro debe ocupar el lugar que le corresponde. Primero siempre están los padres, luego los alumnos y recién a lo último el maestro. El lugar de más abajo para él es el más seguro. Allí tiene la mayor fuerza. Sólo así está dado el fundamento necesario para la enseñanza. De esa manera el maestro ya no se siente solo, comparte la carga, puede dar un paso atrás y continuar su trabajo con alegría. Porque el respeto mutuo es la base de una buena educación.

Las Constelaciones Familiares según Hellinger obtuvieron un reconocimiento especial en el año 2006. Desde entonces la *Hellingerschule* (Escuela Hellinger) es miembro asociado de la Universidad Europea Jean Monnet en Bruselas. Mediante la cooperación con la *Hellingerschule*, se creó la posibilidad de formarse como facilitador diplomado. Ese mismo año la *Hellingerschule* también fue reconocida por parte del gobierno de Alta Bavaria como medida escolar y formación en el ámbito de la educación para adultos.

También en el ámbito de la salud, el efecto de las Constelaciones Familiares en enfermedades, recibió gran atención. Así, en marzo de 2018, las Constelaciones Familiares según Hellinger fueron reconocidas oficialmente como práctica integradora y complementaria de la salud por parte del Ministerio de Salud del Brasil e integrada a nivel nacional al Ámbito Unificado de Salud (*SUS*).

Asimismo, Brasil es el país en el que las Constelaciones Familiares fueron aprovechadas por primera vez por la justicia. Así, con su ayuda, en los seminarios de la Corte Judicial, se pudo alcanzar una cuota de conciliación de cerca del ciento por ciento. Teniendo en cuenta el gran interés de esta temática, en junio de 2018 tuvo lugar el "Primer Congreso Internacional Hellinger para el ámbito judicial" en San Pablo con alrededor de 2000 participantes.

Hasta el día de hoy, se enseñan las Constelaciones Familiares a nivel internacional y son presentadas y practicadas en seminarios por mi mujer Sophie y yo. Sobre todo en China, se ha desarrollado y convertido en un movimiento impresionante que lleva a miles de personas interesadas a nuestros encuentros. Por ese motivo, sobre todo Sophie, a veces también acompañada por mí, viaja regularmente a ese país a dar cursos.

Pero también en Alemania, las Constelaciones Familiares siguen teniendo un lugar, si bien a raíz de los hostigamientos del pasado, en una medida menor que en el extranjero. Así, aparte de varios cursos, anualmente tienen lugar en octubre, en Bad Reichenhall, los Días Internacionales Hellinger en siete idiomas con aproximadamente mil participantes de cuarenta y cinco a cincuenta y cinco naciones.

Pero en el pasado reciente también tuve que sufrir reveses. En el año 2013 una gripe infecciosa terminó en una fuerte infección renal que afectó mi corazón y que casi me llevó a la insuficiencia renal. Estuve internado en la clínica tres semanas, durante dos de las cuales luché con la muerte. Nuestra buena amiga Christina Niederkofler, directora de la *Hellingerschule* en Italia, se acercó de inmediato para estar a mi lado con mi mujer en esos tiempos difíciles. Como apoyo de los médicos en la clínica, mi mujer mandó traer un

especialista en el ámbito de la nefrología desde Sudamérica. Cuando pude retornar a casa, Sophie llamó a varios médicos de China para el cuidado posterior; ellos me trataron con los métodos de la medicina tradicional china. Así me pude recuperar con sorprendente rapidez.

Un día de destino especial fue el 26 de septiembre de 2016. No muy lejos de nuestra casa, con mi automóvil, me salí de la calle y a toda velocidad di contra un muro. Con el esternón fracturado, varias fracturas de costillas, entre ellas una costilla que había causado una hemorragia en el pericardio, pasé varios días en la unidad de cuidados intensivos. Nuevamente Sophie, hizo venir adicionalmente a médicos de China y nuevamente también vino Christina Niederkofler. Después de mi estadía en la clínica, me pasaron al departamento de rehabilitación. Pero allí aguanté sólo tres días. Todo era tan estrecho y aburrido, además no me gustaba la comida. Pero mi deseo de ser dado de alta antes de tiempo fue denegado. Por ese motivo yo mismo, simplemente, pedí un taxi y le indiqué que me llevara a casa. Después de todo yo ya podía caminar otra vez. Sophie no podía creer cuando de repente me vio en bata delante de la puerta. Pero nuevamente tuve suerte: había superado bien el accidente.

A principios del año 2018 transferí todas las actividades a mi mujer Sophie. Forman parte la *Hellingerschule*, así como mi editorial *Hellinger Publications* que fundé en 2006 y en la que desde entonces fueron publicados la mayoría de mis libros pero también algunos de otros autores. Sentí que por el avance de la edad mi fuerza iba mermando lentamente. Desde algún tiempo, por lo tanto, se da que sigo a mi mujer Sophie, no sólo en la organización de nuestras múltiples tareas sino también en el desarrollo continuado de las Constelaciones Familiares. A eso pertenece, por ejemplo, su comprensión de la conexión entre la epigenética, que en estos momentos probablemente sea el ámbito de investigación de la biología más interesante, y las Constelaciones Familiares. Mientras tanto, tampoco soy yo quien se muestra en público mediante las publicaciones de libros sino que mi mujer Sophie ha encarado esa tarea. Así también esta autobiografía podría ser considerada mi última obra abarcativa.

¿Qué significa "Atiende tu casa"? Significa que la atiendes de forma que te puedes ir sin que haya alguien que de ti aún espere algo. Significa que la atiendes de forma tal que algo después de ti puede y debe continuar porque a través tuyo también fue regalada a otros, puede seguir existiendo para ellos. Es decir, atiende tu casa de una manera que ese regalo para otros siga manteniéndose como un regalo, sin que sea necesario que te sigas ocupando de él.

Es decir que "Atiende tu casa" también significa que algo puede continuar sin ti de una manera que a nadie complica y que permita a personas el espacio libre como para hacerse cargo de algo tuyo y continuarlo, de manera que puedan tomar y continuarlo también como algo propio, en sintonía con aquello que a ellos también les fue regalado y encargado.

La casa que está atendida sigue habitada, también es nuevamente habitada. Subsiste porque es atendida, porque es atendida con amor, porque es atendida con orientación hacia el futuro, atendida al servicio de la vida y el amor. Para lo nuevo que debe venir está atendida y preparada.

Cuando miro atrás a mi vida, me lleno de una profunda alegría. La pude aprovechar con disfrute en toda su plenitud. A través de mi Constelación Familiar, pude ayudar a millones de personas en todo el mundo. Ante esa gracia me inclino con profunda humildad. Y también ante la fuerza que me fue regalada para escribir más de cien libros que fueron traducidos a treinta y siete idiomas. Así, mi trabajo recibió reconocimiento en numerosos homenajes, por ejemplo a través del nombramiento como ciudadano honorario de la Ciudad de México; el título de doctor honorario en la Universidad de Colombo en Sri Lanka, tanto como de la Universidad CUDEC en México. También estoy agradecido por eso.

También siento como una gran suerte que mi estado de salud me permita, a pesar de mi edad avanzada, poder seguir a mi mujer Sophie en la continuación del desarrollo de las Constelaciones Familiares. Aunque me vaya retirando más y más del ambiente público para poder concederme la tranquilidad necesaria, puedo así –dicho con una sonrisa– seguir conectado

con lo Nuevo siendo "el Viejo". Así cada día que aún me es concedido se transforma en un regalo.

Quien incluye su fin en la mirada, tiene tiempo. Quiere y planifica solamente aquello que su fin le permite. Por ese motivo se queda con lo cercano, con aquello que en el momento corresponde y cuyo fin es previsible. Luego mira al próximo instante. De esa manera mantiene la mirada abarcando aquello que para él, en estos momentos, es lo pendiente y lo posible.

Aún mi final no está aquí. Sólo se encuentra frente a mis ojos. Ante mis ojos está también el tiempo que aún me queda. Sobre todo ahí se dirige la mirada. De cara al final, el tiempo que me queda se me hace valioso y esencial. Lo lleno, lo completo en todo sentido. Para mí se convierte en un tiempo pleno. Sobre todo, durante este tiempo, no concibo planes más allá de la mirada de los límites que me fueron dados. Me quedo en lo cercano y lo próximo, pero ahí sí con toda la fuerza, sin desperdiciarla en algo secundario.

¿También ansío que se acerque el final? ¿Tengo permiso como para ansiar que llegue? ¿Qué sucede entonces con el tiempo que aún me es regalado? ¿Lo sigo teniendo? ¿Todavía lo tomo?

¿Qué sucede si el final que ansío y temo se sigue haciendo esperar? ¿Cuando finalmente llegue, será un final pleno, llegaré al final del tiempo completo, del tiempo completamente vivenciado?

Entonces miro al final sin ir hacia él. Viene solo. Pero no lo tengo, recién viene.

Es diferente con el tiempo que aún me queda. Lo tengo ahora, y lo tengo totalmente.

El futuro

¿Qué es lo que viene como último, antes de que llegue el final? ¿Es un dolor? ¿Es una idea luminosa? ¿Es un rebelarse? ¿Es una danza?

¿Lo último, se anuncia? ¿O está presente repentinamente? ¿Espera mucho tiempo o me toma de la mano en cuestión de segundos y detiene mi andar? Me entrego a él tal como me contacta y por el tiempo que se toma.

Lo espero, sin esperar. Mi mirada y mi deseo aún están cautivados por otra cosa que me toca directamente, por el momento, como si yo tuviera tiempo.

Sin embargo, quién o qué es eso último, en este tiempo para mí, sigue oculto hasta que esté presente. Se adelanta a todo aquello que le precedió.

¿Cuando eso último está aquí, estoy preparado? ¿O me sorprende?

No es necesario que eso último venga. Siempre está cerca mío, sin mostrarse. Es un escolta. Va conmigo donde yo vaya, manteniendo un brazo de distancia, sin tocarme. Cuando me toca comienza la transición, puede ser larga o sólo breve.

Cuando ya sé hace mucho tiempo acerca de lo último, cuando ya lo he ido vivenciando imaginariamente en muchas situaciones sin verle el rostro, en todo lo que hago nunca me alejo mucho de él. Estoy familiarizado con él.

¿Cómo transcurre entonces mi vida? Transcurre serenamente, con una paz centrada, sin importar con lo que me encuentre.

¿Participo menos de la vida plena? ¿O participo de ella de manera más abarcativa? ¿Participo de ella más serenamente, de manera más esencial, más amplia, más despierto, abierto a todo tal como venga? Desde un principio en todo también percibo su final, sin permitir que mi atención sea desviada de aquello que me espera. La tomo en su plenitud ahora.

Pero la tomo de manera temporal, como algo que pasará pronto. Tanto más liviano me siento. No hay nada que me tenga o me retenga. Precisamente así estoy presente completamente, abierto para todo lo que viene, también para lo último.

Hay algo más que me ayuda a encarar esto último con serenidad. La mirada más allá de eso, hacia una fuerza que guía todo tal como viene. Para ella existe siempre el comienzo, algo que lleva a continuar después de cada final.

¿Hacia dónde, eso queda oculto para mí? Pero ya en esta vida, me siento guiado por otras fuerzas en cada instante. Confío en que me llevarán más allá de lo último para mí a un nuevo comienzo, a otra plenitud, una que sobrepasa por mucho mi plenitud de ahora. En sintonía con ella estoy abierto para mi final en esta vida, sabiendo que me lleva a otro lugar, sin que pueda imaginarme hacia dónde.

La muerte siempre es oportuna, ya sea que no hay un lugar para nosotros en el mundo, ya sea que se cumplió nuestro tiempo y completamos aquello que nos habían encargado, ya sea que llegó el momento de hacer lugar para otros. Así, a través de la muerte, somos regresados al origen primario desde el cual surge la vida y en el cual vuelve a sumergirse.

El origen primario mismo se mantiene para nosotros por el plazo de toda una vida. En él, todo está fundamentado, todo lo que en la vida nos es posible y sucede y en él permanece guardado lo que sucede y luego acaba. Es decir que aquel que se vuelve a sumergir en el origen primario no puede perder nada, y aquel que vive más tiempo al final, comparado con aquellos que murieron temprano, no ganó más que ellos. Es decir que aquel que está enraizado en el origen primario, mientras está vivo es uno con el

comienzo y con el fin y de alguna manera es uno con aquellos que fueron, con aquellos que vendrán y con aquellos que están. Lo pasado y lo por venir se compactan en su vida, al igual que también en el origen primario descansa compactado, y permanece.

El origen primario, como comienzo y fin, obliga a aquellos que a su vida ahora consideran como única y superior, a recordar sus límites encaminándolos hasta esos límites a través del destino o enfermedad y de esa manera llevarlos a volver en sí con respecto al origen primario y lo que permanece. Entonces también la muerte es incluida en nuestra mirada sin asustarnos. Porque no la miramos a ella sino al origen primario a cuyo servicio ella está. Vivir y morir, entonces, es lo mismo porque en ambos casos estamos, por así decirlo, en sintonía con aquello que permanece.

Vivir de cara a la muerte es por lo tanto vivir de cara a la despedida. Pero esa despedida no es una pérdida, es anticipación de la plenitud a venir. Y permite futuro. También podríamos decir que nos regresa al comienzo, al igual que la muerte. Aquí todo eso es lo mismo.

Logramos esa despedida si al Todo, vida y muerte, venir e ir, perecer y permanecer, lo festejamos como una alabanza.

En lugar de un epílogo

En el transcurso de mi vida escribí numerosas historias. De alguna manera son historias meditativas. A los lectores o a los escuchas los llevan por un camino y si se entregan a su guía durante un tramo del camino, cumplen lo que cuentan aún mientras las están percibiendo. Al final de este libro quiero despedirme de Usted con esta historia.

La fiesta

Alguien se pone en camino y, al mirar hacia delante, distingue a lo lejos la casa que le pertenece. Sigue caminando hacia ella y al llegar, abre la puerta y entra en una habitación preparada para una fiesta.

Están invitados todos los que fueron importantes en su vida. Y todo el que viene trae algo, se queda un tiempo –y luego se va. Así como vienen los deseos o el dolor. Ellos traen algo, se quedan un poco –y luego se van. Igual que la vida, viene, nos trae algo, se queda un poco –y luego se va.

Así, pues, asiste cada cual con un regalo por el que ya pagó todo el precio: la madre, el padre, los hermanos, un abuelo, una abuela, el otro abuelo, la otra abuela, los tíos y las tías, todos los que hicieron sitio para él, todos los que lo cuidaron, incluso vecinos, amigos, maestros, parejas, hijos; todos los que tuvieron importancia en su vida y los que aún la tienen.

Después de la fiesta, la persona se encuentra colmada de regalos y sólo permanecen a su lado aquellos a quienes corresponde quedarse todavía un tiempo. Se acerca a la ventana y se asoma: ve otras casas, sabe que,

en su día, también celebrarán una fiesta a la que irá, llevará algo, se quedará un poco –y luego se irá.

También nosotros participamos aquí de una fiesta, trajimos algo y tomamos algo. Nos quedamos un tiempo, y nos vamos. ¿Cómo? Plenos y enriquecidos.

Bert Hellinger. *El centro se distingue por su levedad*, pág. 136.

Agradecimientos de Bert Hellinger y Hanne-Lore Heilmann

Nuestro agradecimiento especial se dirige a Bettina Traub, Directora de Programas de Ariston: no se da por descontado el entusiasmo y el compromiso con que Usted acompañó este libro. Siempre estuvo disponible como persona de contacto, siempre nos transmitió su interés personal con respecto a la vida y las comprensiones de Bert Hellinger.

Un agradecimiento muy especial a nuestra agente Lianne Kolf: junto con su equipo y de manera altamente profesional, ha solucionado todos los asuntos contractuales a nuestro favor. Siempre estuvo a disposición para consultas –incluso a la noche tarde, durante los fines de semana y en vacaciones. Con justa razón Usted es conocida como un cometa en el cielo estelar de los agentes de literatura alemanes.

Un gran agradecimiento va hacia nuestra correctora Dra. Diane Zilliges. Se ocupó del manuscrito con gran sensibilidad otorgándole brillo adicional en varios lugares.

Estamos especialmente agradecidos a Sophie Hellinger: incansable y en conexión con el tesoro de tus recuerdos, tu cooperación aportó al logro de este libro. A pesar de tus múltiples tareas, siempre nos consentiste. Con tus maravillosos dones culinarios te ocupaste de fortalecernos, con tu paciencia nos brindaste seguridad cuando repreguntábamos y con tu tranquilidad y serenidad nos regalaste fuerza. Además leíste minuciosamente cada página del manuscrito ocupándote de que no pueda colarse ningún error.

Un agradecimiento especial de Bert Hellinger a:

Christina Niederkofler: gracias a tu recomendación de Hanne-Lore Heilmann has contribuido esencialmente a que se genere mi autobiografía. Pero siempre fuiste una amiga, que especialmente en las horas difíciles, estabas disponible para mí. Fuiste tú quien estuvo presente de inmediato cuando enfermé y después de mi accidente y que junto con Sophie me cuidaron –en la clínica y luego en casa. Te agradezco tu amistad y cuidado.

Dr. Rüdiger Rogoll: tú como mi amigo más antiguo y cercano, te hiciste presente de inmediato cuando necesité tu ayuda para mi autobiografía. Con ese fin pasaste muchos días con nosotros –y para mí fue una alegría muy especial. Aunque este libro ahora esté terminado, espero poder seguir saludándote en casa tan a menudo como últimamente. Porque pasar un tiempo con un amigo como tú, es uno de los aspectos de la vida más hermosos y que más plenitud generan.

Un agradecimiento especial de Hanne-Lore Heilmann a:

Christina Niederkofler: gracias a tu intermediación pude participar de un libro muy especial, una tarea inesperada que enriqueció mi vida de manera maravillosa. Me siento muy conectada contigo.

Dr. Rüdiger Rogoll: Mi mentor, el gran y ahora ya fallecido periodista Claus Jacobi, había titulado su autobiografía *Extraños, Amigos, Enemigos*, porque siempre se preguntaba, cuando conocía a alguien, en qué se convertiría ese extraño para él alguna vez. Ahora tú, a quién en la casa Hellinger conocí como un extraño, te convertiste en un amigo para mí. Tu inteligencia, tu humor y tu calidad humana me impresionaron profundamente. Tú no sólo apoyaste el trabajo relacionado con este libro compartiendo tus recuerdos con Bert Hellinger, también te prestaste al trabajo de la relectura del manuscrito. Pero sobre todo, pude aprender mucho de ti, una persona con renombre por su capacidad en el ámbito de la psiquiatría y de la psicología. Por todo esto estoy agradecida o para expresarlo en una de tus frases: ¡Para mí fue un honor!

Ralf Hornberger: como colaborador en la oficina Hellinger, tú fuiste mi persona de contacto en muchos temas de organización. No importa si se trataba del envío a la editorial, de transmisión de textos a Bert y Sophie Hellinger o de la reserva de mis vuelos –siempre cumpliste con todo a la brevedad y con buen humor. Siempre recordaré tu alegre despedida bávara "Pfiati" que al término de nuestras comunicaciones telefónicas, enviabas al lejano norte cerca de Hamburgo.

Bidaya Heilmann: gracias por tu comprensión de que durante la colaboración en la autobiografía tuve poco tiempo para ti. Y también, cuando yo estaba con Bert y Sophie, tú manejaste todo solo y perfectamente. Estoy orgullosa de ti. Pero en este contexto también va un agradecimiento especial a nuestros amigos, que durante mi ausencia, estaban disponibles, listos para ti, en caso que necesitaras ayuda y que de múltiples maneras diferentes apoyaron mi colaboración con este libro: gracias Bärbel Drabant, Marion Horn y Dr. Angela Krogmann, gracias Ute y Kai Lindenau, gracias Sven Kreinath, Ginky Spelman y Prof. Jacques Schumacher.

Bibliografía

Libros de Bert Hellinger

- *Finden, was wirkt*. Kösel-Verlag, München, 1993.
- *Vom Himmel, der krank macht, und der Erde, die heilt*. Kreuz-Verlag, Stuttgart, 1993.
- *Familienstellen mit Kranken*. Carl-Auer-Verlag. Heidelberg, 1995.
- *Die Mitte fühlt sich leicht an*. Kösel-Verlag, München, 1996.
  (*El centro se distingue por su levedad*. Herder, Barcelona, 2002).
- *Anerkennen, was ist*. Kösel-Verlag, München, 1996.
- *Verdichtetes*, Carl-Auer-Verlag. Heidelberg, 1996.
- *Anerkennen, was ist. Zusammen mit Gabriele ten Hövel*. Kösel-Verlag, München, 1996.
  (*Reconocer lo que es*, junto con Gabriele Ten Hövel. Herder, Barcelona, 2004).
- *Schicksalsbindungen bei Krebs*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 1997.
- *In der Seele an die Liebe rühren*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 1998.
- *Haltet mich, dass ich am Leben bleibe*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 1998.
- *Wo Schicksal wirkt und Demut heilt*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 1998.

- *Wenn ihr wüsstet, wie ich euch liebe*. Knaur-Verlag, München, 1998. (*Si supieran cuánto los amo* junto a Jirina Prekop. Herder, Barcelona, 2009).
- *Wie Liebe gelingt*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 1999.
- *Was in Familien krank macht und heilt*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 2000.
- *Wo Ohnmacht Frieden stiftet*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 2000.
- *Kindliche Not und kindliche Liebe*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 2000.
- *Wir gehen nach vorne*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 2000.
- *Religion, Psychotherapie, Seelsorge*. Kösel-Verlag, München, 2001. (*Religión, psicoterapia y cura de almas*. Herder, Barcelona, 2001).
- *Mitte und Mass*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 2001. (*La punta del ovillo*. Editorial Alma Lepik, Buenos Aires, 2005).
- *Heilt Demut – wo Schicksal wirkt?* Profil-Verlag, München, 2001.
- *Liebe am Abgrund*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 2001.
- *Der Abschied*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 2001.
- *Entlassen werden wir vollendet*. Kösel-Verlag, München, 2001. (*Círculo cumplido*. Editorial Alma Lepik, Buenos Aires, 2017).
- *Ordnungen der Liebe*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 2001. (*Órdenes del amor*. Herder, Barcelona, 2001).
- *Die grössere Kraft*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 2001.
- *Die Quelle braucht nicht nach dem Weg zu fragen*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 2001. (*El manantial no tiene que preguntar por el camino*. Editorial Alma Lepik, Buenos Aires, 2007).

- *Mit der Seele gahen*. Herder-Verlag, Freiburg im Breisgau, 2001.
- *Liebe auf den zweiten Blick*. Herder-Verlag, Freiburg im Breisgau, 2002.
- *Der Austausch*. Carl-Auer-Verlag. Heidelberg, 2002.
- *Der Friede beginnt in den Seelen*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 2003.
- *Liebe und Schicksal*. Kösel-Verlag, München, 2003.
- *Ordnungen des Helfens*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 2003.
  (*Órdenes de la ayuda*. Editorial Alma Lepik, Buenos Aires, 2006).
- *Gedanken unterwegs*. Kösel-Verlag, München, 2003.
  (*Pensamientos en el camino*. Rigden Insitut Gestalt, Barcelona, 2006).
- *Gottesgedanken*. Kösel-Verlag, München, 2004.
  (*Pensamientos divinos*. Rigden Institut Gestalt, Barcelona Marzo, 2007).
- *Das andere Sagen*. Carl-Auer-Verlag, Heidelberg, 2004.
  Rachel weint um ihre Kinder. Herder-Verlag, Freiburg im Breisgau, 2004.
  (*Raquel solloza por sus hijos*. Barcelona, Herder, 2016).
- *Der grosse Konflikt*. Goldmann-Verlag, München, 2005.
  (*Después del conflicto, la paz*. Editorial Alma Lepik, Buenos Aires, 2006).
- *Ein langer Weg*. Kösel-Verlag, München, 2005.
  (*Un largo camino*. Editorial Alma Lepik, Buenos Aires, 2006).
- *Liebes-Geschichten*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2006.
  (*Historias de amor*. Editorial Alma Lepik, Buenos Aires, 2019).
- *Dankbar und gelassen*. Herder-Verlag, Freiburg im Breisgau, 2006.
- *Erfülltes Dasein*. Herder-Verlag, Freiburg im Breisgau, 2006.
- *Innenreisen*. Kösel-Verlag, München, 2007.
  (*Viajes interiores*. Editorial Alma Lepik, Buenos Aires, 2015).

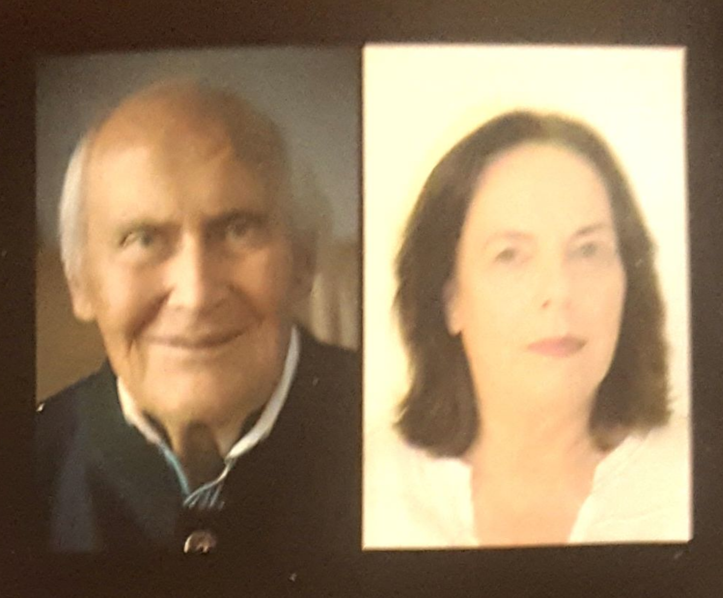
- *Natürliche Mystic*. Kreuz Verlag, Stuttgart, 2008.
  (*Mística cotidiana*. Editorial Alma Lepik, Buenos Aires, 2008).
- *Glück, das bleibt*. Kreuz Verlag, Stuttgart, 2008.
  (*Felicidad que permanece*. Ridgen Institut Gestalt - Grupal Editores, Buenos Aires, 2018).
- *Die Liebe des Geistes*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2008.
  (*El amor del espíritu*. Ridgen Institut Gestalt, Barcelona, 2010).
- *Alles ist weit*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2008.
- *Gedanken, die gelingen*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2008.
  (*Pensamientos de realización*. Rigden Institut Gestalt, Barcelona, 2009).
- *Meine Geschichten*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2009.
- *Wahrheit in Bewegung*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2009.
  (*La verdad en movimiento*. Editorial Alma Lepik, Buenos Aires, 2008).
- *Das reine Bewusstsein*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2009.
- *Worte, die wirken 1*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2009.
- *Worte, die wirken 2*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2009.
- *Erfolge im Leben, Erfolge im Beruf*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2010.
- *Erfolgsgeschichten im Unternehmen und im Beruf*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2010.
- *Themenbezogene Unternehmensberatung*. Hellinger Publications Bischofswiesen, 2010.
- *Geführt*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2010.
- *Erfüllt*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2010.

- *Angekommen*. Hellinger Pubglications, Bischofswiesen, 2010.
- *Gelebte Mystik*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2010.
- *Aufgewacht*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2010.
- *Einblicke*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2010.
- *Rilkes Deutung des Daseins in den Sonetten an Orpeheus*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2010.
- *Das geistige Familienstellen*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2010.
- *Ordnungen der Liebe*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2010.
- *Die Heilung*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2011.
- *Sonntagspredigten*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2011.
- *Medidationen*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2011 (*Meditaciones de Bert Hellinger*. Editorial Grupo CUDEC México, 2012).
- *Lebenshilfen aktuell*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2011.
- *Spurensuche*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2011.
- *Wegbegleiter*. Hellinger Publications, Bischofwiesen, 2011.
- *Glück, das bleibt. Neuauflage*. Herder spektrum Verlag, Freiburg im Breisgau, 2012.
- *Mitgenommen*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2012.
- *Offen*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2012.
- *Das neue Bewusstsein*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2012.
- *Lichtblicke*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2012.
- *Nehmen*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2012.

- *Die Kirchen und ihr Gott*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2013.
- *Erweiterte Lebenshilfen*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2013.
- *Wege in eine andere Weite*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2013.
- *Kindern in die Seele schauen*. Hellinger Publications, Bischofwiesen, 2013.
- *Erziehung heute*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2013.
- *Neue Geschichten 1*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2014.
- *Neue Geschichten 2*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2014.
- *Neue Geschichten 3*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2014.
- *Neue Wege des Familienstellens*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2015.
- *Das Familienstellen im Dienst des Friedens*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2015.
- *Höre, mein Herz*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2015.
- *Lauter Liebe*. Hellinger Publications, Bischofswiesn, 2015.

Libros de Sophie Hellinger

- *Das eigene Glück Band I. Einführung in die Grundlagen des klassischen Familienstellens mit Ausblick und Anbindung an die Entwicklung des Neuen Familienstellens*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2018.
- *Das eigene Glück Band II. Die Praxis der klassischen Familienaufstellung*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2018.
- *Transgenerationale Trauma-Resolution: Original Hellinger Familienstellen trifft Wissenschaft*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2018.
- *Die Paarbeziehung*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2018.
- *Hellinger-Jahrbuch 2018 zur Entwicklung des Familienstellens*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2019.
- *Abtreibung, Kaiserschnitt und Pille danach. Wie Kinderseelen leiden und heilen*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2019.
- *Antworten auf Fragen zum Original Hellinger Familienstellen*. Hellinger Publications, Bischofswiesen, 2019.



Bert Hellinger nació el 16 de diciembre de 1925. Asistió a un seminario de sacerdotes en Würzburg, fue consagrado sacerdote en 1952 y enviado, poco después, como misionero a Sudáfrica. En 1968 fue convocado nuevamente a Alemania, en 1971 dejó la orden y contrajo matrimonio con quien fuera su primera mujer, Herta. A continuación, tomó varias formaciones psicoterapéuticas. A principios de los años '80 desarrolló las Constelaciones Familiares como méto-do propio el cual nombra: Ayuda de Vida. En 2003 Bert Hellinger contrae matrimonio con su segunda mujer, Sophie, con quien continuó desarrollando el trabajo y lo enseña en la *Hellingerschule*. Escribió más de 100 libros que fueron traducidos a 28 idiomas. Bert Hellinger vive con su mujer Sophie cerca de Berchtesgaden, Alemania.

Hanne-Lore Heilmann estudió filosofía, literatura y lingüística. Durante más de 20 años trabajó, cumpliendo funciones directivas, como periodista entre otros para *Die Welt* y *Die Welt am Sonntag*. En los últimos años se dedicó con más énfasis a la psicoterapia participando como estudiante en la *Hellingerschule*. Hanne-Lore Heilmann publicó varios libros de divulgación, escribió el bestseller *Die Frau des Schamanen* (*La mujer del chamán*) y fue asesora en la película "Operation Zucker" ("Operación azúcar") de Gabriela Sperl, que en 2013 fue galardonada con el importante premio de la televisión alemana. Vive con su hija en el Valle del Seeve en Baja Sajonia.

ACERCA DE LA VIDA, DE LA FELICIDAD Y DE LA PAZ INTERIOR

Bert Hellinger no es sólo una de las personalidades más exitosas sino al mismo tiempo una de las más resplandecientes y controvertidas en la actualidad. ¿Qué lo marcó? ¿Qué experiencias lo llevaron a ocuparse tan intensamente de traumas que a menudo tienen un efecto a lo largo de varias generaciones en un sistema familiar? Por primera vez, Bert Hellinger habla de acontecimientos de su vida privada y cuenta detalladamente acerca de su etapa como misionero en Sudáfrica, sus formaciones en psicoterapia y su método de las Constelaciones Familiares. Al narrar, comparte profundas miradas, abriéndonos el universo de sus pensamientos y comprensiones acerca de lo que enferma a las familias y lo que dificulta que disfrutemos de una vida plena. De esa manera, su autobiografía es al mismo tiempo un faro hacia una vida más feliz en la que cada persona puede encontrar paz interior con amor.

Alma Lepik
EDITORIAL